Nuestra Misa

COLECCIÓN TERTIO MILLENNIO

R.P. CARLOS MIGUEL BUELA, IVE

Nuestra Misa

EDICIONES «DEL VERBO ENCARNADO»
WASHINGTON –AREQUIPA – DUSHAMBÉ – SAN RAFAEL–SEGNI
2002

Imprimatur.
25 de julio de 2002
+ Mons. Andrea María Erba
Obispo de Velletri–Segni (Roma)
Sede Suburbicaria

Con las debidas licencias.

Foto de Tapa: Padre Daniel Cima, IVE, celebrando la Santa Misa en la cumbre de un cerro, en Bariloche.
Foto de Contratapa: Altar de la Capilla de la Anunciación, en el Seminario Mayor «María, Madre del Verbo Encarnado», en San Rafael.

Primera edición: Septiembre de 2002.
Registro de la propiedad intelectual:
Ediciones «Del Verbo Encarnado»
del Instituto del Verbo Encarnado.
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600).
San Rafael (Mendoza) Argentina.
Tel +54 – (0) 2627 – 430451.
Fax +54 – (0) 2627 – 430235.
Internet: www.iveargentina.org
E-mail: ediciones@iveargentina.org

Al Padre Pablo José Di Benedetto (1925–1971),
quien me hizo conocer y amar a Cristo vivo.

Índice general

Prólogo ..... 11.
Proemio ..... 13.
1. Dios ..... 13.
2. Santísima Trinidad ..... 13.
3. Por Cristo, con Él y en Él ..... 15.
4. El monumento vivo del amor de Dios ..... 18.
5. Sublimidad de la Misa ..... 26.
6. El mundo sacramental ..... 27.
7. Liturgia vívida y vivida ..... 32.
Introducción ..... 35.
Ritos de introducción ..... 35.

Primera parte
Liturgia de la Palabra
Liturgia de la Palabra ..... 41.

Segunda parte
Liturgia de la Eucaristía
Primer momento:
Presentación y ofrenda de los dones ..... 47.
Capítulo 1º. **Materia del sacrificio** ..... 47.
Capítulo 2º. **Nuestro ofrecimiento** ..... 54.
Capítulo 3º. **Creación e historia** ..... 58.
Segundo momento:
Plegaria eucarística ..... 61.
Capítulo 1º. **Prefacio** ..... 61.
Capítulo 2º. **Epíclesis** ..... 62.
Capítulo 3º. **Consagración** ..... 67.
Artículo 1º. *Presencia real* ..... 72.
Párrafo 1º. Presencia verdadera ..... 73.
Párrafo 2º. Presencia real ..... 74.
Párrafo 3º. Presencia sustancial ..... 75.
Párrafo 4º. De la Transustanciación ..... 76.
Párrafo 5º. Omnipotencia de Dios ..... 79.
Artículo 2º. *El Sacrificio de Jesucristo* ..... 81.
Párrafo 1º. Representación ..... 83.
Párrafo 2º. Memorial ..... 87.
Párrafo 3º. Aplicación ..... 96.
Artículo 3º. *El Sacerdocio de Cristo* ..... 108.
Párrafo 1º. Jesucristo Sacerdote principal ..... 108.
Párrafo 2º. El oferente ministerial ..... 114.

Párrafo 3º. El oferente bautismal ..... 122.
Párrafo 4º. «Amor sacerdos immolat» ..... 133.
Artículo 4º. *Tres actos de un sólo drama* ..... 139.
Párrafo 1º. En la Misa ..... 139.
Párrafo 2º. En La Cruz ..... 145.
Párrafo 3º. En la Cena ..... 146.
Párrafo 4º. Tradición y Magisterio ..... 148.
Artículo 5º. *Tres Protagonistas... (y María)* ..... 152.
Párrafo 1º. El Hijo hecho carne: Jesucristo ..... 153.
Párrafo 2º. El Espíritu Santo ..... 154.
Párrafo 3º. El Padre ..... 155.
Párrafo 4º. María ..... 164.
Artículo 6º. *Tres niveles* ..... 164.
Artículo 7º. *Triple signo* ..... 167.
Párrafo 1º. Rememorativo ..... 168.
Párrafo 2º. Demostrativo ..... 168.
Párrafo 3º. Profético ..... 170.
Artículo 8º. *Tres instancias* ..... 172.
Párrafo 1º. Los sacramentos y las tres instancias ..... 172.
Párrafo 2º. La Eucaristía y las tres instancias ..... 174.
Párrafo 3º. Más sobre las tres instancias ..... 176.
Párrafo 4º. Genialidad de este don de Dios ..... 179.
Artículo 9º. *Tres fines* ..... 181.
Párrafo 1º. Latréutico ..... 181.
Párrafo 2º. Eucarístico ..... 188.
Párrafo 3º. Propiciatorio e Impetratorio ..... 194.
Artículo 10º. *Por dos clases de hombres* ..... 207.
Párrafo 1º. Se ofrece por los vivientes ..... 207.
Párrafo 2º. Se ofrece también por todos los fieles difuntos ... 213.
3er. momento:
Comunión ..... 219.
Capítulo 1º: **Padre nuestro** ..... 219.
Capítulo 2º. **Fracción del pan** ..... 220.
Capítulo 3º. **Comunión** ..... 226.
Artículo 1º. *Confiere el aumento de la gracia* ..... 227.
Párrafo 1º. Por la presencia de Cristo ..... 227.
Párrafo 2º. Por ser representación de la Pasión del Señor..... 228.
Párrafo 3º. Es alimento que sostiene, aumenta y deleita ..... 228.
Artículo 2º. *Signo de la unidad* ..... 233.
Artículo 3º. *Causa la unidad* ..... 234.
Artículo 4º. *¿Cómo nos incorporamos a Cristo?* ..... 235.
Artículo 5º. *Fin y principio de todos los sacramentos* ..... 237.
Artículo 6º. *Consumación de los demás sacramentos* ..... 239.

Artículo 7º. *Principio vivificante de los demás sacramentos* . 240.
Artículo 8º. *Causa el que alcancemos la gloria* ..... 242.
Artículo 9º. *La resurrección, efecto de la Eucaristía*..... 244.
Artículo 10º. *La Eucaristía nos da la vida eterna* ..... 245.
Artículo 11º. *La comunión frecuente* ..... 246.

Rito de conclusión..... 247.
Rito de despedida ..... 247.
Final ..... 249.
Epílogo ..... 253.
1. La historia de nuestra relación personal con Jesucristo Sacramentado. ..... 253.
2. ¡Nada más difícil que la fe en la Eucaristía!..... 269.
3. ¡Nada más fácil que la fe en la Eucaristía! ..... 283.
4. La consagración del pan en la «Narración de la institución y consagración» ..... 292.
5. La consagración del vino en la «Narración de la institución y consagración» ..... 304.
6. La Misa y la triple dimensión del sacramento eucarístico..... 313.
7. ¡Un Pan y un Cáliz! ..... 321.
8. El sacerdote cuelga de la Hostia que eleva ..... 327.
9. Diálogo de la transustanciación..... 334.

Abreviaturas Bíblicas..... 343.
Glosario según las Constituciones del IVE y SSVM ..... 345.
Índice temático ..... 349.
Índice analítico..... 353.

Prólogo

¿Qué tendría de particular la Misa de aquel sacerdote?

Porque era –en el fondo– su Misa, no sus llagas, lo que atraía, lo que golpeaba y lo que convertía. Es verdad que muchos llegaban a la cima del Gárgano seducidos por la curiosidad, movidos por la duda o simplemente perplejos... Pero la mayoría de ellos volvía interiormente convulsionada. Aún los incrédulos, los escépticos y los enemigos.

No se puede experimentar un terremoto y continuar siendo la misma persona. No se puede; porque en esos momentos se piensa en el verdadero sentido de la vida, de la muerte, del dolor, del fin de las cosas, de la eternidad y de lo contingente.

Y eso ocurría en sus Misas.

Pero ¿hago bien al escribir «sus» Misas? ¿Puede pertenecer la Misa a un hombre? ¿Puede ser la Misa de alguien más que de Jesucristo, Sacerdote y Víctima? Sí, la participación de los fieles por el sacerdocio bautismal y la acción del sacerdote ministerial por su «carácter» hacen que de alguna manera toda Misa sea «nuestra». Pero no es eso lo único que percibían los fieles en ese sacerdote celebrando Misa. Él tenía un modo especial de «apropiarse» de la Misa de Jesucristo...

...Porque la mayoría de los peregrinos que subían la fatigosa cuesta del Gárgano iban a oír «sus» Misas, las del Padre Pío. Y no se contentaban con las también piadosas Misas de fray X o fray Z.

La Misa es de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Él es el Sacerdote principal y la Víctima. Los demás sacerdotes obran «in persona Christi». Para eso son ellos hechos «otros Cristos». Pero se puede ser «otro Cristo» por esa misteriosa marcación que imprime el carácter sacerdotal... y mantenerse psicológica, afectiva y espiritualmente lejos del Cristo que se inmola en la Cruz y en el Altar. Por el misterio del carácter sacerdotal, ese sacerdote seguirá obrando «in persona Christi», aun cuando su corazón esté lejos de Cristo... y esa Misa será tan Misa como la que celebra el

Papa. Pero también puede un sacerdote actuar «in persona Christi» no sólo por su carácter sacerdotal, sino porque en la Misa sus ojos se transforman en los de Cristo que mira desde la cruz la lucha entre la gracia y el pecado en el alma de cada hombre; su corazón es el corazón de Jesús traspasado por el dolor del abandono y transfigurado por un amor sin correspondencia; sus manos y sus pies pueden estar empapados en el sufrimiento de la transfixión, sus labios agrietándose por la sed de las almas, su cabeza oprimida por las espinas de la incomprensión y la burla... En definitiva: la pasión que celebra es la pasión que vive en su alma. Allí seguirá verificándose el misterio de un hombre que obra «in persona Christi», pero también se verá el otro misterio de un hombre que obra «in Corde Iesu», con el corazón de Jesucristo; y en ese hombre celebrando Misa los fieles advertirán, como a través de una transparencia, al mismo Cristo victimándose. Entonces ese sentido (tal vez secundario) que tiene la expresión «su» Misa, aunque siempre secundario, será también exacto. En el fondo los estigmas del Padre Pío estaban allí para decir a los fieles que el Padre Pío celebraba «in persona Christi et in Corde Iesu». En esas Misas, al mismo tiempo celebradas y padecidas por el santo, se dejaba ver un poquito –¡muy poquito!– el Corazón de la Víctima Muda que habla por la boca de su sacerdote...

Si conociéramos más la Santa Misa, tal vez ella sería también para nosotros el momento en que el velo se desgarra para dejarnos solos frente al Hombre desnudo que en el Gólgota colgó de un madero por nuestros pecados.

Agradezco al Padre Buela, en nombre de todos los que leerán este libro, por hacernos de lazarillo en este mundo de misterios sobrenaturales en el cual muchos somos pobres ciegos.

P. MIGUEL ÁNGEL FUENTES, IVE

Proemio

1. Dios

Para entender lo que es la Misa es indispensable tener ideas correctas acerca de Dios: de su existencia, naturaleza, operaciones, en especial, reconocer que es espíritu puro, libre, personal, providente y trascendente. Quien no tenga ideas correctas acerca de Dios, nunca sabrá lo que es la Misa. Las distintas formas de ateísmo que han invadido el campo católico, tienden, de suyo, a desconocer el puesto principal y primero que ocupa Dios en la Misa. Por eso hay tantos hombres y mujeres que no valoran la Misa, no la entienden y, en consecuencia, no participan o participan mal. De ahí que el principal enemigo de la participación eucarística sea el ateísmo teórico, pero, sobre todo, el ateísmo práctico o increencia.

El segundo gran enemigo de la participación eucarística es la falta de amor, sea por desconocer su verdadera naturaleza, sea por ser egoístas, sea por no saber obrar por amor. Los tales están incapacitados para poder entender lo que es la Misa, ya que la Misa es un inmenso acto de amor de Dios a nosotros, y, como consecuencia, debe ser un gran acto de amor de nosotros a Dios. Participamos de la Misa porque en ella nos sabemos amados por Dios y porque en ella satisfacemos nuestra necesidad de manifestarle nuestro amor a Él. Y no saber amar, no es otra cosa que ignorancia de lo que es el hombre, ya que el hombre sólo se realiza: «**en la entrega sincera de sí mismo a los demás**»[1].

2. Santísima Trinidad

El Hijo de Dios hecho hombre se inmola al Padre en el Espíritu Santo. Toda la Misa entra de lleno en lo que podríamos llamar ritmo trinitario. Del comienzo al fin. Comenzamos señalándonos con la Trinidad y terminamos recibiendo la bendición de la Trinidad. La impetramos en los Kyries. La glorificamos en el Gloria: «*Gloria a Dios, Padre Todopoderoso, ... a su Hijo Jesucristo, ... al Espíritu*

---

[1] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 24.

Santo». La confesamos en el Credo: «*Creo en Dios Padre Todopoderoso ... en su Hijo único Jesucristo ... en el Espíritu Santo*». La invocamos al final de las oraciones principales. Le ofrecemos el sacrificio en la doxología (oración de alabanza) del final de cada plegaria eucarística: «*por Cristo ... a Dios Padre ... en la unidad del Espíritu Santo...*».

Toda la Misa está transida por la Santísima Trinidad. Todo es por el Hijo, en el Espíritu Santo, al Padre. De manera especial, en el momento de la consagración, en el cual, de hecho, aún prescindiendo de las palabras anteriores y posteriores, el Sacerdote Eterno, el Hijo encarnado, al consagrar su Cuerpo y su Sangre, se ofrece como víctima de expiación al Padre, en el Espíritu Santo.

Cuando se participa auténticamente de la Misa, la vida se hace más y más trinitaria. Uno va descubriendo cada vez mejor la presencia de la Trinidad en el alma y dialoga con las tres y con cada una de las Divinas Personas.

Aprendemos a dirigir todo nuestro obrar al Padre, lo obramos todo por el Hijo, nuestro único Mediador, y todo lo hacemos en el Espíritu Santo.

Además, no podemos prescindir de la Trinidad. Es el Hijo de Dios hecho carne el que perpetúa su sacrificio hecho en la Cruz, reiterando el rito incruento de la Última Cena en la Misa. No hay otro mediador entre Dios y los hombres: *Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos* (1Tim 2,5–6).

No podemos prescindir de la Trinidad. Es el Espíritu Santo de Dios el que hace presente el «*mysterium*» por la acción litúrgica, por eso lo invocamos, en especial, en la epíclesis; el mismo es el que hace posible que el «*mysterium*» se haga vida en nosotros (participación). De ahí que toda auténtica participación debe ser epiclética, es decir, celebrada en unión íntima con el Espíritu Santo. Vale recordar aquí la doctrina de la ley Nueva: *La letra mata, el Espíritu da vida* (2Cor 3,6). Como sería poner sólo el acento en los gestos, o en los cantos, o en las actitudes exteriores.

No podemos prescindir de la Trinidad. Porque el sacrificio de la Misa se dirige al Padre, como puede advertirse en todas las oraciones eucarísticas, porque es el principio sin principio.

3. Por Cristo, con Él y en Él[2]

Es una fórmula espléndida que señala la esencia de la liturgia católica, cuál debe ser nuestra orientación para alcanzar la santidad y cuál debe ser el centro de la pastoral. La usamos en la Misa y constituye la doxología (= alabanza) más solemne: «*Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos*»[3].

Allí se nos recuerda la gloria y honor de Dios, Uno y Trino, como fin último y absoluto de toda la creación y de nuestra vida. La unión a Cristo como camino para dar gloria a Dios y santificar nuestra vida.

«***Por Cristo***...». Jesucristo es el único Camino[4]. Nadie puede ir al Padre sino por Él[5], ya que sólo Él conoce al Padre y aquel a quien Él quiera revelárselo[6].

De modo que todo lo que hagamos debemos hacerlo **por Cristo**. Especialmente, la Santa Misa. Es necesario incorporar a Cristo todas nuestras buenas obras, presentándolas ante el Padre **por Cristo, a través de Cristo, por medio de Cristo**. Lo cual complace al Padre celestial y le da una gloria enorme. La Iglesia, en su liturgia, no le pide nada al Padre en nombre propio, sino única y exclusivamente en el nombre de Jesucristo: **Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo...**

---

[2] Se puede ver *in extenso* en ANTONIO ROYO–MARÍN, *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [7]1994) 82ss.

[3] MISAL ROMANO, *Plegarias Eucarísticas*. Usamos la Edición típica con el Texto unificado en lengua española aprobado por la CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA y confirmado por la SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, Coeditores Litúrgicos 1997.

[4] cfr. Jn 14,6.

[5] *Ibidem*.

[6] cfr. Mt 11,27.

«...***con Él***...». Pero la liturgia no sólo nos enseña a hacer todas las cosas por Cristo, a través de Cristo. Hay que hacerlas **con Él**, **unidos a Él**.

Mientras estemos en gracia, **Cristo está con nosotros, está dentro de nosotros**, y no hay obstáculo a que hagamos todo **con Él**, juntamente **con Él, íntimamente unidos a Él**. Sin esta unión nuestras obras no valdrían absolutamente nada: *Sin mi, nada podéis hacer*, dice Cristo (Jn 15,5). Con Él, en cambio, adquieren un valor incomparable.

«...***y en Él***...». Hacer todas las cosas por Cristo y con Él es de un precio y valor muy grandes. Pero hacerlas **en Él, dentro de Él, identificados con Él** es aún más grande. Las dos primeras maneras (**por, con**) son algo extrínseco a nosotros y a nuestras obras; esta tercera nos mete **dentro de Cristo**, identificándonos, de alguna manera, con Él y nuestras obras con las suyas.

El «Cristo total» de que habla San Agustín es «Cristo más nosotros». El cristiano en gracia, forma como una misma cosa con Jesús.

«Se dice: el cristiano es otro Cristo, y nada más verdadero. Pero es preciso no equivocarse. Otro no significa aquí **diferente**. No somos otro Cristo diferente del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser el Cristo único que existe: "*Christus facti sumus*", "Somos hechos Cristo", según dice San Agustín[7]. No hemos de hacernos una cosa distinta de Él; hemos de convertirnos en Él»[8].

Así se pueden comprender algunas de las enseñanzas del Evangelio y de San Pablo: el menor servicio que se nos dé, lo acepta y recompensa como si se lo hubieran hecho a Él mismo[9]. El último anhelo de Cristo en la noche de la cena es que seamos uno con Él[10] de una manera cada vez más perfecta, hasta que lleguemos a ser «consumados en la unidad» en el seno del Padre[11];

---

[7] SAN AGUSTÍN, *In Ps. 26 enarr*. 2, 2; ML 36,200.

[8] PLUS, *Cristo en nosotros*, 2; cit. en ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, (BAC, Madrid [7]1994) 85.

[9] cfr. Mt 10,42; 25,34–46.

[10] cfr. Jn 17,21.

[11] cfr. Jn 17,23.

nuestros sufrimientos completan lo que falta a la pasión de Cristo[12]; Él es el que combate con nosotros[13] y el que triunfa. Cuando se nos persigue a nosotros, se le persigue a Él[14]. De modo que está fuera de duda que Cristo nos ha incorporado a sí, nos ha hecho miembros suyos.

Nos enseña la liturgia que no sólo se ha de hacer todo **por Cristo y con Cristo**, sino también **en Cristo**, identificados con Él. Hemos de revestirnos de Jesucristo[15], de tal modo que el Eterno Padre, al mirarnos, nos encuentre siempre, por así decirlo, revestidos de Jesús. A semejanza de la beata sor Isabel de la Trinidad: «No veáis en mí más que al Hijo muy amado, en el que tenéis puestas todas vuestras complacencias». Y para llegar a este sublime resultado le había pedido a Cristo que la «substituyera»; y al Espíritu Santo, que realizara en su alma «como una nueva encarnación del Verbo», a fin de convertirse para Él en «una nueva humanidad sobreañadida, en la cual renueve todo su misterio»[16].

En fin es hacer carne la enseñanza de San Pablo: *Para mí vivir es Cristo* (Flp 1,21), porque *ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí* (Ga 2,20).

«*...**a ti, Dios Padre omnipotente**...*». «En estos momentos, cuando la Iglesia está reunida en torno al altar para ofrecer el cuerpo del Señor que sobre él descansa, Dios recibe efectivamente toda honra y gloria»[17].

Todo debe ordenarse, finalmente, al Padre. San Pablo nos lo recordó al enseñarnos –estableciendo con ello la jerarquía de valores en todo cuanto existe–: *Todas las cosas son vuestras*; *pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios* (1Cor 3,22–23). Más adelante, completa su pensamiento: *Es preciso que Él* (Cristo) *reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies* [...] *pero*

---

[12] cfr. Col 1,24.
[13] cfr. Col 1,29.
[14] cfr. He 9,5.
[15] cfr. Ro 13,14.
[16] BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras Completas*, Elevación a la Santísima Trinidad (Editorial Monte Carmelo, Burgos 1984) 758.
[17] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid 1951) tr. 2. n. 372.

cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, ***para que sea Dios todo en todas las cosas*** (1Cor 15,25–28).

«*...**en la unidad del Espíritu Santo**...*». Esta gloria de Dios, como es obvio, no pertenece exclusivamente a la persona del Padre. Es la gloria de la **divinidad**, del Dios Uno y Trino de la revelación. Por consiguiente, esa gloria que recibe el Padre por Cristo, con Él y en Él, pertenece también al Espíritu Santo, lazo divino que une al Padre y al Hijo en un inefable vínculo de amor que los consuma a los tres en la unidad de una misma esencia.

«*...**todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos***». Porque, en el plan actual de la salvación, toda la gloria que ha de recibir la Trinidad Beatísima de los hijos de los hombres ha de subir hasta ella por Cristo, con Él y en Él.

No cabe la menor duda. En la doxología mayor de la Misa tenemos una fórmula sublime de lo que es la liturgia, de lo que debe ser nuestra vida sacerdotal, religiosa y laical.

4. El monumento vivo del amor de Dios

Por amor envió Dios su Hijo al mundo para que este diese su vida por nosotros en la Cruz: *Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo* (Jn 3,16), de tal manera que: *El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito ... En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4,9–10). Amor, entonces, que se manifiesta en la Encarnación del Verbo, y en la Redención al morir como propiciación por los pecados de todos.

Amor precursor, porque Dios se adelanta. Lleva la iniciativa. Tiene la primacía en el amor: *Él nos amó primero* (1Jn 4,19).

Amor que tiene su origen en Él: *La caridad procede de Dios* (1Jn 4,7), Él es la fuente inexhausta de todo verdadero amor, y toda chispita de amor brota de esa hoguera ardiente de caridad que es el amor de Dios.

Es un amor más grande: *Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos* (Jn 15,13).

Es un amor de elección: *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...* (Jn 15,16).

Es un amor fecundo, pleno, permanente: *...Y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca* (Jn 15,16).

Pues bien, este amor de Dios no sólo se manifiesta por el hecho de que *el Verbo se hizo carne* (Jn 1,14), no sólo se manifiesta por su Pasión y Muerte en Cruz: *Padre, perdónalos* (Lc 23,34), sino que, además, ha dejado un monumento vivo, perpetuo, eficaz, máximo de su amor: ¡La Eucaristía!, porque *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (Jn 13,1), los amó hasta no poder más, los amó hasta el extremo, los amó hasta quedarse bajo el pan y bajo el vino. ¡Nos amó hasta la Eucaristía!

La gran escuela del amor cristiano es la Misa. Ella abre sus puertas todos los días, y las abrirá hasta el fin del mundo, *hasta que Él venga* (1Cor 11,26). Para todo el que quiera aprender a amar como Cristo, ella es maestra solícita, que no sólo enseña con las palabras, sino, lo que es mucho más, con el mismo hecho.

En la Misa, al aprender a amar, nos manifestamos como hijos de Dios: *Todo el que ama es nacido de Dios* (1Jn 4,7); lo vamos conociendo más a Él: *Todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor* (1Jn 4,7–8); vamos teniendo vida por Él: *Para que nosotros vivamos por Él* (1Jn 4,9).

En la Misa, con el pan eucarístico, Dios nos va enseñando, en el molino de su corazón, a dejarnos moler como el grano de trigo: *En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere quedará solo; pero, si muere, llevará mucho fruto* (Jn 12,24), hasta enseñarnos a amar con su mismo amor.

Al amarnos nos enseña a amar, ya que amor con amor se paga.

Nos enseña a amar a Dios: *Dios es amor y el que vive en el amor permanece en Dios, y Dios en él* (1Jn 4,16), *Éste es el amor de Dios:*

que guardemos sus preceptos (1Jn 5,3); y nos enseña a amar al prójimo: *Amémonos los unos a los otros, ... si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros ... si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto ... quien ama a Dios ame también a su hermano* (1Jn 4,7–11.20–21).

En la Misa, la gran palestra del amor cristiano, nos habituamos a permanecer en el amor de Dios, abrevando en las fuentes del Espíritu Santo: *Conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros en que nos dio su Espíritu* (1Jn 4,13); aprendemos a ser testigos de ese amor más grande: *Damos de ello testimonio, que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo* (1Jn 4,14); podemos alcanzar la perfección en el amor: *La perfección del amor en nosotros se muestra en que tengamos confianza ... porque como es Él, así somos nosotros en este mundo* (1Jn 4,17); *todo el que ama al que le engendró, ama al engendrado de Él* (1Jn 5,1). Y *conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos* (1Jn 5,2).

En la Misa, vamos conociendo y creyendo cada vez más en el amor: ***Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene*** (1Jn 4,16).

En la Misa, con el vino eucarístico, Dios nos va enseñando, en el lagar de su corazón, a triturar como los granos de uva, nuestros egoísmos, nuestras faltas de solidaridad, nuestros atentados contra la unidad: *El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?* (1Cor 10,16).

En la Misa, Cristo mismo nos va formando en la escuela de su amor. En la mesa del altar va amasando nuestro corazón con el suyo hecho blanca harina de trigo y nos enseña con delicadeza de Maestro, con cariño de Padre, con nobleza de Rey, con fuerza de León, con mansedumbre de Cordero, con seguridad de Camino, con exceso de Salvador, con compartir de Compañero, con cercanía de Hermano, con majestad de Señor, con confidencia de Amigo, que *si no tengo amor, no soy nada* [...] *no teniendo amor, nada me aprovecha* [...] *el amor es paciente y servicial. El amor no es envidioso; no es jactancioso; no se engríe; no es descortés; no*

busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia. El amor se alegra con la verdad. El amor todo lo excusa. El amor todo lo cree. El amor todo lo espera. El amor todo lo soporta. El amor no morirá jamás (1Cor 13,2–8). Habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin, hasta no quedarse con ningún secreto en su corazón, hasta enseñarnos a amar con el amor de su mismo corazón, hasta hacernos «*víctimas vivas para alabanza de su gloria*»[18].

Enseñaba San Fulgencio de Ruspe: «Nuestro sacrificio, por tanto, se ofrece para anunciar la muerte del Señor y para reavivar, con esta conmemoración, la memoria de aquel que por nosotros entregó su propia vida. Ha sido el mismo Señor quien ha dicho: *Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13). Y porque Cristo murió por nuestro amor, cuando hacemos conmemoración de su muerte en nuestro sacrificio pedimos que venga el Espíritu Santo y nos comunique el amor; suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestros propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros y nosotros sepamos vivir crucificados para el mundo; así, imitando la muerte de nuestro Señor, como Cristo *murió al pecado de una vez para siempre, y su vida es vida para Dios*, también nosotros *vivamos una vida nueva*, y, llenos de caridad, muertos para el pecado vivamos para Dios»[19].

La Misa nos recuerda que: «*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado* y la participación del Cuerpo y Sangre de Cristo, cuando comemos el pan y bebemos el cáliz, nos lo recuerda insinuándonos, con ello, que también nosotros debemos morir al mundo y tener nuestra vida escondida con la de Cristo en Dios, crucificando nuestra carne con sus concupiscencias y pecados»[20].

La Misa nos trasmite el don de su amor: «Debemos decir, pues, que todos los fieles que aman a Dios y a su prójimo, aunque no

---

[18] cfr. MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* IV, 137.

[19] *Contra Fabiano,* cap. 28,16–19: CCL 91 A, 813–814; cit. en *Liturgia de las Horas* IV, pág. 405.

[20] *Ibidem*.

lleguen a beber el cáliz de una muerte corporal, deben beber, sin embargo, el cáliz del amor del Señor, embriagados con el cual, mortificarán sus miembros en la tierra y, revestidos de nuestro Señor Jesucristo, no se entregarán ya a los deseos y placeres de la carne ni vivirán dedicados a los bienes visibles, sino a los invisibles. De este modo, beberán el cáliz del Señor y alimentarán con él la caridad, sin la cual, aunque haya quien entregue su propio cuerpo a las llamas, de nada le aprovechará. En cambio, cuando poseemos el don de esta caridad, llegamos a convertirnos realmente en aquello mismo que sacramentalmente celebramos en nuestro sacrificio»[21].

En cada Misa, Dios nos dice a cada uno: «Te amo». Nos besa como una madre a su niño. Él nos ve en su Hijo, nos trata como «hijos en el Hijo»[22] y nos dice: Tú eres mi Hijo, muy amado, en quien me complazco[23]. Nosotros deberíamos responder, con los labios y con el corazón, pero sobre todo con nuestra vida: «Señor, te amo». Cada día a la pregunta del Señor: ¿Me amas más?[24], deberíamos poder responder ¡*Señor, tu lo sabes todo; tú sabes que te amo*! (Jn 21,17). El amor de Dios por nosotros lo llevó a instaurar la Eucaristía, es decir, a hacerse comida y bebida por nosotros, a hacerse sacrificio, a dejarse comer por su criatura para hacerse una sola cosa con ella, de manera que a semejanza del amor esponsalicio *ya no sean dos, sino una sola carne*[25], de ahí que, gracias a la Eucaristía, podamos no sólo considerar a Jesucristo como nuestro contemporáneo, sino además, llegar a ser Él: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2,20).

La crisis en la participación de la Misa dominical, que en algunas partes se va agravando, se debe a la crisis general de la fe, pero, sobre todo, su causa es la crisis de amor en que se debate el mundo contemporáneo, que nos hace recordar aquello de Jesús: *Se enfriará la caridad de muchos* (Mt 24,12).

El alma que ama a Dios no puede dejar la Santa Misa.

---

[21] *Ibidem*.

[22] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 22.

[23] cfr. Mt 17,5.

[24] cfr. Jn 21,15.

[25] cfr. Mt 19,6.

El hecho de que la Misa sea una obra de amor y que como respuesta requiera amor, hace que sea difícil enseñar la participación en la misma por medio de normas, como dice San Basilio Magno: «El amor de Dios no es algo que pueda aprenderse con unas normas y preceptos. Así como nadie nos ha enseñado a gozar de la luz, a amar la vida, a querer a nuestros padres y educadores, así también, y con mayor razón, el amor de Dios no es algo que pueda enseñarse, sino que desde que empieza a existir este ser vivo que llamamos hombre es depositada en él una fuerza espiritual, a manera de semilla, que encierra en sí misma la facultad y la tendencia al amor. Esta fuerza seminal es cultivada diligentemente y nutrida sabiamente en la escuela de los divinos preceptos y así, con la ayuda de Dios, llega a su perfección»[26].

Con este escrito sólo pretendemos ayudar a avivar el amor de Dios ya puesto en nuestros corazones el día del bautismo y el día de la profesión religiosa: «Por eso nosotros, dándonos cuenta de vuestro deseo por llegar a esta perfección, con la ayuda de Dios y de vuestras oraciones, nos esforzaremos, en la medida en que nos lo permita la luz del Espíritu Santo, por avivar la chispa del amor divino escondida en vuestro interior»[27].

Todo aquel que se deje guiar por el fuego de la caridad, descubrirá el tesoro inconmensurable de la Santa Misa y participará de la misma con gran fruto: «Siendo esto así, lo mismo podemos afirmar de la caridad. Habiendo recibido el mandato de amar a Dios, tenemos depositada en nosotros, desde nuestro origen, una fuerza que nos capacita para amar; y ello no necesita demostrarse con argumentos exteriores, ya que cada cual puede comprobarlo por sí mismo y en sí mismo. En efecto, un impulso natural nos inclina a lo bueno y a lo bello, aunque no todos coinciden siempre en lo que es bello y bueno; y, aunque nadie nos lo ha enseñado, amamos a todos los que de algún modo están vinculados muy de cerca a nosotros, y rodeamos de benevolencia, por inclinación espontánea, a aquellos que nos complacen y nos hacen el bien»[28].

Pretendemos mostrar, en la medida de lo posible, la belleza

---

[26] *Regla Monástica,* respuesta 2,1: PG 31, 908–910.
[27] *Ibidem.*
[28] *Ibidem.*

divina plasmada en la Santa Misa: «Y ahora yo pregunto, ¿qué hay más admirable que la belleza de Dios? ¿Puede pensarse en algo más dulce y agradable que la magnificencia divina? ¿Puede existir un deseo más fuerte e impetuoso que el que Dios infunde en el alma limpia de todo pecado y que dice con sincero afecto ***desfallezco de amor*** (Ct 5,8)? El resplandor de la belleza divina es algo absolutamente inefable e inenarrable»[29].

¿Cómo no captar la belleza intrínseca del Santo Sacrificio de la Misa?

– La materia: pan y vino, comida y bebida espirituales.

– La forma: expresa con palabras lo que sucede en la transustanciación, la presencia real del Señor como banquete y como sacrificio con su Cuerpo entregado, su Sangre derramada y el fin del sacrificio: el perdón de los pecados.

– Los colores: blanco nieve y rojo grana.

– El signo principal: un pan y un cáliz.

– Las dos especies: por la separación sacramental de la Sangre de Cristo de su Cuerpo se expresa magnífica y elocuentemente el sacrificio.

– La presencia: sustancial en especie ajena.

– El sacrificio: por la doble consagración sacramental. Sacrificio incruento (influencia cultural en la dulcificación de las costumbres).

– El cambio: selectivo –sólo la sustancia–, pero absoluto –toda la sustancia–, y discriminativo –ningún cambio en las especies, que quedan sin sujeto de inhesión.

– Acción: «*ex opere operato*»[30], ni la malicia y limitaciones del ministro, ni de los participantes afectan la obra de Dios; pero, también la colaboración del hombre: «*ex opere operantis*»[31].

– Comunión: Cristo no se convierte en nosotros, sino nosotros en Cristo, causándose el Cuerpo Místico de Cristo, la unidad eclesial.

---

[29] *Ibidem*.

[30] En virtud de la acción realizada, o sea, "los sacramentos obran en virtud del rito sacramental que se realiza". LUDWIG OTT, *Manual de Teología Dogmática* (Herder, Barcelona 1886 [7] reimpresión 1997) 492.

[31] En virtud del que realiza la acción.

– El envío misionero: «*Ite, missa est*».

¿Acaso, no podemos aplicar a la Misa en particular lo que se dice de la liturgia en general? En ella se superan todas las falsas antinomias, «aparecen las polaridades que la liturgia tiene que integrar: es intuición objetiva, que transmite el don del origen, que siéndonos entregado a la vez nos está sustraído; es universalmente válida pero se expresa en formas históricamente situadas (ritos diversos: bizantino, latino, mozárabe...); es la oración de la comunidad católica pero en ella el orante son siempre personas, que forman la comunidad aun cuando no se disuelven en ella; es don de Dios al hombre y respuesta del hombre a Dios; es presencia del Misterio y es a la vez fuente de mística; lugar concreto donde Dios se inserta y se nos da en este mundo pero a la vez es acción, ofrenda, don de nuestra poquedad agradecida, que le devuelve a él su entera creación ("*de tuis donis ac datis*"[32]). La necesidad suprema del hombre que ama es ofrecer y pedir, suplicar y ser eficaz, pero a la vez allí descubre que lo más necesario y que escapa a sus esfuerzos es la gratuidad, el sentido, lo que no es directamente eficaz, lo que acoge a la persona por su sagrado valor y en su irreductible identidad; en una palabra, la salvación»[33].

La Misa es la que ha formado la conciencia y el corazón bellísimos de todos los santos que fulguran en el cielo de la santidad de la Iglesia.

5. Sublimidad de la Santa Misa

El Sacrificio de la Palabra de Dios hecha carne es de riquezas insondables y tan inefable como la Palabra de Dios escrita. Lo que de esta última dice San Efrén, puede aplicarse a la Santa Misa: «Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque [...] (la Misa) presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su (sacrificio) [...] para que todo

---

[32] «De los mismos bienes que nos has dado», *Canon Romano*, 107.

[33] OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Prólogo al libro del Cardenal Joseph Ratzinger, *El espíritu de la liturgia* (Cristiandad, Madrid 2002) 22–23.

el que lo estudie pueda ver en él lo que más le plazca. Escondió en su (sacrificio) [...] variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos a que afocara su reflexión. [...] Aquel que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de este (sacrificio) no crea que en él se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en él, esto es lo único que ha podido alcanzar. Ni por el hecho de que esta sola parte ha podido llegar a ser entendida por él, tenga este (sacrificio) por pobre y estéril y lo desprecie, sino que, considerando que no puede abarcarlo todo, dé gracias por la riqueza que encierra.

Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella...

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco»[34].

Juan Pablo II dice bellamente: «La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra... Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino»[35].

6. El mundo sacramental

Debemos hacer una reflexión sobre lo que es el mundo fascinante y sobrenatural propio de los sacramentos. Y lo quiero hacer por medio de una comparación.

---

[34] cfr. SAN EFRÉN, *Diatéssaron,* 1,18–19: SC 121, 52–53; cit. en *Liturgia de las Horas* III, pag. 193–194. Los paréntesis son nuestros.

[35] *Carta Encíclica Ecclesia de Eucaristía, sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia*, 19.

a. El mundo visible, sensible. En primer lugar nos encontramos en el mundo visible, sensible. Es este mundo que vemos, creado por Dios, y en él vivimos sumergidos en miles de formas distintas, agradables a los ojos con colores distintos sin número, cientos de perfumes deleitables al olfato, sonidos variadísimos que recrean el oído, tersuras de las más variadas que percibe el tacto deleitándose, multiformes comidas y bebidas que sacian el gusto.

Es el mundo de la creación visible: Multitud de seres bellos pueblan la tierra, el mar y el aire.

Debemos hacer rápida y brevemente una suerte de descripción, como para captar más la belleza de ese mundo visible.

Tenemos árboles con su variedad de formas de colores, unos se yerguen altos hacia el cielo, otros son bajos y achaparrados, y también observar la variedad de colores que tienen ¡La variedad de hojas verdes (que se puede apreciar aquí)!, con maderas de distinta fuerza, vetas, dureza, tersuras, formas y perfumes: el roble, el cedro, el pino, el álamo, los plátanos, los eucaliptos, las araucarias, el algarrobo, el jingo biloba (árbol de China), el quebracho, los abedules, las sequoias, las magnolias, el laurel... Y los árboles frutales en su inmensa variedad, de formas, colores, gustos (que pareciera sirven a los enólogos para clasificar todos los gustos conocidos)... Los arbustos ornamentales: las glicinas, la flor china, el farolito japonés, la Santa Rita...; las madreselvas, los jazmines del país, las hiedras, las retamas, helechos... Las demás flores orgullosas de sus olores y de sus colores: la rosa, reina de las flores, el jazmín, los claveles, siemprevivas, gladiolos, narcisos, orquídeas, azucenas, hortensias, calas, etc. Los granos: trigo, maíz, cebada, centeno... Las verduras... ¡Cuántos vegetales son curativos o se les da usos gastronómicos! Los distintos tipos de animales: vacuno, porcino, caprino, ovino, equino... El ganado selvático... Las aves de corral... El mundo viscoso de las sierpes... (si van alguna vez a un serpentario verán que no hay dos víboras iguales: más grandes, más chicas, unas de un color, otras de otro...).

Si miramos al aire veremos multitud de pájaros de variadas formas, colores, así la tijereta, el jilguero, los canarios, los zorzales,

los horneros, benteveos... y vemos que unos tienen copete, otros no; unos tienen pico grande, otros pequeño...; o la diferente forma de cantar, como el zorzal, la calandria, o de volar, los gorriones; o de hacer sus nidos, como los de urraca u hornero, o como los que hacen las catas; o ponen huevos de distinto tamaño y color, así el de la urraca es redondo y con pintas, pero otros son ovalados o más pequeños, diferentes formas de empollar, de criar sus pichones...

Así en los insectos encontramos las variopintas mariposas, las abejas laboriosas, las molestas moscas y los mosquitos, los San Antonio apacibles...

Vemos en el cielo las nubes –agua en estado gaseoso– cambiantes de color y forma, eternas peregrinas que llevan en sus odres la lluvia para fecundar los campos y que son las que dinámicamente convierten en distinto un mismo paisaje salido de la paleta del Divino Pintor, y cambiante no sólo de día en día, sino de minuto en minuto. A veces esas mansas nubes nos ensordecen con sus truenos y deslumbran con sus rayos y relámpagos. Las montañas con «su blanco poncho de nieves» –agua en estado sólido–, grandes y bellos tanques de agua destilada que, según las variables meteorológicas, se van derritiendo de a poco, formando ríos y lagos, que luego de regar la tierra van a dar en el mar. Allí vemos el sol, la luna, las estrellas de distintas magnitudes, los planetas, las galaxias, las nebulosas, los quasar, los agujeros negros...

Y los ríos, lagos y mares –agua en estado líquido–, ¡cuán poblados de seres vivos, variadísimos! Peces de todo tipo, forma, color, gusto, costumbre... los moluscos (entre ellos los mariscos), grandes animales: ballenas, focas, lobos marinos, tiburones (con más de 340 especies conocidas y demás de la familia como los pez espada y las carpas...), delfines, cocodrilos, hipopótamos...

Debemos incluir aquí las obras de las manos del hombre... arte... Todo lo que el hombre hace... Las manifestaciones culturales en el baile, ballet... ciencia... la técnica... así los autos, aviones, barcos, submarinos, naves espaciales... los medios de comunicación... las industrias de todo tipo...

Y el hombre puede hacerlo porque Dios le dio el poder, la capacidad....

¡Es la belleza del mundo visible! ¡*El cielo canta la gloria de Dios*! (Sl 18,2).

b. El mundo invisible, no–sensible: Pero hay otro mundo, que ya no es visible. Es el mundo invisible. No sé si recordarán aquello del Principito: «Lo esencial es invisible a los ojos»[36], que de alguna manera ya lo había dicho san Pablo cuando dice: *no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas* (2Cor 4,18). El mundo invisible es bello, y podemos decir ¡infinitamente bello!, porque a él pertenece Dios que es infinito y es espíritu infinito. Es el mundo de Dios increado, el mundo de las tres divinas personas. Pero también hay criaturas creadas espirituales: los ángeles y las almas humanas con su inteligencia y voluntad racionales. Y lo que nuestra alma produce, y que no siempre sale al exterior: sus pensamientos, su querer, cosas realmente extraordinarias.

c. El mundo visible–invisible: Y ese mundo sacramental del todo especial, que es creado por Dios, y que toma algo del mundo visible, pero que también tiene mucho del mundo invisible. Toma algo del mundo visible, como nuestro Señor, que quiso ser bautizado con las aguas del río Jordán. ¿Qué es lo visible? El agua, que es un signo sensible. El mundo sacramental tiene leyes propias, consistencia propia, un obrar propio y sentido propio. Ese signo sensible cuando se une a la palabra que determina el porqué de esa agua, hace el sacramento. Como dicen hermosamente San Agustín y Santo Tomás: «La palabra se une al elemento (la materia) y se hace el sacramento»[37]. La materia indeterminada, por ejemplo, agua. ¡Cuánta agua hay!, pero por ella sola no hay bautismo, porque si no hay palabra, no hay determinación, y por eso no hay bautismo. Pero si hay agua y hay

---

[36] ANTOINE DE SAINT–EXUPERY, *El Principito* (Fernández Editores, México ²1960) 66.

[37] SAN AGUSTÍN, *Super Io* 15,2: ML 35,1840; cit. en *S. Th.*, III, 60, 4: «*accedit verbum ad elementum, et fit sacramentum*».

determinación, o sea, la palabra «yo te bautizo», ahí si hay sacramento. «Se une la palabra al elemento y se hace el sacramento». Ese signo sensible produce lo que significa, que es la característica propia del sacramento cristiano. No es un mero signo, como cuando uno va por la ruta y una flecha hacia la izquierda indica que hay una curva hacia la izquierda. No es eficaz, porque si uno no mueve el volante sigue de largo. El mundo sobrenatural es un mundo del todo particular, porque lo que significa, eso produce. Y por eso el agua significa limpieza, en el bautismo lava el alma de los pecados. Y significa fecundidad. Fíjense, donde hay algo verde, es porque hay agua o porque hay una acequia. Si no hay acequia, el árbol muere, como sucedió con este árbol seco del patio: No le llegaba el agua, y se secó.

Produce lo que significa. Tenemos la Eucaristía. Pan y vino: materia del sacrificio. La palabra se une al elemento: «*Esto es mi cuerpo ... Ésta es mi sangre*». Ese pan y ese vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Porque pertenecen al mundo sacramental, que produce eficazmente lo que significa. Por un lado tenemos la Sangre, por otro el Cuerpo. Sangre por un lado, Cuerpo por otro: Sacrificio. Produce lo que significa: perpetúa el sacrificio de Cristo en la Cruz. En el cual la Sangre se separó del Cuerpo. Y así con todos los demás sacramentos. Por eso es que debemos nosotros valorar lo que es el mundo sacramental, superior a este mundo físico. Parecido, porque tiene elementos en común, elementos sensibles, pero que lo supera infinitamente porque produce lo que significa y obra efectos invisibles.

Y no caigamos nosotros en esa falsa dialéctica que ya viene de la época del pontificado de Pablo VI, y que él refuta en la «*Evangelii nuntiandi*», porque hay algunos ahora que, siguiendo la tendencia protestante dicen: «lo que importa es la palabra, no los sacramentos». Sí, importa la Palabra, que también es un sacramento en sentido amplio, porque uno escucha una cosa y en la mente se forma un concepto que es invisible. Pero es que la palabra tiene que llevar de suyo al sacramento, como dice el Papa en la «*Evangelii nuntiandi*»: «Sin embargo, nunca se insistirá bastante en el hecho de que la evangelización no se agota con la predicación y la enseñanza de una doctrina. Porque aquella debe conducir a la vida: a la vida natural a la que da un sentido nuevo

gracias a las perspectivas evangélicas que le abre; a la vida sobrenatural, que no es una negación sino purificación y elevación de la vida natural. Esta vida sobrenatural encuentra su expresión viva en los siete sacramentos y en la admirable fecundidad de gracia y santidad que contienen.

La evangelización despliega de este modo toda su riqueza cuando realiza la unión más íntima, o mejor, una intercomunicación jamás interrumpida, entre la Palabra y los sacramentos. En un cierto sentido es un equívoco oponer, como se hace a veces, la evangelización a la sacramentalización.

Porque es seguro que si los sacramentos se administraran sin darles un sólido apoyo de catequesis sacramental y de catequesis global, se acabaría por quitarles gran parte de su eficacia. La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir –y no a recibir de modo pasivo o apático– los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe»[38].

Toda la actividad de la Iglesia tiende como hacia una cumbre hacia la Eucaristía, y brota de la Eucaristía como de una fuente, como dice el Concilio Vaticano II, en varios lugares.

7. Liturgia vívida y vivida

«Por la palabra de la predicación y por la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cumbre es la Sagrada Eucaristía, la actividad misionera hace presente a Cristo autor de la salvación» [39]. Porque la Eucaristía es el fin de los demás sacramentos: «Los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiásticos y las obras del apostolado, están unidos con la Eucaristía y hacia ella se ordenan[40]. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia[41], es

---

[38] PABLO VI, *Exhortación apostólica «Evangelii Nuntiandi»*, n. 47 (Ediciones Paulinas, Buenos Aires) 43ss.

[39] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia «Ad Gentes»*, 9.

[40] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.,* III, 73, 3; cfr. III, 65, 3.

[41] *Ibidem,* III, 63, 3, ad 1; III, 79, 1, y ad 1.

decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo, que por su Carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él»[42]. Es cumbre y fuente: «La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor [...] la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascuales"[43], sean "concordes en la piedad"; ruega a Dios que "conserven en su vida lo que recibieron en la fe"[44], y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin»[45]. Es el centro de la vida de la Iglesia, por tanto, debe ser el centro y la cima de la vida pastoral: «No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía; por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad»[46]. Y también es el centro de la vida consagrada: «Al ofrecer la víctima divina, los consagrados se ofrecen a sí mismos con ella; pero lo hacen en fidelidad al propio carisma. Entiende, por tanto, modular también esta acción de gracias con gestos excesivos de amor, cuales son sus votos, en correspondencia al amor excesivo

---

[42] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 5.

[43] MISAL ROMANO, *Vigilia pascual y Domingo de Resurrección. Oración postcomunión*, 55.

[44] MISAL ROMANO, *Martes de la Octava de Pascua. Oración sobre las ofrendas*.

[45] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 10.

[46] cfr. *Didascalia,* II 59, 1–3. cit. en CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 6.

de Cristo redentor»[47].

De allí que «la santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente, activa (...y fructuosa[48]) en las celebraciones litúrgicas»[49].

Es la participación litúrgica la que logra que la liturgia sea vívida y vivida.

La participación litúrgica de todo fiel debe ser –como enseña el Concilio– **plena, consciente, activa y fructuosa.**

¿Qué quiere decir **plena**? Que debe manifestarse tanto en lo exterior –actitudes, gestos, oraciones, cantos...– como en lo interior, con firme voluntad de unirse a Cristo y a todo el Cuerpo Místico.

¿Qué quiere decir **consciente**? Que cada uno –ministro o simple fiel– debe saber lo que hace y porqué lo hace. No hay que conformarse con una asistencia negligente, pasiva y distraída. Para ello es necesario una formación catequética que cada uno debe procurarse con lectura y estudios adecuados.

¿Qué quiere decir **activa**? Quiere decir que todos deben tomar parte. Los cristianos «no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores» [50]. Deben fomentarse las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales[51]. Hay que empeñarse y enfervorizarse para entrar en íntimo contacto con Jesucristo, Sumo Sacerdote.

¿Qué quiere decir **fructuosa**? Quiere decir que «la participación más perfecta es la comunión», y por eso el concilio

---

[47] CARDENAL ANTONIO MARÍA JAVIERRE ORTAS S.D.B., «Intervención en la IX Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *L'Osservatore romano* 45 (1994) 630.

[48] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 11.

[49] *Ibidem*, 14.

[50] *Ibidem*, 48.

[51] cfr. *Ibidem*, 30.

enseña: «Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor»[52], el culmen de la participación litúrgica, la máxima y más efectiva, es la comunión sacramental. Nadie debería –estando en gracia de Dios– dejar de comulgar en cada misa que participa[53].

Todos tenemos que lograr, cada uno según su responsabilidad, realizar una liturgia vívida y vivida. Vívida, o sea, eficaz, con fuerza. Vivida, es decir, que tenga vida, que sea una inmediata experiencia de Cristo.

[52] *Ibidem*, 55.
[53] Salvando lo prescripto en CIC c. 917.921§2 y posterior reglamentación.

Introducción

Rito de introducción[54]

Según la Ordenación General del Misal Romano, los ritos introductorios tienen como «finalidad lograr que los fieles reunidos constituyan una comunidad y se dispongan a oír como conviene la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía»[55]. Es el momento en que debemos prepararnos mejor para el encuentro con el Señor. Donde la acogida y hospitalidad nos «*domestican*», nos deben hacer sentir de la «*domus Dei*», de la casa de Dios. Estos ritos son:

La entrada del celebrante

Normalmente debe ir acompañada de un canto procesional, solemne y festivo que corresponde, de suyo, al pueblo, y pretende «abrir la celebración, fomentar la unión de quienes se han reunido e introducir sus pensamientos en la contemplación del misterio litúrgico o de la fiesta»[56]. Se acompaña la procesión de entrada estando de pie. Deberíamos reproducir en nosotros los sentimientos de nuestro Señor que ansiaba ir al sacrificio de la cruz: *Él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén* (Lc 9,51).

Veneración al altar

A la procesión de entrada sigue la veneración al altar, como símbolo de Cristo y lugar específico del sacrificio eucarístico. Esta veneración se expresa con tres signos: la inclinación, el beso y la incensación.

Es un beso de saludo y de amor entre la Esposa y el Esposo.

---

[54] cfr. J.A ABAD IBÁÑEZ–M. GARRIDO BONAÑO, OSB, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 273–281.

[55] *Ordenación General del Misal Romano*, 24. *Ordenación General del Misal Romano* en adelante OGMR.

[56] OGMR 25.

Tiene una importancia especial, por ser el único –con el del final de la misa– previsto.

¡Nuestra mirada al altar del sacrificio debe ser un acicate más para disponernos mejor a participar del sacrificio de Aquél que es «*sacerdote, víctima y altar*»![57]

Saludo a la comunidad cristiana

La señal de la cruz, unida a la fórmula: «*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*», acompaña el comienzo de todas las acciones cristianas. Luego, el ministro y los fieles se saludan, con lo que «el sacerdote manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo se pone de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada»[58]. Se desea que el Señor esté con el «*espíritu*» del ministro[59] para que realice bien su ministerio.

Siempre la Iglesia se congrega junto al altar para el sacrificio del Señor. «La Eucaristía ... es el lugar donde permanentemente la Iglesia se expresa en su forma más esencial: presente en todas partes y, sin embargo, sólo **una,** así como **uno** es Cristo»[60]. «El Sacrificio eucarístico ... se manifiesta, a pesar de su permanente particularidad visible, como imagen y verdadera presencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica[61]»[62].

Rito penitencial

---

[57] MISAL ROMANO, *Prefacio de Pascua* V, 48.

[58] OGMR 28.

[59] Teniendo en cuenta el carácter semítico de la expresión, desde el punto de vista gramatical debería traducirse «y también contigo». Sin embargo, los comentarios patrísticos no son gramaticales sino ministeriales: «Llama "espíritu" no al alma que está en el sacerdote sino al Espíritu que éste ha recibido por la imposición de las manos» dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ep. I ad Cor. Hom.* 36, 5. PG 61, c. 313.

[60] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Communionis notio*, 5.

[61] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 26; cfr. SAN AGUSTÍN, *In Ioann. Ev.,* 26,13.

[62] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Communionis notio*, 11.

La Iglesia santa y, al mismo tiempo, integrada por pecadores, sabe que sus miembros necesitan convertirse para recibir el perdón de Dios, disponiéndose así para participar dignamente en la Misa.

Aquí debemos esforzarnos por tener un adecuado espíritu de penitencia, de humildad y de confianza en la misericordia divina.

Kyrie

Se rezan: dos *Kyrie,* dos *Christe* y dos *Kyrie,* con sentido cristológico. «Es un canto con el que los fieles aclaman al Señor y piden su misericordia»[63]. ¡Es la maravillosa súplica letánica que nunca debería caerse de nuestro corazón: Señor, ten piedad!

Gloria

Esta oración está dirigida al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Es himno trinitario: «El Gloria es un himno con el que la Iglesia, congregada en el Espíritu Santo, glorifica a Dios Padre y al Cordero y le presenta sus súplicas»[64].

La oración colecta

El sacerdote invita al pueblo a dirigirse a Dios, pues debe conducirlo al Padre: «El sacerdote invita al pueblo a orar; y todos a una, con el sacerdote, permanecen un rato en silencio para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas. Entonces el sacerdote lee la oración que suele denominarse "colecta". Por medio de ella se expresa la índole de la celebración, y con las palabras del sacerdote se dirige la súplica a Dios Padre por Cristo en el Espíritu Santo. El pueblo,

---

[63] OGMR 30.
[64] OGMR 31.

uniéndose a esta súplica y dando su asentimiento, hace suya la oración, pronunciando la aclamación "Amén"»[65].

[65] OGMR 32.

Primera parte

Liturgia de la Palabra

Liturgia de la Palabra

«Espiritualmente alimentada en estas dos mesas[66], la Iglesia, en una, se instruye más, y en la otra, se santifica más plenamente; pues en la palabra de Dios se anuncia la alianza divina, y en la eucaristía se renueva esa misma alianza nueva y eterna. En una, la historia de la salvación se recuerda con palabras; en la otra, la misma historia se expresa por medio de los signos sacramentales de la liturgia

Por tanto, conviene recordar siempre que la palabra divina que lee y anuncia la Iglesia en la liturgia conduce, como a su propio fin, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la eucaristía. Así pues, la celebración de la misa, en la que se escucha la palabra y se ofrece y se recibe la eucaristía, constituye un solo acto de culto divino[67], con lo cual se ofrece a Dios el sacrificio de alabanza y se realiza plenamente la redención del hombre»[68].

Para lograr una activa, consciente y fructuosa participación en la misma, lo más aconsejable es que se lean antes las lecturas del día, de ser posible. Hay que adoptar la mejor disposición de escucha a Dios, a través de su Palabra: «Cristo está presente en su Palabra, pues cuando se lee la Sagrada Escritura en Iglesia es Él quien habla»[69]. Cristo, Verbo encarnado, se hace realmente presente en la Palabra y la hace eficaz.

Gran amor debemos tener a la Sagrada Eucaristía como a la Palabra de Dios, ya que como dice San Jerónimo «ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo»[70], o como enseña San Juan de Ávila

---

[66] cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 51; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 18; *Constitución Dogmática sobre la divina revelación «Dei Verbum»*, 21; *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia «Ad Gentes»*, 6; OGMR 8.

[67] cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 56.

[68] *Ordenación de las lecturas de la Misa*, Notas preliminares, 10.

[69] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7.

[70] *Com. in Is.* pról.: PL 24,17.

«ensalzar la Palabra de Dios es ensalzar al mismo Dios». Debemos aprovecharnos de sus riquezas, porque como dice San Lorenzo de Brindisi: «múltiples riquezas encierra la Palabra de Dios, ya que es como el tesoro en donde se encuentran todos los bienes».

Pero hay que leerla bien ¿Cómo hay que hacer? Repito los consejos que leí hace muchos años. Hay que leer la Biblia como se comulga, con sencillez y personalmente, con espíritu de fe, humildad y oración, con deseo de cambiar de vida y como la interpreta la Iglesia: «en Iglesia», para encontrarse con Jesucristo Nuestro Señor.

Con espíritu de fe: Sin mayores averiguaciones, reconociendo su autoridad: es «*Palabra de Dios*». Por tanto, debemos leerla con el corazón dirigido hacia Dios y no hacia la ciencia humana.

Debemos creer en la Palabra de Dios. En toda la Palabra de Dios, no aceptando lo que me gusta y rechazando lo que no me gusta. Quien no tenga fe, no entenderá ni jota de la Sagrada Escritura. Sólo tendrá un conocimiento superficial e infecundo. San Pablo temía que algunos despreciasen la Palabra de Dios, por eso previene a los Tesalonicenses: *No menospreciéis las profecías* (1Te 5,20).

Con espíritu de humildad: Sin discusiones, sin curiosidad malsana. Con toda pureza intelectual, con rectitud de intención y no para buscar satisfacciones intelectuales, literarias, históricas o arqueológicas. Debo ponerme en contacto con Dios. Ese es el objeto de la lectura de su Palabra; pero eso está oculto a los sabihondos: *Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubres estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las revelas a los pequeños* (Mt 11,25).

Debo ponerme como el alumno frente al Maestro y ese Maestro es el Espíritu Santo. Decía Santa Margarita María: «Colóquense delante de Dios como una tela pronta para recibir los brochazos y pinceladas del pintor; cuando tenemos esa actitud de "tela de pintar", el Espíritu Santo puede obrar».

Con espíritu de oración: Debemos leer la Sagrada Escritura

como se comulga: adorando con el Espíritu, amando con el corazón. Enseñaba el pseudo–Dionisio: «Leer la Biblia es rezar; meditarla es hacer oración; reverenciarla es adorar la grandeza y majestad de Dios; familiarizarse con la Biblia es entrar en conversación frecuente con Dios y es empezar a gozar de Él».

Con espíritu de conversión: Dejando transformarnos por Cristo, porque quien lee la Sagrada Escritura, sin transformarse, sin abandonar el espíritu del mundo, el pecado, los placeres desordenados, sus codicias, etc., obra como un insensato. Es como un espejo en el que debemos mirar para vernos cómo debemos ser: *Pero haceos ejecutores de la palabra, y no oidores solamente, engañándoos a vosotros mismos* (Sant 1,22). Dice San Juan de Ávila: «No hay ruibarbo (planta usada como purgante) ni caña fístola que así revuelva el estómago como la Palabra de Dios». *¿No es así mi palabra, como el fuego, y como un martillo que golpea la peña?* (Jr 23,29), si no quema la raíz de nuestros vicios, si no rompe nuestro corazón pervertido, es señal que no obra en nosotros porque nosotros obramos mal y leemos mal la Palabra de Dios.

Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mi senda (Sl 119,105). Si no ilumina nuestra vida es porque nos tapamos los ojos para no ver y los oídos para no oír, y «no hay peor sordo que el que no quiere oír».

Con espíritu eclesial: «Leer en Iglesia»[71] entendiendo esto ante todo: *Que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada* (2Pe 1,20).

Todo lo que hagamos para aprovechar mejor de la Sagrada Escritura, redundará en grandes beneficios para nosotros, ya que será una ayuda inestimable para descubrir, cada vez más y mejor, los grandes tesoros de la Sagrada Eucaristía.

---

[71] JUAN PABLO II, «Discurso al Consejo Internacional de los Equipos de Nuestra Señora», *L'Osservatore Romano* 39 (1979) 840; CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7. La traducción del texto latino «*sacrae Scripturae in Ecclesia leguntur*» que aparece en CONCILIO VATICANO II, *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar*, BAC (Madrid 1975) 191 es incorrecta, pues traduce «leer en la Iglesia» en vez de traducir «leer en Iglesia». No se trata de una determinación local, sino eclesial.

¡Cuánto tiempo empleamos en leer diarios, revistas y libros humanos! ¿Y no hemos de darle tiempo a éste que es el «Libro de los libros», el «Libro por excelencia», la Biblia?

Acudamos a la Sagrada Escritura que al alma buena es más dulce que la miel: *¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca* (Sl 119,103). A Santa Ángela de Foligno le fue revelado que la inteligencia de las Sagradas Escrituras encierra tales delicias que el hombre que las poseyera olvidaría el mundo... «no se olvidaría sólo del mundo el que gustase el deleite singular de entender los Evangelios; **se olvidaría de sí mismo**».

«La Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo»[72].

[72] JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 22.

Segunda parte

Liturgia de la Eucaristía

Primer momento:

Presentación y ofrenda de los dones

Capítulo 1º. Materia del sacrificio

La Eucaristía es una realidad tan maravillosa que, desde cualquier punto de vista que se la mire, supera todo lo que el entendimiento humano pueda pensar, aún desde aquel punto de vista que alguno pudiera considerar que es secundario, como ser lo que constituye la materia del sacrificio eucarístico.

¿Cuál es la materia? Pan y vino.

¿Qué calificación teológica tiene esta doctrina? Es de fe definida, por el Concilio de Trento[73], que la materia para la confección de la Eucaristía es el pan y el vino[74].

¿Qué pan y qué vino? Pan de trigo y vino natural de la vid (que el pan sea ácimo o fermentado no es una diferencia sustancial).

¿Por qué esto es así? Hay una sola razón: **Porque el Señor así lo determinó.** En efecto, nuestro Señor, en la Última Cena, empleó pan y vino[75]. Por eso: «En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino»[76].

Acerca de la materia del sacrificio, debemos hacer notar varias cosas:

---

[73] CONCILIO DE TRENTO, DENZINGER–HÜNERMANN 1642.1652. DENZINGER–HÜNERMANN (Editorial Herder, Barcelona 1999) en adelante DH; CIC c. 924.926; cfr. LUDWIG OTT, *Manual de Teología Dogmática* (Herder, Barcelona 1962) 578.

[74] Léase el libro del BEATO CLEMENTE MARCHISIO, *La Santísima Eucaristía combatida por el Satanismo* (Turín 1894) reeditada en Córdoba 1995, imprescindible para entender el cuidado que hay que tener para emplear materias válidas para el sacrificio. El conocimiento de esta preciosa obra se lo debo a la caritativa Hermana Gemma Delsone de las Hijas de San José.

[75] cfr. Mt 26,26–29; Mc 14,22–25; Lc 22,19–20; 1Cor 11,23–26.

[76] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1333.

– La materia es **sencilla**, ya que pocas cosas hay más sencillas que el pan y el vino;

– Fue materia **viva**, es decir, animada por un alma vegetal y tiene, por tanto, la nobleza de todo lo que fue vivo;

– Pero es materia **elaborada** por el hombre, porque no se dan naturalmente el pan y el vino, sino que es necesario el trabajo del hombre[77];

– Es materia **cocinada**. Ha tenido que pasar por un proceso de cocción. Con los granos de trigo molidos se produce la harina que se mezcla con agua y debe ser cocinada por el fuego, y los granos de uvas luego de ser molidos tienen una suerte de cocción por el «calor natural»[78] del mosto;

– Además, es una materia **compuesta** por muchas unidades: El pan por muchos granos de trigo que el hombre tuvo que moler para hacerlos harina y el vino es formado por muchos granos de uva que el hombre tuvo que triturar en el lagar;

– Es materia **doble**: pan y vino, ya que en todo banquete hay comida y bebida. El pan tiene por función nutrir y el vino deleitar;

– Es materia **no cruenta**, porque es materia inanimada;

– Por último, es materia **sensible**, **visible**, que vela lo invisible. De ahí la necesidad de la fe para comprender lo que pasa en la Eucaristía más allá de lo sensible.

1. Hubo quienes usaron otras materias

Como suele pasar con muchas otras cosas, ha habido –y hay–, quienes pretendieron corregirle la plana a Jesucristo en la elección

---

[77] *Ibidem*. «Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino, fruto "del trabajo del hombre", pero antes, "fruto de la tierra" y "de la vid", dones del Creador».

[78] ARISTÓTELES, *IV Meteor.,* 2, 4.

que Él hizo acerca de la materia del sacrificio eucarístico. El ridículo y la necedad suelen hacer brillar con mayor esplendor la verdad y la sabiduría. Los artotyritas, como dice San Agustín y Teodoreto, usaban de pan y queso, porque suponían que era lo que los primeros hombres ofrecían a Dios, como dice el Génesis, que eran los frutos de la tierra y de los animales, simbolizados en los productos indicados: el fruto de la tierra, y el queso, hecho de leche de ovejas[79].

Los catafrigios y pepucianos usaban pan de harina amasado con sangre de niños, para manifestar la realidad sacrificial de la eucaristía con la sangre inocente de los niños[80].

Los ebionitas y encatritas sólo ofrecían agua –de ahí que también se los llamara acuarios–, bajo pretexto de sobriedad. En esto los imitaron los severianos y los maniqueos. Otros usaron sólo agua por miedo en tiempo de las persecuciones, a quienes reprende San Cipriano[81]. El Papa Julio[82] reprende a los que «guardan durante el año un paño empapado en mosto y, cuando quieren sacrificar, lavan en agua una de sus partes y así ofrecen»[83].

Los calvinistas sostienen que en caso de necesidad se puede usar como materia todo lo que tenga alguna analogía con el y con el vino[84].

Hace años escuché a alguno argüir en contra del pan y del vino porque en Alaska no se dan[85], no dándose cuenta que si el Señor hubiese elegido una materia que abundara en Alaska, ésta,

---

[79] cfr. EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.,* III, 74, tomo XIII (BAC, Madrid 1957) 486–487.

[80] cfr. SAN EPIFANIO, *Haer*. 48, 14.

[81] cfr. *Epist. 63 ad Caecilium.*

[82] GRATIANUS, *Decretum In sacramentorum, 7 Cum omne*; cfr. CONC. BRACAR. IV (675) 2.

[83] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th*., III, 74, 8.

[84] cfr. BEZA, *Ep. 25 ad Tillium.*

[85] Santo Tomás, siete siglos antes ya respondía esa dificultad: «Aunque no se den en todas las regiones el pan y el vino, pueden, sin embargo, fácilmente transportarse en cantidad necesaria para su uso». (*S. Th*., III, 74, 1, ad 2) y «el vino verdadero puede transportarse a esas regiones en cantidad suficiente para el sacramento» (*S.Th.* III, 74, 5, ad 1).

probablemente faltaría en el resto del mundo. Más modernamente, en Estados Unidos uno propuso que sería más popular que la materia fuese pizza y Coca–Cola. En Salta un delirante afirmó que el pan de trigo era cancerígeno y algunos periodistas en vez de apuntar a las panaderías, apuntaron a la Eucaristía; y no faltó quien dijo que la materia se podía cambiar si Roma lo autorizaba, ignorando que ni un Papa ni todos los Papas juntos, ni un Concilio ni todos los Concilios juntos, pueden cambiar la materia establecida por Jesucristo.

2. Conveniencias[86]

Digamos una vez más que la materia de los sacramentos es elegida libremente por Dios para ser signos visibles y eficientes –es decir, que causan lo que significan– de la gracia invisible. Pero no ha sido una elección arbitraria, sino conveniente.

a. Por el modo de usar el sacramento que es a la manera de manjar. El pan y el vino, que son comida común de los hombres, se reciben en este sacramento como manjar espiritual, que sostiene, aumenta y deleita.

b. Porque representa la Pasión de Cristo en que la Sangre fue separada de su Cuerpo; por eso en este sacramento, que es su memorial, se toman por separado el pan como sacramento del Cuerpo y el vino como el sacramento de su Sangre.

c. Por el efecto que produce en los que lo reciben, ya que sirve de defensa del alma y del cuerpo. Por eso se ofrece la Carne de Cristo, bajo especie de pan, como salud del cuerpo, y la Sangre de Cristo, bajo especie de vino, para la salud del alma.

d. Por lo que obra en toda la Iglesia constituida por muchos fieles, causando su unidad, como el pan se hace de muchos granos para formar una sola cosa y el vino de muchas uvas también para formar una sola cosa, así en la Iglesia ***dado que uno es el pan, un cuerpo somos los muchos; pues todos participamos del único pan*** (1Cor 10,17).

---

[86] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, 74, 1.3.4.6.

e. La primacía del pan y del vino sobre los otros alimentos del hombre por ser los más nobles y principales frutos del reino vegetal. San Ireneo[87] los llama primicias de las criaturas, primicias de los dones de Dios[88].

¡Qué magníficas son las determinaciones del Señor! ¡Realizar algo tan grandioso con elementos tan sencillos como el pan y el vino! ¡Los miles de millones de seres humanos formamos un solo Cuerpo porque el Pan y el Vino son Uno!

Por si esto fuese poco todavía nos resta considerar otro pequeño «detalle».

3. ...y un poco de agua[89]

Ya en el siglo II se habla expresamente de esta conmixtión en la Eucaristía[90]. «El Sacrosanto sacrificio eucarístico debe ofrecerse con y vino, al cual se ha de mezclar un poco de agua» preceptúa la ley universal de la Iglesia[91].

Al hacerlo el diácono, o el sacerdote, dice en secreto: *El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana*[92]. Ello es así porque se cree que el Señor instituyó la eucaristía con vino mezclado con agua, según costumbre del pueblo elegido en la Cena pascual[93].

Además, es así porque conviene a la representación de la pasión del Señor, por eso dice el Papa Alejandro: «No se debe ofrecer en el cáliz del Señor, vino solo o agua sola, sino los dos mezclados, porque se lee haber salido los dos del costado de Cristo

---

[87] *Haer*. 4, 17.
[88] cfr. GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía* (BAC, Madrid 1951) 24–25.
[89] MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 22.
[90] SAN JUSTINO, *Apol.* I 65 67; San Ireneo, *Ad haer.,* V 1.2; inscripción de Abercio (Quastem, Mon 24).
[91] CIC c. 924.
[92] MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 22.
[93] KNABENBAUER, *Comm. In Matth.,* 442.

en su pasión»[94]. También, porque sirve para significar el efecto del sacramento que es la unión del pueblo cristiano con Cristo, como dice el Papa Julio: «En el agua vemos sobreentendido el pueblo[95], y el vino significa la sangre de Cristo. Por consiguiente, al añadir en el cáliz agua al vino, se une el pueblo a Cristo»[96], así también San Cipriano: «En el agua se simboliza al pueblo»[97]. Así como el vino absorbe el agua, así Cristo nos ha absorbido en sí mismo a nosotros y a nuestros pecados. Esta unión es tan fuerte, que nada la puede deshacer, lo mismo que es imposible separar el agua del vino.

Por último, porque es conveniente para significar el último efecto del sacramento, que es la entrada a la vida eterna. De ahí que San Ambrosio (o quien sea el autor del libro) diga: «Rebosa el agua en el cáliz y salta a la vida eterna»[98].

Hubo quienes erraron en esto. Los armenios llevados de su error monofisista creyeron que debía consagrarse el vino sin mezcla de agua, para que no se pensase que con la mezcla del vino y del agua significaban la distinción de las dos naturalezas en Cristo[99]. Los luteranos ofrecen vino puro, reprochándole a la Iglesia Católica que lo mezcle con agua. Los calvinistas también, pretendiendo que la mezcla solo tiene fundamento humano, opuesto a la pureza evangélica.

Contra eso el Concilio de Trento enseña: «Si alguno dijere que no debe mezclarse el agua con el vino en el cáliz que se ofrece, por ser esto contra la institución de Cristo, sea anatema»[100].

Con todo, la mezcla del agua no afecta a la validez del sacramento (es sólo una añadidura que tiene una significación mística accidental), pero sí a su licitud.

---

[94] *Ep. Ad omnes orth.*
[95] En el *Apocalipsis* el agua designa al pueblo. cfr. Ap 17,15.
[96] cfr. GRATIANUS, *Decretum In sacramentorum,* 7 *Cum omne*; cfr. CONC. BRACAR. IV (675) 2.
[97] cfr. SAN CIPRIANO, *Epist.* 63 *ad Caecilium.*
[98] *De Sacramentis*, 5, 1.
[99] NICÉFORO CALIXTO, *Hist. Eccl.,* l. XVIII.
[100] CONCILIO DE TRENTO, DH 1759.

Por eso se pone más vino que agua. Enseña el Concilio de Florencia: «...El sacramento de la Eucaristía, cuya materia es el pan de trigo y el vino de vid, al cual antes de la consagración se debe añadir una pequeñísima porción de agua»[101].

¿Qué ocurre con las gotas de agua? Según Santo Tomás la opinión más probable es que el agua se convierte en vino[102]. Así también se expresa el *Catecismo de Trento*: «Según la sentencia y el parecer de todos los eclesiásticos aquella agua se convierte en vino»[103]. Por eso debe añadirse poca agua.

Por si algo faltase a la Eucaristía, unas pocas gotas de agua, que suelen pasar desapercibidas por muchos, tienen también su significado profundo. Es que nada hay en la Misa que sea superfluo. Es una de las grandes obras maestras de Dios, en la que ni Él mismo se puede superar[104].

¡Todo es admirable en la Santa Misa! ¡Todo está cargado de sentido! ¡Todo ayuda para que nos vayamos adentrarnos cada vez más en el misterio! ¡Hasta unas pocas gotas de agua!

Y, ¿por qué es esto así? Porque detrás de la Misa hay una inteligencia poderosa y hay un corazón muy grande. La inteligencia y la voluntad de quien la hizo: **Jesucristo**. Inteligencia y amor desbordantemente geniales ya que inventó algo que viene realizándose en el mundo desde hace 2000 años y que se realizará hasta el fin de él: *Hasta que Él vuelva* (1Cor 11,26). Y ello con algo tan sencillo como pan y vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre.

Debemos aprender, los sacerdotes y los fieles cristianos laicos, en la Misa, a valorar todos los hechos sencillos, los llamados medios pobres –como el pan y como el vino–, y a descubrir que nuestra vida, incluido nuestro trabajo pastoral, es una larga serie de pequeños actos, delicados y sacrificados, por medio de los

---

[101] CONCILIO DE FLORENCIA, DH 1320.

[102] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, 74, 8, ad 2: «*...aqua in vinum convertitur...*».

[103] *Catecismo Romano*, II, IV, 17.

[104] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, I, 25, 6, ad 4.

cuales, nuestros prójimos deben ser capaces de descubrir nuestro amor a ellos, así como el pan y el vino transustanciados nos gritan, con voz imposible de enmudecer, **¡Cuánto nos ama el Señor!**

Capítulo 2º. Nuestro ofrecimiento

«Es importante que este primer momento de la liturgia eucarística, en sentido estricto, encuentre su expresión en el comportamiento de los participantes. A esto corresponde la llamada procesión de las ofrendas, prevista en la reciente reforma litúrgica[105] y acompañada, según la antigua tradición, por un salmo o un cántico. Es necesario algún espacio de tiempo, a fin de que todos puedan tomar conciencia de este acto, expresado contemporáneamente por las palabras del celebrante»[106].

Es el momento de comenzar a ofrecer nuestra vida y nuestras cosas a Dios por medio de Jesucristo, para que se digne aceptarlas, bendecirlas y santificarlas. Nuestra vida quiere decir todo: oración, trabajo, recreación, deportes, estudio, familia, amistades, proyectos, alegrías, penas, gozos, dolores, inquietudes, esperanzas... Esta actitud ofertorial debe extenderse y seguir profundizándose en el transcurso de la Misa. Pueden ayudarnos mucho para adquirir esta disposición del alma los cantos propios de este momento de la Misa[107].

Enseña el Concilio Vaticano II que la misa debe ser el punto de la convergencia de toda nuestra vida. De allí que no alcance la sola presencia o la mera perfección externa en los ritos. Hay que poner «el alma», de lo contrario, no será «*nuestro*» sacrificio («*este sacrificio mío y vuestro*»[108])[109].

---

[105] cfr. OGMR 101.

[106] JUAN PABLO II, *Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía*, n. 9 (Ediciones Paulinas, Buenos Aires 1980) 28.

[107] Aprovechamos para señalar la importancia insustituible del canto litúrgico –gregoriano, polifónico y popular–, con buenos coros, y la música sagrada.

[108] MISAL ROMANO, *Orate fratres*, 26.

[109] Lo que sigue lo tomamos, en grandes líneas, de EMILIO SAURAS, O.P., *Teología y espiritualidad del Sacrificio de la Misa* (Palabra, Madrid 1981).

1. Lo que somos

Todo lo que el hombre **es, puede y hace** se puede dividir en dos partes: una mala, la otra buena.

Por un lado tenemos la parte mala, porque del pecado de Adán y de los nuestros personales nos vienen todos los males que nos aquejan, males físicos y males morales: defectos personales, sobreestimación de nosotros mismos, egoísmo, soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, pasiones desordenadas, movimientos del alma no–rectos, fracasos, frustraciones, la angustia por la situación económica. Con el prójimo: tirantez, rencores, enemistades, querellas. Esta es la parte mala.

Pero, por otra parte, tenemos la parte buena: bienes de naturaleza, como son el hecho de existir, la salud, inteligencia, voluntad, el podernos mover, la vista... los familiares, amigos... el trabajo... el espíritu de servicio, de iniciativa, de compromiso, de entereza... Los bienes de la gracia: el ser cristianos, la fe, la esperanza y la caridad... todas las virtudes morales... los éxitos personales y sociales. El sentido del deber. La nobleza del alma. El carácter definido. La fidelidad a la palabra dada. El abrazarse con amor a la cruz. Toda la capacidad de hacer cosas buenas para nosotros y nuestros semejantes.

2. Lo que hay que sacrificar

El verbo **sacrificar** quiere decir dos cosas:

a. **Hacer desaparecer**, hay que sacrificar a este animal, por ejemplo, como sucedía en los sacrificios del Antiguo Testamento. ¡La madre se **sacrifica** por sus hijos!, porque hace desaparecer sus propios gustos, sus comodidades, sus intereses...

b. **Hacer sagrada una cosa** = *sacrum facere*.

Y estos dos sentidos corresponden con las dos palabras con las que se nombra la materia sacrificada:

– **Víctima:** lo que se sacrifica matándolo o haciéndolo desaparecer;

– **Hostia**: lo que se sacrifica promocionándolo o sobrenaturalizándolo.

Y lo que con estos dos nombres se significa lo relacionamos con los dos aspectos que tiene la **gracia divina**, la doble vertiente **de la santidad**:

a. La de **hacer desaparecer** lo malo. El significado de la palabra griega «*αγιός*» es «limpieza, hacer desaparecer lo sucio», de ahí que San Juan de Ávila dice: «Santidad, limpieza quiere decir»[110].

b. La de elevar, dignificar, promocionar, perfeccionar, aderezar, hermosear, la de sanar, sobrenaturalizar (en latín *sanctus*, de *sanguine tinctus* = teñido, coloreado).

3. Lo que debemos hacer para poner «el alma»...

Participar del Santo Sacrificio de la Misa, no sólo «poniendo» el cuerpo sino, lo que más importa, poniendo el alma, quiere decir que cada uno de los que participan de la Santa Misa ponen en ella **lo que se significa** con lo realizado en el altar.

¿Qué se significa? La propia sacrificación de los participantes.

Sacrificación que referida a nosotros tiene dos vertientes correspondientes a las dos partes de nuestra vida, a los dos sentidos del verbo sacrificar y a los dos aspectos de la santidad, y de la gracia santificante.

– Hemos de llevar ante el altar la parte mala o no–recta de nuestra vida para sacrificarla–matarla. Todo lo moralmente malo, tendencias torcidas, caracteres difíciles, maneras de ser improcedentes, malos hechos sociales, familiares, personales, laborales, amistades peligrosas, los pecados... nada de lo malo debe excluirse; nada debe quedar fuera del altar. Hay que **sacrificarlo** para hacerlo desaparecer, para convertirlo en cenizas.

– También hemos de llevar al altar la parte buena, para **sacrificarla**, no haciéndola desaparecer, sino **promocionándola**.

---

[110] SAN JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, III (BAC, Madrid 1970) 504.

Buenas cualidades, rectas tendencias, buen carácter, buenos hechos sociales, familiares, personales, laborales... nada de lo bueno hay que dejar fuera del altar, sería dejarlo con una bondad natural, sólo al ras de la tierra, sin trascendencia. Hay que **sacrificarlo** para hacerlo sagrado, para sobrenaturalizarlo.

Ofrezcamos siempre, de corazón, toda nuestra vida junto con el Sacrificio de Cristo. Lo malo para que desaparezca, lo bueno para que se potencie. Esta doble sacrificación nos convierte en víctimas y en hostias agradables al Padre, haciendo de nosotros «*una ofrenda eterna para ti*»[111], «*una víctima viva y perfecta para alabanza de tu gloria*»[112].

Pongamos en el altar todo lo que somos, todo lo que podemos, todo lo que hacemos y todo lo que planeamos. Sólo así podremos decirle a Jesucristo, de verdad, que:

«*Tu Misa es nuestra Misa, porque tu Vida es nuestra Vida*».

Sólo así se cumplirá lo que pide el Concilio Vaticano II: «Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella»[113].

Capítulo 3º. Creación e Historia[114]

La fe en Dios Redentor, que en su humanidad, históricamente, muere en la cruz por la salvación de todos los hombres, esta indisolublemente unida a la fe en Dios Creador del cielo y de la tierra, o sea, del cosmos. La liturgia católica une sin oponer estas dos vertientes del culto a Dios. En la Misa puede apreciarse ello. Se pone de relieve la orientación cósmica: «Al convertirse

---

[111] *Plegaria Eucarística* III, 127.
[112] *Plegaria Eucarística* IV, 137.
[113] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 11.
[114] cfr. JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia* (Editorial Cristiandad, Madrid 2001) 44–55.

misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino, fruto "del trabajo del hombre", pero antes, "fruto de la tierra" y "de la vid", dones del Creador. La Iglesia ve en el gesto de Melquisedec, rey y sacerdote, que ofreció pan y vino[115], una prefiguración de su propia ofrenda»[116].

«En la Antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra en señal de reconocimiento al Creador. Pero reciben también una nueva significación en el contexto del Éxodo: los panes ácimos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del maná del desierto sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios. Finalmente, el pan de cada día es el fruto de la Tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas. *El cáliz de bendición* (1Cor 10,16), al final del banquete pascual de los judíos, añade a la alegría festiva del vino una dimensión escatológica, la de la espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén. Jesús instituyó su Eucaristía dando un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del cáliz»[117].

El tiempo –también el litúrgico– es una realidad cósmica. Junto al ritmo solar, está el lunar. De ambos elementos cósmicos usa la liturgia católica para la Santa Misa: El ritmo solar, con la primacía del Domingo, que en el mundo mediterráneo era el día del sol, como todo apunta a la resurrección de Jesús «al tercer día», se convierte en la Nueva Alianza en el día del Señor, es la hora de la celebración cristiana[118], memoria de la acción de Dios, día del comienzo de la creación y del comienzo de la recreación, y por tanto, de un nuevo comienzo, de un tiempo nuevo que supera el tiempo antiguo y que conduce al mundo definitivo de Dios[119]; al ritmo lunar lo tenemos en la Pascua que se celebra el primer Domingo después del primer plenilunio de primavera (en el hemisferio norte). De tal manera que

---

[115] cfr. Gn 14,18.
[116] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1333.
[117] *Ibidem*, n. 1334.
[118] Es imperioso leer la hermosa carta apostólica «*Dies Domini*» de Juan Pablo II.
[119] Por eso los Padres lo llamarán también, octavo día.

los dos calendarios cósmicos están unidos en la historia de Jesús y en la historia de la Iglesia.

Y también se pone de relieve la orientación histórica en distintos momentos, en la Liturgia de la Palabra, y aquí: «En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de Él, hasta su retorno glorioso, lo que Él hizo la víspera de su pasión: *Tomó pan ... Tomó el cáliz lleno de vino...*»[120].

Así como la creación tiende al descanso del sábado, que a la luz de los relatos de la Toráh sobre ese día, es el símbolo de la Alianza de Dios con los hombres; el sábado –cosmos– recapitula desde dentro la esencia de la Alianza –historia–. «La meta de la creación es la Alianza, historia de amor entre Dios y el hombre»[121]. «La liturgia histórica del cristianismo es y seguirá siendo cósmica –sin separación ni mezcla– y sólo así ostentará toda su grandeza. Aquí radica la novedad de la realidad cristiana»[122].

Toda la excelencia de esta grandeza –cósmica e histórica– de la liturgia católica se percibe aún con más fuerza, si cabe, cuando se canta en las Laudes de la Liturgia de las Horas de los domingos, dentro de la Misa, el Cántico de las criaturas de Daniel (3, 57–88).

---

[120] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1333.
[121] cfr. JOSEPH RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, ed. cit., 46.
[122] cfr. *Ibidem*, 55.

Segundo momento:

Plegaria eucarística

Comienza la gran plegaria eucarística, también llamada «*canon actionis*», u «oración suprema»[123], o anáfora, o canon, que se divide en varias partes importantes: el prefacio, la epíclesis, la consagración y otras.

«Ahora comienza el centro y cumbre de toda la celebración: La Plegaria eucarística, es decir, la plegaria de acción de gracias y de consagración. El sacerdote invita al pueblo a elevar los corazones al Señor en la oración y acción de gracias, y lo asocia a la oración que, en nombre de toda la comunidad, dirige a Dios Padre, por Jesucristo. El significado de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en la alabanza de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio»[124].

En este momento debemos redoblar nuestra atención y nuestra unción. ¡Es muy grande lo que va a ocurrir!

Capítulo 1º. Prefacio

Del latín *prex* = oración; aunque ya se conocía la palabra «*praefatio*» en el lenguaje cultual de los antiguos (La preposición *prae* significa una acción que se hace delante de alguien y no antes de otra cosa)[125].

Consta de dos partes:

1. «La acción de gracias (que se expresa principalmente en el prefacio), en la cual el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da gracias por la obra de la salvación o por otro aspecto particular de la misma, según los diversos días, fiestas y

---

[123] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid [4]1963) 651.
[124] OGMR 54.
[125] cfr. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 656. 651 y notas.

tiempos».

2. «Aclamación: en ella toda la comunidad, uniéndose a los espíritus celestes, canta o recita el **Santo**. Esta aclamación, que forma parte de la Plegaria eucarística, es dicha por todo el pueblo junto con el sacerdote»[126].

Debemos actualizar nuestra intención de darle gracias a Dios por tantos beneficios recibidos, aclamando y bendiciendo la santidad de Dios, Señor del universo, porque su gloria llena todo, aclamando al que viene en su nombre, Jesucristo nuestro Señor.

Capítulo 2º. Epíclesis

Se llama **epíclesis** a la parte de la Misa en que se invoca al Espíritu Santo. En las Plegarias Eucarísticas suele haber dos epíclesis; una, antes de la consagración, sobre las ofrendas, pidiendo al Espíritu Santo que obre la presencia de Cristo; otra, después de la consagración, sobre el pueblo, invocando al Espíritu Santo para que colme al pueblo de bienes.

Las primeras epíclesis, por ejemplo, comienzan: «*Bendice y santifica, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti*»[127]; «*Te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu*»[128]; «*Te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti*»[129]; «*Te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas, para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor*»[130].

Las segundas epíclesis comienzan así [131] : «*Te pedimos humildemente ... que esta ofrenda sea llevada a tu presencia ... para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo ...*

---

[126] OGMR 55.
[127] *Plegaria eucarística* I, 103.
[128] *Plegaria eucarística* II, 116.
[129] *Plegaria eucarística* III, 123
[130] *Plegaria eucarística* IV, 133.
[131] En el mismo orden que las *Plegarias eucarísticas* anteriores: 109, 120, 127 y 137.

seamos colmados de gracia y bendición»; «*Te pedimos ... que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo*»; «*Para que ... llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu*»; «*Concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*».

Por eso enseña el Catecismo: «La Epíclesis (= "invocación sobre") es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios»[132].

Las anáforas orientales del grupo antioqueno sólo suelen tener la epíclesis después de la consagración, lo cual tiene dos razones:

1. Declarar más explícitamente la conversión ya hecha por las palabras de Cristo; esta declaración no puede hacerse más que por palabras y acciones sucesivas, que deben considerarse en relación con la consagración realizada en un instante indivisible, por eso dice un teólogo: «Las palabras de esta invocación no se han de referir al tiempo en que se dicen (*ad tempus quo dicuntur*), sino al tiempo por el cual se dicen (*ad tempus pro quo dicuntur*)»[133]; y,

2. Para rogar que el Cuerpo y la Sangre de Cristo ya presente, sea para santificación de los que lo van a comulgar.

En rigor, la acción del Espíritu Santo se extiende a toda la Misa; en este sentido toda la Misa es epíclesis en sentido amplio. Y aún se extiende a antes de la Misa y a después de la Misa. Es lo que hace que toda celebración sea nueva, inmensamente fecunda, única, irrepetible, porque el Espíritu Santo al conducir al cristiano a su madurez en Cristo[134], es el gran **animador** de la liturgia.

Así como el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, así es el alma

---

[132] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1105.

[133] BESARIÓN, *De Sacr. Euchar.;* cit. por GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía* (BAC, Madrid 1951) 55.

[134] cfr. Ef 4,13.

de la liturgia. Sin el Espíritu Santo no hay liturgia. Por eso, para que la liturgia sea viva y verdadera debe ser **epiclética,** porque se invoca el poder del Espíritu Santo para que los dones se transformen en el Cuerpo y Sangre de Jesús y para que sea causa de salvación para los que lo van a recibir; y, a su vez, debe ser **paraclética,** o sea, animada por el Espíritu Santo:

– para convertir a cada hombre en Cristo;

– para hacer crecer progresivamente a cada cristiano;

– para manifestar en plenitud al Espíritu en el cristiano;

– porque a la *kénosis* del pan y del vino corresponde el don del Paráclito;

– para transfigurarnos con la presencia y acción del Espíritu;

– para que glorifiquemos a la Santísima Trinidad.

Toda Misa es una manifestación imperceptible, pero realísima del Espíritu Santo, quien de manera imprescindible obra en las acciones litúrgicas.

La presencia de Jesucristo va unida a la presencia del Espíritu Santo, la acción de Jesucristo va unida a la acción del Espíritu Santo. De tal modo, que la presencia de Cristo se da por obra del Espíritu Santo, dicho de otra manera, el Espíritu Santo obra para manifestar a Cristo y, donde está Cristo, está el Espíritu Santo, como decía San Ireneo: «El Espíritu manifiesta al Verbo [...]; pero el Verbo comunica al Espíritu»[135], y San Bernardo: «Nosotros tenemos una doble prueba de nuestra salvación: la doble efusión de la Sangre y del Espíritu. Ningún valor tendría la una sin el otro: no me favorecería, por tanto, el hecho de que Cristo haya muerto por mí, si no me vivificara con su Espíritu»[136].

El Espíritu Santo vivifica todo el **misterio** litúrgico, para que se

---

[135] *La consumación apostólica,* 5, PATROLOGÍA ORIENTALIS 22, 663; cit. por ACHILLE M. TRIACCA, *Espíritu Santo y Liturgia*, Liturgia, O.I.S.N.de la Comisión Episcopal de Culto, Año XI, n.47, (Oct–Dic 1981) 56.

[136] *Epist.*107, 9; PL 182, 247 A.

vivifique siempre más la **acción** litúrgica, se constituya la Iglesia y la **vida** de los fieles refleje, cada vez más, lo celebrado en la celebración. De tal manera, que siempre se una, más y más, la celebración a la vida y la vida a la celebración. Y si es verdad que «la Eucaristía hace la Iglesia; y la Iglesia hace la Eucaristía»[137], ello es posible por la presencia y acción del Espíritu Santo. «La Iglesia está allí donde florece el Espíritu»[138]. Por eso enseña San Ireneo: «Allí donde está la Iglesia, está el Espíritu Santo; y donde está el Espíritu Santo, allí está la Gracia y todo don, porque es el Espíritu de Verdad»[139].

Sólo con el Espíritu Santo podemos decir con los labios y con el corazón: *Señor Jesús* (1Cor 12, 3); sólo con el Espíritu Santo podemos decir con los labios y con el corazón: *Abba–Padre* (Ro 8, 15. 26–27; Ga 4, 6). Es siempre el Espíritu Santo el que mueve desde dentro a los participantes para que se unan al misterio de Cristo que se celebra y aprovechen de la Palabra de Dios, del sacrificio y del sacramento. Toda Misa es una epifanía del Espíritu Santo.

De ahí que la oración de la epíclesis antes de la consagración, va acompañada por el gesto pneumatológico de imposición de manos sobre los dones que se van a consagrar, determinando así lo que constituye la materia del sacrificio y como apropiándose, el sacerdote, de esa materia determinada, que luego consagrará.

En el Antiguo Testamento, entre tantas prescripciones sobre los sacrificios, ocupaba un lugar indispensable el fuego, venido del cielo, que debía haber en el altar para la consumición de las víctimas y consumación de los sacrificios[140], ya que así las víctimas eran separadas totalmente de la tierra y subían a Dios. Pero también hay fuego en el altar en el Nuevo Testamento, aunque infinitamente superior. En efecto, en el Apocalipsis el ángel llena el incensario **del fuego del altar** (8,5)[141]. Por tanto, en los altares católicos hay

---

[137] Ideas que ya pueden encontrarse, v.g., en SAN AGUSTÍN, *Contra Faustum* 12,20; PL 42,265.

[138] SAN HIPÓLITO, *Traditio Apostolica,* «*...ad Eclesiam ubi floret Spiritus*», 35.

[139] *Adversus haereses* 3, 24,1; PL 7, 986 C.

[140] cfr. Lv 9,24; 2Cr 7,1; 2Mac 2,10; el fuego era alimentado continuamente, Lv 6,5–6.

[141] «*Ignis altaris*».

«**fuego**». Ese fuego **es el Espíritu Santo**[142]. Por eso, cuando entramos en los templos protestantes nos parecen fríos, no sólo por la ausencia de Sagrario, no sólo por la ausencia de la Madre, sino sobre todo por la ausencia «**del fuego del altar**» al no tener sacrificio. Por eso los que participan auténticamente en la Santa Misa, al igual que los discípulos de Emaús, experimentan que: *Ardían nuestros corazones dentro de nosotros* (Lc 24,32). ¡Hay **fuego** en nuestros altares! Sólo no se dan cuenta de ello quienes dejaron que se enfriara la caridad[143].

Nuestro prócer Fray Francisco de Paula Castañeda a quienes querían que dejase de polemizar y se contentase con limitarse a celebrar la Misa les decía: «Es precisamente la Misa lo que me enardece, y me arrastra, y me obliga a la lucha incesante»[144]. En la Misa es donde se forjan los grandes gladiadores de Dios. Es la Misa la que enardece y arrastra a los jóvenes para que se entreguen totalmente al Señor y allí los va formando para que lleguen a ser grandes sacerdotes. Es la Misa la que forma los grandes líderes católicos laicos, enardeciéndolos. Es la Misa la que enardece a las jóvenes para ser fidelísimas Esposas de Cristo. Es la Misa la que enardece y empuja a los esposos a ser verdaderos evangelizadores de sus hijos.

En la Misa, Jesucristo nos habla con su Sacrificio. Es un lenguaje «**conciso, pero ardiente**»[145]. Para captarlo necesitamos al Espíritu Santo. Por eso los que dejan de lado al Espíritu Santo, creen que hacen interesante la Misa con novedades extra litúrgicas, usurpan el protagonismo inderogable que corresponde al Espíritu Santo y al rebajar a mero nivel humano el Santo Sacrificio lo hacen, de hecho, para los feligreses, prescindible. Lo que se necesita es **que los ministros del altar sean hombres llenos del Espíritu Santo,** que no sean membranas del mismo, sino transparentes, que dejan percibir su presencia y su acción. El sacerdote carnal y el

---

[142] cfr. ALBERT VANHOYE, S.J., *Vivere nella Nuova Alleanza* (Edizioni ADP, Roma 1995) 167ss.

[143] cfr. Mt 24,12.

[144] P. GUILLERMO FURLONG, S.J., *Fray Francisco de Paula Castañeda, un testigo de la naciente Patria Argentina*, 1810–1830 (Argentina 1994) 725.

[145] JUAN PABLO II, «Discurso a los seminaristas de Roma el 19 de noviembre de 1978», *L'Osservatore Romano* 49 (1978) 583.

mundano no deja transparentar al Espíritu Santo, porque no lo ve ni lo conoce ni lo ama. Ya lo había señalado nuestro Señor: *El Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce* (Jn 14,17).

Una gran docilidad al Espíritu Santo es el mejor medio para lograr una participación litúrgica verdadera y profunda. La piedad y devoción al Santo Espíritu de Dios nos lleva a aprovechar al máximo del Santo Sacrificio, así como el Santo Sacrificio nos lleva a amar más al Espíritu Santo, ya que Jesucristo en la cruz *por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios* (Heb 9,14) y en la Misa se sigue ofreciendo por el mismo Espíritu.

Capítulo 3º. La consagración

A. Es el corazón de la Misa

¿Qué es lo que se hace en la consagración? En la consagración, al transustanciar separadamente el pan y el vino, se hacen tres cosas, que implican muchas más:

1º. El sacramento, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo.
2º. El sacrificio, por razón **de representación, de memorial y de aplicación,** con el doble acto de:
a. La inmolación, o sea, el acto del sacrificio eucarístico; y,
b. La oblación, es decir, el ofrecimiento del sacrificio; y,
3º. El Sacerdocio de Jesucristo, que actúa.
Pero, como si fuese poco, por ser la Eucaristía una realidad poliédrica, como una mina con muchos senos y vetas, que se presenta multifacética y poliforme, implica otras cosas:
4º. Tres actos;
5º. Tres Protagonistas (y María);
6º. Tres niveles;
7º. Tres signos;
8º. Tres instancias;
9º. Tres fines; y
10º. Dos clases de beneficiados.

B. Anunciamos la muerte del Señor

Además, debemos decir que: El anuncio o representación de la muerte de Cristo, de tal manera va unido a la celebración de la Eucaristía, que no puede existir sin ella. Como enseña el Apóstol San Pablo: *Pues cada vez que coméis este y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga* (1Cor 11,26). Cada Misa es el anuncio de la muerte del Señor en la cruz del Calvario de Jerusalén.

Pero, ¿de qué manera es anuncio? No es **anuncio** sólo porque se dice, o sea, sólo por las palabras que se pronuncian: «***Anunciamos tu muerte***», después de la consagración. Es **anuncio** con la realidad de los **hechos**, con lo que **se hace**. ¿Con qué **se hace** el anuncio? Con lo que se hace en la Misa, aunque no dijésemos las palabras: «***Anunciamos tu muerte***». ¿En qué momento se hace el anuncio? En el momento de la doble consagración, es decir, con la transustanciación del pan y con la transustanciación del vino, realizadas separadamente.

1. ¿Por qué es esto así?[146]

Esto es así, porque Cristo, ¡así la instituyó!

La Eucaristía fue de tal manera instituida por Jesucristo, la noche del Jueves Santo en el Cenáculo de Jerusalén, que en virtud de las palabras de la consagración se pone, directamente, el Cuerpo bajo la especie de pan y se pone, directamente, la Sangre bajo la especie de vino. Ahora bien, esta separación es una separación simbólica del Cuerpo y la Sangre de Cristo; es como su muerte o inmolación mística, o sacramental o incruenta, que como por imagen real representa objetivamente la muerte de Cristo en la Cruz.

Y Cristo mandó a los apóstoles y a sus sucesores en el sacerdocio **que reiterasen el mismo doble acto consecrativo** sobre el pan y sobre el vino: ***Haced esto en***

---

[146] Seguimos a grandes rasgos a GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 323–325.

conmemoración mía (Lc 22,19). No sólo sobre una especie. Ni sólo sobre la otra especie. Sino sobre las dos especies. ¡Qué maravilla de las maravillas! ¡Desde hace 2000 años que se hace así!

2. ¿Por qué es necesaria la doble consagración?

Dicho de otra manera, **¿por qué no basta con la sola consagración del pan?** Porque sin la consagración de ambas especies no hay representación perfecta del sacrificio de la Cruz, ya que la sola consagración del pan con las palabras de la forma «*Esto es mi Cuerpo*», no representa, perfectamente, la muerte del Señor.

Sólo la oposición a la otra especie – el pan opuesto al vino y el vino opuesto al pan – y sólo la oposición a la otra forma –*Éste es mi Cuerpo*... opuesto a *Ésta es mi Sangre*... y *Ésta es mi Sangre*... opuesta a *Éste es mi Cuerpo*...–, muestra su Cuerpo como separado de su Sangre y, por tanto, muestra su Cuerpo como muerto y exangüe, o sea, desangrado, sin vida, entregado, sacrificado. Por eso: «**Es propio de este sacramento que en su celebración Cristo se inmole**»[147].

Dicho de otra manera, **¿por qué no basta con la sola consagración del vino?** Asimismo, la consagración sola del vino por las palabras de la forma: *Ésta es mi Sangre ... que será derramada*..., representa la Sangre del Señor como derramada, pero no ofrece a nuestros sentidos al Cristo, íntegro y total, inmolado por nosotros por la efusión de su Sangre salida de su Cuerpo. De ahí que enseñe Santo Tomás: «Es la Eucaristía memorial de la Pasión del Señor, por la cual la Sangre de Cristo fue separada de su Cuerpo y por eso se ofrecen místicamente separados en este sacramento»[148]. Y en otra parte: «La Sangre consagrada separadamente representa en especial la Pasión de Cristo, por la que su Sangre fue separada del Cuerpo»[149].

---

[147] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, 73, 4, ad 3.
[148] *In Epis. ad Cor.*,5.
[149] *In Epis. ad Cor.*,6.

Por eso: «***Anunciamos tu muerte***».

3. ¿Por qué primero se consagra el pan?

Es necesario que primero se consagre el pan y luego el vino, para tener primero el Cuerpo y luego la Sangre.

Porque primero debe haber el sujeto **de quién** se predica o anuncia algo. De ahí que es necesaria la consagración previa del Cuerpo, porque es menester, para que la representación de la Pasión pueda obtenerse, que haya sujeto, y en la Cruz lo fue el Cuerpo lacerado, es decir, golpeado, magullado, herido, lastimado y separado de su Sangre en el momento de la muerte. Por eso, primero se consagra el pan en el Cuerpo del Señor y luego, separadamente, se consagra el vino en su Sangre.

4. ¿Por qué en segundo lugar se consagra el vino?

Porque **la Sangre consagrada separadamente del Cuerpo es representación viva y expresa de la Pasión de Cristo**. Por eso se hace mención del efecto de la Pasión y Muerte del Señor en la consagración de la Sangre, más bien que en la consagración del Cuerpo, **que es el sujeto de la Pasión**. En la consagración del Cuerpo sólo se dice: «*Éste es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros*», como si dijera que «se somete a la Pasión por vosotros» [150]. Pero en la consagración de la Sangre se menciona el poder de la Sangre derramada en la Pasión, que actúa en el sacramento y que nos obtiene tres cosas. La primera y principal, alcanzar la vida eterna, por aquello de: *Teniendo esperanza de entrar en el santuario en virtud de la Sangre de Cristo* (Heb 10,19) y que expresamos al decir en la consagración: «*Sangre de la Alianza Nueva y Eterna*» ; la segunda, que se ordena a quitar los obstáculos para alcanzar la vida eterna y la justificación, según aquello: *La Sangre de Cristo limpiará nuestra conciencia de las obras muertas* (Heb 9,14), por eso se agrega: «*Que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados*»; y el tercer efecto de la Pasión de Cristo,

[150] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, 78, 3, ad 2.

nos alcanza la gracia de la justificación, que se nos da con la fe, según aquello: *A quien ha puesto Dios como propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia … y para justificar a todo el que cree en Jesucristo* (Ro 3,25–26) y esto se significa por las palabras: «*Éste es el misterio de la fe*» o semejantes. De tal manera, que en la consagración de la Sangre se hace mención explícita de los tres grandes efectos de la Pasión que obran en la Misa: 1. Nos hace alcanzar la vida eterna, 2. Nos alcanza la justificación, 3. Quita los obstáculos para que alcancemos ambas[151].

Por eso, **la consagración de la Sangre es la parte principal de la perpetuación del sacrificio de la Cruz que se verifica en la Misa**, ya que en la consagración del Cuerpo se representa **el sujeto de la Pasión,** pero en la consagración de la Sangre se representa **el misterio mismo de la Pasión de Cristo** obrada por la efusión de la Sangre. Por eso Santa Catalina de Siena llamaba a los sacerdotes: «Ministros de la Sangre».

Por eso: «***Anunciamos tu muerte***».

5. La Misa es un sacrificio sacramental

En la Misa, estamos ante un sacrificio sacramental, o lo que es lo mismo, un sacramento sacrificial. Así como en el sacramento del bautismo el agua es signo sensible y eficaz, que realiza lo que significa, porque lava el alma de los pecados; así como en el sacramento de la confirmación el óleo es signo sensible y eficaz, que realiza lo que significa, porque fortalece el alma; así en el sacramento de la Eucaristía el vino consagrado separadamente del pan es signo sensible y eficaz de la separación de la Sangre del Cuerpo de nuestro Señor en la Cruz, y realiza lo que significa, por eso la Misa es la perpetuación del Sacrificio de la Cruz, por eso enseña el Angélico: «No ofrecemos otra oblación que la que Cristo presentó en favor de nosotros, esto es, su Sangre. De donde no hay otra oblación que la conmemoración de aquella víctima que Cristo presentó»[152]; «en cuanto en este sacramento se representa la Pasión

[151] cfr. *Ibidem*, *S.Th.*, III, 78, 3.
[152] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Com. in Epist. ad Heb* 10,1.

de Cristo, por la cual Cristo se ofreció a sí mismo como víctima a Dios, tiene razón de sacrificio»[153].

Por último, Jesucristo ofreciendo cada día, cada Misa, es Sacerdote Eterno según el orden de Melquisedec[154]. Melquisedec ofreció sacrificio de pan y vino. Para que al tipo responda el antitipo y a la figura lo figurado es necesario que se haga también en las dos especies de pan y vino la consagración del sacrificio eucarístico.

¡Qué maravilla de las maravillas! ¡Lo que ocurrió en el Cenáculo, ocurrirá aquí! ¡Lo que sucedió en el Calvario, sucederá aquí! ¡Lo que hizo Jesús en la Última Cena, anticipando el sacrificio de la Cruz, lo que luego repitieron los Santos Apóstoles y durante siglos y siglos siguieron repitiendo los santos Obispos y sacerdotes, se repetirá aquí! La Misa es sacrificio, el mismo de la Cruz, quienes comulgan de la Víctima ofrecida participan del sacrificio de la Cruz, como dice San Pablo: *¿No participan del sacrificio los que participan de las víctimas*? (1Cor 10,18).

Nunca olvidemos que cada vez que participamos de la Santa Misa «*anunciamos la muerte del Señor*», pero también «*proclamamos su resurrección*», y no sólo por un tiempo, sino «*hasta que vuelva*».

Artículo 1º. Presencia real

Tal vez el pensamiento que más se reitera en nosotros cuando participamos de la Santa Misa es la certeza de la presencia misteriosa y real del mismo Jesucristo.

Y es así porque sabemos los católicos que Jesucristo está presente bajo el sacramento de manera singular. Está presente: «**Verdadera, real y sustancialmente**»[155].

---

[153] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, 79, 7.
[154] cfr. Heb 7,17.
[155] CONCILIO DE TRENTO, DH 1651.

Por eso nuestro corazón repite una y mil veces actos de fe, esperanza y caridad, petición de cosas espirituales –gracia, perdón, perseverancia...– como de cosas materiales necesarias para la salvación ¡Él está allí!

Todo el poder del Creador, del Redentor y del Dador de Vida, se ha dado cita a una para producir ese milagro de los milagros que es la transustanciación y por eso: «¡Allí está Él!».

Así lo han reconocido, testimoniado, vivido y predicado los santos y santas de todos los tiempos, llegando algunos a dar la vida con tal de no traicionar la fe católica. Así lo ha enseñado el Magisterio de la Iglesia de todos los tiempos, dándole la máxima certeza teológica, lo cual implica de nuestra parte una recepción de esta verdad sin titubeos, sin vacilaciones, sin alteraciones: Es dogma de fe solemnemente definido; ¡Cristo está allí!

Nos enseña la santa fe católica que Nuestro Señor Jesucristo está verdadera, real y sustancialmente presente, en el Santísimo Sacramento del altar. Es sacramento porque es signo sensible –pan y vino–, y eficaz –produce lo que significa–, de la gracia invisible y porque contiene al Autor de la gracia, al mismo Jesucristo nuestro Señor.

Párrafo 1º. Presencia verdadera

La presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía, no es al modo de nuestra presencia en un dibujo o escultura, no es un cierto modo de presencia figurada, como la de los políticos en los afiches antes de las elecciones. La presencia del Señor en el sacramento eucarístico es **verdadera**. No sólo como signo, sino como realidad.

¿Qué quiere decir, entonces, verdadera?

Verdadera quiere decir que su presencia no es en mera figura (como en una foto), como quería Zwinglio, sino en verdad. Miremos un crucifijo, vemos los dos palos cruzados y colgando el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, de alguna manera está allí, está de manera figurativa, pero no verdaderamente.

En la Eucaristía está verdaderamente como en el pesebre de Belén, como en la cruz del Calvario, como está en el cielo a la derecha de Dios Padre, con su Cuerpo, Sangre, alma y divinidad.

Párrafo 2º. Presencia real

La presencia de Nuestro Señor, no es al modo de la presencia subjetiva de alguien en algún lugar porque así lo imaginamos, lo cual algunos consideran como presencia subjetiva, como los niños que imaginan que en la oscuridad está el «Cuco» o «el hombre de la bolsa», o los grandes que imaginan la felicidad en todos los lugares, menos en el lugar en que realmente está. La presencia del Señor en el sacramento es **real**. No sólo porque así lo creemos, sino que lo creemos porque «allí está».

¿Qué quiere decir realmente?

Realmente quiere decir que su presencia no es por mera fe subjetiva (no porque uno así lo opine o lo crea), como quería Ecolampadio, sino en la realidad. Cristo está presente bajo las especies sacramentales de pan y vino, no porque uno se imagine que está presente, sino porque ha ocurrido por la transustanciación un cambio en la realidad misma del pan y del vino. Como la realidad misma de la naturaleza humana y divina de nuestro Señor está en el cielo, así está en nuestros sagrarios, bajo los velos sacramentales.

Párrafo 3º. Presencia sustancial

La presencia de Nuestro Señor, no es al modo de la presencia de algo por los efectos que produce, lo cual es una cierta forma de presencia, llamada, virtual, de manera parecida a como está presente el Río de la Plata en todos los depósitos de agua de los edificios de la ciudad de Buenos Aires (nadie cuerdo después de lavarse dice: «Me bañé en el río de la Plata»). La presencia de Nuestro Señor en el sacramento eucarístico es **sustancial.** No sólo por los efectos buenos que produce, sino que, además, está presente

como causa de los efectos que produce.

¿Qué quiere decir sustancialmente?

Sustancialmente quiere decir que la presencia del Señor en la Eucaristía no es meramente virtual (como la usina eléctrica está virtualmente presente en el foco de luz), como quería Calvino, sino sustancial[156]. Jesucristo no sólo produce efectos buenos en la Eucaristía, como aumento de gracia, de fe, esperanza, caridad, paz, alegría, deleite, etc., sino que Él mismo está presente como fuente inexhausta de todos los efectos buenos.

El Concilio de Trento enseña que: «Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real, y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre juntamente con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y, por ende, Cristo entero; sino que dijere que sólo está en él como en señal y figura o por su eficacia, sea anatema»[157].

Doctrina que recoge el reciente Catecismo de la Iglesia Católica: «*Cristo Jesús que murió, resucitó, que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros* (Ro 8,34), está presente de múltiples maneras en su Iglesia[158]: en su Palabra, en la oración de su Iglesia, *allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre* (Mt 18,20), en los pobres, los enfermos, los presos[159], en los sacramentos de los que Él es autor, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero, "sobre todo (está presente), bajo las especies eucarísticas"[160]»[161].

El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es

---

[156] LUDWIG OTT, *Manual de Teología dogmática* (Herder, Barcelona 1962), 555: «Las tres expresiones *vere, realitar, substancialiter* van dirigidas especialmente contra las teorías de Zwinglio, Ecolampadio y Calvino, y excluyen todas las interpretaciones metafísicas (erradas) que pudieran darse de las palabras de la institución».

[157] CONCILIO DE TRENTO, DH 1651.

[158] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 48.

[159] cfr. Mt 25,31–46.

[160] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7.

[161] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1373.

singular. Eleva la Eucaristía por encima de todos los sacramentos y hace de ella «como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden todos los sacramentos» [162]. En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía están «contenidos **verdadera, real y substancialmente** el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero» [163]. «Esta presencia se denomina "real", no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen "reales", sino por excelencia, porque es **substancial,** y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente[164]»[165].

De tal modo, que Nuestro Señor Jesucristo está presente en la Eucaristía con el mismo Cuerpo y Sangre que nació de la Virgen María, el mismo Cuerpo que estuvo pendiente en la cruz y la misma Sangre que fluyó de su costado, el mismo que resucitó al tercer día.

Párrafo 4º. De la Transustanciación

Nuestro Señor se hace presente por la conversión del pan y el vino en su Cuerpo y Sangre. Esa admirable y singular conversión se llama propiamente «transustanciación», no consubstanciación, como quería Lutero.

Se dice admirable porque es un misterio altísimo, superior a la capacidad de toda inteligencia creada. Es el ¡Misterio de la fe!

Se dice singular porque no existe en toda la creación ninguna conversión semejante a esta.

En la transustanciación toda la sustancia del pan y toda la sustancia del vino desaparecen al convertirse en el Cuerpo, Sangre, alma y divinidad de Cristo. De tal manera que bajo cada una de las especies y bajo cada parte cualquiera de las especies, antes de la separación y después de la separación, se contiene Cristo entero.

---

[162] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, 3.
[163] CONCILIO DE TRENTO, DH 1651.
[164] PABLO VI, *Carta encíclica «Mysterium fidei»*, n. 20 (Ediciones Paulinas, Buenos Aires 1968) 21.
[165] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1373–1374.

Es de fe, por tanto, que toda y sola la sustancia del pan y del vino se transustancia en toda y sola la sustancia del Cuerpo y Sangre de Cristo. Ahora bien, ¿Qué es lo que permanece? Permanecen, sin sujeto de inhesión, por poder de Dios, en la Eucaristía, especies o apariencias o accidentes del pan y del vino.

¿Cuáles son? Las especies que permanecen después de la transustanciación son: Peso, tamaño, gusto, cantidad, olor, color, sabor, figura, medida, etc., de pan y de vino. Sólo cambia la sustancia.

Por la fuerza de las palabras bajo la especie de pan se contiene el Cuerpo de Cristo y, por razón de la compañía o concomitancia**,** junto con el Cuerpo, por la natural conexión, se contiene la Sangre y el alma y, por la admirable unión hipostática, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Y, ¿qué se contiene por razón de las palabras bajo la especie del vino? Por razón de las palabras se contiene la Sangre de Cristo bajo la especie del vino y, por razón de la concomitancia, junto con la Sangre, por la natural conexión, se contiene el Cuerpo y el alma y, por la unión hipostática, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «Mediante la **conversión** del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión. Así, san Juan Crisóstomo declara que: "No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. Esto es mi Cuerpo, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas"[166].

Y san Ambrosio dice respecto a esta conversión: "Estemos bien persuadidos de que esto no es lo que la naturaleza ha producido, sino lo que la bendición ha consagrado, y de que la fuerza de la

[166] *De proditione Judae,* 1, 6.

bendición supera a la de la naturaleza, porque por la bendición la naturaleza misma resulta cambiada. [...] La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no existía, ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? Porque no es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela"[167]»[168].

Sigue diciendo el Catecismo de la Iglesia Católica: «El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: "Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio **transustanciación**"[169]»[170].

Finalmente, enseña Dom Vonier, «el contenido de la Eucaristía es tan vasto que quienquiera acepte con fidelidad la Transustanciación y la Presencia Real no puede equivocarse fundamentalmente después»[171], y posteriormente agrega: «No conozco mejor medio de explicar al lector la gloria de la Transustanciación, que decirle que, después que Cristo en la Última Cena hubo realizado el milagro de la primera consagración, el prodigio estaba completo, nada nuevo ha sucedido desde entonces. El hecho de que millares de sacerdotes consagren hoy en todas partes del mundo no constituye un nuevo prodigio. Todo estaba, desde el primer momento, contenido en la Transustanciación. Ella es el poder de Cristo para transformar el pan en Su Cuerpo y el vino en Su Sangre. Ahora bien, este poder es absoluto, nada lo limita. Si puede hacerse una vez, podrá repetirse siempre, en todas partes, en dondequiera haya pan y vino»[172].

---

[167] *De mysteriis,* 9, 50.52.
[168] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1376.
[169] CONCILIO DE TRENTO, DH 1642.
[170] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1377.
[171] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía,* Emecé (Buenos Aires 1946) 117.
[172] *Ibidem*, 181.

Respecto al término 'transustanciación' debemos decir que una tradición oral cassinense (o sea, del Monasterio benedictino de Montecassino) atribuye a San Bruno de Segni la introducción del término en el vocabulario teológico[173]. San Bruno fue durante 44 años Obispo de Segni y es el patrono de la Casa Generalicia del Instituto "Del Verbo Encarnado".

De hecho él explica el significado del término y usa palabras como esencia o esencialmente, substancia o substancialmente, etc. que le ha merecido llevar el sobrenombre de Doctor Eucarístico. Como también su presencia en el Concilio Romano (1079), donde participó en la confutación de la herejía contra Berengario de Tours.

Párrafo 5º. Omnipotencia de Dios

El sacerdote ministerial predica la Palabra de Dios, presenta a Dios los dones de pan y vino, los inmola y los ofrece al transustanciarlos en el Cuerpo y la Sangre del Señor, obrando en nombre y con el poder del mismo Cristo, de modo tal que, por sobre él sólo está el poder de Dios, como enseña Santo Tomás de Aquino: «El acto del sacerdote no depende de potestad alguna superior, sino de la divina»[174], de tal modo, que ni siquiera el Papa, tiene mayor poder que un simple sacerdote, para la consagración del Cuerpo de Cristo: «No tiene el Papa mayor poder que un simple sacerdote»[175].

---

[173] Cfr. BRUNO NAVARRA, *San Bruno*, (Roma 1980) p. 71. Paréntesis nuestros. Agrega en la nota 10: «La noticia es atestiguada por Reginaldo Grégoire, *Bruno de Segni. Exégete medieval et théologien monastique*, (Spoleto, 1965) p. 313, nota 417 y agrega que el primer testimonio cierto del uso de ese sustantivo se encuentra hacia 1140-1142 en las *Sentenze* (GIEH, *Die Sentenzen Rolands Bandinelli*, 1891, p. 231) de Rolando Bandinelli, futuro papa Alejandro III; después aparece en Esteban d'Autun, hacia 1170-1186 (*De sacramento altaris*, PL 172, 1291 C y 1293 C); y también aparece en el autor anónimo de la *Expositio canonis missae*, atribuido a San Pedro Damián, pero que es necesario datar hacia el 1200 (PL 145, 883 D)».

[174] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, *Supl*, 40, 4.

[175] *Ibidem*, *S. Th.*, *Supl*, 38, 1, ad 3. El sacerdote ministerial depende del Obispo en «el **ejercicio** de su potestad» (*Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28), no en la **potestad misma**, que recibe de Cristo el día de su ordenación sacerdotal. El sacerdote ministerial **participa del sacerdocio de Cristo**, no del sacerdocio del Obispo, que también es participado del de Cristo,

«Al mandar a los Apóstoles en la Última Cena: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19; 1Cor 11,24), les ordena reiterar el rito del Sacrificio eucarístico de *mi Cuerpo que será entregado* y de *mi Sangre que será derramada* (Lc 22,19; 1Cor 11,24.25). Enseña el Concilio de Trento que Jesucristo, en la Última Cena, al ofrecer su Cuerpo y Sangre sacramentados: "A sus apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó [...] que los ofrecieran"[176] »[177]. Todo sacerdote católico es sucesor de los Apóstoles, en su medida.

Y esto por el poder divino, ya que existe «en la misma transformación, una selección que indica penetración extraordinaria; dentro de una misma cosa material hay algo que cambia y algo que permanece inmutable; además el cambio produce algo nuevo»[178]. En la Divina Invocación, como llamaban muchos Santos Padres a la consagración, se da:

1. Una selección: entre la sustancia y las especies;

2. Una penetración extraordinaria: distinguir ambos elementos, para que desaparezca uno y permanezca el otro;

3. Algo nuevo aparece: el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Cristo, bajo especie ajena, o sea, sacramental.

Por esto, la conversión del pan y del vino en la Misa, implica dificultades más grandes que respecto a la creación del mundo, como dice Santo Tomás de Aquino: «En esta conversión hay más cosas difíciles que en la creación, en la que sólo es difícil hacer algo de la nada. Crear, sin embargo, es propio de la Causa Primera, que no presupone nada para su operación. Pero en la conversión sacramental (de la Eucaristía) no sólo es difícil que este todo (el pan y el vino) se transformen es este otro todo (el Cuerpo y la Sangre de Cristo), de modo que nada quede del

---

aunque en grado mayor. El Obispo como instrumento, por la imposición de manos, hace **participar** al presbítero del sacerdocio de Cristo, no del suyo personal.

[176] CONCILIO DE TRENTO, DH 1740; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1337.

[177] cfr. P. CARLOS M. BUELA, *Sacerdotes para siempre* (San Rafael 2000) 31

[178] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 193.

anterior, cosa que no pertenece al modo corriente de producir, sino que también queden los accidentes desaparecida la sustancia»[179].

Crezcamos siempre en la fe y el amor a Nuestro Señor presente en la Eucaristía.

Estimemos por «justa y conveniente» la palabra exacta que expresa la conversión del pan y del vino: ¡Transustanciación!, que debería sonar en nuestros oídos como música celestial.

Y admiremos siempre el poder de Dios que allí se manifiesta, como lo hace el pueblo fiel que dice, con las palabras del Apóstol Tomás, después de ocurrida la transustanciación: ¡*Señor mío y Dios mío*! (Jn 20,28).

Artículo 2º. El sacrificio de Jesucristo

La Eucaristía no es solamente sacramento, sino que, además de sacramento, es un sacrificio. Dicho más propiamente es un sacrificio sacramental, o, lo que es lo mismo, un sacramento sacrificial.

Jesucristo ha querido perpetuar su único sacrificio de la Cruz sobre nuestros altares, de tal manera, que aquel sacrificio realizado de manera cruenta en especie propia (su Cuerpo natural) se perpetúa en el sacrificio del altar realizado de manera incruenta en especie ajena.

Por eso, tenemos un solo y único sacrificio porque son uno y lo mismo el sacerdote, la víctima y la oblación. Tanto en la Cruz como en la Misa el sacerdote principal es Jesucristo; tanto en el Gólgota como en el altar la víctima es Jesucristo y el acto oblativo interno tanto en el Calvario como en la Eucaristía es el mismo, del mismo Jesucristo. No se multiplica el sacrificio, lo que se multiplican son las distintas presencias del único sacrificio, de manera parecida a como no se multiplica el Cuerpo de Cristo, sino se multiplican las presencias del Cuerpo de Cristo bajo las especies de pan en miles y

[179] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, 75, 8, ad 3.

miles de partículas.

El singular sacrificio eucarístico es una realidad tan inefable que no es posible expresarla, adecuadamente, con un solo concepto. Por eso, debido a nuestro modo humano de conocer debemos multiplicar los conceptos para poder llegar a tener una idea lo más adecuada posible a la realidad.

Hemos dicho que la Eucaristía se ofrece porque es sacrificio. Ahora queremos tratar de por qué razones la Misa es sacrificio. Siguiendo al Concilio de Trento y al Catecismo de la Iglesia Católica debemos decir que la Misa es sacrificio por tres razones:

1º. Porque es **representación** del sacrificio de la cruz;

2º. Porque es **memorial** del sacrificio de la cruz; y

3º. Porque es **aplicación** de los frutos de la cruz a nosotros.

En efecto, se enseña en el Catecismo de la Iglesia Católica que «la Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto (y cita al Concilio de Trento): "(Cristo), nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio[180], en la última Cena, *la noche en que fue entregado* (1Cor 11,23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería **representado** el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz, cuya **memoria** se perpetuaría hasta el fin de los siglos[181] y cuya virtud saludable se **aplicaría** a la redención de los pecados que cometemos cada día"[182]»[183].

Tres nociones que se entrecruzan y entrelazan, que se implican mutuamente y que recíprocamente se ilustran. En la Misa la representación es memorial y aplicación; el memorial es

---

[180] cfr. Heb 7,24.27.
[181] cfr. 1Cor 11,23.
[182] CONCILIO DE TRENTO, DH 1740. El resaltado es nuestro.
[183] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366.

representación y aplicación; y la aplicación es representación y memorial; aunque entre ellas no se identifican totalmente.

Párrafo 1º. Representación

Decimos que es **representación** de la Pasión del Señor, porque en la Misa la Sangre aparece separada del Cuerpo, como en la Cruz. La Misa es representación de la Pasión del Señor, porque, significa, expresa, eficazmente, la misma Pasión del Señor en su acto principal cuando en la Cruz la Sangre se separó del Cuerpo.

1. ¿Qué es representar y representación en sentido profano?

Según el Diccionario de la Real Academia Española, **representar** viene del latín *repraesentare* y tiene 10 acepciones, algunas de ellas son, por ejemplo:

4. [tr.] Recitar o ejecutar en público una obra dramática.
5. [tr.] Interpretar un papel de una obra dramática.
6. [tr.] Sustituir a uno o hacer sus veces, desempeñar su función o la de una entidad, empresa, etc.
7. [tr.] Ser imagen o símbolo de una cosa, o imitarla perfectamente.

Y **representación,** del latín *repraesentatio, –onis*, con 8 acepciones, algunas de ellas:

1. [f.] Acción y efecto de representar o representarse.
2. [f.] Nombre antiguo de la obra dramática.
4. [f.] Figura, imagen o idea que sustituye a la realidad.
6. [f.] Conjunto de personas que representan a una entidad, colectividad o corporación.
7. [f.] Cosa que representa otra.

2. ¿Qué es representación en el Antiguo Testamento?

En el Antiguo Testamento los sacrificios, tanto los holocaustos, los sacrificios por los pecados, las hostias pacíficas y demás, eran

figura, símbolo o imagen del sacrificio de la cruz, y, de alguna manera lo representaban, pero no lo contenían. Podemos decir que **representación** en el Antiguo Testamento responde a las séptimas acepciones: «Ser imagen o símbolo de una cosa» y «cosa que representa otra», en cuanto que, como figuras, signos e imagen, representaban el sacrificio de Cristo en la cruz. Como dice San Pablo: *Todo esto es sombra de lo venidero; pero la realidad es el cuerpo de Cristo* (Col 2,17); *Todo esto les acontecía en figura* (1Cor 10,11); *Éstos dan culto en lo que es sombra y figura de realidades celestiales* (Heb 8,5).

3. ¿Qué es representación en el Nuevo Testamento, en el sacrificio de la Nueva Alianza, en la Misa?

En el Nuevo Testamento es esencialmente distinta la **representación** en el sacrificio de la Nueva Alianza, donde la Eucaristía no solamente es signo, símbolo, figura o imagen del sacrificio de la cruz, sino que lo **contiene,** ya que contiene al Cristo que ha padecido**.** Es solamente «propio de este sacramento que en su celebración se inmole Cristo»[184]. Que se inmole como en la cruz, aunque de otro modo, cosa que jamás ocurrió en el Antiguo Testamento.

De ahí, que para algunos teólogos: «Representar es presentar por segunda vez la Víctima, pero con distinta victimación. Con ello se da a la palabra dos significaciones: la de imagen y la de repetición»[185]. La distinta victimación, es real y verdadera, pero es mística o sacramental.

Decimos que es **representación** de la Pasión del Señor, porque en la Misa la Sangre aparece separada del Cuerpo, como en la cruz. No es mera representación vacía, sino que es una verdadera representación sacramental, que realiza lo que significa, y la Misa es, por tanto, «un verdadero y propio sacrificio»[186]. Digamos una vez más: ¿La representación sacramental significa sacrificio? Sí, ¡pues lo realiza eficazmente!

---

[184] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 83, 1.
[185] EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.,* III, 83, ed. cit., 829–830.
[186] CONCILIO DE TRENTO, DH 1751.

Respecto de los demás sacramentos vale recordar aquí lo que enseña Piolanti tomando distancia respecto a los excesos de Casel: «... el axioma "producen lo que significan" vale solamente para "aquello que significan demostrándolo", o sea de la gracia, y no se puede aplicar a la pasión y a la gloria, precisamente porque estas realidades son significadas 'conmemorándolas' o 'pronosticándolas' (o "prefigurándolas"); en Santo Tomás, en fin, la palabra *repraesentare* no tiene el sentido clásico de 'hacer algo presente', sino el escolástico de 'representar', 'figurar', 'simbolizar', sentido que conserva también hoy en el lenguaje común». De aquí que los demás sacramentos no sean sacrificio. Esto, sin más, no es aplicable a la Eucaristía. Continúa diciendo Piolanti: «Para confirmar esta explicación es suficiente citar dos pasos del santo doctor: "*La celebración de este sacramento es cierta imagen representativa de la pasión, que es verdadera inmolación*"[187]; *"Lo que el sacerdote hace en la Misa...lo hace para representar algo. Pues, al extender el sacerdote los brazos después de la consagración, significa la extensión de los brazos de Cristo en la cruz*"[188]. En este último paso, *repraesentare* equivale a 'significar', como en el precedente la 'imagen representativa' (o en 'especie ajena') se opone a la 'verdad' (o en 'especie propia')»[189]. (Es interesante notar que el Catecismo de la Iglesia Católica en italiano, traduce *repraesentaretur* por *venisse significato*[190]).

También hay que tener en cuenta lo que en páginas atrás dice Piolanti: Decir *"imagen"* para los antiguos no es la simple representación ideal de una realidad ausente; ella misma contiene, por el contrario, la realidad que representa[191]. Diciendo de Cristo que es la imagen perfecta del Padre, nuestros autores afirman una comunicación total, una identidad profunda de naturaleza. Comentando la epístola a los Colosenses dice un autor: *«Esta imagen es verdadera: no inane, sino fuerte; no vacía, sino plena de*

---

[187] *S. Th.*, III, 83, 1.

[188] *S. Th.*, III. 83, 5, ad 5.

[189] ANTONIO PIOLANTI, *El sacrificio de la Misa en la Teología Contemporánea* (Barcelona 1965) 64–65. Paréntesis nuestros.

[190] *Catechismo della Chiesa Cattolica*, Ed. Vaticana 1999, n. 1366.

[191] H. DE LUBAC, *Corpus Mysticum*, 2da. ed., París 1949, 219; cit por A. PIOLANTI, *Il Mistero Eucaristico,* 3ª Ed., Ed. Vaticana, Roma 1983, 360-361.

vida»[192].

De ahí que Santo Tomás –y Piolanti lo sigue- agrega una segunda razón que es por la cual éste sacramento implica una verdadera inmolación *«por los efectos de la Pasión de cuyos frutos nos hace participar»*[193]. En cuanto a ésta segunda razón: *«la inmolación se realiza sólo en la celebración de este sacramento»*[194].

La palabra *"imagen"* define el lugar intermedio donde debe situarse el Nuevo Testamento: entre la sombra y la verdad; próximo a la sombra por el conocimiento oscuro que eso configura, pero próximo a la verdad por su sustancia profunda. Decía San Ambrosio: *«La sombra en la ley (antigua), la imagen en el evangelio, la verdad en el cielo»*[195].

Santo Tomás enseña: *«En la antigua ley la figura es propuesta sin la cosa; en la nueva ley, sin embargo, la figura es propuesta con la cosa; en el cielo se nos dará la cosa sin la figura»*[196].

De manera que no sólo debemos afirmar con fuerza que el mismo Cristo está presente bajo las especies de pan y vino, sino que, con la misma fuerza debemos considerar que está bajo las especies **separadas** de pan y vino como Víctima, es decir, con su sacrificio, con su inmolación y con su oblación u ofrecimiento. ¿Con cuál sacrificio, con cuál inmolación, con cuál oblación? Con el mismo sacrificio de la cruz, con la misma inmolación de la cruz, con la misma oblación de la cruz, aunque de modo sacramental.

Y si bien sabemos que bajo cada una de las especies está Cristo entero, por razón de la concomitancia, con su Cuerpo, Sangre, alma y divinidad, no es menos cierto que, por razón del sacramento, por la fuerza de las palabras, la Sangre está directamente presente bajo la especie de vino y el Cuerpo está directamente presente bajo la especie de pan. Esto alcanza y sobra para dar razón del sacrificio

---

[192] PSEUDO-PRIMASIO, *In Coloss.*, PL 68.652; idem.
[193] *S. Th.*, III, 83, 1.
[194] *Ibidem.*
[195] SAN AMBROSIO, *In psal. 38*, n. 25.
[196] *In IV Sent.*, d. 8, q. 1, a. 3.

eucarístico –que es sacramental–: **¡Sangre derramada por un lado, Cuerpo entregado por otro, en todos los idiomas del mundo es sacrificio!** Al ser el sacramento un signo eficaz, realiza lo que significa.

De tal modo que, por ser la Misa **representación eficaz, viva y plena** del sacrificio de Cristo en la Cruz, es **perpetuación** del mismo sacrificio cruento de Cristo en la Cruz, en figura ajena, o sea, «bajo condición que le es extraña –diríamos, que no le es natural–, como sucede en el sacramento»[197], bajo las apariencias de pan y vino. En la Misa se hace no sólo el rito incruento de la Cena, sino que se hace presente el sacrificio cruento de la Cruz, bajo las especies sacramentales. El Cenáculo y el Calvario vienen hacia nosotros, sobre el altar. Suele decirse que nosotros debemos imaginarnos presentes en el Cenáculo y en el Gólgota, pero no es del todo exacto, son el Cenáculo y el Gólgota los que vienen a nosotros.

Debemos tener en cuenta, también, como ya hemos dicho, que muchas cosas representaban la Pasión del Señor, por ejemplo, los sacrificios del Antiguo Testamento en cuanto eran la representación de la verdadera inmolación de Cristo: «podría decirse que Cristo se inmoló en las figuras del Antiguo Testamento»[198]. El Bautismo y los demás sacramentos representan, a su modo, la Pasión del Señor; pero aún en la Misa: la fracción del pan, la comunión, la inmixtión... representan, a su modo, la Pasión del Señor; **¡pero la sola representación eficaz se tiene en la doble consagración por separado del pan y del vino**!

De ahí que la fe católica no sólo dice que en la Eucaristía Jesucristo está presente, verdadera, real y sustancialmente, bajo las apariencias de pan y vino, sino que además, está presente el «***Christus passus***», el Cristo que ha sufrido, ya que la Eucaristía «"contiene a Cristo que padeció"[199]; es decir, contiene a Cristo no "padeciendo ahora", sino que "padeció en otro tiempo"»[200]. «La Eucaristía es el sacramento perfecto de la Pasión del Señor, por

---

[197] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 252.
[198] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 81, 1.
[199] *Ibidem*, *S. Th.*, III, 85, 5, ad 2.
[200] ANTONIO PIOLANTI, *El sacrificio de la Misa en la Teología Contemporánea* (Barcelona 1965) 65.

cuanto contiene al mismo Cristo que padeció»[201].

Tengamos siempre en claro y muy firme en nuestra alma, la santa fe católica que enseña como dogma de fe definida que: «En este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la cruz»[202].

Decía el gran Bossuet: «Todo se hará con este pan y este vino; vendrá una palabra omnipotente que de este pan hará la Carne del Salvador y del vino su Sangre ... ¡Oh Dios!, sobre el altar se encuentran aquel Cuerpo mismo, aquella misma Sangre; aquel Cuerpo entregado por nosotros, aquella Sangre derramada por nosotros ... Están separados, sí, separados, el Cuerpo por una parte, la Sangre por otra, y cada uno bajo signos diferentes ... He ahí, por tanto, revestidos del carácter de su muerte, a aquel Jesús, otra vez nuestra Víctima y hoy también nuestra Víctima de un modo nuevo por la separación mística de aquella Sangre de aquel Cuerpo. No diremos más porque todo el resto es incomprensible y nadie lo ve, excepto aquel que lo ha hecho»[203].

Por la fuerza del sacramento lo que aparece sobre el altar, después de la consagración, es la Sangre separada del Cuerpo, que es la representación eficaz de lo que sucedió en la cruz. Nosotros, indignos y pecadores, por gracia de Dios, participamos así del sacrificio de la cruz. ¡Qué gracia enorme! ¡Cuánto nos vamos a arrepentir el día de mañana de haber dejado de participar de una Misa, por culpa propia!

El Cenáculo y el Calvario vienen a nosotros: ¡Debemos tener nosotros las mismas disposiciones espirituales que tuvieron los Apóstoles en la Última Cena, y la Santísima Virgen, San Juan, Santa María Magdalena, Santa María de Cleofás, Santa María Salomé y las otras santas mujeres en el Gólgota!

¿Cuál debería ser nuestra actitud expectante, reverente, concentrada, asombrada, amante, delicada, adorante, ante «*el*

---

[201] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 73, 5, ad 2.
[202] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743.
[203] *Méditations sur l'Evengile, La céne,* 1ª parte, 57º día.

misterio de la fe»? ¿No deberíamos dejar nuestras preocupaciones, contratiempos, disgustos, dolores, desilusiones, fracasos en la patena y ponerlos en las manos y en el corazón de Jesús y así poner en práctica la enseñanza del Maestro: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11,28–30).

Párrafo 2º. Memorial

También decimos que la Misa es el **memorial** (o memoria) de la Pasión del Señor.

El sacerdote es el hombre que hace el **memorial**.

De ahí que en todas las Plegarias eucarísticas se diga: «*Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este* ***memorial*** *de la muerte gloriosa de Jesucristo...*»[204]; «*Así, pues, Padre, al celebrar ahora el* ***memorial*** *de la muerte y resurrección de tu Hijo...*»[205]; «*Por eso, Padre, al celebrar ahora el* ***memorial*** *de la pasión salvadora de tu Hijo*»[206]; «*Por eso, Padre de bondad, celebramos ahora el* ***memorial*** *de nuestra redención, recordamos la muerte de Cristo...*»[207]; «*Por eso, Padre de Bondad, celebramos ahora el* ***memorial*** *de nuestra reconciliación...*»[208]; «*Así, pues, al hacer el* ***memorial*** *de Jesucristo... y celebrar su muerte y resurrección...*»[209]; «*Señor, Dios nuestro, tu Hijo nos dejó esta prenda de su amor. Al celebrar, pues el* ***memorial*** *de su muerte y resurrección...*»[210].

1. Distintos tipos de memorial

[204] *Plegaria Eucarística* I, 107.
[205] *Plegaria Eucarística* II, 120.
[206] *Plegaria Eucarística* III, 127.
[207] *Plegaria Eucarística* IV, 137.
[208] *Plegaria Eucarística* V, pág. 1039.
[209] *Plegaria Eucarística de la reconciliación* I, pág. 1063.
[210] *Plegaria Eucarística de la Reconciliación* II, pág. 1069.

Hay tres tipos de memoriales:

a. El memorial mundano. Al estilo del Lincoln Memorial, el Jefferson Memorial, en Washington; o el Queen Victoria Memorial en Londres; o el memorial al holocausto a la Shoah levantado en Uruguay, son monumentos que nos recuerdan hechos pasados. Si se lo compara con el memorial del Nuevo Testamento no son dos especies del mismo género, sino son dos géneros distintos.

b. En el Antiguo Testamento. De manera parecida, así entendían el memorial en el Antiguo Testamento (así lo entendieron los protestantes) como un mero recuerdo, pero en este caso, que de alguna manera actualiza el hecho pasado al ser como signo de la continua ayuda de Dios en el presente y promesa de futuras ayudas. Con más precisión, el memorial del Antiguo Testamento se relaciona con el memorial del Nuevo como lo imperfecto con lo perfecto.

Al memorial en el Antiguo Testamento se lo llamaba «zikkaron», palabra que los Orientales la tradujeron al griego con el término «anámnesis» (♋♈■♋❖=de nuevo y ❍■♒♎♦♓✂=recuerdo). Ellos hacían memoria de las intervenciones milagrosas de Dios en el pasado, reviviéndolas de alguna manera, como ser:

– la salida de Egipto, con la comida ritual del Cordero Pascual (fiesta Pascual);

– la permanencia en el desierto, dejando la casa para vivir siete días en tiendas de campaña (fiesta de los Tabernáculos o de las Tiendas);

– la entrada en la Tierra Prometida, llena de frutos, ofreciendo a Dios las primicias de los mismos (fiesta de las Semanas o de las Cosechas, que era cincuenta días después de Pascua).

c. El Memorial en el Nuevo Testamento. La otra concepción de Memorial es la del Nuevo Testamento.

La Misa, en el momento de la Consagración, es un Memorial, pero con un elemento que lo caracteriza **esencialmente**. No es un mero recuerdo, sino que es un **recuerdo eficaz, que produce lo que recuerda**.

Aquí el Sacrificio de la Cruz del Señor **se perpetua** hasta el fin de los tiempos. Por eso enseña el Concilio de Trento: «**que la memoria (del sacrificio de la Cruz) se perpetuaría hasta el fin de los siglos»** (enseñanza que repite el Catecismo de la Iglesia Católica[211]), en la Santa Misa.

Es lo mandado por el Señor: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19; 1Cor 11,24) ¿Qué es «**hacer esto**»? Es convertir el pan en su Cuerpo entregado y el vino en su Sangre derramada; es hacer presente la transustanciación de la Cena y el Sacrificio de la Cruz. El sacerdote obrando ***in persona Christi*** hace lo que Cristo mandó y para lo que le dio el poder sacerdotal, por la imposición de manos: eso es hacer el **memorial**... se lo celebra para cumplir el mandato del Señor: *Haced esto en memoria mía* (Cuando se hace públicamente el **memorial,** se lo llama **conmemoración**).

Ahora bien, aunque toda la Misa es memorial, especialmente lo es la Plegaria eucarística o anáfora, y, **sobre todo,** es **memorial** en el sentido eficaz del Nuevo Testamento, la consagración en la que el sacerdote obra «*in persona Christi*».

2. El memorial de la consagración

¿Qué es lo que se hace en la consagración? En la consagración, al transustanciar separadamente el pan y el vino, se hacen dos cosas:

a. La **inmolación**, o sea, el acto del sacrificio eucarístico; y,

b. la **oblación**, es decir, el ofrecimiento del sacrificio;

Luego de la consagración se hace la aclamación memorial: «***Anunciamos tu muerte***», donde decimos con palabras lo que de hecho ocurrió en la doble consagración de la Sangre separada del Cuerpo. Este **anuncio** realizado con el hecho de la doble consagración, luego es expresado con las palabras de la aclamación memorial.

Por extensión, de lo ocurrido en la consagración, se llama

[211] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366.

memorial a la oración que sigue a la consagración, y que explicita, aún más, lo hecho.

Es decir, que son dos los momentos del Memorial: la inmolación y la oblación. Por eso dice el sacerdote: «*Al celebrar ahora el* ***memorial***», e inmediatamente, «***te ofrecemos***...», esto último, además del sacerdote ministerial, lo hacen los bautizados por medio del sacerdote y junto con él.

3. La inmolación[212]

Distingue muy bien Santo Tomás entre *sacrificios, oblaciones* y lo que no es ni lo uno ni lo otro.

1º. Respecto a los sacrificios: «... se ha de decir que propiamente se dicen *sacrificios* cuando sobre las cosas ofrecidas a Dios se hace algo, como cuando se mataban los animales, como cuando el pan se parte, y se come, y se bendice. Y esto lo dice el mismo nombre, puesto que sacrificio se dice cuando el hombre "hace algo sagrado"».

2º Respecto a las oblaciones: «Pero se dice directamente *oblación* cuando se ofrece algo a Dios, aún cuando nada se hace sobre la cosa:

---

[212] Se han dado tres respuestas a la pregunta por la esencia del sacrificio. El rito esencial del sacrificio consiste:

1. – en la comunión;
2. – en la oblación; y
3. – en la inmolación.

Estas son, también, las respuestas sobre la esencia del sacrificio de la Misa. 1. Algunos la hacen consistir en ***la comunión*** como Francisco S. Renz, Santiago Bellord, Anselmo Stolz...

2. Otros, la hacen consistir en ***la oblación*** como G. Schmidt, Berulle, Mauricio De la Taille, Mario Lepin, Graneris...

3. La mayoría de los teólogos están en la línea del sacrificio-***inmolación*** –que implica la oblación y que tiene a la comunión como parte integrante– con distintas variantes: Casel, Lugo, Franzelin, Buathier, Capello, Lamiroy, San Roberto Belarmino, San Alfonso de Ligorio, Suarez, Scheeben, Brinktrine, Lessio, Mercier, Nicolussi, Hugon, Vázquez, Goetzmann, Lebreton, Lesétre, Coghlan...

Dentro de esta última línea, la doctrina de la ***inmolación místico sacramental*** es la que recibe más adhesiones: Billot, Labauche, Grimal, Van Noort, Michel, Tanquerey, Lercher, Hervé... Alastruey, Ansgario Vonier, Héris, De Faulconnier, Augier, Diekamp, Poschmann, Hoffmann, Masure, Filograssi, Roschini, Garrigou-Lagrange, Cordovani, A. Piolanti, G. Sartori, Ludwig Ott, etc. (Cfr. A. PIOLANTI, *El Sacrificio de la Misa...,* o.c., pp. 33–72).

como cuando se dice ofrecer dinero o panes en el altar, sobre los que no se hace nada, por donde todo sacrificio es oblación, pero no al revés. (En el *Comentario a los Salmos* enseña lo mismo: «Todo sacrificio es oblación, pero no toda oblación es sacrificio»[213]). Las *primicias* son oblaciones porque eran ofrecidas a Dios como se lee en Deut 26, pero no eran sacrificios porque nada sagrado se hacía sobre ellas».

3º Sobre lo que no es ni lo uno ni lo otro: «Y los *diezmos*, propiamente hablando, no son sacrificios ni oblaciones, porque no se ofrece directamente a Dios sino a los ministros del culto»[214].

Eso *más* que debe hacerse a la simple oblación para que llegue a ser sacrificio es la *inmolación* entendida en sentido amplio –como indican los ejemplos que pone Santo Tomás: –occisión para los animales; –consumisión para los alimentos; –efusión para los líquidos; –división y fracción para los sólidos, etc. Y la inmolación ha de realizarse de modo diverso, según que la víctima esté "en especie propia" –como en los ejemplos dichos–, o "en especie ajena", como en el Cuerpo y Sangre de Cristo en la Misa.

Respecto al sacrificio incruento de la Misa, la Revelación pública y oficial de Dios, declara que hay inmolación: «Este es el cáliz de mi sangre que es derramada por vosotros» (cf. Lc 22,20; Mt 26,28; Mc 14,24). "*Ekchynnómenon*", dice el texto griego, es decir, "derramada".

O sea, que la sangre de Cristo, aunque contenida en el cáliz eucarístico, del cual no se derrama... ¡Es derramada! ¿Cómo puede ser? ¡Es derramada porque es misteriosamente separada del cuerpo![215].

Por eso, fundamentándose en la Revelación, el Concilio de Trento afirmó solemnemente: «En este divino sacrificio se contiene e *incruentamente se inmola* aquel mismo Cristo que una sola vez se

---

[213] *In Psalm.* 39, n. 4.
[214] *S. Th.*, II–II, 85, 3, 3.
[215] ANTONIO PIOLANTI, *El sacrificio de la Misa...*, o.c., p. 30.

ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la Cruz»[216]. E «...instituyó una Pascua nueva, que era él mismo, que *habría de ser inmolado* por la Iglesia por ministerio de los sacerdotes bajo signos visibles...»[217].

Enseñaba Tertuliano, Cristo: «*es inmolado de nuevo*»[218].

Y San Agustín: «...se inmoló una sola vez en sí mismo... sin embargo, en el sacramento *se inmola todos los días*»[219].

San Pedro Crisólogo: «Este es el cordero que todos los días y perennemente es inmolado para ser nuestro banquete»[220].

En la Plegaria Eucarística III: «*...por cuya inmolación...*».

Al estar, por razón de las palabras, bajo la especie de pan, sólo el Cuerpo, y bajo la especie de vino, sola la Sangre, se sigue que en la Eucaristía está vigente una misteriosa separación de la Sangre del Cuerpo, o sea, en cada Misa *hay una inmolación mística presente: ¡Por eso la Misa es "verdadero y propio sacrificio"*, como enseña el Concilio de Trento[221]!

Además, la inmolación mística presente es memorial de la inmolación cruenta pasada del Calvario: *¡Y así es la Misa sacrificio relativo al único sacrificio absoluto de la Cruz!*

Por tanto, en cada Misa: "*incruentamente se inmola...*"[222] el mismo Jesucristo.

En la Santa Misa ocurre la misma inmolación realizada en la cruz, aunque en especie ajena. Jesucristo con su Sangre derramada y su Cuerpo entregado, o sea, Jesucristo en estado de víctima, se hace presente bajo las especies sacramentales. La inmolación ocurre en el

---

[216] DH 1743.
[217] DH 1741.
[218] *De pudicia* 9; *PL* 2, 1050.
[219] *Epis.* 98, 9; *PL* 33, 363.
[220] *Sermón* 5, 6: *"Hic est vitulus, qui in epulum nostrum cotidie ac iugiter inmolatur..."*.
[221] *DH* 1751; *Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica,* n. 1366*;* JUAN PABLO II*, Eclessia de Eucaristia*, n. 13.
[222] DH 1743.

momento de la transustanciación, que sólo la realiza Cristo por medio de su sacerdote ministerial. En este sentido enseña Pío XII: «Aquella inmolación incruenta con la cual, por medio de las palabras de la consagración, el mismo Cristo se hace presente en estado de víctima sobre el altar, la realiza sólo el sacerdote, en cuanto representa la persona de Cristo, no en cuanto tiene la representación de todos los fieles»[223].

Como ya hemos dicho: Jesucristo instituyó de tal manera la Eucaristía, que en el momento de la doble consagración, es decir, de la transustanciación del pan y, separadamente, de la transustanciación del vino, por la fuerza de las palabras de la consagración, se pone directamente su Cuerpo bajo la especie de pan y su Sangre bajo la especie de vino. Esta separación sacramental de la Sangre de Cristo respecto de su Cuerpo es como su muerte o inmolación mística o incruenta, que como por imagen real representa, objetivamente, la muerte de Cristo en la cruz.

Entonces debemos considerar que Cristo al inmolarse ofrece «al Eterno Padre los deseos y sentimientos religiosos en nombre de todo el género humano»[224] y se ofrece como Víctima a nuestro favor: «Al ofrecer a Sí mismo en vez del hombre sujeto a culpa»[225]. La enseñanza del Apóstol: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo* (Flp 2,5) exige a los verdaderos discípulos de Cristo, que quieren participar de la mejor manera en el santo Sacrificio de la Misa, tres cosas:

a. Exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el Divino Redentor cuando se ofrecía en Sacrificio: «Es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias»[226].

b. Exige que, de alguna manera, «adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio,

---

[223] PÍO XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 59. Colección de Encíclicas Pontificias, Editorial Guadalupe (Buenos Aires 1967) 1730.
[224] *Ibidem*, n. 52.
[225] *Ibidem*.
[226] *Ibidem*.

entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno sus propios pecados»[227].

c. Exige que nos ofrezcamos a la muerte mística en la Cruz juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como San Pablo: *Estoy crucificado con Cristo* (Ga 2,19). Hasta poder llegar a ser: «*Víctima viva para alabanza de tu gloria*»[228].

En este sentido, participar de la Misa es subir todas las veces un poco más al Calvario, es aprender a victimizarnos con la divina Víctima, es crucificarnos un poco más con el Crucificado, es descubrir la importancia insubstituible de morir a nosotros mismos como el grano de trigo, es inmolarnos a nosotros mismos como víctimas. Inmolación de nosotros mismos que no se reduce sólo al Sacrificio litúrgico, sino que, como quieren los Príncipes de los Apóstoles, debe ser en todo tiempo: *También vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo* (1Pe 2,5) y *Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual* (Ro 12,1).

Cuando se participa de la Misa con gran piedad y atención: «No podrá menos de suceder sino que la fe de cada uno actúe más vivamente por medio de la caridad, que la piedad dé fortaleza y arda, que todos y cada uno se consagren a procurar la divina gloria, y que, ardientemente deseosos de asemejarse a Jesucristo que sufrió tan acerbos dolores, se ofrezcan como hostia espiritual con su Sumo Sacerdote y por su medio»[229].

En el caso de las almas consagradas esta muerte debe ser más total, más perfecta, más delicada, más sustancial, más íntegra: «Debemos morir totalmente al propio yo. Hay tres momentos en la perfecta abnegación de sí mismo: la mortificación cristiana, el espíritu de sacrificio, y la muerte total al propio yo. A este tercer momento es muy difícil remontarse. Se logra mediante un trabajo

---

[227] *Ibidem*.
[228] *Plegaria Eucarística* IV, 137.
[229] PÍO XII, *Carta Encíclica* «*Mediator Dei*», n. 62, ed. cit., 1731.

permanente. Se trata de morir para vivir: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3,3). La vida de Cristo fue una muerte continua, cuyo último acto y consumación fue la Cruz. Por diversos grados de muerte se establece en nosotros la vida mística de Cristo: –muerte a los pecados, incluso a los más ligeros y a las menores imperfecciones; –muerte al mundo y a todas las cosas exteriores; –muerte a los sentidos y al cuidado inmoderado del propio cuerpo; –muerte al carácter y a los defectos naturales: no hablar u obrar según propio humor, o capricho, mantenerse siempre en paz y en posesión de sí mismo; –muerte a la voluntad propia y al propio espíritu: someter la voluntad a la razón, no dejarse llevar por el capricho o las fantasías, no obstinarse en el propio juicio, saber escuchar, estar siempre alegres con lo que Dios nos da; –muerte a la estima y amor de nosotros mismos: al amor propio; –muerte a las consolaciones espirituales, que un día Dios retira completamente, y al alma todo le molesta, todo le fastidia, todo le fatiga, la naturaleza grita, se queja, se enfurece; –muerte a los apoyos y seguridades con relación al estado de nuestra alma: experimentar el abandono de Dios; –muerte a toda propiedad en lo que concierne a la santidad: entera desnudez. Ya no se ven los dones, ni las virtudes, sólo los pecados, la propia nada»[230].

En la inmolación de Cristo en la Misa, adquieren su significado más profundo los votos religiosos que hacen que el religioso sea un verdadero holocausto[231], es decir, un sacrificio que se consume totalmente sin reservarse nada para sí.

También hay que decir que la Misa es un «***sacrificio vivo***»[232], o sea:

– no como los sacrificios del Antiguo Testamento que no daban la gracia;

– no como los sacrificios que terminan con la occisión de la víctima;

– es un sacrificio vivo, porque la víctima es gloriosa;

---

[230] *Constituciones del Instituto «Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará»*, 213.

[231] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, II–II, 186, 1.

[232] *Plegaria eucarística* III, 127.

– porque se mantiene la oblación del Sacerdote principal;

– porque la Víctima permanece viva después de la inmolación;

– porque engendra vida *y vida en abundancia* (Jn 10,10), al aplicársenos los méritos del sacrificio de Cristo en la cruz

– porque **clama** en favor de la vida: al destruir los pecados y al promover el bien;

– porque el Sacerdote es eterno;

– en fin, porque es sacrificio de Aquel que es *la Vida* (Jn 14,6).

De ahí que todo verdadero participante de la Misa es un invicto defensor de la cultura de la vida. El sacrificio vivo impele, necesariamente, a defender la vida, a proclamar la vida, a celebrar la vida.

4. La oblación

Es un elemento esencial del sacrificio: «Todo sacrificio es oblación»[233]. Es el **ofrecimiento** del sacrificio. De hecho se ofrece el sacrificio en el mismo momento de la consagración, o sea, en el mismo rito de la inmolación. El ofrecimiento a Dios de la Víctima se hace visible en el momento de poner el pan consagrado y el cáliz sobre el altar: «Mas al poner el sacerdote sobre el altar la divina víctima, la ofrece a Dios Padre como una oblación para gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de la Iglesia»[234].

De hecho, este acto, se lo conoce con muy distintos nombres: Ofrecer, ofertorio, ofrecimiento, ofrenda, oblata, cosa ofrecida, oblación, etc. La oblación es el acto del sacrificio por el que se ofrece la Víctima a Dios.

Tres son los oferentes del Sacrificio de la Misa, como veremos por extenso más adelante.

---

[233] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II–II, 85, 3, ad 3.
[234] PÍO XII, PÍO XII, *Carta Encíclica* «*Mediator Dei*», n. 59, ed. cit., 1730.

5. Los bautizados ofrecen la Víctima

Los fieles por el Bautismo se configuran con Cristo sacerdote y por el **carácter** bautismal son consagrados al culto divino, participando de esa forma, a su manera, del sacerdocio de Cristo. Los bautizados ofrecen el Sacrificio por muchas razones, algunas más bien remotas:

a. Al asistir a los sagrados ritos alternan sus oraciones con las del sacerdote;

b. Al ofrecer a los ministros del altar el pan y el vino;

c. Al hacer con sus limosnas que el sacerdote ofrezca por ellos el Sacrificio.

Pero la razón más íntima **es que ofrecen la Víctima.** Este es el punto más importante de la participación de los fieles en el Sacrificio de la Misa.

6. En todas las Misas

Un laico, una religiosa, un sacerdote... que tuviese conciencia de que ofrece la Víctima de toda Misa vería eucaristizada toda su vida. ¡Nunca estaría solo! ¡Jamás se sentiría estéril! ¡Sería el mayor obrador de la paz! ¡Su vida tendría una plenitud inaudita! ¡Sería peregrino de todas las Iglesias, de todos los altares y de todos los sagrarios!

Es de destacar que esta participación en todas las Eucaristías válidas que se celebran incluye a todos los ritos (copto, armenio, maronita, ucranio...), pero aún de las Misas válidas que celebran los ortodoxos (griegos, rusos, coptos, armenios...).

Ésta es la grandeza del sacerdocio católico: **Hace el Memorial sacramental que realiza eficazmente lo que recuerda,** o dicho de otra manera, **hace el Memorial que causa lo que recuerda, de modo eficaz.**

Por eso en verdad la Eucaristía es un monumento del sacrificio de Cristo en la Cruz, pero un ¡monumento vivo!, pleno, objetivo no–

subjetivo, memorial litúrgico y sacramental, verdadera inmolación sacramental, que actualiza perennemente la gran obra de la Redención de los hombres.

Párrafo 3º. Aplicación

De ahí, también, el saber que participando en la Santa Misa podemos pedir a Dios que sea aplicada la obra redentora a determinada persona, viva o muerta, o para alcanzar determinadas gracias o la solución de determinado problema.

Más aún, sin la Misa no hay solución para los problemas del hombre, de la cultura, del progreso, del matrimonio y la familia, de la vida económica, social y política de los individuos y de los pueblos. Sin la Misa no hay solución para los problemas de la falta de pan, de techo y de paz. Las soluciones técnicas de estos problemas están a la vista, al alcance de los hombres y de los pueblos, no la alcanzan por el desorden interior del hombre, por su orgullo, por su soberbia, que sólo puede curar la Pasión de Cristo.

Para los que, como nosotros, nos consagramos a la Santísima Virgen María en materna esclavitud de amor y hacemos entrega a Ella, absolutamente de todo, aún de nuestros méritos, aún de aplicar por nosotros mismos lo que corresponda al fruto especialísimo de la Santa Misa, podemos y debemos pedirle a Ella que, si es de su agrado, se sirva Ella aplicar ese fruto especialísimo por la intención deseada, en lo que dependa de nosotros.

No menos interesante que las anteriores es la noción de la aplicación para expresar la realidad de la Santa Misa.

El sacrificio de la Cruz es causa universal de la salvación de todos los hombres y de todos los tiempos. Causa universal que no deja afuera a ningún hombre, a ninguna mujer, ya que *por todos murió Cristo* (2Cor 5,14), y causa a la que no le falta nada, más aún, podemos decir que le sobra, porque si todos los pecados del mundo, desde Adán hasta el último hombre que existe sobre la tierra, aún elevados esos pecados a la enésima potencia y multiplicada toda su malicia por una imaginación tropical, no son más que el sacrificio de

Cristo ¡Cada gota de Sangre de Cristo tiene un valor infinito muy superior a todos los pecados de la humanidad entera! La Cruz tiene un poder sobreabundante, de tal manera, que siempre será verdad que: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (Ro 5,20).

Ahora bien, una causa universal debe ser dirigida, apuntada, orientada, aplicada, por una causa particular para lograr sus efectos. Esa causa particular es el Santo Sacrificio de la Misa.

La Misa es la base que, en concreto, posibilita que los efectos y los frutos de la muerte de Cristo en Cruz, lleguen a los hombres de cada generación, en cada circunstancia histórica, en el sucederse de los tiempos, hasta la Segunda Venida.

De aquí, la importancia de la participación de cada cristiano en el Santo Sacrificio de la Misa para que a él se le aplique lo que Jesús obró en la Cruz.

De aquí, la importancia de hacer celebrar la Misa por nuestras intenciones.

1. ¿Qué es la aplicación?

La tercera razón por la cual es de fe que la Misa es sacrificio es porque la Misa es **aplicación** de los méritos que Cristo ganó en la cruz. Aplicar tiene como sinónimos: emplear, usar, destinar, utilizar, dedicar, aprovechar, valerse, asignar, administrar, manejar... Es la manera sacramental de cómo llega a las sucesivas generaciones la salvación realizada por Cristo en la Cruz.

«Cada uno de los creyentes en la Pasión de Cristo recoge sus beneficios: el mérito y la expiación sacrificial de ese gran holocausto de la Cruz, descienden sobre cada hombre (y mujer) y penetran en su alma. El sacrificio eucarístico es el divino medio que permite a cada cristiano ponerse en contacto con el sacrificio de la Cruz; esto es lo que entendemos por "aplicación"»[235], enseñaba el abad Dom Vonier.

Ya Jesucristo nos lo enseñó, como decimos en la consagración del

[235] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 131.

Cuerpo: «*Que será entregado por vosotros*» y de la Sagrada Sangre: «*Que será derramada por vosotros*», refiriéndose al poder del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada en la cruz, que obra en este sacramento–sacrificio, sobre nosotros[236]. Se **aplica** sobre nosotros. La **aplicación** es el fruto de la Pasión: «Se hace mayor mención de la Pasión y de su fruto en la consagración de la Sangre que en la consagración del Cuerpo»[237]. Y en otras partes enseña el santo Doctor: «En este sacramento se celebra la Pasión de Cristo, por el cual se aplica el efecto a los fieles»[238], y «el poder de la Sangre derramada en la Pasión, obra en este sacramento»[239].

2. La cruz y la Misa

¿Qué ocurrió en la cruz? Los padecimientos de Cristo, en especial, el derramamiento de su Sangre, obró de un modo suficiente, para todo el mundo, siendo **causa universal de la salvación** de todos los hombres y mujeres, de todos los tiempos y lugares.

¿Qué ocurre en la Misa? Los mismos padecimientos de Cristo obran de modo eficiente por los que se ofrece la Misa, si no ponen obstáculos. Hay una misma causa. Hay un mismo efecto. En la cruz, visible; aquí, invisible y sacramental, pero no menos verdadero y real.

¿Qué obró el sacrificio de Cristo en la cruz? La reconciliación de todos los hombres con Dios: «La Pasión de Cristo fue suficiente y de satisfacción sobreabundante para los pecados de todo el linaje humano»[240]. ¿Qué obra Cristo en este sacramento–sacrificio? La misma reconciliación de los hombres con Dios. Es decir, por medio de la Misa, la reconciliación de la cruz, se hace reconciliación nuestra. Por la Misa se nos aplica el sacrificio de la cruz.

---

[236] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th*, III, 78, 3.
[237] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 78, 3, ad 7.
[238] *Ibidem*, *S. Th.* III, 83, 2, ad 1.
[239] *Ibidem*, *S. Th.* III, 78, 3.
[240] *Ibidem*, *S. Th.* III, 49, 3: «*Passio Christi fuit sufficiens et superabundans satisfactio pro peccatis totius generis humani*».

Aún hay más. «En este sacramento se nos da el memorial de la Pasión en forma de alimento»[241], «la cruz hace a la carne de Cristo apta para ser comida, en cuanto este sacramento representa la Pasión de Cristo»[242]. ¿Por qué es esto así? Porque «el Cuerpo de Cristo inmolado en la Cruz se encuentra verdadera, real y sustancialmente presente, y la Sangre de Cristo derramada en la Cruz está igualmente verdadera y realmente presente. Entonces, el amargo sufrimiento y muerte de Cristo, la sangrienta oblación de Cristo en la Cruz se hace verdadera, real y sustancialmente presente a través de la transustanciación por separado del pan y del vino. "Los sacramentos de la Nueva Ley contienen y causan lo que significan"[243]. Si bien la transustanciación por separado del pan y del vino significa o expresa en el santo sacrificio de la Misa la separación del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor en la Cruz, y también dicha separación, contiene y causa la muerte oferente de Cristo, es decir, hace presente la oblación de la Cruz, sin embargo se hace presente solamente bajo las formas exteriores de pan y vino»[244].

3. Un solo sacrificio

¿Por qué los protestantes, en general, niegan que la Santa Misa sea sacrificio? Suelen fundamentarse en el texto de la carta a los Hebreos que dice: *En efecto, mediante una sola oblación* (o sacrificio) *ha llevado a la perfección para siempre a los santificados* (10,14). Una sola vez Cristo fue inmolado para el perdón de todos los pecados, ¿por qué otro sacrificio? Santo Tomás analizó el tema y dio la interpretación correcta. De tal modo que siglos antes, de manera anticipada, dio la respuesta contra la posterior objeción de los protestantes, que quedó refutada por él, de manera magistral.

---

[241] *Ibidem*, *S. Th.* III, 80, 10, ad 2.

[242] *Ibidem*, *S. Th.* III, 81, 3, ad 1.

[243] *Ibidem*, *S. Th.* III, 62,1 ad 1; III, 61,4 ad 2: «*Sacramenta novae legis continent et causant, quod significant*».

[244] Seguimos libremente en muchas partes un artículo de GEBHARD ROHNER escrito en alemán y publicado en la Revista *Divus Thomas* en diciembre de 1924. Dicho artículo, traducido al español, fue publicado posteriormente DIÁLOGO 10 (San Rafael 1994) 19–49. Dicho autor, para el Card. Journet, fue el mejor intérprete de Santo Tomás: «El estudio reciente más ponderado del pensamiento de Santo Tomás sobre la naturaleza del sacrificio de la Misa es, a nuestro juicio, el de Gebhard Rohner...», cfr. *La Misa*, Ed. Desclee de Brouwer (Bilbao 1962) 362.

El gran San Agustín afirmaba: «Cristo fue inmolado una vez *en sí mismo* (in semetipso) y a pesar de esto, es ofrecido el sacrificio *en el sacramento* diariamente para el pueblo»[245], es decir, que el único sacrificio de Cristo en la cruz no anula el sacrificio de la Misa, ni éste perfecciona a aquél, como si algo le faltase. El sacrificio de la Misa es el sacramento del sacrificio de la cruz.

4. Un solo sacrificio, que se perpetúa

Pero entonces, ¿por qué un sacrificio sacramental?

El sacrificio de la cruz, que es el verdadero sacrificio de Cristo, es presentado y misteriosamente representado, y así se da un memorial de su padecimiento, por el cual nuestra fe y nuestro amor al Crucificado se mantiene despierta, y esto corresponde a la naturaleza humana. Ella es de tal condición que por medio de lo externo y de signos se recuerda el hecho pasado. Como lo había dicho San Ambrosio: «¿Y nosotros? ¿No ofrecemos también nosotros un sacrificio diariamente? Sí, pero en memoria de su muerte»[246].

Por un lado, es usual denominar el signo de un hecho pasado con el mismo nombre de este hecho. «La celebración de este sacramento ... es imagen representativa de la pasión del Señor, que es verdadera inmolación»[247], como se dice en una oración sobre las ofrendas[248] – que recuerda el Concilio Vaticano II: «Cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra Pascua*, Cristo, ha sido inmolado* (1Cor 5,7), se efectúa la obra de nuestra redención»[249]. Esta celebración es un verdadero sacrificio, ya que contiene el verdadero sacrificio de Cristo: «En cuanto al primer modo (mera representación figurada), se puede decir que Cristo se inmoló también en las figuras de la Antigua Alianza [...] Pero en

---

[245] Ep. 98, *Ad Bonifacium*.
[246] *Super Ad Hebr*., cap. 10.
[247] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 83, 1.
[248] Antes secr. de la dom. IX post Pent.; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 3; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1364.
[249] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 3.

cuanto al segundo modo (aplicación de los frutos de la Pasión), la inmolación con toda propiedad sólo se realiza en la celebración de este sacramento»[250]. El sacrificio del Nuevo Testamento, contiene, contrariamente al sacrificio del Antiguo Testamento, no sólo en la significación o en figura la inmolación de Cristo, sino también **en la realidad verdadera** la inmolación de Cristo.

Se «distingue entre representación y aplicación, ya que esta última sólo puede existir en el sacramento de la Nueva Ley [...] siendo la muerte de Cristo causa eficiente de salvación, no puede aplicársenos sin presuponer que Cristo vivió y murió realmente»[251].

Por eso es incomparablemente más elevado el efecto de este sacramento, que el de los demás.

Por otro lado, como ya se ha adelantado, no ha sido solamente instituido para recordar constantemente la muerte de Cristo en la cruz, **sino que también por medio de él se nos participa** («***participes efficimus***») **de los frutos del padecimiento de Cristo.** Entonces, este sacramento es la causa eficiente de la participación de los frutos del sacrificio. ¿Qué es según Santo Tomás este sacramento? Es el sacramento de la Pasión de Cristo, que contiene verdaderamente aquel verdadero sacrificio de la cruz. Existe con las formas exteriores de pan y vino, y ahí dentro, contiene el verdadero sacrificio de Cristo. Éste produce el que se nos comuniquen los frutos de la cruz.

Por medio del sacrificio de la Misa es que recién se vislumbra correctamente con qué fuerza obra el sacrificio de la cruz en nosotros. Porque nosotros somos los que, «*cuya fe y entrega bien conoces*»[252], ponemos los ritos exteriores de este sacramento, porque los ministros dicen las palabras de la consagración –libremente sólo en la fuerza de Cristo–, porque por medio de ésta el sacrificio de Cristo en la cruz está contenido en el Santísimo Sacramento, porque nosotros podemos, reunidos con Él mismo, reconciliarnos con el Padre celestial. ¡El Sacrificio de la cruz

---

[250] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 83, 1.

[251] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 151–152.

[252] MISAL ROMANO, *Plegaria* I, n. 45: «*...quorum tibi fides cognita est et nota devotio...*». Ahora traducida por: «*...cuya fe y entrega bien conoces...*», 100.

vuelve eficaz nuestro sacrificio, la reconciliación de Cristo es nuestra reconciliación!

En la Misa, Cristo no efectúa nada nuevo, ni de nuevo se sacrifica cruentamente, todo lo nuevo ocurre en nosotros. Él perpetúa, sacramentalmente, su sacrificio de la cruz. En este sacramento se sacrifica Cristo, porque en este sacramento el sacrificio sangriento de la Cruz se vuelve nuestro sacrificio.

5. La causa universal de salvación y su aplicación

Una **causa universal**, como el sacrificio de la cruz, no puede ser manifiesta cuando no se arroja, ejecuta o aplica especialmente sobre el sujeto. El sol, por ejemplo, es una causa universal, una causa que es suficientemente fuerte para alumbrar y calentar a todos los objetos corporales. Pero es necesario que se produzca un efecto en particular en los objetos, entonces los rayos del sol tendrán que dirigirse hacia el objeto en particular, de hecho se tiene que exponer a la fuerza del sol. Cuando se lo aparta o retira, el sol no podrá producir nunca un efecto. Pero la culpa no es entonces del sol, ya que es igualmente inagotable en su eficacia. La culpa queda en el obstáculo que se pone a la fuerza del sol. Por eso: «una causa universal se aplica a efectos individuales a través de algo especial»[253]. ¿Y entonces el Santo Sacrificio de la Cruz?: «La pasión de Cristo produce su efecto en todos aquellos, a quienes se **aplica** a través de la Fe y del Amor y de los Sacramentos de la Fe»[254].

El sacrificio de la cruz, que se hizo visible, es precisamente el Santo Sacrificio de la Misa, que se hace visible, no en sí mismo, sino en el velo sacramental «para que tenga lugar la fe»[255], y por eso es que nos queda como un misterio de la fe: «Con ello su Esposa, la Santa Iglesia, tiene un sacrificio visible, Cristo ha inmolado a su Padre Celestial en la Ultima Cena su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre bajo las formas visibles de pan y vino, y mandó a

---

[253] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 52, 1 ad 2: «*Causa universalis applicatur ad singulares effectus per aliquid speciale*».

[254] *Ibidem*, *S. Th.* III, 49, 5: «*Passio Christi sortitur effectum suum in illis quibus applicatur per fidem et charitatem et per fidei sacramenta*».

[255] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In officio fest. Corp. Christi* II Noct.: «*Ut fides locum habeat*».

los apóstoles a hacer lo mismo que Él hizo»[256].

Es lo que enseñaban los Santos Padres: «Diariamente ofrezco sobre el Altar al Dios Todopoderoso, no la carne de las bestias del sacrificio, sino el Cordero sin mancha»[257]. San Ambrosio dice también: «En Cristo se ofreció una sola vez la hostia que podía causar la salvación eterna. ¿Y nosotros? ¿No ofrecemos también nosotros un sacrificio diariamente? Sí, pero en memoria de su muerte»[258]. Y enseña San Juan Crisóstomo: «se trata de una y la misma ofrenda (esto es, la que Cristo ofreció y nosotros ofrecemos), y no de varias ofrendas; porque sólo una vez fue Cristo inmolado. Y como aquello que es sacrificado en todas partes es *Un Cuerpo*, y no muchos cuerpos, así también es *solamente Una Ofrenda*. Aquella que en aquel entonces fue ofrecida, *la ofrecemos nosotros también ahora porque es inagotable*»[259].

San Agustín escribe: «¿No ha sido Cristo una vez inmolado en sí mismo? No obstante es inmolado diariamente por el pueblo en este sacramento»[260]. Santo Tomás junta la Tradición de los Padres cuando dice: «Los efectos que la pasión hizo en el mundo los hace este sacramento en el hombre»[261]. De este modo, a través del sacrificio de la Misa se convierte el sacrificio de la cruz en nuestro sacrificio. El santo Doctor marca a fuego esta verdad: «En este sacramento (en la Santa Misa) se recuerda la pasión de Cristo en cuanto su efecto se comunica a los fieles»[262]; «en la celebración de este misterio hay que tener en cuenta la representación de la pasión del Señor y la participación de sus frutos»[263]; «en la celebración de

---

[256] CONCILIO DE TRENTO, DH 1740.

[257] En el antiguo Breviario, II Nocturn. Offic. Fest. St. Andreae.

[258] SAN AMBROSIO, cit. por SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 83, 1: «*In Christo semel oblata est hostia ad salutem sempiternam potens. Quid ergo nos? Nonne per singulos dies offerimus? sed ad recordationem mortis eius*».

[259] SAN JUAN CRISÓSTOMO, cit. en el artículo de GEBHARD ROHNER, que a la vez cita a GIHR, *Das heilige Messopfer*, 88; cfr. DIÁLOGO 10 (San Rafael 1994) 30.

[260] SAN AGUSTÍN, *Epist.* 23: «*Nonne semel immolatus est Christus in seipso? Et tamen in sacramento omni die populis immolatur*».

[261] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 79, 1: «*Effectum quem passio Christi fecit in mundo, hoc sacramentum facit in homine*».

[262] *Ibidem*, *S. Th.* III, 83, 2 ad 1: «*In hoc sacramento recolitur passio Christi, secundum quod eius effectus ad fideles derivatur*».

[263] *Ibidem*, *S.Th.* III, 83, 2: «*In celebratione huius mysterii attenditur repraesentatio dominicae passionis et participatio fructus eius*».

este sacramento se expresa algo perteneciente a la pasión de Cristo, que se representa en este sacramento, o también al Cuerpo Místico, que es significado en este sacramento»[264].

Por último, ¿de qué forma es entonces que el sacrificio de la Misa es «mío», «nuestro», «tuyo», y sin embargo, obra en él, el poder de Dios, infaliblemente? Esto ocurre a través de la **aplicación** de la Misa.

6. Dos actos deben poner los hombres

Para esto deben concurrir, inevitablemente, dos actos, uno por parte de los creyentes y otro por parte del sacerdote.

a. Por parte de los creyentes. Se exige la libre manifestación de tomar parte en el sacrificio de la Misa, y a través de esto quedar comprendido en el sacrificio de la cruz. Tiene que ser nuestro sacrificio: Queremos adorar a Dios, darle gracias, queremos aplacar a Dios y pedirle favores, pero libremente en Cristo, con Cristo y por Cristo. Este acto de voluntad libre tiene que ser expresado por nuestra **abnegación** (disposición para hacer un sacrificio). Santo Tomás lo llama, unido a la Tradición de la Iglesia: **devoción**, que no es simplemente un acto piadoso de recogimiento, como el sentido que comúnmente se le da. Según el Angélico, **devoción** es definida como «la pronta voluntad de entregarse a aquello que pertenece al servicio de Dios»[265]. Ejercitar la **devoción** en el sacrificio de la Misa es muy importante, es tener parte alegremente en el sacrificio del sacerdote, y a través de esto alcanzar a Cristo crucificado, y por Él y con Él adorar y aplacar a Dios; es el acto voluntario, alegre y gustoso de participar en el sentido del sacrificio y en el acto del sacrificio de Cristo.

Pero este gozoso acto libre puede proceder solamente de la santa fe, la que nos enseña que el sacrificio de la Misa es el mismo

---

[264] *Ibidem*, *S.Th.* III, 83, 5: «*In celebratione huius sacramenti significantur quaedam pertinentia ad passionem Christi, quae repraesentatur in hoc sacramento, vel etiam ad corpus mysticum, quod significatur in hoc sacramento*».

[265] *Ibidem*, *S.Th.* II–II, 83, 1: «*Devotio est voluntas prompte se tradendi ad ea quae pertinent ad Dei famulatum*».

sacrificio de la Cruz, y nos enseña el valor y la eficacia de la Misa, cómo a través de la Misa el sacrificio de la Cruz se vuelve nuestro sacrificio, y también cómo se vuelve nuestra la reconciliación de Cristo en la cruz.

De esta fe se produce la **devoción** de la alegre voluntad de unirse con el sacerdote que ofrece el sacrificio como figura sacramental de Cristo y entregarse a Cristo para la participación en la cruz.

Fe y devoción, son necesarias para todos los que quieren participar del sacrificio de la Misa y del sacrificio de la Cruz. Fe y caridad significan lo mismo. Esto es, según Santo Tomás, «El amor divino, la causa más cercana y la fuente de la devoción alegre»[266].

En el sacrificio de la Misa el fruto que se obra por lo que se hace, no puede, como causa universal, activar la fuerza inmanente cuando no se une a cada hombre en particular en el sentido propio del sacrificio, cuando no quieren tener parte en él. La causa universal es aplicada en los efectos particulares a través de algo «**particular, especial**». En nuestro caso, esto «**especial**» es el acto libre de la voluntad de los creyentes particulares, la **fe y devoción** particulares. Pero éstos son actos interiores; ¿por medio de qué se conocen y se vuelven visibles, reconocibles? Esto puede ocurrir de distintas maneras. Así, por ejemplo, que el creyente le pida al sacerdote la aplicación del sacrificio de la Misa, o que él mismo asista personalmente, o que se encomiende expresamente en el sacrificio de la Misa, o que mande a otro en su lugar (por ejemplo, los padres a los niños, el Superior a su subordinado), o que le dé al sacerdote una limosna (estipendio), o que él contribuya a la celebración de la Santa Misa, sirviendo al sacerdote en el altar, de cerca o de lejos.

Pero estos actos de la voluntad de los creyentes particulares no alcanzan para que se produzca el efecto. No alcanzan para que en el sacrificio de la Misa el fruto se vuelva efectivamente «mío», «tuyo», «nuestro». Es así que estos actos de la voluntad anuncian, solamente con devoción alegre e importante, el sentido gozoso del sacrificio, en la Santa Misa, y a través de ello tener parte en el

[266] *Ibidem*, *S.Th.* II–II, 83, 3: «*Dilectio* (*vel charitas*) *est proxima causa devotionis*».

Sacrificio de la Cruz. Pero se necesita algo más.

b. Por parte de los sacerdotes. A través del sacramento del Orden Sagrado es puesto el sacrificio de la Misa, el fruto de la Santa Misa, sola y únicamente en las manos de los sacerdotes, se les entregó solamente a ellos su administración, que deja actuar a esta misteriosa **causa universal** allí donde ellos quieren, no según su personal agrado, según su personal humor, sino como representantes de Cristo y la Santa Iglesia, según la voluntad de Cristo y la prescripción de la Santa Iglesia. Pero el sacerdote decide efectivamente cuándo tiene que ser aplicado el fruto, y solamente obra allí, y se desarrolla sólo allí en su fuerza para la **remisión de los pecados**, por donde el sacerdote lo dirija a través de sus actos de voluntad: «Recibe el poder de consumar el Santo Sacrificio de Dios y de celebrar la Santa Misa»[267], decía el obispo para las órdenes sacerdotales. Sólo el sacerdote tiene el poder de consumar el sacrificio de Dios. Esto no se trata de un nuevo sacrificio, sino del sacrificio de Cristo en la cruz, el que a través de las palabras de la consagración es hecho presente y como **causa universal de salvación** es aplicado particularmente, y es así que se entiende también en forma manifiesta en la expresión *offerre sacrificium* –ofrecer el sacrificio–, o sea, el poder para precisar cuándo es válido el sacrificio de la Misa. Sin esta precisión no es pensable un efecto del sacrificio de la Misa en cada creyente en particular.

Esta es la maravillosa dignidad y autoridad del sacerdote católico, que le fue dada por Dios, para administrar y aplicar en la celebración de la Santa Misa el infinito y valioso sacrificio de la cruz. Este acto de la voluntad, por donde el sacerdote aplica a determinadas personas la Santa Misa como causa universal, y esto encerrado en el sacrificio de la Misa, se denomina **intención aplicativa**.

7. Son dos los actos que deben unirse

De estos actos, **fe y devoción**, de parte de los creyentes, e **intención**, del lado del sacerdote, se obtiene la aplicación de la Santa Misa; sin esto es imposible un efecto en cada creyente en

[267] *Pontif. Rom. ord. presbyt.*: «*Accipe potestatem offerre sacrificium Deo missasque celebrare*».

particular. La **intención** del sacerdote supone, de este modo, necesariamente, alguien que tenga la **fe y devoción en el Santísimo Sacramento**; pero también al revés, la **fe y devoción** únicamente no trae el efecto; ella aguarda todavía la **intención aplicativa** del sacerdote. Cuando son puestos los actos de ambos lados, recién ahí se realiza el efecto del Santo Sacrificio de la Misa en virtud del rito sacramental que se realiza.

El Cardenal Cayetano aclara esto muy bien: «Por eso reza el sacerdote en el canon de la Santa Misa, en el cual él despierta los actos de la voluntad aplicada al sacrificio: "*Te pedimos ... que aceptes y bendigas estos dones ... este sacrificio ... por tu Iglesia santa y católica ...* (*por*) *tu servidor el Papa ...* (*por*) *nuestro Obispo ... Acuérdate*, *Señor*, *de tus hijos ... y de todos los aquí reunidos...*", etc. Luego él acoge el acto de devoción: "*...cuya fe y entrega* (devoción) *bien conoces*". Estas últimas palabras no se aplican simplemente a los aquí presentes, a los circunstantes, sino también a todos los otros (que fueron mencionados); a través de esto se quiere manifiestamente aludir a que la aplicación de este sacrificio no se puede ejecutar simplemente a través de la voluntad del sacerdote (**intención**), sino que también a través de la devoción que se le une, en el pensamiento de que según la medida de esa devoción es aplicada aquella inagotable fuente de su satisfacción»[268].

Sepamos crecer en la fe en el sacrificio de la Misa y en nuestra renovada entrega al Señor, y participemos cada vez de forma más activa, consciente y fructuosa, pidiendo, también, para que se aplique la Santa Misa a nuestros seres queridos, vivos y difuntos, y por todos los que la necesitan.

Artículo 3º. El Sacerdocio de Cristo

[268] CAYETANO, *Opuscul. de celebratione Missae*, II: «*Unde et in canone Missae sacerdos actum intentionis applicativae huius sacrificii exercens, dicit: Tibi offerimus pro Ecclesia tua Sancta, pro Papa nostro, etc., et: Memento, Domine, famulorum famularumque etc. et omnium circumstantium. Deinde actum devotionis subiungit: Quorum tibi fides cognita est et nota devotio. Hoc enim non solum ad circumstantes, sed etiam ad alios refertur: ex his insinuans, applicationem huius sacrificii non solum intentione, sed etiam devotione adiuncta perfici, ita quod quanta est horum devotio, tanta applicatur eis ex illa infinitate satisfactio*».

Decíamos que la oblación es el acto del sacrificio por el que se ofrece la Víctima a Dios. Es el acto en el que se ejercita de tres maneras el único sacerdocio de Jesucristo: el Sumo y Eterno, el ministerial y el bautismal (de dos maneras).

Párrafo 1º. Jesucristo, Sacerdote principal

Hay como un avance pedagógico en el conocimiento de nuestra fe eucarística: Primero, de niños aprendemos que el mismo Jesús está presente bajo las apariencias de pan y vino; luego, de más grandes, entendimos que la Misa es, además, un sacrificio; y más tarde llegamos a conocer que el Sacerdote principal de cada Misa es el mismo Señor Jesucristo.

«**La eucaristía es a la vez sacrificio y sacramento. Tiene razón de sacrificio en cuanto se ofrece; y de sacramento en cuanto se recibe**»[269]. Por tanto, la Eucaristía, en cuanto sacrificio, se ofrece. ¿Quiénes la ofrecen? Tres son los oferentes:

a. El Oferente principal es Jesucristo, Nuestro Señor;

b. El oferente ministerial, el sacerdote jerárquico;

c. El oferente bautismal es, en general, toda la Iglesia y, en especial, los que asisten a la Misa.

Ciertamente que el Sacerdocio de Cristo no sólo se prolonga en la Misa, sino en toda la liturgia, que es «**el ejercicio del Sacerdocio de Jesucristo**»[270]. De tal modo que, cuando alguien bautiza, confirma, celebra la Eucaristía, confiesa... es Cristo quien bautiza, confirma, celebra la Eucaristía, confiesa... [271]. Cristo continúa realizando los actos de su Sacerdocio eterno, a través de sus sacerdotes ministeriales o bautismales. Pero **Jesucristo es el Sacerdote principal de la Santa Misa, porque ofrece todas y cada una de las Misas que se celebran.**

---

[269] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* III, 79, 5.

[270] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, «*Sacrosanctum Concilium*», 7.

[271] cfr. SAN AGUSTÍN, *In Ioannem Evangelium*,6,1,7.

La Biblia nos habla del Sacerdocio de Jesucristo: *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como oblación y hostia* (Ef 5,2); *Me sacrifico por ellos*[272] ; es Sumo Sacerdote: *Fue declarado por Dios Sumo Sacerdote* (Heb 5,10); se compadece de nuestras miserias: *Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras miserias* (Heb 4,15); es Sacerdote Eterno: *Tú eres sacerdote para siempre* (Heb 5,6), *Tiene un sacerdocio perpetuo, porque permanece para siempre* (Heb 7,24); es Sacerdote Santo: *Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado* (Heb 7,26).

1. Los Santos Padres nos enseñan que Cristo es el Sacerdote principal de la Misa

San Juan Crisóstomo dice: «Está presente Cristo, y el mismo que preparó aquella mesa es también el que ahora la dispone. Pues no es un hombre el que hace que los dones presentados se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino el mismo Cristo que fue crucificado por nosotros»[273].

San Ambrosio: «Vimos al príncipe de los sacerdotes viniendo a nosotros, le vimos y oímos ofreciendo su Sangre por nosotros; en razón de que somos sacerdotes, seguiremos como podamos detrás de Él, ofreciendo el sacrificio por el pueblo, deficientes en mérito; honorables, sin embargo, por el sacrificio; porque, aunque ahora no se vea que Cristo es ofrecido, sin embargo, Él mismo es ofrecido en la tierra, cuando se ofrece su Cuerpo (y su Sangre); es más, Él mismo cuya palabra santifica el sacrificio que se ofrece, se manifiesta ofreciendo en nosotros»[274].

San Agustín: «Jesucristo sacerdote es el mismo oferente; Él mismo es la oblación; y de ello quiso fuera sacramento o signo

[272] cfr. Jn 17,19.
[273] *Hom.* 1 *de prod. Iudae.*
[274] *Enarr. in Ps.,* 38.

cotidiano el sacrificio de la Iglesia»[275], o sea, la Misa.

2. La Iglesia en su Magisterio nos lo recuerda

El IV Concilio de Letrán: «Una es la Iglesia [...] en la que el mismo Sacerdote Jesucristo es sacrificio, cuyo Cuerpo y Sangre se contienen verdaderamente en el sacramento del altar, transustanciado el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre por poder divino»[276].

El Concilio de Florencia: «El sacerdote hablando en persona de Cristo consagra este sacramento»[277].

El Concilio de Trento: «Una y la misma es la Víctima (tanto en la cruz como en el altar), **uno mismo el que ahora se ofrece** por ministerio de los sacerdotes (en los altares) y se ofreció entonces en la cruz. Sólo es distinto el modo de ofrecerse»[278].

Pío XII: «Idéntico, pues, es el Sacerdote Jesucristo, cuya sagrada Persona representa su ministro. El cual, en virtud de la consagración sacerdotal, se asemeja al Sumo Sacerdote y tiene poder de obrar en virtud y en persona del mismo Cristo»[279].

El Concilio Vaticano II dice que los sacerdotes ejercitan su oficio sagrado: «Sobre todo, en el culto eucarístico o comunión, en el cual, representando la persona de Cristo, y proclamando su Misterio, juntan con el sacrificio de su Cabeza, Cristo, las oraciones de los fieles[280], representando y aplicando en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor, el único Sacrificio del Nuevo Testamento, a saber, **el de Cristo que se ofrece a sí mismo al Padre**, como hostia inmaculada[281]»[282].

---

[275] *De Civitate Dei,* 10,20.
[276] CONCILIO DE LETRAN, DH 802.
[277] CONCILIO DE FLORENCIA, DH 1321.
[278] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743. Los paréntesis son nuestros.
[279] PÍO XII, *Carta Encíclica* «*Mediator Dei*», n. 47, ed. cit., 1726.
[280] cfr. 1Cor 11,26.
[281] cfr. Heb 9,14–28.
[282] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 28.

De manera particular lo dice la misma liturgia. Cuando el sacerdote ministerial, en la consagración, dice: «***Esto es mi Cuerpo … éste es el cáliz de mi Sangre***», no habla en nombre propio, el pan no se transforma en su cuerpo ni el vino en su sangre, sino en el Cuerpo y en la Sangre de quien habla, Jesucristo, ya que lo realiza Cristo Sacerdote en Persona, y su ministro habla en Persona de Cristo. Dice: «…***Mi Cuerpo*** … ***mi Sangre***…» porque «con el pronombre "mío", de primera persona, que es precisamente la que habla, está bien expresada la persona de Cristo, en cuyo nombre … se profieren las palabras»[283]. De ahí que sea el mismo Jesucristo quien, sirviéndose del sacerdote como de instrumento, realiza la inmolación y la oblación sacrificial en la Santa Misa.

3. La ciencia teológica lo fundamenta[284]

Jesucristo es el Sacerdote principal de la Misa no sólo por el hecho de que Él la instituye, porque Él da a sus ministros el poder de ofrecer y porque Él les manda ofrecer. Suma a todo esto el **acto personal del ofrecimiento** en cada una de las actuaciones de sus ministros, en cada una y en todas las Misas que se celebran y que se celebrarán en el mundo.

Cada Misa es una oblación principal de Cristo, como lo es, a su manera, la oblación ministerial de su ministro, la oblación general de todos los fieles cristianos laicos bautizados y la oblación especial de los participantes.

Jesucristo con voluntad actual quiere y ofrece todas y cada una de las Misas que se celebran en la tierra. O sea que, Cristo hombre asiste y obra ***actual*** e **inmediatamente**, como instrumento unido a la divinidad, consciente y libre, a todas las consagraciones o transustanciaciones que en la Iglesia se verifican y se verificarán hasta el fin de los siglos. Él ve y conoce, mucho mejor que los sacerdotes humanos, todas y cada una de las Misas y las quiere todas y todos sus efectos, y ofrece todos y cada uno de los sacrificios eucarísticos, como Sacerdote principal, no por

---

[283] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* III, 78, 2, ad 4.

[284] cfr. EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.,* III, 82, tomo XIII, ed. cit., 779ss.; GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 337ss.

sucesivos actos de oblación, sino por un solo acto interno oblativo sin innovación ni sucesión. No se trata de una multiplicación de actos oblativos por parte de Cristo, sino de una aplicación múltiple del único y actual Acto oblativo, el mismo de la cruz.

Esa oblación, que sin interrupción se continúa, **es la misma oblación interna del sacrificio de la cruz** (aunque sin la modalidad del mérito, sino sola aplicativa del mérito y satisfacción del sacrificio de la cruz).

Enseña el teólogo Garrigou–Lagrange: «La oblación interior que persevera ahora es la misma oblación interna del sacrificio de la cruz... (que) sin mérito nuevo, nos **aplica** los méritos pasados de la Pasión».

Que Jesucristo sea el Sacerdote principal de la Santa Misa oblando, próxima y actualmente todos los sacrificios eucarísticos, muestra mucho mejor la dignidad y el valor del sacrificio de la Misa, ya que no sólo es santísima y dignísima la víctima que se inmola, santísimo y dignísimo el sacerdote que la realiza, sino también es santísima y dignísima la **oblación** que se efectúa.

En la Última Cena, como en la Cruz del Calvario, como en nuestros altares, una y la misma es la Víctima que se sacrifica: Cristo; uno y el mismo es el Sacerdote que la ofrece: Cristo; uno y el mismo es el Acto oblativo por el que se ofrece, el de Cristo.

El mismo Acto de oblación interna de la Víctima del sacrificio de la cruz, se perpetúa en el acto de oblación interna de la Víctima de cada Sacrificio de la Misa, por los poderes que Cristo trasmite a través del sacramento del orden sagrado. De allí que el sacerdote sacramental, como signo sensible y eficaz de Cristo–Cabeza invisible, ofrece, de modo sensible y también eficaz, el Sacrificio del Cuerpo y Sangre del Señor.

Cuando participamos en la Misa estamos asistiendo al acto que realiza el «*solo Santo*, *el solo Altísimo*, *Jesucristo*». No hay acto ni obra más grande que la Misa instituida por nuestro Señor.

¡Qué fervor de espíritu deberíamos tener para participar siempre en ella con mucho fruto! ¡Cómo deberían cuidar los

padres a sus hijos para que conozcan y amen ese tesoro!

Asimismo, ¡cómo deberíamos colaborar para que nuestros Templos y campanarios, los altares, sedes y ambones, los ornamentos litúrgicos y el mobiliario litúrgico, las imágenes y retablos, el sonido y la iluminación, la música y el canto sagrado con coros dignos, el desempeño correcto de todos los oficios y ministerios litúrgicos, etc. sean de lo mejor, ya que son para el Señor, ¡y al Señor hay que darle lo mejor!

Párrafo 2º. El oferente ministerial[285]

Todos y sólo los sacerdotes debidamente ordenados son ministros del sacrificio de la Misa. Ésta es una verdad de fe definida por el Magisterio de la Iglesia, así el Concilio de Letrán enseña: «Ninguno puede celebrar este sacramento sino el sacerdote que haya sido debidamente ordenado»[286].

El Concilio de Trento: «Si alguno dijere que con estas palabras: *Haced esto en memoria mía* Jesucristo, no instituyó a sus apóstoles sacerdotes o no ordenó que así éstos, como otros sacerdotes, ofreciesen su cuerpo y su sangre: sea anatema»[287].

En la profesión de fe impuesta a los valdenses: «Firmemente creemos y confesamos que por muy honesto, religioso, santo y prudente que uno sea, no puede ni debe consagrar la Eucaristía ni ofrecer el sacrificio del altar, si no es presbítero debidamente ordenado por un obispo visible y tangible»[288].

Y la declaración de Clemente VI contra los armenios: «Ninguno, aunque fuere santo, puede consagrar el Cuerpo de Cristo si no es sacerdote»[289].

Lo enseña Juan Pablo II: «Solamente los Obispos y Presbíteros pueden celebrar el misterio eucarístico. En efecto, aunque todos

---

[285] Seguimos casi textualmente a GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*.
[286] CONCILIO DE LETRÁN, DH 802.
[287] CONCILIO DE TRENTO, DH 1752.
[288] DH 794.
[289] DH 1084.

los fieles participen del único e idéntico sacerdocio de Cristo y concurran a la oblación de la Eucaristía, sin embargo, sólo el sacerdote ministerial está capacitado, en virtud del sacramento del Orden, para celebrar el sacrificio eucarístico "in persona Christi" y ofrecerlo en nombre de todo el pueblo cristiano»[290].

El sacerdote secundario renueva su oblación externa –que supone y se fundamenta en la de Cristo– y, además, ofrece como representante de todos los fieles; representación que, por oficio, tiene del pueblo: «Sólo porque representa la persona de nuestro Señor Jesucristo, que es Cabeza de todos los miembros por los cuales se ofrece»[291].

1. Lo enseña la Sagrada Escritura

a. En el evangelio de San Lucas (22,19) y en la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (1Cor 11,24), donde Cristo, después de instituir la Eucaristía dijo a los apóstoles: *Haced esto en memoria mía*; palabras con que Cristo los instituyó sacerdotes y les mandó a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio a que la ofrecieren[292].

Ahora bien, no todos suceden a los apóstoles en el sacerdocio ni todos tienen mandato de consagrar, sino sólo los ordenados sacerdotes por la Iglesia.

b. Ni vale decir que estas palabras llevan consigo el precepto de la comunión, y que, por tanto, afectan a todos los fieles; porque si bien se refieren a que la función pueda entenderse de todos ellos, sin embargo, en cuanto se refieren a la consagración no alcanza

---

[290] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) Introducción, 1. cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 10.17.26.28; *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7; *Decreto sobre el deber pastoral de los Obispos «Christus Dominus»*,15; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 2.3; cfr. también PABLO VI, *Carta Encíclica «Mysterium fidei»* del 3 de septiembre de 1965: AAS 57 (1965) 761; cfr. *Catecismo Iglesia Católica*, n. 1369 y *passim*.

[291] PÍO XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 54, ed. cit., 1729.

[292] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1740.

sino a los apóstoles y sus sucesores en el sacerdocio; de lo contrario se seguiría que los laicos y las mujeres no sólo podrían, sino que también deberían por precepto divino consagrar la Eucaristía.

2. Lo enseñaron los Santos Padres

San Ignacio Mártir: «Téngase como válida la eucaristía que se consagra por el obispo o por quien hubiere sido por él autorizado»[293].

Eusebio de Cesarea: «Ante todo, el mismo Salvador y Señor nuestro, después los sacerdotes que en Él tienen su origen, representan con pan y vino el misterio de su cuerpo y de su sangre salvadora, ejerciendo su espiritual ministerio según los preceptos eclesiásticos en todas las gentes»[294].

San Juan Crisóstomo: «La oblación es la misma, quienquiera sea el que ofrece, Pablo o Pedro; es la misma que Cristo encargó a sus discípulos y que ahora practican los sacerdotes»[295].

San Jerónimo: «Lejos de mí decir mal de estos clérigos, que dentro de la sucesión apostólica consagran por su boca el cuerpo de Cristo; que nos hacen cristianos; que teniendo en sus manos las llaves del reino de los cielos, juzgan de alguna manera antes del día del juicio; que conservan la Esposa de Cristo con sobria castidad»[296].

3. Lo enseña la Sagrada Liturgia

Los más antiguos libros rituales, tanto de la Iglesia occidental como de la oriental, muestran contestes la potestad de consagrar como privilegio singular de los obispos y de los sacerdotes. Por

---

[293] *Ep. Ad Smyrn.*, 8,1.
[294] *Demonstr. Evang.*, V,13.
[295] *Hom. 2 in II Ep. Ad Timoth.*
[296] cit. en GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 347.

otra parte, no se descubre en la antigüedad ejemplo alguno con el que se evidencie que el diácono o laico consagraran alguna vez la Eucaristía, aunque no falten ejemplos con que se demuestre que los diáconos y aun los laicos bautizan en determinados casos[297].

4. Lo enseña la razón teológica

El sacramento de la Eucaristía se hace en persona de Cristo, por lo cual suele llamarse al sacerdote **otro Cristo**.

Pues bien, cualquiera que representa a otra persona es de necesidad que obre según la potestad derivada de ella; y la potestad consecratoria del cuerpo de Cristo, por voluntad del mismo Cristo, solamente se deriva y comunica a los sacerdotes debidamente ordenados.

Decíamos en otro lugar: «En el ministro ordenado, es Cristo mismo quien está presente en su Iglesia, como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, Sumo Sacerdote de su sacrificio redentor, Maestro de la Verdad»[298]. La Iglesia enseña esta verdad al decir que, el sacerdote visible, por haber recibido el sacramento del Orden, «actúa en la persona de Cristo Cabeza»[299], o sea, en su nombre y con su autoridad. El sacerdote ministerial es imagen de Cristo–Sacerdote: «Es como "ícono" de Cristo–Sacerdote»[300]. Cristo es el primer y único Sacerdote de la Iglesia, pero «todos los demás son sus figuras sacramentales»[301].

Porque ha sido tomado de entre los hombres *para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados*; *por cuanto él está también rodeado de flaqueza* (Heb 5,1–2), el sacerdote ministerial no está exento de debilidades, limitaciones, imperfecciones,

---

[297] cfr. BELARMINO, *De Euchar*., IV,16.

[298] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1548.

[299] *Ibidem*, n. 1548; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 10.28; *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 33; *Decreto sobre el deber pastoral de los Obispos «Christus Dominus»*,11; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 6.

[300] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1142.

[301] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 228.

flaquezas humanas, es decir, del pecado. Debe arrepentirse de los mismos, debe confesarse como todo hombre, debe ofrecer el sacrificio y hacer penitencia por sus mismos pecados. Pero la misma fuerza del Espíritu Santo garantiza que, en los sacramentos, «ni siquiera el pecado del ministro puede impedir el fruto de la gracia»[302].

5. Modernas opiniones erróneas[303]

Algunos «afirman que toda comunidad cristiana, por el hecho mismo de que se reúne en el nombre de Cristo y por tanto se beneficia de su presencia[304], está dotada de todos los poderes que el Señor ha querido conceder a su Iglesia».

«Opinan además que la Iglesia es apostólica en el sentido de que todos los que en el Sagrado Bautismo han sido lavados e incorporados a la misma y hechos partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, son también realmente sucesores de los apóstoles ... de ahí que también las palabras de la institución de la Eucaristía, dirigidas a ellos (los apóstoles), estarían destinadas a todos»[305].

También se ha afirmado que «en virtud de la apostolicidad de cada comunidad local, en la cual Cristo estaría presente no menos que en la estructura episcopal, cada comunidad, por exigua que sea, si viniera a encontrarse privada por mucho tiempo del elemento constitutivo que es la Eucaristía, podría «reapropiarse» de su originaria potestad y tendría derecho a designar el propio presidente y animador, otorgándole todas las facultades necesarias para la guía de la misma comunidad, no excluida la de presidir y consagrar la Eucaristía. O también –se afirma– Dios

---

[302] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1550.

[303] Según el Cardenal Antonio Quarraccino en la «*Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía*», documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, se indigita, entre otros, a Edward Schillebeeckx, OP. El Cardenal había leído en francés el libro de éste que desarrolló en una magnífica conferencia dada al presbiterio de la Diócesis de San Martín.

[304] cfr. Mt 18,20.

[305] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) I, 1.

mismo no se negaría, en semejantes circunstancias, a conceder, incluso sin sacramento, el poder que normalmente concede mediante la Ordenación sacramental»[306].

«Por otra parte, en algunas regiones las opiniones erróneas sobre la necesidad de ministros ordenados para la celebración eucarística, han inducido también a algunos a atribuir siempre menor valor a la catequesis sobre los sacramentos del Orden y de la Eucaristía»[307].

6. Esas opiniones se refutan así

«Aunque se pongan en formas bastante diversas y matizadas, dichas opiniones confluyen en la misma conclusión: que el poder de celebrar la Eucaristía no está unido a la Ordenación Sacramental ... lo que deforma la misma economía sacramental de la salvación»[308].

«La apostolicidad de la Iglesia no significa que todos los creyentes sean apóstoles[309], ni siquiera en modo colectivo; y ninguna comunidad tiene la potestad de conferir el ministerio apostólico, que fundamentalmente es otorgado por el mismo Señor. Cuando la Iglesia se profesa apostólica en el Símbolo de la fe, expresa, además de la identidad doctrinal de su enseñanza con la de los Apóstoles, la realidad de la continuación del oficio de los Apóstoles mediante la estructura de la sucesión, por cuyo medio la misión apostólica deberá durar hasta el fin de los siglos[310]»[311].

«La Iglesia Católica ... al imponer las manos a los elegidos con la invocación del Espíritu Santo, es consciente de administrar el

---

[306] *Ibidem*, I, 3.
[307] *Ibidem*, I, 4.
[308] *Ibidem*, II, 1.
[309] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1767.
[310] cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 20.
[311] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) II, 2.

poder del Señor, el cual hace partícipes de su triple misión sacerdotal, profética y real a los Obispos, sucesores de los Apóstoles en modo particular. Éstos a su vez confieren, en grado diverso, el oficio de su ministerio a varios sujetos de la Iglesia[312]»[313]. «Entre estos poderes, que Cristo ha otorgado» de manera exclusiva a los Apóstoles y a sus sucesores, figura en concreto el de presidir la celebración Eucarística. Solamente a los Obispos, y Presbíteros a quienes aquéllos han hecho partícipes del ministerio recibido, está reservada la potestad de renovar en el ministerio eucarístico lo que Cristo hizo en la Última Cena[314]»[315].

«Para que puedan ejercer sus oficios, y especialmente el muy importante de celebrar el misterio eucarístico, Cristo Señor marca espiritualmente a los que llama al Episcopado y al Presbiterado con un sello, llamado también "carácter" en documentos solemnes del Magisterio[316], y los configura de tal manera a sí mismo que, al pronunciar las palabras de la consagración, no actúan por mandato de la comunidad, sino "*in persona Christi*", lo cual quiere decir más que "en nombre de Cristo" o "haciendo las veces de Cristo"..., ya que el celebrante, por una razón sacramental particular, se identifica con el "sumo y eterno Sacerdote", que es el Autor y principal Actor de su propio Sacrificio, en el cual en realidad no puede ser substituido por ninguno[317]»[318].

«Como pertenece a la misma naturaleza de la Iglesia que el

---

[312] cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.

[313] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) II, 3.

[314] Se confirma por el uso extendido en la Iglesia de llamar a los Obispos y Presbíteros sacerdotes del culto sagrado, sobre todo porque sólo a ellos ha sido reconocido el poder de celebrar el misterio eucarístico.

[315] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) II, 4.

[316] cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 21; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 2.

[317] JUAN PABLO II, *Carta «Dominicae Cenae»*, n. 8: AAS 72 (1980) 128–129.

[318] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) II, 4.

poder de consagrar la Eucaristía sea otorgado solamente a los Obispos y a los Presbíteros, los cuales son constituidos ministros mediante la recepción del sacramento del Orden, la Iglesia profesa que el misterio Eucarístico no puede ser celebrado en comunidad alguna sino por un sacerdote ordenado, como ha enseñado expresamente el Concilio Lateranense IV[319]»[320].

«A cada fiel o a las comunidades que por motivo de persecución o por falta de sacerdotes se ven privados de la celebración de la sagrada Eucaristía por breve o por largo tiempo, no por eso les faltan las gracias del Redentor ... mientras que los que intentan atribuirse indebidamente el derecho de celebrar el misterio eucarístico terminan por cerrar su comunidad en sí misma»[321].

La conciencia de que nunca nos faltarán, en cualquier circunstancia, las gracias del Redentor: «...no dispensa a los Obispos, a los Sacerdotes y a todos los miembros de la Iglesia del deber de pedir al Señor de la mies que envíe trabajadores según las necesidades de los hombres y de los tiempos[322] y de empeñarse con todas sus fuerzas para que sea escuchada y acogida con humildad y generosidad la vocación del Señor al sacerdocio

---

[319] CONCILIO DE LETRÁN, DH 802. «Y una sola es la Iglesia universal de los fieles, fuera de la cual nadie absolutamente se salva, y en ella el mismo sacerdote es sacrificio, Jesucristo, cuyo cuerpo y sangre se contiene verdaderamente en el sacramento del altar bajo las especies de pan y vino, después de transustanciados, por virtud divina, el pan en el cuerpo y el vino en la sangre, a fin de que, para acabar el misterio de la unidad, recibamos nosotros de lo suyo lo que Él recibió de lo nuestro. Y este sacramento nadie ciertamente puede realizarlo sino el sacerdote que hubiere sido debidamente ordenado, según las llaves de la Iglesia, que el mismo Jesucristo concedió a los Apóstoles y a sus Sucesores».

[320] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) II, 4.

[321] cfr. JUAN PABLO II, *Carta «Novo incipiente nostro»*, 10: AAS 71 (1979), 411–415. Sobre el valor del voto del sacramento cfr. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto «De iustificatione»*: DH 1524; *Decreto «De sacramentis»*: DH 1604; CONCILIO ECUMÉNICO VATINANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 14; S. OFFICIUM, «*Epist. ad archiep. Bostoniensem*», del 8 de agosto de 1949: DH 3870 y 3872.

[322] cfr. Mt 9,37ss.

ministerial»[323].

«Los fieles que atentan la celebración de la Eucaristía al margen del sagrado vínculo de la sucesión apostólica, establecido con el sacramento del Orden, se excluyen a sí mismos de la participación en la unidad del único cuerpo del Señor, y en consecuencia no nutren ni edifican la comunidad, más bien la destruyen»[324].

«Toca pues a los sagrados Pastores el oficio de vigilar, para que en la catequesis y en la enseñanza de la teología no continúen difundiéndose las antedichas opiniones erróneas, y especialmente para que no encuentren aplicación en la praxis; y si se dieran semejantes casos, les incumbe el sagrado deber de denunciarlos como totalmente extraños a la celebración del sacrificio eucarístico y ofensivos de la comunión eclesial. El mismo deber les incumbe contra los que disminuyen la importancia central de los sacramentos del Orden y de la Eucaristía para la Iglesia»[325].

Recemos siempre por nuestros sacerdotes y por todos los sacerdotes del mundo entero para que cada vez celebren con más atención la Santa Misa ya que, como decía el Santo Cura de Ars: «La causa de la tibieza en el sacerdocio es que no se pone atención a la Misa»[326].

¡Ellos son los ministros de la Eucaristía!

El mismo Cura de Ars decía: «¡Oh, el sacerdote es algo grande! No, no se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriría uno, no de espanto, sino de amor»[327].

Con palabras memorables dice Juan Pablo II: «Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del

---

[323] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones concernientes al Ministro de la Eucaristía* (Roma 1983) II, 4.

[324] *Ibidem*, III.

[325] *Ibidem*.

[326] SAN JUAN MARÍA VIANNEY, cit. por JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*, 22.

[327] *Esprit du Curé d'Ars*, 113; cit. en FRANCIS TROCHU, *El Cura de Ars* (Ediciones Palabra, Madrid [8]1995) 129.

ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero que la Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella»[328].

Párrafo 3º. El oferente bautismal

A. El oferente general

La Santa Misa es ofrecida a Dios, no solamente por Jesucristo –que es el Sacerdote principal–, por el sacerdote ministerial que hace sus veces y también por los fieles que participan de la Misa, como oferentes especiales, sino que, **toda Misa es ofrecida por todo bautizado**, como oferentes generales. ¡Ésta es una verdad bellísima de la sagrada Eucaristía, que llena al alma de un consuelo inenarrable!

1. ¿Cómo es posible que todo bautizado ofrezca todas y cada una de las Misas que se celebran?

Ello es posible porque toda Misa es acción de Cristo y es acción de la Iglesia, es decir, toda Misa no es acción tan sólo de la Cabeza, sino que es acción de la Cabeza y los miembros, nosotros, bautizados.

Lo enseña la Iglesia en su Magisterio que Jesucristo dejó: «a la Iglesia su Esposa amada un sacrificio visible... Él mismo, que bajo signos sensibles había de ser inmolado por la Iglesia»[329]; «Y perpetuar... el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección...»[330].

---

[328] *Ecclesia de Eucharistia*, 31.
[329] CONCILIO DE TRENTO, DH 1740–1741.
[330] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 47; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1323.

Enseñaba el papa Inocencio III[331]: «No solamente ofrecen los sacerdotes, sino también todos los fieles; porque lo que en particular se cumple por el ministerio del sacerdote, se cumple universalmente por voto (o deseo) de los fieles»[332]. El papa Pío XI dice: «Toda la grey cristiana, llamada con razón por el Príncipe de los Apóstoles: *linaje escogido*, *sacerdocio real* (1Pe 2,9), debe ofrecer por sí y por todo el género humano *sacrificios por los pecados*, casi de la misma manera que todo sacerdote y pontífice... (Heb 5,1)»[333]. Y el papa Pío XII enseña: «De la misma manera que quiere Jesucristo que todos los miembros sean semejantes a Él, así también quiere que lo sea todo el cuerpo de la Iglesia. Lo cual en realidad se consigue cuando ella, siguiendo las huellas de su Fundador, enseña, gobierna, e inmola el divino sacrificio»[334].

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña: «La Eucaristía es igualmente el sacrificio de la Iglesia. La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de su Cabeza. Con Él, ella se ofrece totalmente. Se une a su intercesión ante el Padre por todos los hombres. En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo presente sobre el altar da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda.

En las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, los brazos extendidos en actitud de orante. Como Cristo que extendió los brazos sobre la cruz, por él, con él y en él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres»[335].

Verdad enseñada, asimismo, por los Santos Padres y Doctores y testificada por la misma liturgia. Así, por ejemplo, San Agustín:

---

[331] Este gran Papa (1198-1216), Lotario de los Condes de Segni, nació en el pueblo vecino de Gavignano, moró, varias veces en el Palazzo Papale de Segni, en donde estoy escribiendo, y en donde él escribió, siendo Papa, 127 cartas apostólicas.

[332] *De sacro Altaris mysterio,* II, 6.

[333] PÍO XI, *Carta encíclica* «*Miserentissimus Redemptor*», n. 8, ed. cit., 1125.

[334] PÍO XII, *Carta Encíclica* «*Mystici Corporis Christi*», n. 40, ed. cit., 1602.

[335] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1368.

«También la Iglesia celebra el sacramento del altar, donde se hace patente que la Iglesia en el sacrificio que ofrece es ella misma ofrecida»[336]; San Roberto Belarmino: «El sacrificio es ofrecido principalmente en la Persona de Cristo. Por eso la oblación que sigue a la consagración atestigua que toda la Iglesia consiente en la oblación hecha de Cristo y la ofrece juntamente con Él»[337]. Comentando San Pedro Damián las palabras del Canon Romano: «*Acuérdate Señor de tus hijos ... por ellos y todos los suyos ... te ofrecemos y ellos mismos te ofrecen*»[338] dice: «*Estas palabras muestran claramente que ofrecen este sacrificio ... todos los fieles, hombres y mujeres...*»[339].

Más adelante se dice en el Canon: «*Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa*»[340] y luego de la transustanciación: «*Por eso, Padre, nosotros, tus siervos y todo tu pueblo santo... te ofrecemos ... el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación*»[341]. (En las otras Plegarias hay textos semejantes; las plegarias «suizas» realzan al oferente principal, Jesucristo).

2. ¿Cuáles son las razones teológicas de esta enseñanza?

Esto es así, porque el sacrificio de la Misa es parte principalísima del culto público y social de la Iglesia, a quien Cristo se lo legó en la Última Cena y porque es el culto en el que todo el Cuerpo Místico, con Cristo Cabeza, Víctima y Sacerdote, **ofrece y se ofrece a Dios** en solemne homenaje de adoración, acción de gracias, satisfacción e impetración. Ofreciendo la Iglesia el sacrificio de la Misa **lo ofrecen también todos los miembros** de la Iglesia. Por el bautismo se incorporan al Cuerpo Místico, se hacen miembros de Cristo sacerdote, son destinados al culto divino (por el carácter bautismal que se imprime en sus almas), de donde todos los fieles cristianos laicos ofrecen el sacrificio por manos de los sacerdotes, que, obrando en persona de

---

[336] *La Ciudad de Dios,* X, 6.
[337] *De Missa,* I, 27.
[338] MISAL ROMANO, 100.
[339] *Liber qui appellatur «Dominus vobiscum»,* c. 3.
[340] MISAL ROMANO, 102.
[341] MISAL ROMANO, 107.

Cristo Cabeza, ofrecen el sacrificio en nombre de todos los miembros. Pero, «no sólo por las manos del sacerdote, sino juntamente con él»[342].

«Por el hecho mismo de ser uno fiel cristiano **presúmese que consiente en todos los sacrificios que se celebran en la Iglesia** y que **virtualmente quiere** que sean ofrecidos también en su nombre y, en lo posible, participar de su fruto»[343] de la mejor manera posible.

Ofrece, pues, la Iglesia, o sea todos los fieles, por medio del sacerdote como órgano apto, constituido y designado en su ordenación sacerdotal para, en nombre de todos ellos, ofrecer el sacrificio. A esa oblación del sacerdote puede y debe responder la interna y espiritual oblación del mismo sacrificio por parte de los fieles. Esta puede ser, según Meunier:

a. **Habitual** incluida en la caridad (e imperfectamente en la fe informe) por la que los hombres se unen a Cristo y tienen así voto habitual (o habitual deseo) de conformarse con Él al ofrecer a Dios la única Víctima. (Este hecho no exime de la obligación del precepto dominical).

b. **Actual** si por un acto elícito (o voluntario, querido, adrede) el cristiano se une a la Misa que aquí y ahora se está celebrando.

O sea, todos los bautizados ofrecen habitualmente todas las Misas, aunque no asisten actualmente a la oblación, pero toman parte en el culto que se da a Dios en toda la tierra según el rito instituido por Cristo; otros, además, ofrecen también de modo actual, encargando la Misa, ayudando en la misma, participando conscientemente o haciendo actual el deseo habitual. «No es necesario que todos los que pertenecen a la Iglesia ofrezcan del mismo modo; porque algunos ofrecen sólo habitualmente, quienes no concurren actualmente a la oblación, sino que por su misma profesión de cristianos comunican en el culto que se da a Dios en toda la tierra según el rito instituido por Cristo; otros, sin

---

[342] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 48.

[343] SUÁREZ, *In 3*, disp. 77, sect. 3.

embargo, ofrecen también actualmente, bien procurando la celebración o ministrando al sacerdote o asistiendo solamente...»[344].

¡Qué maravilla! Participamos así, actualmente, en la Misa que se está celebrando, o de manera habitual, en cualquier otra Misa y en toda Misa, por ejemplo, de la Misa que celebra el Papa en Roma, de la que celebran todos los Obispos en sus Diócesis, de la que celebran los monjes en sus Monasterios, los misioneros que están en China, en Rusia, en Oceanía, en África, o de la Misa que celebra cualquier sacerdote en cualquier parte del mundo. Si fuésemos conscientes de esta realidad, ¡qué consuelo tendríamos! Por día en el mundo se celebran alrededor de 400.000 Misas, de las cuales participamos, porque toda la Iglesia celebra todas y cada una de las Misas que se celebran.

Y, a su vez, en nuestra Misa de la que participamos ahora, participan ofreciéndola todos los demás bautizados: el Papa, los Obispos, sacerdotes, misioneros y misioneras, monjes... los benditos difuntos, los ángeles, todos los santos, la Santísima Virgen...

Además, nuestros familiares, amigos, conocidos, antiguos fieles participan así de la Misa que yo celebro o a la que asisto, y también los ángeles del cielo, los santos, nuestros queridos difuntos que están en el cielo o en el purgatorio, participan de esta Misa y de todas las Misas que se celebran, porque Cristo suscita en ellos el deseo de intervenir e interceder por la Iglesia militante, y a ésta le despierta el deseo de implorar el auxilio de los ángeles y santos. ¡El Corazón Eucarístico de Cristo es el mejor lugar para encontrarnos con nuestros seres queridos!

Debemos aprender a participar cada vez mejor de la Santa Misa a la que asistimos tomando parte de las oraciones, los gestos y los cantos litúrgicos, como enseña el Concilio nuestra participación

---

[344] CARDENAL LUDOVICO BILLOT, *De Sacram. Euchar.*, 11, 3; cit. en GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 352.

debe ser hecha: «activa, consciente y fructuosamente»[345].

Pero también debemos aprender a participar con acto voluntario de la Misa que se celebre en cualquier lugar aunque no podamos asistir: Por ejemplo cuando escuchamos las campanas que llaman a Misa, leyendo el Misal en nuestras casas uniéndonos espiritualmente a la Misa que en ese momento esté celebrando algún sacerdote en alguna parte del mundo, u ofreciéndola a modo de jaculatoria: «Te ofrezco la divina Víctima que en este momento se inmola», o «Me uno al ofrecimiento de la Misa que está celebrando algún sacerdote, en especial, a la de los que están sin pueblo...». Hoy día, que hasta los relojes pulsera tienen esa función por la que suena la alarma en cada hora, podríamos santificar las horas, diciendo, en ese momento, esas jaculatorias u otras parecidas.

Aprendamos así a unirnos a nuestros seres queridos, que aunque físicamente estén lejos, espiritualmente están muy cerca, en la Misa y en el Corazón Eucarístico de Jesús, que es el Corazón en el que se encuentra presente toda la humanidad.

Lo sepamos o no, participamos de todas las Misas que se celebran y si lo hacemos en forma consciente y actual es mejor y es más meritorio.

Podemos apropiarnos aquí lo que dice San Pedro Crisólogo referido a otra cosa: «Hombre, ofrece a Dios tu alma,... para que sea una ofrenda pura, un sacrificio santo, una víctima viva que, sin salirse de ti mismo, sea ofrecida a Dios. No tiene excusa el que esto niega a Dios, ya que está en manos de cualquiera el ofrecerse a sí mismo»[346].

B. El oferente especial

La oblación es un elemento esencial del sacrificio: «**Todo**

---

[345] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 11; cfr. 14, 79; *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 30; *Declaración sobre la educación cristiana «Gravissimus edicationis»*, 4.

[346] *Sermón* 43, PL 52,322.

sacrificio es oblación»[347]. Es el **ofrecimiento** del sacrificio. De hecho se ofrece el sacrificio en el mismo momento de la consagración, o sea, en el mismo rito de la inmolación. De hecho, este acto, se lo conoce con muy distintos nombres: ofrecer, ofertorio, ofrecimiento, ofrenda, oblata, cosa ofrecida, oblación, etc. **La oblación es el acto del sacrificio por el que se ofrece la Víctima a Dios.**

1. ¿Por qué pueden y deben los que asisten a la Misa ofrecer la Víctima del altar?

Porque han sido capacitados para ello por el bautismo: «Los fieles... en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante... Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella; y así, tanto por la oblación como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica, no confusamente, sino cada uno según su condición»[348].

2. ¿Cuándo debe comenzar en los bautizados la actitud ofertorial?

Debe comenzar con la presentación de los dones u ofertorio, cuando en la presentación de los dones de pan y vino, «se convierten en cierto sentido en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística, por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu»[349]. De ahí la importancia de este primer momento de la liturgia eucarística, por eso solemnizado –con procesión, con canto, estando todos de pie– en casi todas las liturgias, ya que «tiene su valor y su significado espiritual»[350].

---

[347] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* II–II, 85, 3, ad 3.

[348] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 10–11.

[349] JUAN PABLO II, *Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía*, 9 (Ediciones Paulinas, Buenos Aires 1980) 28.

[350] OGMR 49; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 5.

3. ¿Cuándo se ofrece, de hecho, la Víctima inmolada?

De hecho, el ofrecimiento de la Víctima, se realiza en el momento mismo del rito de la inmolación o consagración; se manifiesta –de hecho– al depositar la Víctima sobre el altar. Repito: el ofrecimiento a Dios de la Víctima, que se realiza en el mismo momento de la consagración, se hace visible en el momento de poner el Cuerpo y de poner el cáliz con la Sangre sobre el altar: «Mas al poner el sacerdote sobre el altar la divina víctima, la ofrece a Dios Padre como una oblación a gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de la Iglesia»[351].

4. ¿Cuándo se explicita la oblación con palabras?

Luego, esa acción oblativa se explícita en palabras después de la consagración, en la oración de ofrenda, luego de la oración memorial, (ya que no se puede hacer y decir todo al mismo tiempo), así dice en voz alta el sacerdote: «*Te ofrecemos Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación*»[352], o sea, la Víctima; o, «*Te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación*»[353], es decir, la Víctima; o, «*Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo. Dirige tu mirada sobre la ofrenda de la Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad*»[354]; o, «*Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo*»[355]; o, «*Dirige tu mirada, Padre Santo, sobre esta ofrenda; es Jesucristo que se ofrece con su Cuerpo y con su Sangre y, por este sacrificio, nos abre el camino hacia ti*»[356]; o, «*Te ofrecemos, Dios fiel y verdadero, la Víctima que devuelve tu gracia a los hombres*»[357]; o, «*Te ofrecemos lo mismo que tu nos entregaste: el sacrificio de la reconciliación perfecta*»[358]. Son todas expresiones sinónimas: se refieren al hecho de ofrecer la Víctima.

---

[351] PÍO XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 59, ed. cit., 1730.
[352] *Plegaria eucarística* I, 107.
[353] *Plegaria eucarística* II, 120.
[354] *Plegaria eucarística* III, 127.
[355] *Plegaria eucarística* IV, 137.
[356] *Plegaria eucarística* V, pág. 1039.
[357] *Plegaria eucarística sobre la Reconciliación* I, pág. 1063.
[358] *Plegaria eucarística sobre la Reconciliación* II, pág 1069.

Pues bien, así como la inmolación sólo la realiza el sacerdote ministerial, la oblación de la Víctima la pueden y deben realizar todos los fieles cristianos laicos y, con mayor razón, las almas consagradas.

Dice el Papa Pío XII: «En esta oblación, en sentido estricto, participan los fieles a su manera y bajo un doble aspecto; pues, no sólo **por manos** del sacerdote, sino también en cierto modo **juntamente** con él, ofrecen el Sacrificio; con la cual participación también la oblación del pueblo pertenece al culto litúrgico»[359]

– «**Por manos**… **por manos o por medio del sacerdote»**, como complemento de instrumento, quiere decir, que en cuanto representa a la comunidad, ofrece el sacrificio en nombre de todos. Para ello ha sido especialmente deputado. Es el acto que los bautizados no pueden hacer por sí mismos, sino con la mediación del sacerdote ministerial. Al representar la persona de Cristo Cabeza, ofrece en nombre de todos los miembros, por eso «toda la Iglesia universal ofrece la víctima por medio de Cristo»[360];

– y, «**juntamente**… **Juntamente con el sacerdote»**, expresa un complemento de compañía, se trata de los actos inmediatamente sacerdotales de los fieles, actos en los cuales no necesitan estar representados por el sacerdote ministerial. Aquí los fieles cristianos obran como concausa de la ofrenda, no por realizar el rito litúrgico visible –propio de los sacerdotes ministeriales– «sino porque unen sus votos de alabanza, de impetración, de expiación y de acción de gracias a los votos o intención del sacerdote, más aun, del mismo Sacerdote divino, para que sean ofrecidos a Dios Padre en la misma oblación de la Víctima, incluso con el mismo rito externo del sacerdote»[361]. Y ello es así porque: «El rito externo del Sacrificio, por su misma naturaleza, ha de manifestar el culto interno, y el Sacrificio de la Nueva Ley significa aquel obsequio supremo con el cual el mismo oferente principal, que es Cristo, y juntamente con Él y por Él todos sus miembros místicos, reverencian y veneran a Dios con el honor debido»[362], Juan Pablo II agrega: «Todos aquellos que,

---

[359] PÍO XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 59, ed. cit., 1730.
[360] *Ibidem*.
[361] *Ibidem*.
[362] *Ibidem*.

sin sacrificar como él (sacerdote), ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios **sacrificios espirituales**, representados por el pan y el vino, desde el momento de su presentación en el altar»[363]. Por eso el celebrante dirigiéndose a los fieles dice: «*Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios Padre todopoderoso*» [364] ; asimismo, explícitamente se dice que el pueblo participa del Sacrificio de la Misa, en cuanto que el pueblo también ofrece: «*...te ofrecemos y ellos mismos te ofrecen*»[365]; «*Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa...*»[366]; «*...nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo..., te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado...*»[367].

5. ¿Por qué dice el sacerdote: «*orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro*»?

Porque el pueblo fiel ofrece, también, la Víctima del altar y junto con ella «sus propios sacrificios espirituales», por así decirlo, ofrece una doble víctima: Jesucristo y su propia persona. Y porque la Eucaristía: «**tiene razón de sacrificio en cuanto se ofrece**».

Para llegar a ello, «la conciencia del acto de presentar las ofrendas, debería ser mantenida durante toda la Misa. Más aún, debe ser llevada a plenitud en el momento de la consagración y de la oblación anamnética, tal como lo exige el valor fundamental del momento del sacrificio» [368] . Por ejemplo, hay expresiones que manifiestan especialmente el carácter sacrificial de la Eucaristía y unen el ofrecimiento de nuestras personas al de Cristo: «*Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo*

---

[363] JUAN PABLO II, *Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía*, n. 9, ed. cit., 28.
[364] MISAL ROMANO, *Ordo de la Misa*, 25.
[365] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 100.
[366] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 102.
[367] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 107.
[368] JUAN PABLO II, *Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía*, n. 9, ed. cit., 28.

espíritu. Que Él nos transforme en ofrenda permanente»[369].

6. ¿Cuándo llega a su plenitud el ofrecimiento de la Víctima divina y de nosotros junto con Ella?

La oblación, el ofrecimiento de la Víctima, llega a su plenitud en la Doxología final, cuando el sacerdote alza el Cuerpo y la Sangre del Señor, diciendo: «*Por Cristo, con Él y en Él*», y con el «*Amén*» en el que participan todos los fieles al cantarlo, ordinariamente, o al rezarlo, manifiestan su aceptación a todo lo realizado sobre el altar.

7. ¿Cómo debe ser la actuación en el sacrificio incruento?

La manera de ofrecerse Cristo en la cruz es distinta de la Misa, como enseña el concilio de Trento: «*distinta manera de ofrecerse*»[370], o sea, incruenta. Esta distinta manera de ofrecerse imprime su estilo a toda la misteriosa realidad del Sacramento-Sacrificio y a toda la actuación del cristiano en el mismo. De manera pedagógicamente escalonada, San Pedro Crisólogo comentando Rom 12, 1, enseña cómo debe ser el ofrecimiento del cristiano en la Misa: 1º. Ofrecer sus cuerpos; 2º. Como un sacrificio viviente u hostias vivientes; y 3º. A la manera de Jesucristo.

1º. «*Os exhorto a ofrecer vuestros cuerpos*... El Apóstol, con esta oración ha elevado a todos los hombres a la cumbre sacerdotal».

2º. «*Os exhorto a ofrecer vuestros cuerpos como un sacrificio viviente*... ¡Oh inaudito ministerio del sacerdocio cristiano, en el cual el hombre no busca fuera de sí aquello que sacrificará a Dios; en el cual el hombre lleva consigo y en sí mismo aquello que sacrificará a Dios en beneficio de sí; en el cual la víctima pertenece la misma, el mismo permanece el sacerdote; en el cual la víctima es inmolada y vive mientras el sacerdote oferente es incapaz de matar! ¡Maravilloso sacrificio en el cual se ofrece un cuerpo sin cuerpo[371],

---

[369] *Plegaria Eucarística* III, 127.

[370] DH 1743.

[371] «...se ofrece el cuerpo sin que sea destruido», traduce *Liturgia de las Horas*, t.II, p. 772.

sangre sin sangre[372]!»

3º. «*Os exhorto, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como un sacrificio viviente*. Hermanos, este sacrificio deriva del modelo de Cristo, que inmoló vitalmente el propio cuerpo para la vida del mundo. Y verdaderamente ha hecho del propio cuerpo una víctima viviente, Aquel que, muerto, vive. En consecuencia, en tal víctima la muerte paga la pena merecida, la víctima atrae hacia sí, la víctima vive, la muerte es castigada... Sé, por tanto, ¡oh hombre!, sé, por tanto sacrificio y sacerdote de Dios... Dios busca la fe, no la muerte; tiene sed de tu plegaria, no de tu sangre, es aplacado por el amor, no por el matar»[373].

Ofrecer los cuerpos es ofrecer toda la persona, cuerpo y alma (ofrecer es un acto del alma espiritual), con todos nuestros proyectos, ideales, amores, trabajos, bienes... ese *más* que implica la inmolación está constituido por dos cosas: entregar 'matándolos' todos los males y unir al sacrificio de Cristo 'divinizándolos' todos los bienes.

Hoy mismo, Cristo sigue atrayendo a los hombres: «**levantado sobre lo alto**» (Cf. Jn 3,14). El sacerdote en la Misa nuevamente lo eleva entre la tierra y el cielo: «*para que todos los que crean en Él tengan vida eterna*» (Jn 3,15).

¡Como la serpiente de bronce en el desierto!

Párrafo 4º. «Amor sacerdos immolat»

En todos los casos es el amor del sacerdote quien ofrece.

Un verso del Himno de Vísperas para el tiempo Pascual «*Ad regias Agni dapes*» («Vayamos al banquete del Cordero») dice: «*Amor sacerdos immolat*», su estrofa completa es:

> «*Divina cujus caritas*
> *Sacrum propinat sanguinem,*

---

[372] Se ofrece «...la sangre sin que sea derramada»; cfr. nota anterior.

[373] *Sermón* 108, 4, 5, Ed Cittá Nuova, t. 2, Milano-Roma 1997, pp.323 y 325; Cfr. JOSEPH RATZINGER, artículo en la revista *Il Timone*, n.22, Nov/Dic 2002, p. 39.

Almique membra corporis
Amor sacerdos immolat».

Francisco Luis Bernárdez la traduce así:

«La caridad de Dios es quien nos brinda
Y quien nos da a beber su sangre propia,
Y el Amor sacerdote es quien se ofrece
Y quien los miembros de su cuerpo inmola».[374]

1. Immolat

Enseña Santo Tomás: «Se dice con propiedad que hay sacrificio, cuando se hace algo en las cosas ofrecidas a Dios, como cuando los animales eran muertos o quemados ... y esto lo indica el mismo nombre: ya que el sacrificio es así llamado porque el hombre hace algo sagrado. Se llama empero oblación cuando se ofrece algo a Dios, aunque no se haga nada en el don, como se dice ser ofrecido los denarios o los panes del altar, en los que no se hace nada. Luego todo sacrificio es oblación, pero no inversamente»[375].

El signo sacrificial implica dos cosas:

a. La materia sensible del sacrificio

Es necesaria la materia sensible del sacrificio, por eso se enseña en la carta a los Hebreos: *Porque todo Sumo Sacerdote está instituido para ofrecer dones y sacrificios: de ahí que necesariamente también él tuviera que ofrecer algo* (Heb 8,3). Hay que ofrecer algo. Ofrecer nada es un absurdo. Nunca la nada puede ser don. La materia sensible del sacrificio es expresión del afecto interior con el que el hombre quiere y debe consagrarse a Dios.

b. La acción sacrificial o el rito sacrificial

---

[374] FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ, *Himnos del Breviario Romano* (Buenos Aires 1952) 90–91.
[375] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II–II, 85, 3, ad 3.

La acción sacrificial, como ya vimos, se compone de dos aspectos correlacionados: la oblación y la inmolación.

1º. La oblación: es el desprenderse de un objeto mediante la entrega que se hace a otro. Hay «oblación cuando se ofrece algo a Dios aunque no se haga nada en el don»[376]. El autor de la carta a los Hebreos lo dice: *Todo Sumo Sacerdote está instituido para ofrecer dones y sacrificios* (8,3). En un sacrificio, ofrecer equivale a sacrificar. Y es el elemento esencial del sacrificio. De ahí que: «Procede de la razón natural el que el hombre use de algunas cosas sensibles, ofreciéndoselas a Dios como signo de la debida sujeción y honor, según la semejanza de aquellos que ofrecen algo a sus dueños para reconocer su dominio»[377].

2º. La inmolación era, entre los romanos, el acto por el cual se esparcía la harina sagrada, o los granos de trigo tostados mezclados con sal, –la *mola salsa*– sobre las cabezas de las víctimas que se querían ofrecer a la divinidad. Inmolar es sinónimo de ofrecer en sacrificio, de sacrificar, y tratándose de víctimas animales, de «matar», «degollar» para el sacrificio[378]. La inmolación expresa una idea genérica de inmutación en orden al sacrificio.

La mactación expresa cualquier occisión (esté o no orientada al sacrificio). En un sentido estricto es el acto de dar muerte a la víctima destinada al sacrificio. La acción de matar, expresado por la palabra mactación, significaba degollar para el sacrificio. Dice San Gregorio Nacianceno que el sacerdote del Nuevo Testamento, al consagrar, separa «con tajo incruento el Cuerpo y la Sangre del Señor, usando de su voz como de una espada»[379].

Los nombres de víctima y hostia, que son casi sinónimos, indican la materia destinada al sacrificio.

En el lenguaje corriente son equivalentes los términos:

---

[376] *Ibidem*, *S. Th.*, II–II, 85, 3, ad 3.
[377] *Ibidem*, *S. Th.*, II–II, 85, 1.
[378] cfr. M. LEPIN, *L'idee du sacrifice de la Messe*, (1926) 84; cit. en O. DERISI, *La constitución esencial del Sacrificio de la Misa* (Buenos Aires 1930) 20.
[379] *Enchiridium Patrísticum* 171.

oblación, inmolación, mactación.

«En la cruz Cristo se ofreció como verdadero sacerdote en verdadero sacrificio. Y bien, de todos los elementos sacrificiales que intervinieron en el rito sacrificial de este sacrificio, Cristo no pudo poner más que la oblación, la aceptación voluntaria y ofrecimiento libre de aquellos sufrimientos, oblación interior que se traslucía en una oblación sensible y pragmática en sus mismos padecimientos exteriores, no en cuanto eran infligidos por sus verdugos, sino en cuanto eran por Él libremente aceptados [380]»[381].

Por eso dice San Pablo: *Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado* (1Cor 5,7), incruentamente en la Última Cena y cruentamente en la cima del Calvario, y agrega: *Cristo... se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor* (Ef 5,2). En la carta a los Hebreos se enseña: (*Cristo*) *se ha manifestado ... para la destrucción del pecado mediante el sacrificio de sí mismo* (9,26); *Somos santificados, merced a la oblación del cuerpo de Jesucristo* (10,10); *Habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio* (10,12).

Los cristianos, y con mayor razón los sacerdotes, también debemos inmolarnos espiritualmente con Cristo: *Os exhorto... a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva* (Ro 12,1). *Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre. No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios* (Heb 13,15–16) y San Pedro nos exhorta: *Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo* (1Pe 2,5).

El sacerdote ministerial inmola y ofrece la Víctima del sacrificio eucarístico, junto con los sacrificios espirituales propios y de los fieles; los sacerdotes bautismales, por las manos del sacerdote y

---

[380] cfr. Mt 20,28; Mc 10,45; Lc 22,19ss; Jn 10,17 ss.

[381] O. DERISI, *La constitución esencial del Sacrificio de la Misa* (Buenos Aires 1930) 16–17.

junto al sacerdote ministerial ofrecen la Víctima inmolada y sus propios sacrificios espirituales.

2. Sacerdos

La idea de sacerdote es correlativa a la idea de sacrificio[382]. No hay sacerdote sin sacrificio, ni hay sacrificio sin sacerdote. El acto principal del sacerdote es el sacrificio, es el ofrecer, el oblar, el inmolar. El sacerdote es el mediador entre Dios y los hombres. Aquel que une ambos extremos:

En Cristo esto se da, por la unión hipostática de ambas naturalezas divina y humana y por el sacrificio de la cruz: Jesucristo *tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo* (Heb 2,17). *Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos Sumos Sacerdotes, luego por los del pueblo: y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo* (Heb 7,26–27).

En los sacerdotes bautismales se da el oficio sacerdotal, por ofrecer la Víctima divina del altar y a ellos mismos con Ella, por ser los ministros que a sí mismos se administran el santo sacramento del matrimonio. Ellos son verdaderos sacerdotes, a su manera: *Para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo* (1Pe 2,5); *Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz* (1Pe 2,9). Jesucristo *ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén* (Ap 1,6).

En los sacerdotes ministeriales, sobre todo, por inmolar y

[382] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1739–1740; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366. En su medida también ocurre con el sacerdocio bautismal.

ofrecer, sacramentalmente, en la persona de Cristo la Víctima del Gólgota en nuestros altares, ya que a los Apóstoles y a sus sucesores se les mandó: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19; 1Cor 11,24)[383].

3. Amor

No maneja Cristo –ni el sacerdote ministerial– el sagrado cuchillo y lo hunde en el Cuerpo de la Víctima, la violencia queda para sus verdugos: «¡Su arma sacerdotal es el amor, verdadero sacerdote que le inmola!»[384].

La cruz es indisolublemente un sacrificio y un acto de amor. Un sacrificio, un acto cultual exterior, una liturgia que encierra el más puro e intenso acto de amor que jamás haya salido de un corazón humano.

Es un acto sacrificial; libre: *Nadie me quita la vida sino yo por mi mismo la doy* (Jn 10,18).

Por tener un poder sobrehumano, Cristo fue a la vez Sacerdote y Víctima y cambió la horrible muerte en cruz en sacrificio adorable: *Es Víctima de propiciación por nuestros pecados* (1Jn 2,2); *Ofreció un único sacrificio por los pecados* (Heb 7,27).

Y es un acto de amor: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (Jn 13,1); *como me amó el Padre, también yo os amo* (Jn 15,9); *Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por los amigos* (Jn 15,13); *En esto hemos conocido el Amor: en que dio su vida por nosotros* (1Jn 3,16).

Dos hechos –sacrificio y amor– forman uno solo: *Caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor* (Ef 5,2).

«No se presenta el agua sola ni el vaso solo, sino el agua en el vaso: el vaso es el sacrificio, el agua es el amor»[385]. Sacrificio y

---

[383] cfr. 1Cor 11,25.
[384] I. GOMÁ, *Jesucristo Redentor* (Barcelona 1933) 193.
[385] SANTA CATALINA, *Diálogo*, 3,36a.

amor son inseparables en este mundo. Aunque vale más el amor que el sacrificio[386].

En el cielo se separarán, ya que el sacrificio no tendrá lugar en el cielo, el amor, sí: *El amor no morirá jamás* (1Cor 13,8).

A ejemplo del Maestro y Señor debemos ofrecer toda nuestra vida, privada y pública, con sus sacrificios por amor: el estudio, apostolado, oración, servicio, la familia, el trabajo, vacaciones, entretenimientos, cultura, deporte, amistades..., todo. En especial, la caridad fraterna, ya que el amor no hace mal al prójimo: *La caridad no hace mal al prójimo* (Ro 13,10); el amor es la plenitud de la ley: *La caridad es la ley en su plenitud* (Ro 13,10); la única deuda sea el amor mutuo: *Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor* (Ro 13,8).

Porque «*Amor sacerdos immolat*»: Donde el ser sacerdote, por naturaleza o por participación –ministerial o bautismal–, es la causa eficiente; donde el amor es la causa final; donde la oblación, la inmolación, es la causa formal; donde la causa material que se ofrece es el cuerpo y el alma, es decir, toda nuestra vida, con sus alegrías y penas. Podemos decir que el Amor–sacerdote inmola su cuerpo y su sangre por caridad.

Artículo 4º. Tres actos de un solo drama

Nuevamente Cristo elevado por las manos del sacerdote entre el cielo y la tierra, para unir a Dios con los hombres y mujeres, y a los hombres y mujeres con Dios.

En la consagración del Cuerpo y la Sangre del Señor se pone de manifiesto, de modo particular, que la Misa dice **relación esencial** al Sacrificio de Cristo en la Cruz, anticipado en la Última Cena, de tal manera que el Sacrificio de la Cruz es el único sacrificio cruento de Cristo, de valor infinito (al que es imposible e impensable agregarle algo), por la salvación de todos los hombres y mujeres, de todos los tiempos y de todos los lugares.

[386] cfr. 1Cor 13,3.

Tres son las cosas esenciales y principales del sacrificio:

1. La **víctima** inmolada que es ofrecida por el sacerdote;

2. La **oblación**, o sea, el acto voluntario y libre del sacerdote por el cual ofrece la víctima.

3. La **inmolación** o sacrificio.

Párrafo 1º. En la Misa

La Misa es la obra maravillosa del Dios–hombre, Jesucristo, para **perpetuar** su único Sacrificio cruento de la Cruz, sacramentalmente, para todas las generaciones sucesivas de los hombres, hasta el fin de los tiempos y para quedarse como comida y bebida espiritual para sus hermanos, **reiterando** el sacrificio incruento de la Cena[387].

Tenemos a la **Víctima** que se inmola, Jesucristo, con su cuerpo entregado y su sangre derramada bajo las especies sacramentales. Es el **Sacerdote** principal que sacrifica y se ofrece a sí mismo, como debemos entender en las mismas palabras de la consagración «*Éste es mi Cuerpo… éste es el cáliz de mi Sangre…*», «que se profieren *in persona Christi* que habla, para dar a entender que el ministro al hacer el sacramento no hace otra cosa más, que decir las palabras»[388].

Tenemos la **Oblación** puesta por el mismo Jesucristo en la Cruz: «No ofrecemos otra oblación que la que Cristo ofreció por nosotros; esto es, su sangre. No es otra cosa, sino la conmemoración de aquella Víctima que Cristo ofreció»[389].

Y tenemos la inmolación sacramental. Un teólogo, A. Piolanti, lo señala de este modo: «Ninguno de los elementos de la cruz puede faltar en el altar si se quiere establecer una continuidad y una unidad orgánica entre los dos momentos del único drama de la redención. Por tanto, en el sacrificio eucarístico es preciso

---

[387] CHARLES JOURNET, *La Misa* (Desclee, Bilbao ²1962) 127–130.
[388] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 1.
[389] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Epist. Ad Heb.,* 10,1.

encontrar de algún modo la misma víctima, la misma oblación, la misma inmolación del Calvario, como afirma el Concilio de Trento:

1. "Una sola y la misma es la víctima"[390];

2. "y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes es el mismo que entonces se ofreció en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse"[391];

3. "en este divino sacrificio, que en la misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la cruz"[392].

Ahora bien, precisamente sobre las huellas del Concilio de Trento distinguimos en el sacrificio eucarístico tres momentos, en cada uno de los cuales está presente de algún modo idéntico uno de los tres elementos constitutivos del sacrificio de la cruz. En efecto, el misterio eucarístico ha de concebirse como la presencia de la humanidad de Jesús, de la cual brota un acto de amor y de alabanza al Padre externamente manifestado por un rito inmolaticio. Hay, por tanto, tres momentos[393]:

1. El momento interior, que contiene la víctima (y el sacerdote);

2. El momento intermedio, en el que obra la oblación sacerdotal;

3. El momento externo, el cual es como el envoltorio y el signo de las otras dos realidades: la inmolación del Calvario, bajo los velos sacramentales.

Por eso tenemos que:

1. En el primer momento está presente "verdadera, real, sustancialmente"[394] el mismo Jesús, que "nació de María Virgen,

---

[390] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743.
[391] *Ibidem*.
[392] *Ibidem*.
[393] El autor usa el término «esferas = *sfere*», pero preferimos «momentos = *momenti*» como escribió antes el mismo autor.
[394] CONCILIO DE TRENTO, DH 1651.

padeció bajo Poncio Pilatos y está sentado a la diestra del Padre"[395]. Está presente la misma víctima y el mismo sacerdote del Calvario con identidad absoluta, ontológica.

2. En el segundo momento actúa la misma oblación de la cruz, con una identidad relativa y psicológica. En efecto, Cristo se encuentra en la Eucaristía con las prerrogativas de la gloria: *La muerte no le dominará más* (Ro 6,9). Su cuerpo está glorificado, su alma está fija en el "ahora siempre presente"[396] de la visión beatífica. La orientación inicial del alma de Jesús, rica de amor ilimitado hacia el infinitamente amable y de misericordia sin medida hacia una inmensa miseria, se desarrolló durante toda su vida a la luz discreta de la ciencia infusa y tuvo su epílogo en el acto infinitamente meritorio de su muerte. En aquel momento culminante en que desde la cima del Gólgota el Salvador, en una mirada panorámica, conoció una a una todas las oblaciones que la Iglesia habría de hacer de su muerte expiatoria en el rito eucarístico, y todas en conjunto se las apropió presentándolas al Padre, en aquel momento cesó para Cristo el "estado de viador"[397] y comenzó el "estado de gloria"[398], y, por consiguiente, lo que era una disposición alimentada de continuos actos de oblación se cambió en aquel instante en un estado de perenne oblación ("estado de oblación perpetua" [399]) como cristalizado en la inmutabilidad participada de la gloria: Jesús se hace presente sobre el altar con esta disposición de su corazón divino[400]. Del

---

[395] DH 10ss.

[396] «*Nunc semper stans*».

[397] «*Status viae*».

[398] «*Status gloriae*». (Nos parece deber aclarar, según nos advirtiera el P. Arturo Ruiz Freites, que: «Según Santo Tomás, Cristo, en toda su vida, y aún en el Calvario, ***siempre*** tuvo la ***visión***, siendo al mismo tiempo, viador y comprehensor. Aunque tenía la ***visión*** (propia del comprensor de la gloria del cielo), era viador en cuanto suspendió los efectos de la gloria sobre su cuerpo, para poder padecer y morir, y así era voluntaria y meritoriamente pasible y mortal, en orden a la expiación sacrificial. cfr. *S. Th.*, III, 9, 2; 14 y 15, especialmente 15, 10; 7, 3 y 4; en la Pasión: III, 46, 7 y 8; III, 34, 3; 34, 2 y 4. PÍO XII, en *Mystici Corporis*, asumió esta doctrina, cfr. DH 3812; *Decreto del Santo Oficio*, 5-6-1918, DH 3645; también en *Haurentis Aquas*, DH 3924, citando expresamente a *S. Th.*, III, 9, 1–3. Cristo, por la ciencia de ***visión***, desde el principio de su vida, ya conocía todas las oblaciones eucarísticas de la Iglesia, no sólo por la ciencia infusa»).

[399] «*Status oblationis perpetuus*».

[400] cfr. GARRIGOU–LAGRANGE, *An Christus non solum virtualiter sed actualiter offerat Missas, quae quotidie celebrantur*, en «Angelicum» 19 (1942) 105–118.

momento de la presencia ontológica de la víctima sacerdotal sube y como circula (formando el momento psicológico) la oblación viva del corazón de Cristo, oblación actual como la visión beatífica, inmutable como el estado de gloria. Es como la eternidad inserta por un instante en el curso del tiempo[401].

3. En el momento externo se desarrolla la misma inmolación del Calvario, no con una identidad ontológica, sino simbólica o mística o sacramental o en especie ajena. En efecto, por las palabras de la consagración ("*vi verborum*"): "*Esto es mi cuerpo ... ésta es mi sangre*", está presente bajo las especies de pan el Cuerpo y de vino la Sangre de Jesús; el cuerpo está a un lado, la sangre en otro; esta separación es idéntica no física, sino sacramentalmente, a la del Calvario. La muerte de cruz está presente en el altar *in sacramento*[402]. La multiplicidad de las inmolaciones místico sacramentales no compromete la unidad del Calvario porque acaecen en el orden de los signos. Es propio del signo traer a la mente una realidad con la que está íntimamente conexo por un vínculo natural o por una relación convencional, y multiplicando los signos no se multiplica la realidad significada: así con mil banderas amarillas y blancas se indica siempre la única idéntica Santa Sede, como miles de copias de la Divina Comedia

---

[401] Esta oblación, que puede decirse idéntica a la de la cruz porque fija para siempre la orientación sacerdotal de la vida terrena de Jesús concluida en la muerte expiatoria, ha de creerse también subordinada a la ella. En efecto, si en el tiempo limitado de su aparición palestinense Jesús tendía a la satisfacción por el pecado y al mérito, en el momento en que su oferta a Dios entró en la fase gloriosa perdió el colorido satisfactorio y meritorio para revestir el carácter de plegaria al Padre, a fin de que aquella satisfacción y aquel mérito tuviesen, en cada hombre redimido «*de iure*» (de derecho), una aplicación «*de facto*» (de hecho). Para emplear una imagen muy apreciada por PÍO XII (cfr. *Carta encíclica* «*Mediator Dei*», 30 noviembre de 1947), si antes de llegar al término de la muerte Cristo, con la misma actitud del espíritu, quiso preparar un depósito de aguas saludables para todo el género humano, desde el momento de su aparición «*vultui Dei*» (delante de Dios) pide al Padre que sumerja en aquellas aguas a todos los hijos de Adán para engendrarlos a vida nueva.

Esta oblación es el alma y como la forma de la inmolación eucarística. Como la muerte cruel que los judíos infligieron a Jesús tuvo un valor meritorio y satisfactorio por el gran amor y la dedicación interna con que el Redentor aceptó aquellos sufrimientos, así sobre el altar la oblación interior única e inmutable del corazón de Jesús da valor y significado religioso a la inmolación místico–sacramental que se realiza en cada Misa.

[402] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, ad 3: «La eucaristía, sacramento de la pasión de Cristo»; cfr. *S. Th.*, III 83, 1; *in sacramento* = *in mysterio* = *in signo* = en significación sacramental.

contienen el mismo poema del Dante, como colocando miles de espejos alrededor de un candelabro, la luz, a pesar de refractarse miles de veces, permanece la misma. Sobre el altar pasa algo similar. En el altar, el sacrificio de la cruz es reproducido precisamente *in signo*: se multiplican las inmolaciones místicas, pero, por tener éstas un carácter esencialmente representativo de la inmolación del Calvario, no multiplican la realidad a que se refieren (valor relativo): la muerte cruenta en la cruz sigue siendo siempre el mismo idéntico suceso, que se hace realmente presente en la eucaristía en forma sacramental (*in mysterio*, decían los antiguos), pero no se multiplica.

Así en la Misa se dan las mismas realidades del Calvario:

1. En el momento interior están contenidos la misma víctima y el mismo sacerdote del Calvario (identidad ontológica y absoluta);

2. En el momento intermedio circula[403] la oblación, que es una e inmutable, como la continuación cristalizada del Calvario (identidad psicológica y relativa);

3. En el momento externo se perpetúa, pero no se multiplica, *in signo*, *in sacramento*, la misma muerte de la cruz (identidad mística y sacramental).

En un blanco disco de pan ácimo y en una gema de vino se encierra el misterio de la cruz: "Este sacramento contiene todo el misterio de nuestra salvación"[404]. "El Verbo ... está entre nosotros extendido por todo este universo ... la crucifixión del Hijo de Dios tuvo lugar en esas (dimensiones) en la forma de cruz trazada (por Él) en el universo"[405], afirmó San Ireneo. Y el Santo Cura de Ars decía que si un cristiano conociese lo que es una Misa, moriría[406].

El único sacrificio de la redención en el múltiple rito de la Misa se dilata, pero no se multiplica, se efunde (se vierte, se comunica, se derrama...), pero no se disipa; en contacto con lo múltiple, no se

---

[403] Tal vez se refiera a la acepción 5 de «circular» que trae el Diccionario de la Real Academia: «Salir alguna cosa por una vía y volver por otra al punto de partida».

[404] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III 83, 4.

[405] *Demostración de la predicación apostólica* (Ciudad Nueva, Madrid 1992) 130.

[406] cfr. A. D. SERTILLANGES, *Catechismo degl'increduli* (Torino 1937) 244.

disgrega, sino que agrega[407]; hecho coextensivo a todos los tiempos y a todos los lugares, los unifica[408]. La Misa es la prolongación, el pleroma de la cruz: *el altar*, *plenitud de la cruz*; es la cruz, que se adelanta en los siglos en los altares: *Refulge*, *resplandece*, *el misterio de la cruz*»[409].

Siendo uno y el mismo el Sacerdote, una y la misma la Víctima, una y la misma la Oblación del Sacrificio de la Cruz y del sacrificio de la Misa, una y la misma la inmolación, el sacrificio de la Misa es esencialmente el mismo Sacrificio de la Cruz. Las diferencias que hay son meramente accidentales.

Párrafo 2º. En la Cruz

Allí nos encontramos con el Sumo **Sacerdote**, Jesucristo: verdadero Dios, pero también verdadero **hombre** (condición indispensable para ser sacerdote), **llamado** a las funciones sacerdotales, **consagrado**, **santo**, **inmortal –eterno–**, **único**. Quien se sacrifica y se ofrece.

Al mismo tiempo es la **Víctima** ofrecida por Él mismo: consagrándola al Padre, por un acto de su voluntad, siendo aceptado por el Padre.

– Es un sacrificio **único**: en su objeto, en la forma interna, en su eficacia y en su forma externa.

– Es un sacrificio **definitivo**: destruyó el pecado, alcanzó su fin, realizó una Alianza eterna, los hombres son definitivamente incorporados a Dios.

– Es un sacrificio **eterno**.

---

[407] L. THOMASSIN, *De Incarnatione*, 10, 21: «*Non effunditur unitas cum diffunditur... Praepollet numerositate divina unitas eique se inserens, non ipsi dissilit, sed illam constringit*».

[408] *Ibidem*, 10,17: «*Non ancillatur tempori id mysterium, quo temporalitas diruitur, fundatur aeternitas*».

[409] cfr. A. PIOLANTI, *El Sacrificio de la Misa en la Teología contemporánea* (Barcelona 1965) 78–82; *I Sacramenti* (Città del Vaticano 1959).

Su **Oblación** es libérrima, nadie lo fuerza, nadie lo coacciona, nadie lo obliga ni lo vence. Su acto de ofrecimiento es sólo suyo, de Él: *Doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre* (Jn 10,17–18).

Como decía San Juan Gabriel Perboyre: «No hay más que una cosa necesaria, Jesucristo»[410].

– Diferencias entre el Sacrificio de la Cruz y el sacrificio de la Misa:

La Misa perpetúa el sacrificio de la cruz.

¿Cuáles son las diferencias? Son tres: por parte del Sacerdote oferente, por parte de la Víctima, y por parte del efecto; y son diferencias secundarias:

1. En la Cruz Cristo se ofreció, visiblemente, por sí mismo al Padre; en la Misa se ofrece de modo invisible por manos de sus ministros.

2. En la Cruz Cristo era pasible y mortal, pero en la Misa se ofrece Cristo impasible e inmortal.

3. En la Cruz gana, sobreabundantemente, todas las gracias para salvar a todos los hombres y mujeres de todas las partes del mundo, de todas las edades, de todos los siglos; en la Misa **se aplican**, a cada nueva generación, los méritos y satisfacciones consumadas por Cristo en la Cruz, de una vez para siempre.

Párrafo 3º. En la Cena

La víspera de su Pasión se reúne con sus Apóstoles el Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, para sacrificar y ofrecer, anticipadamente, en forma sacramental, el Sacrificio cruento del Gólgota, que ofrecería al día siguiente la Víctima divina, que es Él

[410] cfr. *Vie du S. Jean–Gabriel Perboyre* (París 1891) 330.

mismo. Instituye así la Eucaristía y el ministerio sacerdotal.

Nos encontramos en la Última Cena con el mismo **Sacerdote**, la misma **Víctima** y la misma **Oblación** que en la Cruz, lo cual nos indica a las claras que estamos ante el mismo Sacrificio. Sólo cambia el modo. En la Cruz es en especie propia, con su Cuerpo y con su Sangre naturales; en la Cena es en especie ajena, ofrece su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y de vino.

Como enseña el Concilio de Trento, Jesucristo en el Cenáculo, «declarándose constituido *eternamente sacerdote según el orden de Melquisedec*, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y vino [...] y mandó a los Apóstoles (a los que entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento), a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, que bajo los mismos símbolos lo ofrecieran diciéndoles: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19; 1Cor 11,24)»[411].

Por eso el sacrificio de la Misa es el mismo sacrificio de la Cena, identificándose no sólo por ser el mismo Sacerdote, la misma oblación y la misma Víctima, sino aún, identificándose en la misma inmolación incruenta y en el modo de ofrecer.

– Diferencias entre el sacrificio de la Cena y el sacrificio de la Misa:

Asimismo, la Misa **reitera** el mismo sacrificio de la Cena, como ya hemos visto.

Con todo, hay diferencias, aunque las diferencias con el sacrificio de la Cena, también son secundarias:

1. En la Cena, el Sacerdote visible se ofreció por sí mismo; en la Misa, el ministro es el sacerdote visible, mediante el cual se ofrece Cristo, Sacerdote invisible.

2. En la Cena la Víctima era mortal; en la Misa es inmortal.

[411] CONCILIO DE TRENTO, DH 1739.1740.

3. En la Cena, el sacrificio, representaba la muerte futura de Cristo (fue sacrificio por anticipación del de la Cruz); en la Misa se representa, viva y eficaz, la muerte sufrida en el pasado por Cristo (es sacrificio por derivación del de la Cruz).

4. En la Cena, el sacrificio fue meritorio; el sacrificio de la Misa no es meritorio, sino **aplicativo** de sus méritos y satisfacciones recapitulados y consumados en la Cruz.

Párrafo 4º. Tradición y Magisterio

«Ofrecemos a Cristo inmolado por nuestros pecados»[412].

«Qué, pues; ¿acaso no ofrecemos todos los días? [...] Ofrecemos siempre el mismo; no ahora una oveja y mañana otra, sino siempre la misma. Por esta razón es uno el sacrificio; ¿acaso por el hecho de ofrecerse en muchos lugares son muchos Cristos? De ninguna manera, sino un solo Cristo en todas partes: aquí íntegro y allí también, un solo cuerpo. Luego así como ofrecido en muchos lugares es un solo cuerpo y no muchos cuerpos, así también es un solo sacrificio»[413].

«¿No es verdad que una sola vez fue inmolado Cristo en sí mismo? Y, sin embargo, en este sacramento es inmolado no sólo durante todas las solemnidades de Pascua, sino todos los días en todos los pueblos, ni miente el que preguntado respondiere que Él es inmolado»[414].

«¿Salva singularmente al alma de la eterna perdición esta Víctima, la cual por el misterio (sacramento) nos renueva la muerte de su Unigénito, *porque una vez resucitado de entre los muertos ya no muere, la muerte no tiene ya dominio sobre Él* (Ro 6,9)? Sin embargo, viviendo en sí mismo inmortal e incorruptible, de nuevo se inmola por nosotros en este misterio de la sagrada oblación»[415].

---

[412] SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Cat. Mist.*, 5.
[413] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. In Epis, ad Eph.*, 21,2.
[414] SAN AGUSTÍN, *Ep. ad Vicentium*
[415] SAN GREGORIO MAGNO, *Dial.*, 4, 58.

«No ofrecemos otra oblación que la que Cristo ofreció por nosotros; esto es, su sangre. No es otra oblación, sino la conmemoración de aquella Víctima que Cristo ofreció»[416].

El Concilio de Trento: «Una ... y la misma es la Víctima, uno mismo el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes y se ofreció entonces en la Cruz; sólo es distinto el modo de ofrecer»[417].

El Papa Pío XII en la «*Mediator Dei*»: «Idéntico, pues, es el sacerdote, Jesucristo, cuya sagrada persona está representada por el ministro. [...] Igualmente idéntica es la Víctima; es decir, el mismo divino Redentor, según su naturaleza humana y en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Es diferente, sin embargo, el modo como Cristo es ofrecido. Pues en la Cruz se ofreció a sí mismo y sus dolores a Dios; y la inmolación de la Víctima fue llevada a cabo por medio de su muerte cruenta sufrida voluntariamente. Sobre el altar, en cambio, a causa del estado glorioso de su humana naturaleza, *la muerte no tiene ya dominio sobre Él* (Ro 6,9) y, por tanto, no es posible la efusión de la sangre. Mas la divina Sabiduría ha encontrado un medio admirable de hacer patente con signos exteriores, que son símbolos de muerte, el sacrificio de nuestro Redentor»[418].

Pablo VI, en la encíclica «*Mysterium fidei*»: «En el misterio eucarístico se representa, de modo admirable, el sacrificio de la cruz de una vez consumado para siempre sobre el Calvario; perennemente se revoca en su memoria, y es aplicada su virtud salutífera en remisión de los pecados que se cometen cotidianamente»[419].

«El Señor se inmola de modo incruento en el sacrificio de la

---

[416] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Ep. ad Hebreos*., 10, 1.

[417] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743: «*Una ... eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in Cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa*».

[418] *Carta encíclica «Mediator Dei»* (20 noviembre 1947), *Enchiridion delle Encicliche*, vol. 6, 495–496.

[419] «*El misterio eucarístico se realiza en el sacrificio de la Misa*», Carta encíclica «*Mysterium fidei*» (3 septiembre 1965) 871, en: *Enchiridion delle Encicliche*, vol 7, p. 605.

Misa, representando el sacrificio de la cruz y aplicando su virtud salutífera, en el momento en el cual, por las palabras de la consagración, comienza a estar sacramentalmente presente como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies del pan y del vino»[420].

También Pablo VI, en el «Credo del Pueblo de Dios»: «Nosotros creemos que la Misa, que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares. Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convierten en Su Cuerpo y en Su Sangre, que enseguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial»[421].

Juan Pablo II en la carta del Jueves Santo a los sacerdotes del año 1989[422]: «La Eucaristía –sacramento del sacrificio redentor de Cristo– lleva consigo este "signo". Cristo, que ha venido para servir, está presente sacramentalmente en la Eucaristía precisamente para servir».

«El único sacerdocio de Cristo es eterno y definitivo, al igual que es eterno y definitivo el sacrificio que Él ofrece. Cada día y, en particular, durante el triduo sacro, esta verdad se hace viva en la conciencia de la Iglesia: *Tenemos un Sumo Sacerdote* (Heb 4,14)».

«El memorial de la última Cena se reaviva y actualiza en este día, y nosotros encontramos en él lo que nos hace vivir, es decir, lo

---

[420] *Ibidem*, 878, p. 611.

[421] *El Credo del Pueblo de Dios*, 24. cfr. CONCILIO DE TRENTO: *De Eucharistia*: DH 1651.

[422] cfr. «Carta del Papa a todos los sacerdotes con ocasión del jueves santo», *L'Osservatore Romano* 12 (1989) 225.

que somos por la gracia de Dios. Volvemos nuevamente a los orígenes mismos del sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza y a la vez, a la fuente de nuestro sacerdocio, que tiene ser y plenitud en Cristo. Contemplamos a Aquel que durante la Cena pascual pronunció las palabras: *Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros*; *éste es el cáliz de mi sangre... que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados*[423] ; en virtud de estas palabras sacramentales Jesús se nos reveló como Redentor del mundo y, a la vez, como Sacerdote de la Nueva y Eterna Alianza».

«¡Sí, hermanos, nosotros somos deudores! Como deudores de la inescrutable gracia de Dios, nosotros nacemos al sacerdocio; nacemos del corazón del Redentor mismo, en el sacrificio de la Cruz».

«Como hombre, Cristo es sacerdote, es el "Sumo Sacerdote de los bienes futuros"; mas este hombre–sacerdote es, a la vez, el Hijo consustancial al Padre. Por ello su sacerdocio –el sacerdocio de su sacrificio redentor– es único e irrepetible. Es el cumplimento trascendente de todo el contenido del sacerdocio».

Y en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Por ser memorial de la Pascua de Cristo, la Eucaristía es también un sacrificio. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: *Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros* y *Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros* (Lc 22,19–20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que *derramó por muchos para remisión de los pecados* (Mt 26,28).

El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio: «Es una e idéntica la víctima que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes y la que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer»: «En este divino sacrificio que se realiza en la Misa, este mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez de manera cruenta sobre

[423] cfr. Mt 26,26–28.

el altar de la cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta»[424].

Por todo esto, es una verdad de fe definida que en cada Misa se hace presente, **reiterándose**, lo que ocurrió en el Cenáculo la víspera de la Pasión del Señor, y se **perpetúa** lo que ocurrió en la cima del Calvario, de modo tal, que podemos decir en verdad, y no por un desborde poético o un pietismo exacerbado, que en cada Misa el Cenáculo y el Calvario vienen a nosotros y nosotros podemos participar de lo que allí ocurrió de manera semejante a como lo hicieron los Apóstoles, la Santísima Virgen y las Santas mujeres.

Artículo 5º. Tres Protagonistas... (y María)

Nunca será el sacerdote el personaje principal, ni siquiera en la celebración del augusto sacramento del altar. En rigor, los grandes protagonistas son Tres, de quienes los sacerdotes, por la ordenación sacerdotal, fueron constituidos ministros y servidores, de manera especial en la Santa Misa.

Tres son los grandes Protagonistas de todas las Misas, más aún, Tres serán los grandes Protagonistas que intervienen y se manifiestan en toda vida sacerdotal y cristiana: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

Las Tres Divinas Personas desempeñan la parte principal y deben desempeñar la parte principal en el ejercicio de los que ejercen el orden del sacerdocio y de los que deben dar el testimonio de fidelidad al bautismo.

Párrafo 1º. El Hijo hecho carne: Jesucristo

Uno de los Protagonistas principales de la Misa es Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. De hecho, el misterio del sacerdocio católico sólo se entiende a la luz del misterio del Verbo Encarnado,

---

[424] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1365–1367.

de Jesucristo, parafraseando al Concilio Vaticano II[425].

Y es Jesucristo el Sacerdote principal en la Santa Misa y en los demás sacramentos. Enseña el Concilio Vaticano II siguiendo a San Agustín: «Cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza»[426].

¿Por qué es el Sacerdote principal? Porque es Él mismo el que se ofrece en cada Misa. Digo «principal», porque hay otros sacerdotes secundarios en la Misa: todos los fieles cristianos laicos que tienen por el bautismo el sacerdocio común y nosotros, los sacerdotes ministeriales quienes, además del sacerdocio común recibido por el bautismo, poseemos una configuración especial con Cristo Cabeza y Pastor recibido por el sacramento del Orden. La Misa no sólo es acto de Cristo Cabeza, sino que también es acto del Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

También Cristo es la Víctima principal que se inmola. Digo «principal», porque hay otras víctimas que se ofrecen en la Misa: todos los que participan –también el ministro– ofrecen sus sacrificios espirituales. La Misa no sólo es acto de Cristo Cabeza, sino que también es acto del Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Es el mismo Cristo que obra a través de sus ministros.

Es el mismo Cristo que se hace físicamente presente bajo las especies de pan y de vino.

Es el mismo Cristo que reitera lo que hizo en la Última Cena y que perpetúa sacramentalmente su Sacrificio del Calvario.

Párrafo 2º. El Espíritu Santo

Nos podemos preguntar: ¿Cómo es posible que Cristo se encuentre verdadera, real y sustancialmente presente bajo las apariencias de pan y vino? ¿Cómo es posible que «se haga una selección [no se transforman las especies] que indica penetración

---

[425] cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 22.

[426] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7.

extraordinaria [se transforma sólo y totalmente la sustancia]»[427]. ¿Cómo es posible que se perpetúe el Sacrificio cruento de la cruz de manera incruenta? ¿Cómo seres falibles y pecadores, débiles y capaces de error, pueden obrar, y de hecho obran, *in Persona Christi*?

Es posible la presencia real. Es posible la conversión total de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, permaneciendo las especies. Es posible que en el altar se renueve el sacrificio de la Última Cena y del Calvario. Es posible que nos identifiquemos con Cristo. Todo ello es posible por el poder de otro gran Protagonista de la Misa: ¡el Espíritu Santo!

En efecto, en «la acción sagrada por excelencia»[428] obra el Espíritu Santo. En las oraciones llamadas *epíclesis* (= invocación sobre)[429] se invoca al Espíritu Santo para que por su poder se convierta el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre del Señor, y también se invoca al Espíritu Santo para que quienes tomamos parte de la Eucaristía recibamos sus frutos, siendo un sólo cuerpo y un sólo espíritu[430], y los fieles se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios[431]. Más aún, el Espíritu Santo nos va preparando antes y después de la Misa, de modo tal, que cada Misa es única, singular. Por eso no hay lugar para la rutina, ni para el tedio, si el sacerdote es dócil al Espíritu Santo.

Párrafo 3º. El Padre

El otro gran Protagonista es Dios Padre celestial. A Él se ofrece el sacrificio, a Él se ofrecen la Víctima principal –su Hijo único hecho hombre con su cuerpo entregado y su sangre derramada– y las víctimas secundarias –nosotros– con nuestros sacrificios espirituales, a Él se dirigen las oraciones del sacrificio. Él es el que acepta o no el sacrificio nuestro. Hay dos cuadros: en uno, Abel sacrificando y el humo del sacrificio subía derecho al cielo, era

---

[427] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 193.
[428] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7.
[429] cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1105.
[430] cfr. *Ibidem*, n. 1353.
[431] cfr. *Ibidem*, n. 1105.

aceptado por Dios; el otro, el sacrificio de Caín, el humo de su sacrificio no subía al cielo, porque no era aceptado por Dios, ya que sus disposiciones interiores eran malas. La aceptación del sacrificio por parte de Dios, es un aspecto muy importante de la consumación del sacrificio. Consumar es llevar a término el sacrificio, es cuando el sacrificio alcanza su perfección.

Pareciera que algunos ya consideran que respecto al sacrificio ya está todo, sin embargo, a veces, les falta un elemento muy importante referente a la consumación del sacrificio, que forma parte de la integridad del mismo: la aceptación por parte de Dios y la comunión por parte del hombre. (Nos referimos a la consumación de la Eucaristía en sí misma considerada; la consumación, en cuanto a los bienes eternos producidos por la Eucaristía en aquellos por quienes es ofrecido el sacrificio, es la vida eterna del cielo[432]).

Aquí nos referiremos a la aceptación del sacrificio, por parte de Dios. «El sacrificio realiza su esencia ante todo como una oblación. El hombre en la donación sacrificial de un don, reconoce a Dios como a causa Primera y Fin último, y le expresa la entera oblación de sí mismo. La donación, por su noción misma, tiende a trasladar a otro un derecho propio: Encierra, pues, en su concepto, una tendencia hacia la aceptación de parte de aquel a quien se hace, sin la cual la dádiva no se transfiere. Es un contrato que requiere un asentimiento bilateral. Por eso nuestro sacrificio ni siquiera existiría, sería inválido si no fuese aceptado por Dios: no se realizaría entonces su esencia, que es ante todo de oblación. La hostia permanecería en poder del hombre sin pasar al dominio de Dios, no quedaría consagrada por su aceptación. La definición del sacrificio de San Isidoro no tendría su cumplimiento: "El sacrificio es así llamado en cuanto que la cosa [ofrenda] es hecha sagrada [por la aceptación de Dios]". "Inválido es el sacrificio que no es aceptado por Dios. Írrito el sacerdocio que no puede hacer llegar el don hasta Dios, ni a su vez llevar a los hombres los dones divinos"[433]. Írrito, nulo, sin fuerza ni obligación, en su existencia

[432] Para eso ultimo ver: DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 250–259.

[433] DE LA TAILLE, *Mysterium Fidei*, Eluc. I, 13.

física, el sacrificio no lo sería menos en su realidad simbólica, en su significación: Dios no aceptaría el reconocimiento y oblación interior del hombre, en el rito externo expresada, al menos en cuanto se la hace por este determinado sacrificio; ni obtendría el hombre los deseados efectos de propiciación e impetración. Supuesta, en cambio, la aceptación, se realiza plenamente la oblación real y simbólica del sacrificio. Al aceptarlo, Dios acepta un contrato, se obliga (en cuanto puede Dios obligarse con sus criaturas) a sus condiciones. Y como en el sacrificio actual (propiciatorio e impetratorio), los hombres le ofrecen un don a cambio del perdón de sus pecados y concesión de sus gracias y favores: la aceptación del sacrificio de parte de Dios, trae consigo la concesión infalible de esos bienes. He ahí el fundamento del valor del sacrificio.

Necesidad de la significación sensible de esta divina aceptación. Así como la oblación del hombre debe ser externa –expresando la disposición interna–, también la aceptación de Dios ha de ser externa en los sacrificios cruentos. La naturaleza de contrato que hemos atribuido al sacrificio, reclama de él no sólo el consentimiento de ambas partes, sino también su significación, que el hombre no puede alcanzar sino por una expresión sensible. De aquí el afán de los hombres por obtener un signo de aceptación divina, de la que –como acto interno de Dios– no podrían directamente cerciorarse.

Esta significación, dice el P. De La Taille[434], se expresaba sensiblemente en el Antiguo Testamento, bien por arte humano, bien por intervención divina.

1. Por **arte humana** obteníase de dos modos: Primeramente por la oblación en el altar de los dones sacrificiales, v. gr. por la efusión de la sangre de la víctima, no en cuanto era oblación del hombre, sino en cuanto era aceptación de parte del altar, que, en el concepto de los hombres, simbolizaba a la divinidad y era juzgado como compenetrado por ella: La recepción de los dones por el altar, simbolizaba así la aceptación de ella por parte del Señor. Esto aparece en varios pasajes de la Escritura:

---

[434] *Ibidem*.

– *Tomó Moisés la mitad de la sangre y la echó en vasijas; la otra mitad la derramó sobre el altar* (Ex 24,6);

– *Una vez inmolado el carnero, tomarás su sangre y la derramarás en torno al altar* (Ex 29,16);

– *Lo inmolará al lado septentrional del altar ante Yahvé, y los hijos de Aarón los sacerdotes, derramarán la sangre alrededor del altar* (Lv 1,11);

– *En el lugar donde inmolan el holocausto inmolarán la víctima de reparación, y su sangre se derramará sobre todos los lados del altar* (Lv 7,2);

– *El sacerdote derramará la sangre sobre el altar de Yahvé, a la entrada de la Tienda del Encuentro*... (Lv 17,6);

– *Pero al primogénito de vaca, o de oveja, o de cabra, no lo rescatarás: es sagrado. Derramarás su sangre sobre el altar y su grasa la harás arder como manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé* (Nm 18,17).

Pero más perfecta era la significación de la aceptación expresada por el holocausto. En él, la ofrenda después de ofrecida era quemada, simbolizando así el fuego a la divinidad, que consumía y hasta como participaba de la víctima. Así aparece en varios textos de la Escritura:

– *Mandó quemar sobre el altar su holocausto y su oblación, hizo su libación y derramó la sangre de sus sacrificios de comunión ... El rey Ajaz ordenó al sacerdote Urías*: «*Sobre el altar grande quemarás el holocausto de la mañana y la oblación de la tarde, el holocausto del rey y su oblación, el holocausto de todo el pueblo de la tierra, sus oblaciones y sus libaciones, derramarás sobre él toda la sangre del holocausto y toda la sangre del sacrificio. Cuanto al altar de bronce, yo me ocuparé de él*» (2Re 16,13.15);

– *Después inmoló la víctima del holocausto y los hijos de Aarón le presentaron la sangre, que derramó sobre todos los lados del altar. Le presentaron la víctima del holocausto en trozos, juntamente con la cabeza, y lo quemó todo sobre el altar. Y*

habiendo lavado las entrañas y las patas, las quemó encima del holocausto sobre el altar (Lv 9,12–14).

Ambos medios para expresar la aceptación de Dios eran imperfectos, sujetos a falsificación como estaban: Al símbolo humano de aceptación divina, podía faltar la realidad de la aceptación.

2. Por eso sobre estos signos de la aceptación divina, estaba el signo de que Dios mismo directamente se valía para expresar dicha aceptación. Tal el fuego milagroso que hacía descender del cielo para consumir el sacrificio que le era agradable. Algunos textos de la Escritura:

Y, puesto ya el sol, surgió en medio de densas tinieblas un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre aquellos animales partidos (Gn 15,17);

Erigió con las piedras un altar al nombre de Yahvé, e hizo alrededor del altar una zanja que contenía como unas dos arrobas de sembrado. Dispuso leña, despedazó el novillo y lo puso sobre la leña. Después dijo: «Llenad de agua cuatro tinajas y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña». Lo hicieron así. Dijo: «Repetid» y repitieron. Dijo: «Hacedlo por tercera vez». Y por tercera vez lo hicieron. El agua corrió alrededor del altar, y hasta la zanja se llenó de agua. A la hora en que se presenta la ofrenda, se acercó el profeta Elías y dijo: «Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se sepa hoy que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu servidor y que por orden tuya he ejecutado toda estas cosas. Respóndeme, Yahvé, respóndeme, y que todo este pueblo sepa que tú, Yahvé, eres Dios que conviertes sus corazones». Cayó el fuego de Yahvé que devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjas (1 Re 18,32-38).

Sin embargo, no era esta tampoco la expresión más perfecta de la aceptación divina, ya que ella no trascendía el orden figural. "Porque las hostias carnales aun en el caso de ser devoradas por el fuego divino, no pasaban en sí mismas a la santidad divina, sino que prefiguraban una víctima perfecta, que iba a ser devorada más

adelante por el fuego de la divina gracia y llevada al templo de la divina santidad, al Santo de los Santos"[435]. [Alude el P. De la Taille al estado de Víctima aceptada en que Cristo está en los Cielos]»[436].

¿En qué momento de la Misa Dios Padre acepta el sacrificio?

Nosotros ya hemos visto que en la consagración, en la transustanciación, se tienen tres formalidades:

1. Con ella se hace el sacramento o manjar o comida o banquete;

2. Con ella se hace presente la Víctima y se realiza el sacrificio;

3. Con ella se ofrece a Dios lo victimado o sacrificado.

Pero, además, hay una cuarta formalidad:

4. Con la transustanciación manifiesta Dios su **aceptación** del sacrificio.

«Para que el sacrificio sea auténtico o rato, debe ser aceptado por el Señor. En definitiva, Él es quien hace las cosas verdaderamente sagradas» («*sacrum facere*», significa hacer sagrado[437]). El hecho de transustanciar el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, su Hijo, «**implica ya una verdadera aceptación por parte de Dios**. No sólo porque basta la presencia del Hijo para que le sea acepta, y la presencia la hace la transustanciación; sino, además, porque la transustanciación no se hace sin la intervención divina, y cuando Dios la hace es porque la quiere. Todo esto se ha hecho en un solo instante; en el momento en que el sacerdote termina la última palabra sacramental y Cristo se hace presente bajo las especies: se ha hecho el sacramento de la Eucaristía, se ha hecho también el sacrificio, se ha ofrecido a Dios lo sacrificado y Dios lo ha

[435] *Ibidem*, 14.
[436] O. DERISI, *La constitución esencial del Sacrificio de la Misa* (Buenos Aires 1930) 38–40.
[437] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II–II, 85, 3.

aceptado. Después, las oraciones del canon van explicitando o explicando lo que se acaba de realizar; hay oraciones de ofrecimiento, como la "*Unde et memores*"[438]; de súplica al Señor para que acepte lo que se acaba de consagrar y se le acaba de ofrecer, como la "*supra quae*"[439]. Pero en realidad todo está hecho y aceptado ya»[440].

Por eso pedimos en la Santa Misa a los hermanos: «*Orad, hermanos, para que este sacrificio ... sea aceptable...*»[441]; y a Dios Padre que: «*...Aceptes ... este sacrificio*»[442]; «*Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda...*»[443]; «*Mira con bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel...*»[444]; «*...Que esta ofrenda sea llevada a tu presencia...*»[445]; «*Dirige tu mirada sobre la ofrenda de la Iglesia...*»[446]; «*...Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti...*»[447]; «*Dirige tu mirada, Padre Santo, sobre esta ofrenda...*»[448]; «*Acéptanos también a nosotros, Padre Santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo...*»[449].

Al pronunciar la oración «*Suplices te rogamus...*»[450], se inclina el sacerdote haciendo una reverencia profunda, según una antigua costumbre, en señal de humilde actitud de oblación[451], diciendo:

> «*Te pedimos humildemente,*
> *Dios todopoderoso,*

---

[438] «*Por eso, Padre, ... nosotros al celebrar este memorial... te ofrecemos...*»; MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 107.

[439] «*Mira con bondad esta ofrenda y acéptala...*»; MISAL ROMANO, 108.

[440] EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.,* III, 82, tomo XIII, ed. cit., 784–785.

[441] MISAL ROMANO*,* 26

[442] MISAL ROMANO*, Plegaria Eucarística* I, 99.

[443] *Ibidem*, 102.

[444] *Ibidem*, 108.

[445] *Ibidem*, 109.

[446] MISAL ROMANO*, Plegaria Eucarística* III, 137. (Es dirigir la mirada bondadosa, de aceptación del sacrificio).

[447] MISAL ROMANO*, Plegaria Eucarística* IV, 137.

[448] MISAL ROMANO*, Plegaria Eucarística* V/a, pág. 1039.

[449] MISAL ROMANO*, Plegaria Eucarística sobre la Reconciliación* II, pág. 1069.

[450] Es uno de los elementos más antiguos de la liturgia romana y no sólo de ella; cfr. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid [4]1963) 785.

[451] cfr. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 795.

que esta ofrenda sea llevada a tu presencia
hasta el altar del cielo,
por manos de tu ángel,
para que cuantos recibimos
el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
al participar aquí de este altar,
seamos colmados
de gracia y bendición».

Que «*esta ofrenda sea llevada...*». Enseña Santo Tomás: «No pide el sacerdote que las especies sacramentales sean transportadas al cielo ni que el cuerpo verdadero de Cristo deje de estar en el altar, sino que pide esto para el Cuerpo místico, significado en este sacramento; desea que el ángel asistente a los divinos misterios presente a Dios las oraciones del pueblo y del sacerdote, a tenor de lo que se lee en el Apocalipsis: *El humo del incienso subió de la mano del ángel con las oraciones de los santos* (8,4). El "altar sublime" es la Iglesia triunfante, en la que rogamos ser inscriptos, o el mismo Dios, de quien pedimos participar»[452].

O sea, pide que las oraciones del pueblo y del sacerdote, los sacrificios espirituales, sean presentados a Dios por el ángel asistente a los divinos misterios. *Y por mano del Angel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos* (Ap 8,4) y por él las «envía».

Nos podemos preguntar, ¿acaso la Víctima no es perfecta?, ¿no es el único sacrificio agradable al Padre?, ¿acaso falta algo al sacrificio de Cristo?, ¿puede ser que el Hijo no sea agradable al Padre? No, de ninguna manera. El sacrificio de Jesucristo es agradabilísimo al Padre. Cuando hablamos de que Dios acepte el sacrificio nos referimos a nuestros sacrificios. Nosotros presentamos junto con la Divina Víctima nuestros dones, nuestros sacrificios espirituales, etc., y eso es todo lo que podemos hacer. Lo demás depende de Dios: si quiere hacer descansar indulgente su mirada sobre nuestros dones y aceptarlos, es cosa de su libérrima voluntad. Por eso decimos en la Plegaria Eucarística: «*Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como*

[452] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, q 83, a 4, ad 9.

aceptaste los dones del justo Abel ... Te pedimos que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel...»[453].

Enseñaba el sabio Papa Benedicto XIV, citando a San Roberto Belarmino, que en ese lugar no rezamos para que el Padre acepte el sacrificio de Cristo, sino por nuestra debilidad: «Aún cuando la oblación consagrada siempre agrada a Dios (tanto) de parte de la cosa que se ofrece (de la Víctima), como de parte de Cristo, el oferente principal; sin embargo, puede no agradar de parte del ministro o del pueblo asistente, que al mismo tiempo también ofrecen"[454]. Por eso siempre tenemos que esforzarnos por agradar a Dios con nuestras disposiciones interiores, ya que de nada vale alabarlo con los labios si nuestra mente y nuestras disposiciones interiores están lejos de Él, tal como se lamenta nuestro Señor citando al profeta Isaías: *Este pueblo me alaba con sus labios, pero su corazón está lejos de mí* (Mt 15,8)[455].

Las disposiciones principales deben ser: «La sumisión completa de la criatura al creador, la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, la identificación más completa con los sentimientos de Jesucristo»[456].

A veces vemos que alguno después de muchos años de Misa se corrompe: ¿No será porque le faltaban las debidas disposiciones al participar en la Misa?, ¿no será porque sus disposiciones ponían obstáculo para recibir la gracia?, ¿no será porque sus sacrificios espirituales no eran agradables a Dios?

Resumiendo, Dios Padre siempre acepta el sacrificio de su Hijo, absolutamente, como es obvio, en el momento mismo de la transustanciación; pero, nuestros sacrificios los acepta si son buenas nuestras disposiciones interiores y, si no son buenas las disposiciones interiores, no acepta nuestros sacrificios. De ahí que debamos trabajar siempre para que nuestras disposiciones interiores concuerden con nuestra voz y para que todo lo que

---

[453] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística I*, 109.
[454] cit. por J. JUNGMANN, *El Sacrificio de la Misa* (BAC, Madrid 1951) 902, n 5.
[455] cfr. Is 29,13.
[456] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid [4]1963) 785.

hacemos en la vida concuerde con lo que hacemos en el sacrificio de la Misa.

* * *

Hemos de rezar por los sacerdotes y por todos los cristianos para que siempre tengan clara conciencia de que los Tres principales Protagonistas de la Misa –y de toda la vida sacerdotal y cristiana– son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Sólo las Tres Divinas Personas nos pueden salvar para que no relativicemos nuestro ministerio sacerdotal y nuestro testimonio cristiano. Sólo las Tres Divinas Personas son la «vacuna» eficaz para no desbarrar en la desacralización ni en el secularismo que están destruyendo no sólo la vida sacerdotal y religiosa, sino más aún la misma vida cristiana. Sólo las Tres Divinas Personas, con su misterio sobrenatural en cuanto a su misma sustancia, son capaces de hacer que siempre seamos *sal de la tierra* (Mt 5,13) y *luz del mundo* (Mt 5,14). Sólo las Tres Divinas Personas, con sus misiones, son capaces de enardecer nuestros corazones para que «no seamos esquivos a la aventura misionera», como escribía Santo Toribio de Mogrovejo.

Párrafo 4º. La Misa y la Virgen

1. Pedro Crisólogo afirmó que Cristo *«es el pan, que sembrado en la Virgen, leudado en la carne, en la pasión amasado, cocido en el horno del sepulcro, conservado en la Iglesia y ofrecido en los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celeste»*[457].

Santo Tomás de Aquino estableció una comparación, citando a San Ambrosio, entre el nacimiento virginal, que es de orden sobrenatural, y la conversión eucarística, que es también sobrenatural[458].

En la liturgia etiópica, también se ve ésta relación, en efecto se recita: *«Tú eres el cesto de este pan de ardiente llama y el vaso de este vino. Oh, María, que produces en el seno el fruto de la*

[457] *Sermón* 67,7; o.c., t. II, 43.
[458] *S. Th.*, 3, 75, 4; *IV Sent*. D. 8ª, Q. 2, a. 1, ad 3.

oblación». Y también: *«Oh, Virgen, que has hecho fructificar lo que vamos a comer y que has hecho brotar lo que vamos a beber. Oh, pan que viene de ti: pan que da la vida y la salvación a quien lo come con fe»*.

2. Enseña el Catecismo: «La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la Santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo»[459].

3. Por ser acción de Cristo y de la Iglesia es también de María Santísima, pues ella «tiene una gran intimidad tanto con Cristo como con la Iglesia; es inseparable de uno y de otra. Está unida, pues, a ellos, en lo que constituye la esencia misma de la Liturgia: la celebración sacramental de la salvación para gloria de Dios y santificación del hombre. María está presente en el memorial –la acción litúrgica– porque estuvo presente en el acontecimiento salvífico»[460].

4. «En la penetración de este misterio viene en nuestra ayuda la Virgen Santísima, asociada al Redentor, porque "cuando celebramos la Santa Misa, en medio de nosotros está la Madre del Hijo de Dios y nos introduce en el misterio de su ofrenda de redención. De este modo, se convierte en mediadora de las gracias que brotan de esta ofrenda para la Iglesia y para todos los fieles"[461]. De hecho, "María fue asociada de modo único al sacrificio sacerdotal de Cristo, compartiendo su voluntad de salvar el mundo mediante la cruz. Ella fue la primera persona y la que con más perfección participó espiritualmente en su oblación de *Sacerdos et Hostia*. Como tal, a los que participan en el plano ministerial del sacerdocio de su Hijo puede obtenerles y darles la gracia del impulso para responder cada vez mejor a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio implica: sobre todo, la gracia de la fe, de la esperanza y de la

---

[459] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1370.

[460] JUAN PABLO II, «Alocución del 12 de mayo de 1984», cit en. INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO, *Directorio de Vida Litúrgica* (San Rafael 1995) 7.

[461] JUAN PABLO II, *Introducción a la Santa Misa con ocasión de la memoria litúrgica de la Virgen de Czestochova*, L'O.R, 26 de agosto de 2001.

perseverancia en las pruebas, reconocidas como estímulos para una participación más generosa en la ofrenda redentora"[462]»[463].

5. «Cuando celebramos la santa misa... junto a nosotros está la Madre del Redentor, que nos introduce en el misterio de la ofrenda redentora de su divino Hijo»[464]. «La relación del sacerdote con María no se reduce sólo a la necesidad de protección y ayuda; se trata ante todo de tomar conciencia de un dato objetivo: "la cercanía de la Señora", como "presencia operante junto a la cual la Iglesia quiere vivir el misterio de Cristo"[465]»[466].

6. La parte de la Hostia que se echa en el cáliz «simboliza el Cuerpo de Cristo resucitado, y con Él a la bienaventurada Virgen María, y si hay ya algún santo con el cuerpo en la gloria»[467]. Afirma Santo Tomás con rigurosa lógica litúrgica, que sabe del lenguaje de los signos; así como la separación de la Sangre del Cuerpo significa muerte, su unión significa resurrección.

7. En el capítulo «En la escuela de María, Mujer "eucarística"», nos enseña Juan Pablo II: «Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta»[468].

8. Así como estuvo de pie al pie de la cruz, así está de pie al pie de cada altar donde se celebra la perpetuación del sacrificio de la cruz.

Artículo 6º. Tres niveles

---

[462] JUAN PABLO II, *Catequesis del 30 de junio de 1993*, L'O. R., 30 de junio-1 de julio de 1993.

[463] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Instrucción *El presbítero, Pastor y Guía de la comunidad parroquial*, 13.

[464] JUAN PABLO II, *Discurso a la asamblea plenaria de la Congregación del Clero*, 23 de noviembre de 2001.

[465] PABLO VI, Exhortación *Marialis cultus*, 2 de febrero de 1974, nn. 11. 32. 50. 56.

[466] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Instrucción *El presbítero, Pastor y Guía de la comunidad parroquial*, 8.

[467] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, 5, ad 8.

[468] O. c., 54.

Haciendo un resumen de lo que procede de la Revelación y de la Tradición, en los documentos conciliares y postconciliares aparecen tres elementos esenciales a la liturgia, que manifiestan lo que podríamos llamar los tres niveles de la liturgia: el «***Mysterium***», la «***actio***» y la «***vita***», o sea, el Misterio, la acción y la vida.

El «***Mysterium***» culmina y coincide con el Verbo Encarnado que muere en cruz y resucita, es la Pascua del Señor. El «Mysterium» se celebra en la «**acción**» por excelencia: la celebración litúrgica. ¿Para qué se celebra el «Mysterium»? Para la «**vida**» del Pueblo de Dios, de los bautizados que forman el Cuerpo místico de Jesucristo. De ahí que en la «*Sacrosanctum concilium*» se da la siguiente definición descriptiva: «...Se considera a la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Cristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote o de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia»[469]. En donde puede verse que distintas expresiones corresponden a los diversos niveles, como ser: **Mysterium**, oficio sacerdotal de Cristo, obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo; **Actio**, celebración litúrgica, acción sagrada, signos sensibles, ejercicio del oficio sacerdotal de Cristo, ejercicio del culto público íntegro; **Vita**, santificación del hombre, íntegro culto público.

El «*Mysterium*» ha sido revelado, manifestado, realizado en Cristo y entregado por Él a la Iglesia, quien perpetúa su presencia, perpetúa la encarnación viva del «*Mysterium*» a través de todas las generaciones hasta el fin del mundo, participado por la celebración («*Actio*»). La «*Vita*» de los hombres y mujeres debe culminar en la celebración («*Actio*») y derivarse de la celebración, lo que implica, necesariamente, **la participación activa.**

Estos tres niveles se relacionan y compenetran. El «*Mysterium*»

---

[469] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 7.

está presente en la «*Actio*» por la celebración del memorial (anámnesis), de donde: «la ***actio*** es el **memorial** del ***Mysterium***»[470]. La **vida** está presente en la «***actio***» por medio de la **participación** (methexis).

En su dimensión descendente, la Misa es el ***Mysterium*** **celebrado** para la **vida** del hombre, para su santificación. En su dimensión ascendente, la Misa es la **vida** del hombre llevada a la **celebración** para que el ***Mysterium*** llegue a su último fin: rendir culto a la Trinidad.

Ahora bien, quien realiza la compenetración entre *Mysterium* y *Actio*, entre *Vida* y *Actio*, y entre *Mysterium* y *Vida*, es el Espíritu Santo. La realidad del memorial litúrgico no es un mero recuerdo, ni una imagen fotográfica o fílmica, porque es obra del Espíritu Santo. Al igual, la participación litúrgica, supera cualquier otra forma de participación, porque el Espíritu Santo la hace posible. Por todo ello no puede haber Misa sin la presencia actuante y operante del Espíritu Santo.

Por obra del Espíritu Santo, en la **celebración** litúrgica, se hace presente el ***Mysterium***, que sana, eleva, dignifica, ennoblece, hermosea la **vida** de los fieles por obra del Espíritu Santo. De modo tal, que el hacerse presente el *Mysterium* y la *Vida* en la *Actio* celebrativa es siempre epíclesis y paráclesis del Espíritu. Por eso nuestras celebraciones deben ser siempre epicléticas y paracléticas.

Debemos respetar en extremo el Misterio, sin caer en ninguna forma de desacralización ni secularización porque si no se desvaloriza la Acción litúrgica y se empobrece la Vida.

A la vez debemos ser muy fieles en la Acción litúrgica, si no, velamos el Misterio y no iluminamos la Vida.

Y debemos tener una Vida conforme al Evangelio, porque si no reduciremos el Misterio a las limitaciones de nuestra Vida y nos faltará Espíritu para la Acción litúrgica adecuada.

---

[470] *Revista Liturgia*, Órgano informativo del Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal Argentina de culto, p. 46.

Artículo 7º. Triple signo

Los sacramentos son una relación de significados o de signos. Decía San Agustín: «Signo es aquello que, además de impresionar los sentidos, nos lleva al conocimiento de otra cosa»[471].

En los sacramentos «se pueden distinguir tres aspectos: su causa propia, que es la pasión de Cristo; su forma, que consiste en la gracia y virtudes; y su fin último, que es la vida eterna. Los sacramentos significan todas estas realidades. Por tanto el sacramento es, a la vez, signo rememorativo de la pasión de Cristo, que ya pasó; signo demostrativo (o manifestativo) de la gracia que se produce en nosotros, ahora, mediante esa pasión; y signo prefigurativo (o profético) de la gloria futura»[472]. Decía Dom Vonier: «El sacramento ha de ser una causa de tal naturaleza que represente realmente lo pasado, lo presente y lo por venir; y debe significarlo de tal manera que realice en verdad la cosa que significa»[473].

En otra parte dice Santo Tomás en relación a la Eucaristía: «Este sacramento tiene triple significación. Una, respecto del pasado, en cuanto es conmemoración de la pasión del Señor, que fue verdadero sacrificio... La segunda, respecto del presente, y es la unidad eclesial, de la que por el sacramento participan los hombres... así dice San Juan Damasceno "Se llama comunión, porque por ella comulgamos con Cristo, participando de su carne y de su divinidad, y porque comulgamos y nos unimos mutuamente". La tercera, en relación con lo futuro, por prefigurar este sacramento la fruición (el goce) de Dios, que tendremos en la patria (el cielo)... También se llama "Eucaristía", "buena gracia", porque la *gracia de Dios es la vida eterna* (Ro 6,23); o porque realmente contiene a Cristo, que está *lleno de gracia* (Jn 1,14)»[474].

Párrafo 1º. Rememorativo

---

[471] *II De doct. Christ.*, 1; cit. en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 60, 1, dif. 2.
[472] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 60, 3.
[473] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 46.
[474] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, 4.

En cuanto es causa de la gracia diciendo relación al pasado: Es el signo conmemorativo o rememorativo de las acciones salvíficas de Cristo, principalmente de su pasión y de su muerte. En la Escritura está contenido en los textos siguientes: *El Señor ... tomó el pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía, y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento* (nuevo pacto) *en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía. Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor* (1Cor 11,23ss).

La referencia de la eucaristía a la historia sagrada precedente se expresa en los textos siguientes:

– *Este cáliz es el nuevo pacto en mi sangre* (1Cor 11,25; cfr. Mt 26,28; Mc 14,24; Lc 22,20), alusión al pacto antiguo al pie del Sinaí en la sangre del cordero[475] y a las profecías del futuro pacto que Dios habría hecho con el nuevo pueblo en los días del Mesías[476].

– Acerca de las relaciones entre la eucaristía y el maná en el desierto: *Vuestros padres comieron del maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo para que el que coma de él no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo... y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo* (Jn 6,49ss; cfr. 6,32ss y 1Cor 10,1.4).

Párrafo 2º. Demostrativo

En cuanto forma de la gracia, a lo que obra la gracia, diciendo relación al presente: Es decir, la transformación real del alma, es signo demostrativo, es la realidad misma significada por el signo sensible «de las realidades sagradas invisibles presentes; ante todo de la gracia santificante y del culto interno; luego de Dios obrando la santificación y como objeto del culto; de Cristo, causa instrumental y ejemplar de la santificación y causa principal y

[475] cfr. Ex 24,8.
[476] cfr. Jr 31,31; Za 9,11.

ejemplar, así como objeto del culto; de la Iglesia, objeto de la santificación y causa instrumental del culto»[477]. Lo cual, a mi modo de ver, implica las disposiciones de ánimo de aquel que recibe la santificación o quiere rendir culto[478]. «Su importancia es capital, ya que, por una parte, hace ver cómo la vida litúrgica entalla vigorosamente en la cooperación libre y en la vida moral que ella exige estrictamente y, por otra, demuestra cómo la vida moral y ascética, fuera de la acción litúrgica, no es una cosa sin conexión con la vida litúrgica, sino su connatural derivación exigida, como en germen, en toda acción litúrgica»[479].

Puede leerse para su comprobación la narración de la institución en los sinópticos[480]; las reflexiones de San Pablo[481]; el discurso eucarístico en el capítulo sexto del evangelio de San Juan. La Eucaristía es signo demostrativo, ante todo, del cuerpo y de la sangre de Cristo allí presente: «*Éste es mi Cuerpo ...Ésta es mi Sangre*» (palabras de la institución). *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo. ...Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre... Quien come mi carne y bebe mi sangre...* (Jn 6,51ss.); *El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?* (1Cor 10,16). Además, la eucaristía es signo demostrativo de la vida divina y de la gracia de unión con Cristo y entre nosotros: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. ...Quien me come vivirá a causa de mí* (Jn 6,56ss)[482]. *Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan* (1Cor 10,17). [...] De la Eucaristía [...] en orden a la conducta moral, habla San Pablo explícitamente en la Primera Carta a los Corintios (10,14–22) para hacer ver a los cristianos cuánto estamos obligados a huir de la idolatría: *Por lo cual, amados míos, huid la idolatría. Os hablo como a discretos. Sed vosotros jueces de lo que os digo: El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la*

---

[477] CIPRIANO VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia* (BAC, Madrid 1965) 81.

[478] Vagaggini ve en esto último otro signo que llama «empeñativo».

[479] CIPRIANO VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia*, ed. cit., 80.

[480] cfr. Mt 26,17–29; Mc 14,12–25; Lc 22,7–38.

[481] cfr. 1Cor 10,16–21; 11,23–30.

[482] cfr. 6,50–52.

sangre de Cristo? y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Lo que sacrifican los gentiles, a los demonios y no a Dios lo sacrifican, y no quiero yo que vosotros tengáis parte con los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis tener parte en la mesa de Dios y en la mesa de los demonios. ¿O queremos provocar la ira del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que Él?. El concepto de eucaristía [...] y del modo de conducirse para con Dios está incluido en el concepto de Eucaristía nuevo pacto, nueva alianza en la sangre de Cristo[483] que reclama el concepto del pacto alianza del Antiguo Testamento con la fuerte acentuación de lo que él lleva consigo de consecratorio y de irrevocablemente obligatorio para el hombre que recibe la alianza de Dios, compromiso consagrado en la sangre de la víctima y del banquete sagrado delante de Dios[484]»[485].

Párrafo 3º. Profético

En cuanto a la meta (*el fin*) *de la gracia, dice relación al futuro*: Es signo pronosticador o preanunciativo o pronunciativo o prefigurativo o profético de la unión con Cristo en la gloria de la visión beatífica y del culto de la Jerusalén celeste. Es un concepto que se encuentra con mucha frecuencia en la Sagrada Escritura: *Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga* (1Cor 11,26). *Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, por lo que os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios* (Lc 22,15-16). La conexión ideal de la Última Cena celebrada por Cristo con el banquete pascual judaico es cierta; y no menos cierto es el sentido escatológico del banquete pascual judaico; por lo cual, también por este verso, aparece verdadero el sentido escatológico de la última cena, y la conexión de la eucaristía con la gloria futura y la resurrección aparece, por ejemplo, en los textos siguientes de San Juan: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo lo resucitaré el*

---

[483] cfr. Mt 26,28; Mc 14,24; Lc 22,20; 1Cor 11,25.

[484] cfr. Ex 24; Dt 29–30.

[485] Para la conexión de los conceptos sacrificio–banquete, sagrado–alianza–obligación, véase, p.ej., W. EICHRODT, *Theologie des A.T.* I (1948) 69–70, y en el *Theol. Wört. zum N.T.,* las palabras *diateke* (II 106ss), *koinomos* (III 802.805ss).

último día … no como vuestros padres, que comieron el maná y murieron: quien come este pan vivirá eternamente (Jn 6,54.58).

Este hecho nos indica, claramente, que la Misa es escuela y fábrica de eternidad, como se dice en las palabras de la consagración del vino: «*…Sangre de la alianza nueva y eterna…*». Dice Santo Tomás: «Es nueva la alianza por razón de su presentación. Es eterna por razón de la preordenación eterna de Dios y por razón de la herencia eterna determinada en ella. También porque es eterna la persona de Cristo, con cuya sangre se sella la alianza»[486].

Por eso se dice en las Plegarias Eucarísticas: «*…pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación…*»[487]; que «*merezcamos… compartir la vida eterna*»[488]; «*…esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria…*»[489]; «*así celebremos el gran misterio que nos dejó como alianza eterna*»[490]; «*…te cantaremos la acción de gracias de Jesucristo, tu Ungido, que vive eternamente*»[491]; «*…en el banquete de la unidad eterna…*»[492]. Y luego de la comunión, reza en secreto el sacerdote: «*El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna*»[493], «*La Sangre de Cristo me guarde para la vida eterna*»[494], «*…y que el don que nos haces en esta vida nos aproveche para la eterna*»[495].

«La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregustar el gozo pleno prometido por Cristo… La Eucaristía, "es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y prenda de la gloria futura" […] Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad» [496].

---

[486] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 1, ad 4.
[487] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 107.
[488] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* II, 120.
[489] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* III y V, 125 y pág 1040.
[490] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* IV, 133.
[491] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec I, pág 1064.
[492] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec II, pág 1070.
[493] MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 147.
[494] *Ibidem*.
[495] *Ibidem*,150.
[496] JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucaristía*,18.

Hace notar muy bien el P. Vagaggini: «Hay que observar, sin embargo, que las realidades del pasado y las del futuro no son significadas en los signos litúrgicos como cosas exclusiva y puramente pasadas o futuras de tal modo que, en cierta manera, no sean aún o ya realmente presentes en la acción sagrada de la liturgia. Las realidades sagradas del pasado y las del futuro, significadas por los signos litúrgicos, son, en cierto modo, significadas como presentes... El pasado y el futuro son, pues, significados en los signos litúrgicos como en un supratemporal, porque las realidades sagradas invisibles significadas, en cierto aspecto, son como pasadas o futuras, y en otro aspecto, son significadas como concentradas en la realidad presente. Los signos litúrgicos encierran, pues, en su significado litúrgico toda la realidad de la historia sagrada en su presente, pasado y futuro»[497].

Cada Misa, que se afianza en el presente, es un puente de doble dirección. Una, al pasado de la historia salvífica, en especial, el Misterio Pascual del Señor; y otra, al futuro, anticipando, de alguna manera, lo que será, en especial, la vida eterna del cielo.

La Misa es el abrazo más entrañable entre el pasado, el presente y el futuro.

Artículo 8º. Tres instancias

Párrafo 1º. Los sacramentos y las tres instancias

Santo Tomás dice respecto de la Eucaristía: Hay «tres cosas que pertenecen a la integridad de este sacramento...»[498]. En rigor, todos los sacramentos tienen esas tres cosas, a saber:

1. ***Sacramentum tantum***, es decir, los que es sólo sacramento o sólo signo;

2. ***Res et sacramentum***, es decir, lo que es realidad o cosa y

[497] CIPRIANO VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia*, ed. cit., 81.
[498] cfr. *In IV Sententiarum*, 8, 2, 4 c.

sacramento; o efecto y signo;

3. ***Res tantum***, es decir, lo que es sólo realidad o sólo efecto o sólo cosa.

SACRA-MENTOS	***Sacramentum tantum*** (sólo el signo) (Materia y forma = lo determinable y lo determinante)	***Res et sacramentum*** (el efecto y el signo)	***Res tantum*** (sólo el efecto) (Gracia santificante y gracia particular de cada sacramento
Bautismo	Ablución del agua – «*Yo te bautizo…*»	Carácter bautismal	Filiación divina
Confirmación	Imposición de manos y crismación – «*Recibe por esta unción…*»	Carácter confirmación	Milicia cristiana
Eucaristía	Pan y vino – «*Este es mi cuerpo… es mi sangre…* »	Cuerpo entregado, Sangre derramada y ofrecida	Cuerpo Místico, o sea, unidad eclesiástica y la caridad
Confesión	Actos del penitente – «*Yo te absuelvo…*»	Penitencia interior	Remisión del pecado
Unción de los enfermos	Unción con óleo – «*Por esta santa unción…*»	Alivio espiritual	Gracia sanativa de los rastros del pecado
Matrimonio	Mutuo Consentimiento	Vínculo conyugal Indisoluble	Gracia que produce el sacramento
Orden sagrado	Imposición de las manos – «*Te pedimos… que … reciba de ti el sacerdocio…*»	Carácter sacerdotal	Configuración con Cristo Cabeza y Pastor

Los sacramentos de la Nueva Ley, como dice San Agustín, son: «pocos en número, fáciles de observar, excelentes en su

significado...»[499].

El «*sacramentum tantum*» y la «*res et sacramentum*» obran por la fuerza del sacramento, por la misma obra obrada (es decir, «*ex opere operato*»[500]), por eso, «ni el buen sacerdote hace más ni el malo menos», enseña Inocencio III[501]; mientras que es necesario que el sujeto que recibe el sacramento no ponga obstáculo, o sea, obre a modo de mérito, por devoción del sujeto, por proceder de la fe y de la caridad (es decir, «*ex opere operantis*»), para recibir con buenas disposiciones los frutos. Es lo que distingue, esencialmente, el orden sacramental de la Iglesia de cualquier clase de magicismo superticioso, o sea, los sacramentos no obran mecánicamente sin tener en cuenta las disposiciones interiores de quienes los reciben[502].

Para recibirlos con fruto es necesaria nuestra libre colaboración. Por eso, de nada sirve «forzar» a alguien (si eso se pudiera hacer) a recibir algún sacramento en contra de su querer. No habría fruto.

Párrafo 2º. La Eucaristía y las tres instancias

En la Eucaristía, que es un sacramento sacrificial nos encontramos, como en los otros seis sacramentos, con tres aspectos íntimamente unidos:

1. Lo que los teólogos llaman: **el sacramento sólo** o **signo sólo,** («*sacramentum tantum*»), o sea, el signo sensible exterior, el rito externo, aquello que significa y no es significado («*significat et non significatur*»): **las especies de pan y vino, consagradas**

---

[499] *Epist.* 54, I, I; PL 33,200.

[500] CONCILIO DE TRENTO, DH 1608.

[501] DH 793, *Carta «Eius Exemplus»*.

[502] «Sin embargo, la disposición subjetiva del que recibe el sacramento no es causa de gracia, sino únicamente condición indispensable para que ésta pueda ser conferida (causa dispositiva, no causa eficiente)»; cfr. LUDWIG OTT, *Manual de Teología Dogmática*, Herder Barcelona 1997, p. 493.

separadamente, que significan eficazmente la presencia del Señor y su inmolación sacramental.

2. Lo llamado: **sacramento y cosa** o **signo y efecto**, («*res et sacramentum*»), que es algo intermedio entre el sacramento solo y la cosa sola –en el Bautismo, Confirmación y Orden Sagrado es el carácter–, aquello que es significado y al mismo tiempo significa («*quod significatur simul et significat*»); es **significado** (es efecto) inmediatamente por el sacramento más exterior y, además, **significa** (es causa) eficazmente –en cuanto unido por un nexo infalible con el mismo sacramento exterior– el último efecto de la gracia: e**l Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Cristo, ofrecidas en sacrificio a Dios.** Es decir que, por razón de las promesas de Cristo y del sentido de las palabras de la doble consagración, las especies muestran que Cristo **está allí entregado.**

3. Lo que se llama: **la sola cosa** o **efecto sólo** («*res tantum*»), o sea, el efecto interior, no–sensible, aquello que es significado y no significa («*significatur et non significat*»): «**El Cuerpo místico de Cristo**»[503], **ya que –por ser alimento espiritual del alma– es la gracia de unión con Cristo, Cabeza del cuerpo místico, y con sus miembros**, por el que nos hacemos «una sola persona mística»[504], con Él y con los hermanos, inmolándonos juntos al unir nuestros sacrificios interiores a la inmolación de Cristo. Es el acceso al Santuario, o sea, la participación a la vida trinitaria por la Sangre de Jesús[505].

Dice el teólogo J. H. Nicolás, OP[506], que esta distinción, que él llama «**triple instancia**», es una distinción que afecta «**a la acción sacramental en su dinamismo**», ya que tenemos:

a. lo que no es más que signo exterior = «*sacramentum tantum*», que es el signo sacramental: Por ejemplo, en la Misa el pan y el vino;

---

[503] LUDOVICO BILLOT, *De Ecclesiae Sacramentis* (Roma 1906) 210.211.311.
[504] cfr. *S. Th.,* III, 48, 2, ad 1; *Com. Col.,* 1, 6.
[505] cfr. Heb 10,19.
[506] cfr. JEAN–HERVE NICOLAS, OP, *Synthése dogmatique* (Editions Beauchesne, Paris ²1986) 621.760ss. 906s.

b. lo que es significado por el signo exterior y, a su vez, significa el efecto interior = «*res et sacramentum*»: Por ejemplo, el Cuerpo y la Sangre entregados, bajo la especie de pan y vino;

c. lo que no es más que significado = «*res tantum*», que es el efecto, la misma salvación, la gracia: Por ejemplo, la unión del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

Esta distinción se refiere a la **eficacia** de los sacramentos, pero también, y principalmente a la **significación**.

A la eficacia, porque si alguno pone obstáculo no recibe el efecto del sacramento y aún más, *si alguno come el pan o bebe la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo* (1Cor 11,27–29), es decir, no sólo no le dará la vida, sino que, por el contrario, puede darnos la muerte.

A la significación, porque uno es el signo visible, sensible, y otro es el signo invisible, la gracia.

A la verdad del sacramento, porque si un ministro legítimo junta la palabra al elemento, necesariamente se produce el sacramento, sin obstar la indignidad del ministro ni la del receptor. Es la acción del sacramento llamada «*ex opere operato*».

A su fructuosidad, ya que teniendo verdadero sacramento y sin poder destruir la naturaleza del mismo y su poder para producir fruto, no lo produce si no se dan las debidas condiciones en el receptor.

A la estabilidad, con el ministro válido, la materia y la forma, ciertamente hay sacramento. No destruye su estabilidad por algo extrínseco a él.

A la reviviscencia de algunos sacramentos, como indicamos en el punto siguiente.

Párrafo 3º. Más sobre las tres instancias

El gran teólogo Cardenal Luis Billot (quien tuvo como a uno de sus alumnos preferidos al querido y ejemplar Obispo, Mons. Antonio Rocca, que fuera por 41 años vicario general de la Arquidiócesis de Buenos Aires) enseñaba al respecto: «El mencionado efecto se llama «*res*» y «*sacramentum*» (realidad y sacramento), del cual hemos anticipado algo anteriormente. Puesto que Santo Tomás enseña que en los sacramentos de la Nueva Ley se encuentran tres cosas: a saber, algo que es sacramento sólo, algo que es realidad y sacramento y algo que es sólo realidad. El sacramento sólo significa y no es significado; pues es el mismo signo exterior que consta de cosas como de materia y de palabras como forma. La realidad tan sólo está significada pero no significa; pues es el último efecto, o sea la gracia propia de cada sacramento. Finalmente la realidad y el sacramento es algo intermedio que es significado y significa al mismo tiempo; digo es significado, inmediatamente por el sacramento exterior, y además en cuanto unido infaliblemente con el mismo sacramento exterior, significa el último efecto de la gracia, que como dijimos recién es sólo realidad (*res*).

Finalmente se designa aquel mismo efecto del que trata la presente proposición como la razón de la reviviscencia del sacramento ilícitamente recibido, en cuanto desaparece el obstáculo. Pues se ha de saber que los teólogos dicen que los sacramentos reviven[507], cuando se reciben válidamente pero infructuosamente por falta de las disposiciones y luego, quitado el impedimento que se oponía a la infusión de la gracia del sacramento, consiguen el efecto de la justificación. Y se toma esta

[507] Advierte que esta palabra (reviviscencia) no se encuentra en Santo Tomás y antiguos teólogos sobre los sacramentos. Ciertamente se emplea de las buenas obras, muertas por el posterior pecado y de nuevo recuperan por la penitencia la eficacia de conducir al que las hizo, a la vida eterna; pero nunca de los sacramentos. Cuando el Angélico trata la cuestión de si en el que lo recibe con impedimento, el bautismo produzca su efecto, que después los más recientes denominaron bajo el título de «reviviscencia», emplea estas o semejantes palabras. Y en realidad, propiamente hablando, revivir se dice de lo que primero estuvo vivo, después muerto, y de nuevo vuelve a la vida, pero en los sacramentos no sucede tal cosa, aún cuando recibidos ilícitamente, y después, quitado el impedimento, empiezan a valer para la salvación, como de suyo ya consta y por lo que se dirá en adelante se verá mejor. Sin embargo no quise con eso decir que repruebe el uso del término; pues no se ha de discutir de palabras, siempre que se asegure el sentido; y así usemos con los recientes autores más libremente el vocablo «reviviscencia» ya que no hay otro más breve y que sin circunlocución se puede expresar lo que es admitido por todos de común acuerdo.

noción de San Agustín, ... [quien] enseñando contra los donatistas que no hay que rebautizar a los herejes convertidos a la Iglesia Católica, dice: «Pues como en aquel que se acercara indebidamente, no debe ser bautizado de nuevo sino que es purificado con la misma piadosa corrección y verdadera confesión..., para que lo que antes fue dado, entonces empiece a valer para la salvación cuando aquel impedimento desaparezca con una verdadera confesión; así también el que recibió el bautismo de Cristo en alguna herejía o cisma (por cuyo sacrílego crimen sus pecados no fueron perdonados) cuando se haya corregido y venga a la sociedad y la unidad de la Iglesia, no se ha de bautizar de nuevo porque su misma reconciliación y paz hace que ya empiece a aprovechar el sacramento en la unidad para la remisión de sus pecados, el cual recibido en el cisma no podía aprovechar»[508]. Sin embargo al tratar de la reviviscencia de los sacramentos es necesario distinguir entre un sacramento y otro. Pues que el bautismo reviva y por razón de su evidente igualdad, los otros dos que imprimen carácter, es sentencia común y concorde de todos. Por el contrario, todos afirman con certeza que la Eucaristía no revive. Pero de los otros tres se discute. Hay quienes niegan rotundamente y quienes afirman rotundamente y nosotros con ellos; finalmente hay quienes opinan que reviven el Matrimonio y la Extremaunción, pero no la Penitencia, porque juzgan que no se puede dar el sacramento de la Penitencia válido al mismo tiempo informe»[509].

Magníficamente S.S. Inocencio III decía: «Hay que distinguir, sin embargo, sutilmente entre las tres cosas distintas que hay en este sacramento: la forma visible, la verdad del cuerpo y la virtud espiritual. La forma es la del pan y el vino; la verdad, la de la carne y la sangre; la virtud, la de la unidad y la caridad. Lo primero es signo y no realidad. Lo segundo es signo[510] y realidad. Lo tercero es realidad y no signo. Pero lo primero es signo de entrambas realidades. Lo segundo es signo de lo tercero y realidad de lo

[508] *De Bapt.*, I, 17.

[509] *De Ecclesiae Sacramentis* (Roma 1906) LXII, VI, 105–106.

[510] Se traduce aquí *sacramentum* por «signo», y *res*, por «realidad», con objeto de evitar ambigüedad de la versión literal.

primero. Lo tercero es realidad de entrambos signos»[511].

Las *obras de Dios son perfectas* (Dt 32,4) y los sacramentos y el sacrifico sacramental, por ser obras de Dios, son perfectos.

Párrafo 4º. Genialidad de este don de Dios

Frente a esta inefable realidad podemos considerar la sabiduría de nuestro Señor que quiso quedarse como comida y bebida bajo las especies consagradas y, además, la genialidad de dejarnos –como necesita nuestra naturaleza humana– un sacrificio visible, y por si fuese poco, no en **especie propia**, sino incruento, es decir, **bajo otra especie**, en especie ajena de pan y vino. Como quiso coadunar a su Cuerpo físico, su Cuerpo místico. Y, por último, como quiso quedarse bajo las especies eucarísticas todo el tiempo que duren las mismas, en actitud de oblación.

Por tanto, considero adecuado la posibilidad de deducir algunas consecuencias espirituales de esta doctrina de las tres formalidades del sacramento:

1. Considerando solamente el sacramento o signo: El signo más importante de la Eucaristía son las especies del **pan** y del **vino, consagrados e inmolados.** Todos los otros signos, ceremonias, acciones, cantos, actitudes, construcciones, mobiliario, ornamentos, etc. deben ayudar a realizar el signo primario; estas cosas son importantes para solemnizar la Eucaristía, pero no son lo principal. Tanto la Misa de Barcelona[512], como el más imponente pontifical celebrado por el Papa en la Basílica de San Pedro solemnizado por la Misa de la Coronación de Mozart, como la salsburguriense a cinco coros en la catedral de Salzburgo, como la que hemos celebrado en villas miserias bajo una nube de moscas, como la de los confesores de la fe Mindzenty, Slipyj, Van Thuan, etc. en sus prisiones –sin ornamentos, ni cantos, ni misales, ni cirios, ni manteles...– sólo ofreciendo la materia, consagrándola y comulgándola... en todas

---

[511] De la forma del sacramento de la Eucaristía y de sus elementos. De la carta *Cum Marthae circa* a Juan, en otro tiempo arzobispo de Lyon, del 29 de noviembre de 1202; cfr. DH 783.

[512] LEONARDO CASTELLANI, *Los papeles de Benjamín Benavidez* (Dictio, Buenos Aires 1967) 294.

ellas lo más y lo único importante es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

Cuando hacemos la adoración con el Santísimo Sacramento expuesto no hablamos con la custodia que lo contiene, ni le prestamos a ella mucha atención. Hablamos sí, escuchamos sí, adoramos sí, al mismo Señor expuesto en ella. De manera parecida obramos y debemos obrar en la Misa: debemos trascender lo sensible para llegar a lo esencial, que está velado por lo sensible.

Además, hemos de prestar suma atención al hecho de que, tal como instituyó este sacramento Nuestro Señor Jesucristo, se realiza por la doble consagración, primero del pan y luego del vino, que significan y realizan, el sacrificio de la Cruz en el cual también, su Sangre apareció separada de su Cuerpo.

2. Ni la posible indignidad del ministro, ni nuestra real indignidad afectan a la realidad infalible por la cual, dada las condiciones, el mismo Cristo ofrece su Cuerpo entregado y su Sangre derramada al Padre celestial.

Aunque me parezca no tener fe y en realidad no la tuviese, aunque me parezca estar lleno de pecados y lo estuviese realmente, aunque me pareciera que no me falta ningún escrúpulo y de hecho así lo fuese. Cristo está infaliblemente bajo las especies eucarísticas, aún después del rito mismo de la Consagración. Más allá de todo condicionamiento y limitación humana, habiendo un ministro legítimo, que quiere hacer lo que hace la Iglesia, que sobre la materia de pan de trigo y vino de uva, pronuncia las palabras de Cristo: «*...Es mi Cuerpo ... es mi Sangre*».

3. Si consideramos solamente lo que produce invisiblemente este sacramento, debemos considerar atentamente que realiza la Iglesia, es decir el Cuerpo místico de Cristo, la unión con su Cabeza Cristo y, por su Cabeza, unión con todos sus miembros. Unión con los miembros que ya reinan en el cielo formando la Iglesia celestial –la Virgen, los santos, los beatos... los que murieron en gracia sin deber pena temporal...–; unión con los que murieron en gracia pero están pagando todavía la pena temporal debida a los pecados ya perdonados y forman la Iglesia paciente, por quienes sufragamos;

unión con todos los bautizados que todavía peregrinan por este mundo, unión plena con aquellos que están en gracia, unión en la fe con aquellos que están en pecado y una cierta unión con todos los hombres y mujeres que viven en este mundo y no están bautizados porque son miembros en potencia del Cuerpo Místico de Cristo y por todos ellos ofrecemos el sacrificio de Cristo y nuestros sacrificios unidos al sacrificio de El.

Porque significa la unidad de la Iglesia y la realiza eficazmente se nombra a los garantes de esa unidad: De la Iglesia Universal: el Papa, de la Iglesia particular, el Obispo. En cada Misa aprendemos a trabajar por la unidad de la Iglesia, a suspirar por la unidad de todos los cristianos y de todos los hombres hasta que se cumpla la promesa –profecía del Señor: *Habrá un sólo rebaño y un sólo pastor* (Jn 10,16).

¡No dejemos nunca de admirar la belleza de la Eucaristía y de enriquecernos con su participación y frecuencia!

Artículo 9º. Tres fines

Párrafo 1º. Latréutico

1. Sólo a Dios se debe sacrificar

«La eucaristía es a la vez sacrificio y sacramento. Tiene razón de sacrificio en cuanto se ofrece; y de sacramento en cuanto se recibe»[513].

¿A quién se ofrece el sacrificio? Sólo a Dios.

Es muy cierto que sólo a Dios puede ofrecerse el sacrificio como enseña el Concilio de Trento: «Y aunque la Iglesia haya tenido la costumbre de celebrar en varias ocasiones algunas Misas en honor y memoria de los santos; enseña no obstante que no se ofrece a éstos el sacrificio, sino sólo a Dios que les dio la corona; por lo que no

[513] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 79, 5.

puede el sacerdote decir: Yo te ofrezco el sacrificio, san Pedro o san Pablo, sino que dando gracias a Dios por las victorias que éstos alcanzaron, implora su patrocinio, para que los mismos santos de quienes hacemos memoria en la tierra, se dignen interceder por nosotros en el cielo»[514].

Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «Es justo ofrecer a Dios sacrificios en señal de adoración y de gratitud, de súplica y de comunión: "Toda acción realizada para unirse a Dios en la santa comunión y poder ser bienaventurado es un verdadero sacrificio"[515].

El sacrificio exterior, para ser auténtico, debe ser expresión del sacrificio espiritual. *Mi sacrificio es un espíritu contrito* (Sl 51,19). Los profetas de la Antigua Alianza denunciaron con frecuencia los sacrificios hechos sin participación interior[516] o sin relación con el amor al prójimo[517]. Jesús recuerda las palabras del profeta Oseas: *Misericordia quiero, que no sacrificio* (Mt 9,13; 12,7)[518]. El único sacrificio perfecto es el que ofreció Cristo en la cruz en ofrenda total al amor del Padre y por nuestra salvación[519]. Uniéndonos a su sacrificio, podemos hacer de nuestra vida un sacrificio para Dios»[520].

¿Cuál es la razón de que sólo a Dios se sacrifique? La razón es que el sacrificio es el supremo acto de latría con el que adoramos a Dios, Ser supremo e infinito en toda perfección. Sería crimen de lesa majestad divina ofrecer sacrificio a cualquier criatura, ya que equivaldría a concederle la dignidad del Creador. Por eso recuerda el Señor: *Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás* (Mt 4,10)[521].

También es sabido que sólo a Dios y a nadie más se le pueden erigir templos y altares. Dice San Agustín: «El pueblo cristiano celebra con solemnidad religiosa las memorias de los mártires (de la Virgen María, de los santos y beatos...) de tal manera, sin embargo, que no se levantan altares a los mártires, sino al mismo Dios de los

---

[514] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743.
[515] SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei,* 10, 6.
[516] cfr. Am 5,21–25.
[517] cfr. Is 1,10–20.
[518] cfr. Os 6,6.
[519] cfr. Heb 9,13–14.
[520] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2099–2100.
[521] cfr. Dt 6,13.

mártires, aunque en memoria de ellos»[522]. Por eso los templos y altares no son consagrados o dedicados a los santos cuyos nombres llevan, sino sólo a Dios, en memoria de ellos, como los sacrificios o Misas se ofrecen sólo a Dios, aunque se digan Misas en honor de la Virgen, de los santos o por diversas necesidades.

Por eso decimos en la Misa: «*Padre misericordioso, te pedimos... que aceptes... este sacrificio santo y puro que te ofrecemos*[523]*... Acepta, Señor, esta ofrenda...*[524] *Te ofrecemos, Dios de gloria y majestad... el sacrificio puro, inmaculado y santo...* [525] *Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia...*[526] (en forma parecida en las otras Plegarias).

Por tanto, venimos a la Misa para ofrecer el sacrificio a Dios. Debemos tener, cada vez más, una profunda actitud ofertorial hasta que, cada uno de nosotros, «*...seamos colmados de gracia y bendición...*[527], *...(nos) congregue en la unidad...*[528], *...formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu*[529], *...seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*»[530].

2. Sólo a Dios se debe adorar

Así como sólo al Dios, vivo y verdadero, se debe ofrecer el sacrificio, así sólo a Dios se debe adorar con culto de latría. Y por ser la Misa representación viva del sacrificio de la cruz, tiene los mismos fines y produce los mismos efectos. El primer fin es el **latréutico** o de **adoración** o de **alabanza** a Dios, por eso decimos en la Misa: «*...Te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, a ti, eterno Dios, vivo y verdadero*»[531],

---

[522] *Contra Faustum,* XX, 2.
[523] *Plegaria eucarística* I, 99.
[524] *Plegaria eucarística* I, 102.
[525] *Plegaria eucarística* I, 107.
[526] *Plegaria eucarística* I, 109.
[527] *Plegaria eucarística* I, 109.
[528] *Plegaria eucarística* II, 120.
[529] *Plegaria eucarística* III, 127.
[530] *Plegaria eucarística* IV, 137.
[531] *Plegaria eucarística* I, 100.

«*...Con razón te alaban todas las criaturas...*»[532].

Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «La adoración es el primer acto de la virtud de la religión. Adorar a Dios es reconocerle como Dios, como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo lo que existe, como Amor infinito y misericordioso. *Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto* (Lc 4,8), dice Jesús citando el Deuteronomio[533].

Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la "nada de la criatura", que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como hace María en el Magnificat, confesando con gratitud que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo[534]. La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo»[535].

El hombre y la mujer que a lo largo de su existencia llega a experimentar la presencia de Dios, su acción todopoderosa y misericordiosa, su gloria inmensa y su santidad sin mancha, es normal que adore a Dios. La adoración es la expresión de la reacción compleja del hombre impresionado por la proximidad de Dios: conciencia aguda de su insignificancia y de su pecado, confusión silenciosa[536], veneración trepidante[537] y agradecida[538], homenaje jubiloso de todo su ser[539]. Hay gestos de adoración como el beso del adorante, que al no poder alcanzar a Dios, se llevaba la mano delante de la boca (*ad os = adorare*[540]), que tiene sin duda por objeto expresar a la vez su deseo de tocar a Dios y

[532] *Plegaria eucarística* III, 122.
[533] cfr. Dt 6,13.
[534] cfr. Lc 1,46–49.
[535] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2096–2097.
[536] cfr. Job 42,1–6.
[537] cfr. Sl 5,8.
[538] cfr. Gn 24,48.
[539] cfr. Sl 95,1–6.
[540] cfr. Job 31,26 ss.

acortar la distancia que le separa de Él[541].

¡Venimos a la Santa Misa para adorar a Dios! A cumplir lo que Él nos enseñó como el mandamiento más grande y el primero: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente* (Lc 10, 27) y, cuando es Domingo, venimos también para cumplir con el tercer mandamiento: «**Santificar las fiestas**».

No se cansa Dios de enseñarnos en la Biblia que sólo a Él debemos adorar como a Dios: *Yahvé es el verdadero Dios y que no hay otro fuera de él* (Dt 4, 35), *Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que Yahvé es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro* (Dt 4,39), *Ved ahora que yo, sólo yo soy, y que no hay otro Dios junto a mí* (Dt 32,39), *Yahvé es Dios y no hay otro* (1Re 8,60), *No tembléis ni temáis; ¿no lo he dicho y anunciado desde hace tiempo? Vosotros sois testigos; ¿hay otro dios fuera de mí? ¡No hay otra Roca, yo no la conozco!* (Is 44,8), *Yo soy Yahvé, no hay ningún otro; fuera de mí ningún dios existe* (Is 45,5), *Yo soy Yahvé, no existe ningún otro...* (Is 45,18), *¿No he sido yo Yahvé? No hay otro dios, fuera de mí. Dios justo y salvador, no hay otro fuera de mí* (Is 45,21), *Yo soy Dios y no hay ningún otro, yo soy Dios, no hay otro como yo* (Is 46,9), *Grande eres, Señor, Dios de Daniel, y no hay otro dios fuera de ti* (Dn 14,41), etc.

Cuando se adora algo distinto del Dios vivo y verdadero se cae en el grave pecado de idolatría: *El que sacrificase a dioses extraños es reo de muerte* (Ex 22,19). Nos dice el Catecismo: «La idolatría no se refiere sólo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría desde el momento en que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios. Trátese de dioses o de demonios (por ejemplo, el satanismo), de poder, de placer, de la raza, de los antepasados, del Estado, del dinero, etc. *No podéis servir a Dios y al dinero*, dice Jesús (Mt 6,24). Numerosos

[541] cfr. X. LEÓN–DUFOUR, *Vocabulario de Teología bíblica* (Herder, Barcelona 1978) 49. (Es el sentido que tiene el que algunos besen sus dedos al hacer la señal de la cruz).

mártires han muerto por no adorar a "la Bestia", negándose incluso a simular su culto. La idolatría rechaza el único Señorío de Dios; es, por tanto, incompatible con la comunión divina»[542].

El ofrecer sacrificios y el adorar a Dios son precepto de la misma ley natural, además de serlo de la ley divina. Los hombres y, a veces, los mismos pueblos, al olvidarse de estas verdades terminan por rendir culto a falsos dioses. Como señalaron a fuego en Puebla los Obispos Latinoamericanos: «Nada es divino y adorable fuera de Dios. El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o su razón humana. Dios mismo es la fuente de liberación radical de todas las formas de idolatría, porque la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo, lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana: su relación con Dios y su realización personal. He aquí la palabra liberadora por excelencia: ***Al Señor Dios adorarás, sólo a él darás culto*** (Mt 4, 10). La caída de los ídolos restituye al hombre su campo esencial de libertad. Dios, libre por excelencia, quiere entrar en diálogo con un ser libre, capaz de hacer sus opciones y ejercer sus responsabilidades individualmente y en comunidad. Hay, pues, una historia humana que, aunque tiene su consistencia propia y su autonomía, está llamada a ser consagrada por el hombre a Dios. La verdadera liberación, en efecto, libera de una opresión para poder acceder a un bien superior»[543].

«Los bienes de la tierra se convierten en ídolo y en serio obstáculo para el Reino de Dios, cuando el hombre concentra toda su atención en tenerlos o aun en codiciarlos. Se vuelven entonces absolutos. ***No podéis servir a Dios y al dinero*** (Lc 16,13)»[544].

«La riqueza absolutizada es obstáculo para la verdadera libertad. Los crueles contrastes de lujo y extrema pobreza, tan visibles a través del continente, agravados, además, por la

---

[542] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2113.

[543] III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *La Evangelización en el presente y en el futuro de América*. «Documento de Puebla», Conclusiones 491.

[544] *Ibidem*, 493.

corrupción que a menudo invade la vida pública y profesional, manifiestan hasta qué punto nuestros países se encuentran bajo el dominio del ídolo de la riqueza»[545].

«Estas idolatrías se concentran en dos formas opuestas que tienen una misma raíz: el capitalismo liberal y, como reacción, el colectivismo marxista. Ambos son formas de lo que puede llamarse "injusticia institucionalizada"»[546].

Por eso: «La Iglesia, al proponer la Buena Nueva, denuncia y corrige la presencia del pecado en las culturas; purifica y exorciza los desvalores. Establece, por consiguiente, una crítica de las culturas. Ya que el reverso del anuncio del Reino de Dios es la crítica de las idolatrías, esto es, de los valores erigidos en ídolos o de aquellos valores que, sin serlo, una cultura asume como absolutos... »[547].

El hombre y la mujer, tanto como individuo como sociedad, a alguien tienen que adorar: o adorarán a Dios o adorarán al diablo, pero sólo adorar a Dios es reinar.

Olvidarse de ofrecer el sacrificio eucarístico, no participar de él como corresponde, no adorar al Ser Supremo, no cumplir con el precepto dominical... nos lleva a atarnos el dogal al cuello para ser esclavos de quienes ofrecen el espejismo de la falsa felicidad del mundo que «parece lo que no es y promete lo que no se da ... si halaga, es para engañar; si levanta, es para derribar; si alegra, es para entristecer ... ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos y qué males que no sean verdaderos?»[548]. Y terminamos sirviendo a la nueva religión del dinero, que produce la injusticia

---

[545] *Ibidem*, 494.

[546] *Ibidem*, 495: «Injusticia institucionalizada» que, de alguna manera, se identifica con una «justicia demasiado largamente esperada»; cfr. JUAN PABLO II, Discurso al CELAM del 12 de octubre de 1984, *L'Osservatore Romano* 43 (1984) 673; CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Líneas Pastorales para una Nueva Evangelización* (Buenos Aires 1990) 11.13.

[547] *Ibidem*, 405.

[548] FRAY LUIS DE GRANADA, *Obra Selecta* (BAC, Madrid 1947) 225–227.

institucionalizada propia del «imperialismo internacional del dinero»[549].

Si estamos como estamos es porque, como individuos y como pueblo, primero, dejamos de estar bien con Dios.

Párrafo 2º. Eucarístico

1. Introducción

Decíamos que «por ser la Misa representación viva del sacrificio de la cruz, tiene los mismos fines y produce los mismos efectos. El primer fin es el **latréutico o de adoración o de alabanza** a Dios... », pero, además, son fines de la cruz y por tanto de la Misa, el segundo que es el fin **eucarístico o de acción de gracias**, y el tercero que es el fin **propiciatorio o de pedir perdón**, que según Trento se desdobla en dos ya que incluye, además, el fin **impetratorio o de pedir por nuestras necesidades**, que algunos consideran el cuarto fin. De tal modo que: «La alabanza y la acción de gracias tienen como término de referencia a Dios» [550]. El fin propiciatorio –que incluye el impetratorio– se dirige a Dios pero tiene su efecto sobre los hombres.

Celebramos la Misa de acción de gracias a Dios todopoderoso, por todos los bienes recibidos de Él, como la creación, la existencia, la vida, el alma espiritual, el ser hijos de Dios, el poder vivir en libertad, la salud, la alegría, el sentido de la vida y del amor, el trabajo, la familia, la solidaridad, la comunión con los hermanos, los dones particulares, etc. Es el segundo fin que Cristo tuvo en la cruz y perpetúa en la Misa: el fin **eucarístico o de acción de gracias**.

---

[549] PÍO XI, *Carta encíclica «Quadragesimo Anno»*, 41, ed. cit., 1317; BEATO JUAN XXIII, «*Mater et Magistra*», 28, ed. cit., 2385; cfr. JUAN PABLO II, «*Solicitudo rei socialis*», 37.

[550] EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.,* III, 83, tomo XIII, ed. cit., 840.

2. Los hombres y mujeres necesitan dar gracias a Dios

La realidad primera de la historia del hombre es el don –presente, regalo, obsequio...– gratuito de Dios, sobreabundante y sin derogación. La acción de gracias es la respuesta a los dones de Dios. Es conciencia de los dones de Dios. Cuando un hombre no agradece los dones de Dios es porque, para ese hombre, los dones no son buenos. La acción de gracias es entusiasmo del alma maravillada por esta generosidad, es reconocimiento gozoso ante la grandeza divina. Es una reacción religiosa fundamental de la criatura que descubre, en una trepidación de gozo y de veneración, algo de Dios, de su grandeza y de su gloria, de su poder y de su sabiduría, de su hermosura y de su alegría. Es decir públicamente la grandiosidad de las obras de Dios. Alabar a Dios es publicar sus grandezas; darle gracias es proclamar las maravillas que realiza y dar testimonio de las mismas[551].

3. Jesús nos dio ejemplo

Por ser Jesucristo la revelación y el don de la gracia perfecta[552], su persona es la revelación de la perfecta acción de gracias dadas al Padre en el Espíritu Santo. Toda su vida fue una perfecta acción de gracias al Padre y sólo Él es nuestra acción de gracias, como sólo Él es nuestra alabanza. Él es el que primero da gracias al Padre y por Él, con Él y en Él, nosotros.

Jesús nos dio ejemplo de oración de acción de gracias: «Los evangelistas han conservado las dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio. Cada una de ellas comienza precisamente con la acción de gracias. En la primera, Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los "pequeños" (los pobres de las Bienaventuranzas). Su conmovedor *¡Sí, Padre!* expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, que fue un eco del "*Fiat*" de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta

---

[551] cfr. X LEÓN–DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, ed. cit., 41–44.
[552] cfr. Jn 1,17.

adhesión amorosa de su corazón de hombre al *misterio de la voluntad* del Padre (Ef 1,9).

La segunda oración nos la transmite San Juan, antes de la resurrección de Lázaro. La acción de gracias precede al acontecimiento: *Padre, yo te doy gracias por haberme escuchado*, lo que implica que el Padre escucha siempre su súplica; y Jesús añade a continuación: *Yo sabía bien que tú siempre me escuchas*, lo que implica que Jesús, por su parte, pide de una manera constante. Así, apoyada en la acción de gracias, la oración de Jesús nos revela cómo pedir: Antes de que lo pedido sea otorgado, Jesús se adhiere a Aquél que da y que se da en sus dones. El Dador es más precioso que el don otorgado, es el "tesoro", y en Él está el corazón de su Hijo; el don se otorga como "por añadidura"»[553].

Por eso es que la oración de acción de gracias caracteriza la oración de la Iglesia: «La acción de gracias caracteriza la oración de la Iglesia que, al celebrar la Eucaristía, manifiesta y se convierte cada vez más en lo que ella es. En efecto, en la obra de salvación, Cristo libera a la creación del pecado y de la muerte para consagrarla de nuevo y devolverla al Padre, para su gloria. La acción de gracias de los miembros del Cuerpo participa de la de su Cabeza. Al igual que en la oración de petición, todo acontecimiento y toda necesidad pueden convertirse en ofrenda de acción de gracias. Las cartas de san Pablo comienzan y terminan frecuentemente con una acción de gracias, y el Señor Jesús siempre está presente en ella. *En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros* (1Te 5,18). *Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias* (Col 4,2)»[554].

Más de 60 veces se utiliza en el Nuevo Testamento una palabra casi desconocida en el Antiguo, en griego «*eucharisteo*», «*eucharistía*», lo que manifiesta la originalidad y la importancia de la acción de gracias cristiana, respuesta a la gracia («c*haris*») dada por el Padre en Jesucristo.

---

[553] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2603–2604.
[554] *Ibidem*, nn. 2637–2638.

4. La acción de gracias por excelencia

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «La Eucaristía, sacramento de nuestra salvación realizada por Cristo en la cruz, es también un sacrificio de alabanza en acción de gracias por la obra de la creación. En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo. Por Cristo, la Iglesia puede ofrecer el sacrificio de alabanza en acción de gracias por todo lo que Dios ha hecho de bueno, de bello y de justo en la creación y en la humanidad. La Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias al Padre, una bendición por la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. "Eucaristía" significa, ante todo, acción de gracias. La Eucaristía es también el sacrificio de alabanza por medio del cual la Iglesia canta la gloria de Dios en nombre de toda la creación. Este sacrificio de alabanza sólo es posible a través de Cristo: Él une los fieles a su persona, a su alabanza y a su intercesión, de manera que el sacrificio de alabanza al Padre es ofrecido por Cristo y con Cristo para ser aceptado en Él»[555].

La liturgia nos dice de muchas maneras que la Misa es un sacrificio no sólo latréutico o de adoración y alabanza, sino también un sacrificio eucarístico o de acción de gracias. Todos los prefacios son acción de gracias (la cual se expresa sobre todo allí, en el prefacio) en la que el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da las gracias por toda la obra de la salvación o por alguno de sus aspectos particulares, según las variantes del día, fiesta o tiempo[556]. Por ejemplo, los prefacios nos dicen: «*Demos gracias al Señor, nuestro Dios*», respondiendo el pueblo: «*Es justo y necesario*», y continúa el sacerdote: «*En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias, Padre santo, siempre y en todo lugar... En verdad es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte... Te damos gracias...*», (y expresiones semejantes). En el momento más importante, tanto en la consagración del pan como en la

[555] *Ibidem*, nn. 1359–1361.
[556] cfr. OGMR 55.

consagración del vino se dice: «*Dando gracias*»[557], o «*Dándote gracias*»[558], o «*Te dio gracias*»[559]. En la oración memorial: «*Te damos gracias*»[560], «*En esta acción de gracias*»[561].

Así como es de ley natural que el hombre ofrezca sacrificios a Dios y lo adore, es de ley natural que al ofrecer el sacrificio le de gracias por los beneficios recibidos.

5. Y así instituyó la Misa Jesucristo

En los cuatro relatos de institución de la Eucaristía, aparece nuestro Señor dando gracias. Lo cual nos indica que, según la mente y el corazón del Señor, la oblación del sacrificio eucarístico va estrechamente unida a la acción de gracias «hasta el punto de ser ella la mismísima excelentísima expresión del agradecimiento que debemos expresar a Dios por los beneficios recibidos»[562].

Por eso decía San Juan Crisóstomo: «Estos tremendos misterios, tan saludables que se celebran en cada una de las reuniones cristianas son llamados **Eucaristía**, porque son recordación de muchos beneficios, y nos hacen capaces sobre todo para dar gracias por ellos»[563].

Es esencial al culto de Dios darle gracias por los beneficios recibidos. El don de valor infinito que se ofrece en la Misa, Jesucristo mismo, y el acto de amor infinito con que se ofrece, y nosotros con Cristo, unidos a Él en caridad, son la mejor acción de gracias.

Como enseña un autor: «En el sacrificio del altar, Jesucristo está animado de los mismos sentimientos de agradecimiento que lo abrazaron durante la pasión, en la santa Cena, y sobre el Calvario. El don que Él presenta a su Padre por todos los

---

[557] *Plegaria eucarística* I, 104.105; III, 124.121; Rec. I, 1061; Rec II, 1067.
[558] *Plegaria eucarística* II, 117-118.
[559] *Plegaria eucarística* IV, 135; todas las V en cada una de las consagraciones; Rec. I.
[560] *Plegaria eucarística* II, 120.
[561] *Plegaria eucarística* III, 127.
[562] GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 365.
[563] *Hom.* 25 *in Matth.*

beneficios dados al género humano es, como sobre la cruz, su Cuerpo nobilísimo y su Sangre preciosísima. La Santa Misa es, entonces, un sacrificio de acción de gracias excelente e infinitamente agradable a Dios; en compensación por todos los beneficios divinos de los cuales el cielo y la tierra están repletos. El mismo Jesucristo ofrece el sacrificio eucarístico para agradecer de nuevo por nosotros y suplir las imperfecciones de nuestro reconocimiento. Mas nosotros lo ofrecemos también con Él y con el mismo objetivo: porque su sacrificio es el nuestro propio. Para Él nosotros hemos venido a ser ricos por rendir a Dios un don de una grandeza sin límites, en retorno de todos los bienes pasados y de dones excelentes[564] que nos vienen de su gran liberalidad. Si nosotros mismos no podemos agradecerle de modo conveniente ni el menor beneficio, el santo sacrificio de la Misa, nos permite, él mismo, pagar todas nuestras deudas por muy grandes que ellas pudieran ser»[565].

Lo peor que nos podría pasar en estos tiempos de dificultades y penurias, es olvidarnos de agradecer a Dios por tantos bienes que nos da, aún en medio de las dificultades, y aún las mismas dificultades.

Cuando dejamos de ver los bienes que recibimos, a raudales, todos los días, perdemos la alegría de vivir, el sentido de nuestro paso por esta tierra, la grandeza del fin último al que estamos llamados y caemos inexorablemente en distintas formas de tristeza y depresión, nos volvemos disconformes con todo, la vida cuenta poco, y hasta nos molesta la luz del sol.

Rendir culto a Dios, ofrecerle el sacrificio de adoración y de acción de gracias, es decir que uno reconoce que Él es bueno, que son buenas todas sus criaturas, que es bueno que uno viva y que la vida es buena; es afirmar la bondad de la existencia: Y esa es la raíz profunda de la fiesta. Hoy día se busca todo lo contrario y, por tanto, los hombres y los pueblos se van olvidando de hacer verdadera fiesta.

Párrafo 3º. Propiciatorio e Impetratorio

---

[564] cfr. Sant 1,17.

[565] cfr. *Ghir*, cit. por GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 366.

A. Propiciatorio

Hemos recordado reiteradas veces que la Eucaristía tiene los mismos fines que el sacrificio de la cruz. Uno de ellos es el fin **propiciatorio**, o **expiatorio**, o **purificatorio**, o **de hacernos agradables a Dios**, o **de borrar las culpas**, o del poder que tiene para **perdonar los pecados y las penas temporales merecidas por los pecados**, como el sacrificio de la cruz.

La Misa como sacrificio **propiciatorio** produce tanto la **propiciación** que aplaca a Dios, restablece al hombre en su amistad y perdona el pecado, como la **satisfacción** que remite las penas temporales merecidas por el pecado, que han de ser expiadas en esta vida o en el purgatorio. Por eso algunos llaman a este efecto **satisfactorio**.

1. Ideas sobre el tema en la Biblia

En la Biblia se usa frecuentemente –unas 70 veces– el término «**expiación**», por ejemplo Ex 30,10: *Con la sangre del sacrificio por el pecado, es decir, el de la expiación, una vez cada año hará expiación por él en vuestras sucesivas generaciones*; *después derramó la sangre al pie del altar; de esta manera lo consagró haciendo por él la expiación* (Lv 8,15), *tendréis esto como decreto perpetuo: hacer la expiación* (Lv 16,34), *el día décimo de este séptimo mes será el día de la Expiación* (Lv 23,27; el 10 *tisri* es el Ion Kippur); *mientras el sumo sacerdote ofrecía el sacrificio de expiación* (2Mac 3,33), etc. Decir expiar es decir esencialmente «purificar», o más exactamente, hacer un objeto, un lugar o una persona, agradable a Dios, después de haber sido desagradable.[566] También se usa a veces el término «**propiciación**» (hebreo *kipper;* gr. *hilaskesthai*).

Todo eso que en el Antiguo Testamento era figura de lo que habría de venir, se hace realidad en el Nuevo Testamento, en Cristo Jesús.

[566] cfr. LÉON–DUFOUR, *Vocabulario de Teología bíblica*, ed. cit., 322ss.

Así, se dice en el Nuevo Testamento: *Justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente* (Ro 3,24–25); *Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo* (Heb 2,17); *Él es víctimas de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero* (1Jn 2,2); *En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4,10).

Dice muy bien Stanislas Lyonnet: «Por Cristo y en Cristo realiza el Padre su designio de amor eterno[567] "mostrándose propicio" a los hombres con un perdón eficaz que destruye verdaderamente el pecado, que purifica al hombre y le comunica su propia vida (1Jn 4,9)»[568].

2. Lo quiso Cristo al instituir la Eucaristía

Dijo: *Éste es mi cuerpo, que se entrega por vosotros... este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros* (Lc 22,19–20); y en Mateo: *Ésta es mi sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados* (26,28). Se ve con toda claridad que Cristo instituyó la Eucaristía para el perdón de los pecados, o sea, por un fin **propiciatorio**, **expiatorio**, **purificatorio**... Él mismo lo proclama.

Esa es la función de todo sacerdote: ¡Ofrecer sacrificios para el perdón de los pecados! Lo dice el autor de la carta a los Hebreos: *Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también*

---

[567] cfr. 1Jn 4,8.

[568] STANISLAS LYONNET, cit. en LÉON–DUFOUR, *Vocabulario de Teología bíblica*, ed. cit., 322ss.

él envuelto en flaqueza. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo (Heb 5,1–3). Por eso nos dejó el santo sacrificio de la Misa.

3. Lo recuerdan los Santos Padres

Así San Cirilo de Jerusalén: «Ofreciendo a Cristo inmolado por nuestros pecados, solícitos en tornar propicio a Dios misericordioso, tanto para los difuntos como para nosotros»[569]. San Juan Crisóstomo: «Cristo yace inmolado en el altar para reconciliarte con Dios, Señor de todo el mundo»[570]. San Ambrosio: «El sacerdote ofrece a Cristo y se ofrece a la vez para que nuestros pecados sean perdonados»[571]. San Agustín: «Aquellos sacrificios de la Ley Antigua significaban este único sacrificio, en el que se opera verdadera remisión de los pecados»[572]. Y San Gregorio Magno: «Esta Víctima, de modo singular salva al alma de la muerte eterna, pues que reitera por el misterio la muerte del Unigénito, el cual, *aunque resucitado de entre los muertos, ya no muere, ni la muerte le dominará en adelante* (Ro 6,9); sin embargo, incorruptible e inmortal se inmola de nuevo por nosotros en este misterio del santo sacrificio»[573].

4. Lo enseña el Magisterio

Así Trento en el cap. II: «El sacrificio de la Misa es propiciatorio no sólo por los vivos, sino también por los difuntos. Y por cuanto en este divino sacrificio que se hace en la Misa, se contiene y sacrifica incruentamente aquel mismo Cristo que se ofreció por una vez cruentamente en el ara de la cruz; enseña el santo Concilio, que este sacrificio es con toda verdad propiciatorio, y que se logra por él, que si nos acercamos al Señor contritos y penitentes, si con sincero corazón, y recta fe, si con temor y reverencia; conseguiremos misericordia, y hallaremos su gracia

---

[569] *Cat. mistag.*, 5.
[570] *Hom. 2 de prodit. Iudae.*
[571] *De Ofic*, I, 48.
[572] *In Lev*, 57.
[573] *Dial.*, 4, 58. Todas estas citas han sido sacadas de GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía* (BAC, Madrid 1951).

por medio de sus oportunos auxilios. En efecto, aplacado el Señor con esta oblación, y concediendo la gracia, y don de la penitencia, perdona los delitos y pecados por grandes que sean; porque la hostia es una misma, uno mismo el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, que el que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, con la sola diferencia del modo de ofrecerse. Los frutos, por cierto, de aquella oblación cruenta se logran abundantísimamente por esta incruenta: tan lejos está que ésta derogue de modo alguno a aquella. De aquí es que no sólo se ofrece con justa razón por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles que viven; sino también, según la tradición de los Apóstoles, por los que han muerto en Cristo sin estar plenamente purgados»[574]. Y en el canon 3: «Si alguno dijere, que el sacrificio de la Misa es sólo sacrificio de alabanza, y de acción de gracias, o mero recuerdo del sacrificio consumado en la cruz; mas que no es propiciatorio; o que sólo aprovecha al que le recibe; y que no se debe ofrecer por los vivos, ni por los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones, ni otras necesidades; sea excomulgado»[575].

5. Nos lo recuerda la liturgia

En el momento más importante de toda Misa se dicen las mismas palabras de Cristo: «*Éste es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros... éste es el cáliz de mi Sangre, que será derramada por vosotros... para el perdón de los pecados*»[576].

Frecuentemente se enseña en las oraciones litúrgicas el carácter propiciatorio de la Santa Misa, por ejemplo: «Cada vez que se ofrece este sacrificio, se renueva la obra de nuestra Redención»[577].

6. Lo demuestra la Teología

---

[574] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743.
[575] CONCILIO DE TRENTO, DH 1753.
[576] *Plegaria Eucarística* I, 104-105.
[577] Antes secr. de la dom. IX post Pent.; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 3; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1364.

La Misa es verdadero y propio sacrificio: como en todo sacrificio, después de la adoración y en la misma línea que ella, está el efecto propiciatorio, que aplaca a Dios ofendido y le hace propicio al oferente.

Han negado esta verdad de nuestra fe los protestantes, con el siguiente razonamiento: si para el perdón de los pecados fuese necesario un sacrificio distinto del de la cruz, quedaría anulado el sacrificio de la cruz, o se estaría diciendo que éste fue insuficiente, porque se necesitaría otro sacrificio para completarlo. Respecto a esto dice Piolanti «esta rigurosa unidad no podía ser quebrantada. El protestantismo ha comprendido tan bien este aspecto de la verdad, que ha rechazado cualquier otro sacrificio, y desde hace cuatro siglos grita a los cuatro puntos cardinales del mundo que la Misa es una abominación, un atentado sacrílego al valor infinito de la muerte de Cristo. Sin embargo, el protestantismo no ha entendido que las obras de Dios son perfectas. En razón de la íntima solidaridad existente entre la Cabeza y los miembros del Cuerpo Místico, era necesario que el sacrificio de la Cruz, permaneciendo uno y absoluto, pasase a la trama cotidiana de la vida de la Iglesia, volviéndose coextensivo a todos los tiempos y a todos los lugares sin multiplicarse»[578].

¿Qué hay que decir a esto? Simplemente, que el sacrificio de la Misa no es un sacrificio propiciatorio por sí mismo, sino porque es perpetuación del sacrificio de la cruz, por el que Cristo ***mereció*** el perdón de todos los pecados. En la Misa Cristo ya no merece mérito alguno, porque se merece durante esta vida, no después de la muerte, ni tampoco cuando se ha resucitado; pero lo que hace en cada Misa es *aplicar* los méritos obtenidos en la cruz, por los que se perdonan todos los pecados.

De hecho, cualquier acción de Cristo, por tener valor y mérito infinito, podría haber consumado la Redención (por ejemplo, la Última Cena), pero, por disposición del Padre, el Hijo debía morir en la cruz para salvarnos. Si ni en la Cena, donde podía merecer nos salvó, menos en la Misa donde no puede ya merecer. Eso sí, en

[578] AA.VV., *I Sacramenti* (Città del Vaticano 1959) 518–519. La traducción es nuestra.

la Misa se *aplican* (es como decir, se usan, se emplean, se utilizan, se destinan, se aprovechan, se hacen valer...) los frutos del sacrificio de la cruz, de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada. *¡Ahora y aquí! ¡Y mañana y pasado, y en todo el mundo donde se celebre la Misa! ¡Hasta el fin de los tiempos! ¡Se APLICA lo que Jesús hizo en la cruz!*

Por eso el sacrificio de la cruz y su perpetuación incruenta en la Misa, es el pararrayos de la humanidad pecadora. Así como en la cruz, alzado entre el cielo y la tierra, atrajo sobre sí los justos rayos de la ira divina que merecíamos nosotros por nuestros pecados, así en la Misa, elevado entre el cielo y la tierra, impide que recibamos el justo castigo que merecemos por nuestro pecados.

Por eso decía el Papa Pío XII: «Se puede decir que Cristo ha construido en el Calvario como un estanque de purificación y salvación, que llenó con la Sangre por Él vertida; pero si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ellas las manchas de sus maldades, no pueden ciertamente ser purificados y salvados. Mas para que cada uno de los pecadores se lave con la Sangre del Cordero, es necesaria la colaboración de los fieles. Pues, aunque Cristo, hablando en términos generales, haya reconciliado con el Padre por medio de su cruenta muerte a todo el género humano, quiso, sin embargo, que todos se acercasen y fuesen conducidos a la cruz por medio de los sacramentos, y por medio del sacrificio de la Eucaristía, para poder conseguir los frutos de la salvación, ganados por Él en la cruz. El augusto sacrificio del altar es como un insigne instrumento para la distribución a los creyentes de los méritos derivados de la cruz del divino Redentor: "Cada vez que se ofrece este sacrificio, se renueva la obra de nuestra Redención".[579] Y esto, más bien que disminuir la dignidad del sacrificio cruento, hace resaltar, como afirma el Concilio de Trento,[580] su grandeza y proclama su necesidad»[581].

A los 2000 años de la Encarnación del Verbo recordemos con

---

[579] Antes secr. de la dom. IX post Pent.; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen Gentium*», 3; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1364.

[580] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743–1745.

[581] PÍO XII, *Carta Encíclica* «*Mediator Dei*», n. 50–51, ed. cit., 1727–1728.

energía que: «El Verbo se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios: *Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4,10). *El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo* (1Jn 4,14). *Él se manifestó para quitar los pecados* (1Jn 3,5): "Nuestra naturaleza enferma, exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado?"[582]»[583].

¡Qué generosidad y magnificencia la de Jesucristo que nos quiso dejar un sacrifico propiciatorio... cotidiano, que perpetúa en nuestros altares el sacrificio de la cruz: «El Nombre de Dios Salvador era invocado una sola vez al año por el sumo sacerdote para la expiación de los pecados de Israel, cuando había asperjado el propiciatorio del Santo de los Santos con la sangre del sacrificio. El propiciatorio era el lugar de la presencia de Dios. Cuando san Pablo dice de Jesús que *Dios lo exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre* (Ro 3,25), significa que en su humanidad *estaba Dios reconciliando al mundo consigo* (2Cor 5,19)».[584]

¡Qué tontos seríamos, hermanos, si no nos aprovechásemos del tesoro de la Santa Misa! ¡Cuán pobres y cuán ciegos seríamos! ¡Cuánta soledad y llanto, cuánta tristeza y aflicción tendríamos! Desposeídos de Dios, ¿qué cosa será nuestra riqueza? ¿qué no tendremos por llanto y amargura? ¿qué norte guiará la nave al puerto?

El que ama busca la compañía del amado, nosotros decimos que amamos a Dios, ¿y no lo buscamos en la Santa Misa dominical? ¿Puede ser eso verdad? ¡No es amor si no buscamos

---

[582] SAN GREGORIO DE NISA, *Oratio catechetica*, 15.
[583] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 457.
[584] *Ibidem*, n. 433.

reconciliarnos con Él, para que se nos muestre propicio!

B. Impetratorio

En la Misa no sólo **adoramos** con Cristo que adora y **damos gracias** con Cristo que da gracias, sino que también **pedimos** con Cristo que pide.

Pedimos el perdón de los pecados –**es el fin propiciatorio o expiatorio o purificatorio**–, pero también la Misa tiene poder para alcanzarnos gracia en todas las necesidades derivadas del pecado. Este es el fin **impetratorio** de la Santa Misa, que se ofrece a Dios, también, para alcanzar de Él los beneficios naturales y sobrenaturales que esperamos de Él. El Concilio de Trento bajo el nombre de **propiciatorio** incluye ambos efectos: el **propiciatorio** y el **impetratorio**.[585]

Por eso, luego de pedir en la Misa lo que necesitaba, decía al terminar de celebrar San Leopoldo Mandic: «Ahora rehusad oírme, si podéis Señor»[586], que es como si dijese: «Ahora no quieras oírme, si puedes Señor», o sea, que Dios no puede no escuchar lo que le pedimos en la Misa. ¡Qué expresión tan atrevida –propia de un santo–, pero, a su vez, qué llena de filial confianza!

Cuando decimos que en la Misa pedimos favores, decimos que pedimos ayuda, socorro, auxilio, apoyo, asistencia, protección, amparo, defensa, merced, gracia, beneficios, bienes, patrocinios, sustento, dádivas, atención... para nosotros, para nuestros seres queridos, para todos los que lo necesitan...

1. La oración de petición es alabada por la Iglesia

Por eso enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «El vocabulario neotestamentario sobre la oración de súplica está lleno de matices: pedir, reclamar, llamar con insistencia, invocar,

---

[585] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1743; DH 1753.
[586] P. BERNARDI, *Leopoldo Mandic, Santo de la Reconciliación* (Padua 1988) 58.

clamar, gritar, e incluso "luchar en la oración".[587] Pero su forma más habitual, por ser la más espontánea, es la petición. Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia Él.

El Nuevo Testamento apenas si contiene oraciones de lamentación, frecuentes en el Antiguo Testamento. En adelante, en Cristo resucitado, la oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día. La petición cristiana brota de otras profundidades, de lo que san Pablo llama el gemido: el de la creación *que sufre dolores de parto* (Ro 8,22), el nuestro también en la espera *del rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza* (Ro 8,23–24), y, por último, *los gemidos inefables* del propio Espíritu Santo que *viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene* (Ro 8,26).

La petición de perdón es el primer movimiento de la oración de petición[588]. Es el comienzo de una oración justa y pura. La humildad confiada nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo, y de los unos con los otros[589]; entonces *cuanto pidamos lo recibimos de Él* (1Jn 3,22). Tanto la celebración de la Eucaristía como la oración personal comienzan con la petición de perdón.

La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús.[590] Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad

---

[587] cfr. Ro 15,30; Col 4,12.
[588] cfr. Lc 18,13. El publicano decía: *ten compasión de mí que soy un pecador*.
[589] cfr. 1Jn 1,7–2,2.
[590] cfr. Mt 6,10.33; Lc 11,2.13.

apostólica.[591] Es la oración de Pablo, el apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana[592]. Con la oración todo bautizado trabaja por la venida del Reino.

Cuando se participa así en el amor salvador de Dios, se comprende que toda necesidad pueda convertirse en objeto de petición. Cristo, que ha asumido todo para rescatar todo, es glorificado por las peticiones que ofrecemos al Padre en su Nombre.[593] Con esta seguridad, Santiago[594] y Pablo nos exhortan a orar en toda ocasión[595]»[596].

2. ¡Con mucha mayor razón es alabada la oración de petición en la Misa!

Decía San Cirilo de Jerusalén: «Rogamos a Dios por la paz de la Iglesia, por la tranquilidad del mundo, por los emperadores, por los soldados, por las familias, por los amigos, por los enfermos, por los afligidos, y, en general, por todos los necesitados rogamos y ofrecemos esta Víctima»[597].

Por eso en todas las plegarias eucarísticas suele haber la conmemoración (o memento) de los vivos y la conmemoración (o memento) de los difuntos. Muy frecuentemente decimos «*te pedimos... acuérdate... concédenos... acepta... líbranos... admítenos... ten misericordia... te suplicamos... atiende... reúne... te rogamos...*», y muchos otros términos sinónimos de petición.

Es de fe definida que la Misa «debe ser ofrecida por los vivos y los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades»[598].

La razón es que el efecto impetratorio es al propiciatorio como

---

[591] cfr. He 6,6; 13,3.
[592] cfr. Ro 10,1; Ef 1,16–23; Flp 1,9–11; Col 1,3–6; 4,3–4.12.
[593] cfr. Jn 14,13.
[594] cfr. Sant 1,5–8.
[595] cfr. Ef 5,20; Flp 4,6–7; Col 3,16–17; 1Tes 5,17–18.
[596] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2629–2633.
[597] *Cat. mystag.*, 5.
[598] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1743; cfr. DH 1753.

lo menos a lo más. Argumentaba San Roberto Belarmino: «Si la oblación de la Eucaristía tiene fuerza para perdonar los pecados, también debe valer lo mismo para otras necesidades que se originan del pecado. Y si Dios, aplacado con este sacrificio, vuelve a la gracia a sus enemigos, ¡cuánto más fácilmente será movido por este sacrificio, para que conceda bienes temporales, si les fueran útiles a los amigos y reconciliados!»[599].

La Misa, por ser la perpetuación del sacrificio de Cristo, obra milagros, siempre que sean para nuestro bien. Y si Dios no nos da lo que le pedimos, es porque no sería para nuestro bien, pero, en ese caso nos da una gracia mayor porque Él no se deja ganar en generosidad por nadie. Como cuando alguien pide la salud, pero como Él –en un caso concreto– sabe que no sería para su bien, le da la gracia de arrepentirse, de recibir los sacramentos, de llevar con paciencia la enfermedad o de reconciliarse con los familiares o amigos, u ordenar todos sus asuntos antes de que sea tarde.

No existe, por tanto, ninguna gracia que no se pueda y deba pedir en la Santa Misa, siempre que sea para nuestro bien eterno. Se pueden y deben pedir todos los bienes espirituales, como la gracia santificante; la fe, esperanza y caridad; las virtudes morales infusas; los dones del Espíritu Santo; los frutos del Espíritu Santo; vivir las bienaventuranzas; las gracias actuales: la gracia de la perseverancia en la fe, en el bien, en la caridad, en la vocación, la gracia de la perseverancia final.

De manera parecida, se puede y debe pedir por todos los bienes temporales: salud, trabajo, paz, alegría, libertad, mejoría en lo económico, adelanto en el oficio o en la profesión, etc., siempre que sea para el bien del alma. Por ejemplo, en general, en los países del llamado primer mundo tienen muy buen nivel de vida, pero no tienen hijos, no tienen vocaciones, tienen un gran aumento de problemas psico–sociológicos (anorexia y bulimia), aumento de los suicidios, de los divorcios, de enfermos de sida, de drogadependientes, de sectas y de otras plagas derivadas de la sociedad consumista, hedonista y permisiva. Nosotros somos más pobres, pero todavía no hemos llegado a esos niveles de chatura

[599] *De Missa*, II, 3.

moral que causa espanto. Aunque desgraciadamente, por la globalización, va llegando a pasos agigantados hasta nosotros.

Pensemos hermanos: como decía Santo Tomás de Aquino que nuestras oraciones hechas con las condiciones debidas tienen poder infalible: «Siempre se consigue lo que se pide, con tal que se den estas cuatro condiciones: pedir para sí mismo, cosas necesarias para la salvación, piadosamente (o sea, con humildad, confianza suma, en nombre de Cristo, con atención) y con perseverancia»[600], y San Agustín bellamente enseña: «La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios»; si esto es así para toda oración con mucha mayor razón hay que decirlo del valor impetratorio de la Santa Misa, en la cual Cristo: «Ruega por nosotros como sacerdote nuestro, ruega en nosotros como Cabeza nuestra, es rogado por nosotros como Dios nuestro»[601], decía el mismo Águila de Hipona.

¿Cuál es la razón por la que cuando salimos del Templo después de participar de la Santa Misa, salimos mejor que cuando entramos? La razón es que, según nuestra fe y devoción (o entrega), se nos han *aplicado* los frutos y efectos del sacrificio de la cruz y junto a Cristo hemos adorado, dado gracias, pedido perdón y pedido por muchas necesidades propias y ajenas, y así nos sabemos protegidos por nuestro Buen Dios.

Salimos mejor porque sabemos que Dios, en Jesucristo, nos ha escuchado, ya que, de alguna manera, tenemos algo de la experiencia de San Leopoldo: «Ahora rehusad oírme, si podéis Señor».

El gran maestro de espiritualidad, el Beato Dom Columba Marmion, enseñaba: «Nuestra indigencia es inmensa; necesitamos continuamente luz, fortaleza, consuelo. Todo esto lo encontramos en la Misa. Allí está, en efecto, Aquel que dijo: *Yo soy la luz del mundo, yo soy el camino, yo soy la verdad, yo soy la vida. Venid a mí los que sufrís y yo os aliviaré. Si alguno viene a*

---

[600] S. Th., II–II, 83, 15, ad 2.
[601] *Ennar. in Ps*, 85.

mí, no lo rechazaré»[602].

En la Misa está Jesucristo *siempre vivo intercediendo por nosotros* (Heb 7, 25). Por eso la fuerza impetratoria de la Misa es incomparable.

Cuando un padre o una madre reza por sus hijos; cuando un hijo o una hija reza por sus padres; cuando rezamos por nuestra patria y por el mundo; cuando lo hacemos por los pobres, por los pecadores, por los necesitados, por los que nos quieren mal... ¡somos partícipes del oficio intercesor de Jesús!, ya que «interceder, pedir a favor de otro, es... lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios».[603] Hermoso oficio de las madres y abuelas, de los padres y catequistas, ¡Enseñar a rezar a los niños, enseñarles a ser intercesores ante Dios por todos!

Artículo 10º. Dos clases de hombres

Según los teólogos hay dos sujetos (o casi sujetos) de la Misa: del primero llamado *cui* = **a quien se ofrece**, del cual ya hemos hablado en **Sólo a Dios se ofrece el sacrificio**[604]; del segundo llamado *pro quo* = **por quien** se ofrece, escribimos ahora.

¿Por quienes se inmoló Cristo en el sacrificio de la cruz? Dice San Pablo: *Murió por todos* (2Cor 5,15); *El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros* (Ro 8,32) y *se entregó a sí mismo como rescate por todos* (1Tim 2,6).

¿Por quienes se inmola Cristo en el santo sacrificio de la Misa? **¡Por todos!** Se ofrece por dos clases de hombres y mujeres: 1º. Por todos los hombres y mujeres que viven en este mundo; y 2º. Por todas las benditas almas del purgatorio.

Párrafo 1º. El sacrificio eucarístico se ofrece por

---

[602] *Jesucristo, vida del alma* (Editorial litúrgica española, Barcelona 1921) 313.
[603] cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2634–2636.
[604] cfr. Artículo 9º: Tres fines.

todos los vivientes

Enseña San Juan Crisóstomo que el sacerdote que sacrifica: «Ora por todo el mundo y suplica a Dios sea propicio por los pecados de todos»[605]. Por eso enseñaba el Catecismo Romano: «La virtud de este sacrificio, por lo demás, es tal, que no sólo aprovecha a quien lo ofrece y recibe, sino a todos los fieles, tanto a los vivos como a los muertos en el Señor, que esperan aún su completa purificación: Es doctrina cierta, de tradición apostólica, que la Misa se ofrece tan útilmente por lo difuntos como por los pecados, penas, expiaciones, angustias y calamidades de los vivos. Todas las misas son, por consiguiente, de utilidad común, en cuanto van dirigidas a la común salvación y salud de todos los fieles[606]»[607].

La Eucaristía representa objetivamente la pasión del Señor en la que *se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor* (Ef 5,2), por eso tiene razón de sacrificio. Y, al mismo tiempo es **aplicación** del sacrificio cruento de la cruz. Si en la cruz se ofreció por todos, por todos se ofrece en la Misa, aunque no todos se aprovechan del sacrificio.

Por eso prescribe el Código de Derecho canónico actual: «**El sacerdote tiene facultad para aplicar la Misa por cualesquiera, tanto vivos como difuntos**»[608].

* * *

1. Por tanto, toda Misa y cada Misa, el sacerdote, con las manos elevadas, la ofrece por todos los vivientes. Por eso la Misa, toda Misa y cada Misa, es como el ágora[609] de la humanidad doliente. Es la asamblea, reunión, plaza y foro de todo el mundo. La Misa se

---

[605] *De sacerdotio,* VI, 4.

[606] CONCILIO DE TRENTO, DH 1753.1743; «Puede aplicarse la Misa por cualesquiera, tanto por los vivos como por los difuntos que están expiando sus pecados en el fuego del purgatorio ...»; CIC de 1917, c. 809.

[607] *Catecismo Romano* (Madrid 1956) 513. La traducción, notas y comentarios de Pedro Martín.

[608] CIC, c. 901.

[609] Del griego «♋♈♎□❒♋❖» plaza pública, mercado. Ésta es la segunda acepción que trae el *Diccionario de griego–español* (VOX, Barcelona [13]1980).

ofrece por todos los hombres y mujeres del mundo, por todos los miembros de las más de 184 naciones como Tayikistán, Bangladesh, Isla Fiji, Ghana, Congo, Botsuana, Estados Unidos, Polonia, Italia, Sudáfrica, India, Chad, Vietnam, Malawi, Zimbabue, Moldavia... con sus costumbres, tradiciones, culturas, historias y geografías...; es decir, la Misa se ofrece por los más de 6.200 millones de habitantes de la tierra, con sus más de 6.000 lenguas: indoeuropeas, semitas, camitas, ugrofinesas, uraloaltaicas, chinotibetanas, aborígenes, caucásicas, dravídicas, austroasiáticas, thai, bantú, cusitas, indopacíficas, malayo-polinesias... ; con sus variadas vestimentas antiguas y modernas: suelta y drapeada tipo saya, túnicas, vestidos cosidos y ajustados, capa, kalasaris, el quitón, la clámide (o toga) y el peplo, el sari, las calzas y pantalones, el caftán persa, el farji, el cheongsam, el kimono, el shador... ; con sus distintos sombreros: el petaso; el gorro de forma cónica inclinado hacia delante y originario de Frigia; las capuchas de lana; las caperuzas en forma de turbante; el gavroche; las boinas, la burqa ...; sea cual sea la moneda que usen llámense: sucre, peso, nuevo sol, guaraní, bolívar, dólar, libra, lira, peseta, florín, marcos, rublos, yen, franco, yuan, oro, plata o el simple trueque... **¡Por todos se ofrece la Misa!**

Firme está el altar del sacrificio de la Misa, mientras gira el mundo. El mundo como un calidoscopio multiplica las imágenes de las gentes reflejándolas en la Misa. El mundo como un carrusel donde todos los pueblos están representados y desfilan con sus culturas es como la música de fondo de la Misa. Toda la humanidad, la que fue, la que es y la que será, gira orbitando la Misa como una calesita (o tiovivo) en una especie de círculo giratorio. La Misa es el atalaya del orbe desde donde se aprende a mirar todo lo que sucede «*sub especie aeternitatis*», es decir, con los ojos de Dios.

Por eso, cuando quieran saber las últimas noticias, las noticias verdaderas, las sustanciales, las que vale la pena conocer, no vayan a ver los noticiosos –allí las noticias duran lo que las burbujas de jabón y tienen el peso de una tela de araña–, sino ¡participen de la Santa Misa! ¡Allí recibimos la verdadera lección sobre la historia del mundo y de los hombres!

¡La Misa es como la pasarela de la humanidad!

* * *

2. Padre, ¿también rezamos ofreciendo la Misa por los paganos, los infieles, los miembros de otras religiones, herejes, sectarios, no bautizados? Sí, también. Y esto, ¿desde que tiempo se realiza? Desde Jesucristo que murió por todos y que por todos ofreció su sacrificio en perdón por los pecados: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34), y en ese tiempo sólo un puñado de hombres y mujeres eran sus discípulos. San Pablo manda: *Ante todo te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y por los constituidos en dignidad* (1Tim 2,1–2). Quiere que se rece, y en preces públicas, por todos, muchos de los cuales eran infieles. Tertuliano decía: "Sacrificamos por la salud del emperador"[610]. Y San Juan Crisóstomo: "El sacerdote es como el padre común de todo el orbe. Conviene, pues, que el sacerdote cuide de todos, como Dios de quien es sacerdote"[611]. El sacerdote ofrece por todos, con las manos elevadas.

Por todos rezamos cualquiera sea el edificio en el que se reúnen para su devoción: iglesia, sinagoga, mezquita, pagoda, zigurat, stupa hindú, chaitya, asamblea, salón del reino...

El gran San Agustín enseña: «Cuando oyeres al sacerdote de Dios que desde el altar exhorta al pueblo a que ore al Señor o que ora él mismo con voz clara, para atraer a su fe a los incrédulos, ¿no responderás Amén?» [612]. Y también: «Que ninguno, dada la estrechez de miras del humano conocimiento, juzgase que estas cosas no se han de hacer por aquellos de quienes la Iglesia sufre persecución, puesto que los miembros de Cristo habrían de ser reclutados de entre hombres de toda raza y linaje»[613].

* * *

[610] *Ad Scapulan.* 2.
[611] *Hom. 6 in Tim.*
[612] *Epist. ad Vitalem Carthagin.*
[613] *Ep. ad Paulinum.*

3. Decir que se ofrece la Misa por todos los hombres, ¿quiere decir que se ofrece aún por aquellos que están sumergidos en los vicios y pecados, incluso los más nefandos? Ciertamente, por todos se ofrece la Santa Misa: por los incrédulos, por los ateos, por los anticristianos, por los criminales, por las prostitutas, por los ladrones, por los avarientos, por los homicidas, por los esclavizados al sexo, por los apóstatas, por los divorciados, por las aborteras... en fin, por todos los que caen en los llamados pecados capitales, como son: la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza, llamados así porque generan otros pecados[614], otros vicios.¡Por todos murió Cristo, para que se conviertan, reciban el perdón de sus pecados y se salven! ¡Por eso se ofrece la Misa por todos!

La Misa es la escuela en donde los católicos tienen que aprender a amar de Jesús, que nos da ejemplo. ¡Nadie ama al Padre como Jesús en la Misa! ¡Nadie ama a los hombres como Jesús en la Misa! ¡Jamás encontraremos un Maestro que nos enseñe a amar de verdad y mejor que como lo hace Jesucristo en la Misa! ¡En la Misa nos debemos unir a ese amor y aprender a amar con el Corazón de Jesús al Padre y a los hermanos! ¡Y en el Corazón de Jesús!

Enseña Santo Tomás: «En cuanto es sacrificio, tiene efecto también en aquellos otros por los cuales se ofrece, en quienes no exige que se de antes la vida espiritual en acto, sino sólo en potencia; y por esto, si esos tales se hallan dispuestos, obtiene para ellos la gracia en virtud de aquel verdadero sacrificio del cual se deriva a nosotros toda gracia; y en consecuencia borra los pecados mortales en ellos, mas no como causa próxima sino en cuanto impetra para ellos la gracia de la contrición. Y respecto a aquello que se argumenta en contra de esto, es decir, que no se ofrece sino por los miembros de Cristo, hay que entender que se ofrece por los miembros de Cristo cuando se ofrece por algunos para que sean miembros [de Cristo]»[615].

Decíamos: «cada Misa se ofrece, sin duda alguna, por todos los

---

[614] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1866.
[615] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent.*, 12, 2, ad 4.

hombres y mujeres vivientes bautizados; por los herejes, cismáticos y excomulgados (evitando siempre el posible escándalo); por los infieles o no bautizados. De tal manera que en el sacrificio de la Misa es como que se arraciman los círculos concéntricos del diálogo del que hablaba Pablo VI: "Hay un primer círculo, inmenso, cuyos límites no alcanzamos a ver, se confunden con el horizonte; son los límites que circunscriben la humanidad en cuanto tal, el mundo... vemos dibujarse otro círculo... que es, antes que nada, el de los hombres que adoran al Dios único y verdadero... los hijos del pueblo hebreo... los musulmanes... los seguidores de las grandes religiones afroasiáticas... el círculo más cercano, el de los que llevan el nombre de Cristo. En este campo el diálogo que ha alcanzado la calificación de ecuménico ya está abierto... (finalmente) nuestro diálogo se ofrece a los hijos de la casa de Dios, la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que esta, la romana, es *mater et caput*"[616]. Toda Misa es una grandiosa sinfonía en la que, a su manera, participa cada miembro de la humanidad. El Sacerdote principal de la Misa lleva los rostros de todos los hombres en su corazón. ¡Los deberíamos llevar los sacerdotes ministeriales y todos los que en cada Misa ejercen su sacerdocio bautismal!»[617].

* * *

4. El sacerdote, con las manos elevadas, ofrece el sacrificio de la cruz

por todos los dolientes del mundo: por los que sufren la pérdida de algún ser querido, los que soportan la enfermedad, los que no tienen techo ni trabajo ni paz ni pan, los que sufren persecución, los marginados, los excluidos, los abandonados, los que renunciaron a sus ideales, los esclavos de las adicciones...

* * *

5. Con mayor razón aún, también, se ofrece la Misa por el Papa y los Obispos. Enseña el catecismo: «En las intercesiones, la Iglesia expresa que la Eucaristía se celebra en comunión con toda

---

[616] *Carta Encíclica «Ecclesiam suam»*, 24.29.30.31.
[617] CARLOS MIGUEL BUELA, *Sacerdotes para siempre* (San Rafael 2000) 531.

la Iglesia del cielo y de la tierra, de los vivos y de los difuntos, y en comunión con los pastores de la Iglesia, el Papa, el obispo de la diócesis, su presbiterio y sus diáconos y todos los obispos del mundo entero con sus Iglesias»[618]; y en otra parte: «Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo. Encargado del ministerio de Pedro en la Iglesia, el Papa es asociado a toda celebración de la Eucaristía en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal. El obispo del lugar es siempre responsable de la Eucaristía, incluso cuando es presidida por un presbítero; el nombre del obispo se pronuncia en ella para significar su presidencia de la Iglesia particular en medio del presbiterio y con la asistencia de los diáconos. La comunidad intercede también por todos los ministros que, por ella y con ella, ofrecen el sacrificio eucarístico: Que sólo sea considerada como legítima la Eucaristía que se hace bajo la presidencia del obispo o de quien él ha señalado para ello[619]»[620].

Y así ofrece por todas las generaciones y generaciones de hombres desde Adán y Eva hasta los últimos hombres y mujeres, de tal modo, que la Misa, cada Misa y toda Misa, es el punto focal de la historia del mundo y de los pueblos: «*Totius mundi salute*» («*por la salvación del mundo entero*»)[621].

Párrafo 2º. El sacrificio de la Misa se ofrece, también, por todos los fieles difuntos

No tenemos solamente hermanos en este mundo por quienes tenemos que ofrecer nuestras Misas, también están nuestros hermanos difuntos que mendigan las migajas de nuestros sufragios.

Enseña el Concilio de Trento, como verdad de fe definida, que la Misa: «No sólo se ofrece legítimamente, conforme a la tradición de los Apóstoles, por los pecados, penas satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los difuntos en

---

[618] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1354
[619] SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Epistula ad Smyrnaeos*, 8, 1.
[620] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1369.
[621] Ofrecimiento del cáliz, MISAL ROMANO, 1982.

Cristo, no purgados todavía plenamente»[622]. Y nadie piense que esto es cosa del pasado, ya que el Concilio Vaticano II enseña: «Este Sagrado Sínodo recibe con gran piedad tan venerable fe de nuestros antepasados acerca del consorcio vital con nuestros hermanos que están en la gloria celestial o aún están purificándose después de la muerte; y de nuevo confirma los decretos de los sagrados Concilios Niceno II[623], Florentino[624] y Tridentino[625]»[626].

Si en el Antiguo Testamento se ofrecían sacrificios por los difuntos, con mayor razón deben beneficiarlos en el Nuevo Testamento. Judas Macabeo: *Después de haber reunido entre sus hombres cerca de 2.000 dracmas, las mandó a Jerusalén para ofrecer un sacrificio por el pecado, obrando muy hermosa y noblemente, pensando en la resurrección. Pues de no esperar que los soldados caídos resucitarían, habría sido superfluo y necio rogar por los muertos; mas si consideraba que una magnífica recompensa está reservada a los que duermen piadosamente, era un pensamiento santo y piadoso. Por eso mandó hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado* (2Mac 12,43–46).

Por eso decían los santos: «Oramos también por los santos Padres y Obispos difuntos y por todos en general, creyendo que ésta será la mayor ayuda para sus almas mientras yace en el altar la santa y tremenda Víctima»[627] y San Agustín: «No se ha de negar que las almas de los difuntos se alivien merced a la piedad de los vivos, cuando se ofrece por ellas el sacrificio del Mediador»[628].

Al escuchar las mismas palabras de la Sagrada Liturgia recordemos que el Santo Sacrificio se ofrece por todos. Cuando, en todas las Plegarias eucarísticas, se consagra el cáliz dice el sacerdote las palabras de Cristo: «*Éste es el cáliz de mi Sangre* ...

---

[622] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743; 1753.
[623] CONCILIO II DE NICEA, DH 600.
[624] CONCILIO DE FLORENCIA, DH 1304.
[625] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1821–1824.1820.1580.
[626] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 51.
[627] SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catech.*, 23.
[628] *Enchir.*, 109.

que será derramada ... por todos los hombres»[629]. Y en otros momentos: «*Que esta Víctima ... traiga la paz y la salvación al mundo entero. ...A todo el pueblo redimido por ti. ...Reúne en torno a ti, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo*»[630]; «*Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo*»[631]; «*Reúne también a los hombres de cualquier clase y condición, de toda raza y lengua*»[632].

El sacerdote, imagen sacramental de Jesucristo, se yergue, de pie, con las manos elevadas, en el altar del sacrificio, como padre de toda la humanidad, hermano de todos los hombres y servidor de todos al ofrecer por todos el santo sacrificio.

Aprendamos en la Misa a no ceder nada en lo que hace a la santa fe católica, pero, al mismo tiempo, sepamos ser en lo que hace a la misión, al apostolado, a las obras de misericordia, en el llevar el Evangelio a los demás, atrevidamente abiertos a todos, como Cristo en la cruz –y en la Misa– que con los brazos extendidos nos indica que quiere salvar a todos.

La Misa nos ensancha la mente y el corazón a la medida del mundo, del purgatorio y del cielo, para hacernos cada vez más semejantes a la mente y al corazón de Jesús y María.

* * *

La doxología final

El broche de oro de la Plegaria eucarística es la doxología final: «*Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos*», a lo que el pueblo responde cantando[633]: «*Amén*», uniéndose a todo lo

---

[629] MISAL ROMANO, 105.118.124.135, y en todas las demás Plegarias eucarísticas.
[630] *Ibidem*, 127.
[631] *Ibidem*, 137.
[632] *Ibidem*, *Plegaria eucarística* sobre la Reconciliación II, pág. 1070.
[633] Según la Instrucción «*Inaestimabile donum*» del 17 de abril de 1980 éste amén se debe cantar siempre. Ya Farnés advertía que la traducción española no era fiel en este punto. Allí donde dice: «Este "Amén" debe enriquecerse con el canto» = «*cantu est ditandum*» (n. 4), la mala traducción dice: «Este "Amén" *debería* enriquecerse con

realizado sobre el altar y aceptándolo.

«*Amén*» no corresponde a la traducción ¡Así sea!, que expresa un mero deseo, pero no una certeza (si así fuera sería incorrecto usarlo al recibir la comunión). Amén significa ciertamente, verdaderamente, seguramente, **sí**: ¡**Así es**! Deriva de la raíz hebrea «*aman*» que implica firmeza, solidez, seguridad (de allí: fe; creer, verdad).

Decir «*Amén*»:

– Es proclamar que se tiene por **verdadero** lo que se acaba de decir y hacer,

– Es unirse a una plegaria,

– Es ratificar una proposición,

– Es un compromiso: muestra uno su conformidad con alegría[634],

* es aceptar una misión[635],

* asumir la responsabilidad de un juramento[636],

* es la solemne renovación de la Alianza[637].

– En la liturgia: Uno se compromete con Dios porque tiene confianza en su palabra y se remite a su poder y a su bondad,

* es una adhesión total a Él,

* es bendición de Dios,

* es una oración segura de ser escuchada[638],

---

el canto»; cfr. *Oración de las Horas* (julio–agosto 1980) 165. cit. por J. ALDAZÁBAL, *Canto y música,* Dossier CPL (Barcelona 1989) en el artículo de D. COLS, 66.

[634] cfr. 1Re 1,36.

[635] cfr. Jr 11,5.

[636] cfr. Nm 5,22.

[637] cfr. Dt 27,15.

* es una aclamación litúrgica (después de la Doxología), que «**suena como un trueno celestial**»[639],

* es conclusión de los cánticos de los elegidos[640],

* «es suscribir»[641].

Dios es Amén: porque es fiel a sus promesas y es el Dios de la verdad[642].

El Amén de Dios es Jesucristo[643]; Él es el Amén por excelencia; es el testigo fiel y verdadero[644].

Si el cristiano quiere ser fiel y quiere ser verdadero, debe responder a Dios, uniéndose a Cristo, el único **Amén** eficaz que es el pronunciado por Cristo a la gloria de Dios: *Por Él decimos Amén, para gloria de Dios* (2Cor 1,20).

La Iglesia pronuncia este Amén en unión con los elegidos del cielo. Así debemos hacerlo nosotros en cada Misa, ofreciendo la divina Víctima y a nosotros con Ella, y luego mantener ese Amén en toda nuestra vida diaria de la semana que comienza, y por todos los días del año, y por todos los años de nuestra vida. ¡Para poder repetirlo por toda la eternidad en el cielo!

---

[638] cfr. Tb 8,8.

[639] SAN JERÓNIMO, *In Gal. Comment.* I,2; cit. en JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid [4]1963) 835.

[640] cfr. Ap 5,14; 19,4.

[641] SAN AGUSTÍN, *Serm.* (DENIS 6,3: PL 46,836; ROETZER, 124); cit. en JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 835.

[642] cfr. Is 65,16.

[643] cfr. 2Cor 1,19-20.

[644] cfr. Ap 3,14.

Tercer momento

Comunión

Capítulo 1º. El Padre nuestro

Los ritos de comunión están formados así: el Padre nuestro, la paz, la fracción, la preparación inmediata y la comunión.

1. El Padre nuestro

Aquí «se pide el pan cotidiano, que para los cristianos consiste sobre todo en el Cuerpo de Cristo, y se implora la purificación de los pecados, de modo que en realidad se den las cosas santas a los santos» [645]. Aquí reconocemos un Padre común a todos los hombres, por tanto, debemos reconocer nuestra fraternidad y comprometernos en ser solidarios.

La oración que sigue (llamada, embolismo) es una amplificación de la última petición del Padrenuestro. Algunos afirman que es del tiempo de San Gregorio Magno. Pedimos dos cosas, que la Iglesia sea librada por Dios de «*todos los males*» y que le conceda «*la paz*».

2. El rito de la paz

Es el signo por el que los cristianos «se expresan mutuamente la paz y la caridad» [646]. Expresa el amor cristiano y la unidad eclesial.

La estructura del rito es la siguiente: oración por la paz, invitación a intercambiarse la paz y signo de la paz.

La liturgia actual prevé que, cuando se considere oportuno[647], el diácono o el mismo sacerdote inviten expresamente a los fieles a

---

[645] OGMR 56–a.
[646] OGMR 112.
[647] cfr. OGMR 112, 136.

intercambiarse la paz, para preparar el gesto posterior, que queda así más explicitado y enriquecido.

La paz se debe dar entre todos los participantes. «El rito debe ser verdadero, es decir, manifestativo y comunicativo de la paz y fraternidad mutuas. Por ser un gesto religioso debe estar penetrado de sacralidad[648]»[649].

Capítulo 2º. Fracción del pan

El rito tiene tres partes: la fracción, el canto del *Cordero de Dios* y la *inmixtio o mezcla* (una partecita de la Hostia consagrada se echa en el cáliz).

«El gesto de la fracción del pan, que en los tiempos apostólicos designaba sencillamente la Eucaristía, manifestará con mayor claridad la fuerza y la importancia del signo de la unidad de todos en un solo pan, y de este signo de la caridad, porque este único pan se distribuye entre hermanos»[650].

Como enseña un teólogo, en la antigüedad «era una ceremonia solemnísima... De entre los actos preparatorios que se refieren al Sacramento directamente, el más antiguo e importante, y que, por lo mismo, se encuentra en todas las liturgias, es la fracción del pan consagrado. «Fracción del pan» es el nombre más antiguo que tuvo la celebración eucarística. La razón práctica de la fracción hay que buscarla en la necesidad de tener que partir para la comunión de los fieles el pan eucarístico que se había consagrado entero[651] y tal vez también en la de procurarse una partícula para el rito de la

---

[648] J.A ABAD IBÁÑEZ – M. GARRIDO BONAÑO, OSB, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 381.

[649] P. FARNÉS, *El rito de la paz*, «Liturgia y espiritualidad» 24 (1993), 391–197 y 576–585 analiza y valora algunas deficiencias sobre el sentido y ejecución del rito de la paz.

[650] OGMR 283.

[651] En este sentido se menciona la fracción de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, I, 1: PG 8,692B; cfr. L. HABERSTROH, *Der ritus der Brechung und Mischung nach dem Missale Romanum* (St. Gabriel 1937) 11–18.

conmixtión[652]. Este modo de proceder, es decir, el partir el pan y no cortarlo, eligiendo una forma de pan que se prestaba sólo a la fracción, se inspiró en el ejemplo de la fracción que en el cenáculo dio Jesucristo[653]. Pues bien, las ceremonias de la fracción, que tenían por fin únicamente la preparación de las partículas para la comunión de los fieles, se mantenían, por lo general, dentro de la más prudente sobriedad. Parece que en las liturgias orientales no se ocupaba de ellas más que el celebrante. A veces se ponían oraciones más largas, debido, sin duda, a que en ciertos días, por la mayor afluencia de fieles a la comunión, se necesitaba más tiempo para la fracción[654]»[655].

Es el nombre más antiguo que tuvo la liturgia: *Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones* (He 2,42).

Recién en el siglo VII se le unió el canto del «*Agnus Dei*» (canto de fracción).

Como ya dijimos hay una razón práctica: poder comulgar. Lo que no obsta para que el signo y su significado litúrgico sean los que tienen una particular fuerza.

Su significado primero: la resurrección del Señor porque se multiplica la presencia del Señor, como ocurrió después de la resurrección en que se manifestó a los discípulos, a las mujeres, a los Apóstoles..., en el Cenáculo, en Emaús, en el Lago de Genesareth, en el Monte Tabor, en el Monte de los Olivos...

---

652 HANSSENS, III 513–515.

653 Con todo, en la *proskomidia* bizantina se usa también un cuchillo, denominado «●□❖♑♍♒» con que se corta el pan (BRIGHTMAN, 356s).

654 En la liturgia griega de Santiago son los salmos 22, 33 y 150 (BRIGHTMAN, 63). También en la liturgia griega de San Marcos se entona el salmo 150 (l.c. 138 lín.20). En la liturgia de los jacobitas siríacos acompañan oraciones extensas la ceremonia (l.c. 97–99). Versan sobre diversos recuerdos de la pasión de Cristo: transfixión de la lanza, cruz y resurrección, nuestra culpa y la reparación por la pasión de Cristo, el Cordero de Dios. En otros ordinarios de la Misa, como por ejemplo, en el abisinio, no aparecen formas especiales para la fracción (l.c. 237s; cfr., sin embargo, HANSSENS, III 512ss); tampoco las hay en la Siria oriental, donde, por otra parte, las largas oraciones que preceden al rito simbólico de la fracción (e. o. los salmos 50; 122,1–3; 25,6, con el lavatorio de las manos [BRIGHTMAN, 288s]) se pueden considerar como tales.

655 JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 861ss.

Enseña Jungmann: «Pero no solamente a la conmixtión, sino también a la fracción, que consideran como preparación para la comunión, se da en los documentos siríacos un sentido más profundo. Es como si por medio de ella multiplicara el Señor en muchos su presencia, como después de la resurrección se manifestó a sus discípulos, «haciendo partícipes de su aparición a muchos», a las mujeres, a los discípulos de Emaús, a los apóstoles[656]. En cambio el simbolismo de la fracción del pan, tan propio del rito de los convites en la Iglesia primitiva e incluso de los judíos, y que expresaba la unión de los comensales en la participación de un mismo pan[657], no aparece ya en ninguno de los documentos litúrgicos que se nos han conservado[658]. El segundo significado: Tampoco perduró por mucho tiempo el simbolismo de la resurrección, al menos en la ceremonia de la fracción. Entre los griegos se veía, ya en el siglo VI, en la fracción cuando menos, no tanto la división y distribución como la separación violenta, la destrucción, y con ello la representación de la muerte en la cruz[659]»[660]. Expresa la unión de los comensales en la participación de un mismo pan: *Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan* (1Cor 10,17).

El tercer significado: La Pasión del Señor donde sucedió la separación violenta de la Sangre del Cuerpo, insinuada en Pablo: *Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?* (1Cor 10,16). Así aparece en la liturgia siria occidental: «Verdaderamente así sufrió el Verbo de Dios en su carne y fue

---

[656] TEODORO DE MOPSUESTIA, l.c. (RÜCKER, 34s); cfr. NARSAI, *Hom.* 17 (CONNOLLY, 23s), donde se sigue en la enumeración de las apariciones: «y ahora sigue apareciendo a los hijos de la Iglesia al recibir su sagrado cuerpo».

[657] cfr. 1Cor 10,17; SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad. Eph.* 20,2.

[658] Con todo, A. BEIL en *Einheit in der Liebe* (Colmar 1941) 53, da cuenta de una costumbre letona de Nochebuena, en la que aparece la misma idea fundamental: el padre de familia ofrece a la madre un trozo de una torta que parten ambos; el padre presenta la mitad al hijo mayor y la parten de la misma manera, mientras la madre hace lo mismo con la hija mayor; etc. Esta costumbre navideña, con modificaciones insignificantes (pan de obleas; el padre de familia inicia sólo la partición, los familiares tienen cada uno su propio pan, que comparten igualmente), se encuentra también en la Alta Silesia, Polonia y Lituania.

[659] SAN EUTIQUIO (582), *De pasch.* 3: PG 86,2398; SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In 1Cor.* 24,2: PG 61.200.

[660] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 863ss.

crucificado» [661]. También en la Misa etiópica, en la Misa bizantina[662], con la hermosa amplificación: «Se parte, pero no se divide; continuamente se come, pero nunca se consume, sino que santifica a los que lo reciben». De allí el ser llamado «Cordero» el pan eucarístico.

Otra fracción, pero pequeña

Todas las acciones, gestos y palabras de la Misa están cargadas de profundo sentido. Así, por ejemplo, la fracción en tres partes de la Hostia consagrada: **¡El *Corpus Christi* triforme[663]!**

Luego de la primera fracción del pan consagrado en dos partes, el sacerdote, tomando una de las partes hace otra fracción más pequeña, de tal modo, que queda sobre el altar el Cuerpo de Cristo en tres partes fraccionado.

Inmixtión o mezcla (o conmixtión[664])

La última parte más pequeña, el sacerdote, la echa en el cáliz donde está la Sangre de Cristo. Esto se llama inmixtión o mezcla o conmixtión. Al dejar caer una partícula en el cáliz, el sacerdote, dice en secreto: «*El Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna*»[665].

Así Amalario[666] en un escrito del 813–814 dice que:

1. La partícula mezclada con la sangre alude al Cuerpo resucitado del Señor, ya desde el siglo IX se solía ver simbolizada la resurrección con creciente unanimidad. Para los antiguos el alma subsistía en la sangre, porque de hecho cuando veían que un animal se desangraba, el animal moría; por el contrario, con la

---

[661] BRIGHTMAN, 97.
[662] BRIGHTMAN, 393.
[663] Expresión atribuida al PAPA SERGIO, *in Decretis* «*De consecr.*», II, cn. 22; cit. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, 5.
[664] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 862, la llama así.
[665] MISAL ROMANO, 143.
[666] *De Eccle. off.,* III, 35; ver JUNGMANN, *ibidem*, 874–875.

sangre vuelve el alma al cuerpo. En la liturgia: «La unión de las especies, hasta ahora separadas, simboliza que ambas pertenecen a la única persona de Cristo glorioso, que está presente de forma total y viva»[667].

2. La que comulga el sacerdote: alude a su Cuerpo existente en la tierra, es decir, la Iglesia Militante.

3. La que queda para los enfermos: significa su Cuerpo en los sepulcros.

Siglos más tarde esta alusión fue aplicada a la Iglesia celestial o triunfante, peregrinante o militante y paciente o purgante.

Santo Tomás, citando y comentado al Papa Sergio I, dice: «"El cuerpo del Señor se manifiesta en tres formas. La parte que se echa en el cáliz, simboliza el cuerpo de Cristo ya resucitado", y con Él a la bienaventurada Virgen María, y si hay algún santo con el cuerpo ya en la gloria[668]. "La parte que se come significa el cuerpo todavía peregrino en la tierra": los que viven en la tierra asociados al sacramento y son triturados por el sufrimiento, como el pan comido se mastica con los dientes. "La parte reservada en el altar hasta el fin de la Misa significa el Cuerpo de Cristo yacente en el sepulcro; pues en él están los cuerpos de los santos hasta el fin del mundo", aunque sus almas estén ya en el purgatorio o en el cielo. Este rito de reservar una parte hasta acabar la Misa no se observa ahora; con todo, queda el mismo simbolismo de las partes, expresado por algunos en verso de esta manera: "La hostia se divide en partes: significa la mojada a los totalmente felices; la seca, a los vivos; la reservada, a los muertos".

También hay quien opina[669] que la parte echada al cáliz

---

[667] J.A ABAD IBÁÑEZ – M. GARRIDO BONAÑO, OSB, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 381.

[668] Un gran especialista como Jungmann, no tiene empacho en citar a AMALARIO: «La conmixtión representa la vuelta del alma del Señor a su Cuerpo». cfr. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 114.

[669] GUILLERMO ALTISSIOD, *Summa aur*. L.4 tr. *De Eucaristía* c. de fract. formae q. 3.

simboliza a los que viven en el mundo; la reservada, a los que son del todo felices, en cuerpo y alma; y la que se come, a los demás»[670].

Unidad del sacramento bajo las dos especies

El sentido primitivo probablemente viene de Siria en el siglo V. Así Narsai (muerto hacia el 502) dice: El celebrante une ambas «para que todos confiesen que el Cuerpo y la Sangre son una misma cosa»[671]. Así la liturgia griega de Santiago y la siria oriental.

En algunas épocas hubo hasta tres conmixtiones:

Primera: De ésta muy poco se sabe. (Algunos afirman que se trataba de una partícula de otra Misa anterior, y tendría el objeto de expresar que es una misma la Eucaristía celebrada ayer y hoy. Es parecida a la idea de los nestorianos quienes a la masa con que preparaban el pan, añadían algo de la masa del pan del día anterior. Además está la leyenda de que San Juan guardaba un pedacito del pan de la Última Cena para mezclarlo con el que se preparó el pan para la primera Misa celebrada sólo por los Apóstoles);

Segunda: Es de la fracción del pan de la propia oblación (En la antigua Misa papal era la partícula que enviaba a los sacerdotes vecinos como expresión de la unidad de la Iglesia y de que estaban en comunión con él. Se lo llamaba «*fermentum*» porque la eucaristía penetra en toda la Iglesia como la levadura en la masa[672]). Sería la que en la Misa papal echaba en el cáliz al momento del *Pax Domini*, también se la llamaba «sancta»;

Tercera: Había una tercera conmixtión antes de la comunión.

Eusebio de Cesarea[673] dice que San Ireneo relataba que el Papa enviaba la Eucaristía a los obispos, en señal de que los consideraba dentro de la Iglesia, a aquellos que celebraban la Pascua en la misma fecha que él. Porque la Eucaristía es el sacramento de la

---

[670] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, 5.
[671] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 862, nota 37.
[672] cfr. Mt 13,33.
[673] *Hist. Eccles.,* V, 24.

unidad y manifestaba simbólicamente la unidad entre las distintas Iglesias y con el Papa.

La grandeza de la Misa

Nunca deberíamos olvidarnos que la mezcla del pan consagrado con el vino consagrado expresaba la acción unitiva de la Eucaristía, por encima de las distancias, y ahora, además de que expresa la unión con toda la Iglesia, nos debe recordar la unidad interna del sacramento bajo las dos especies y el simbolismo de la unión entre las diversas Iglesias particulares, locales o diocesanas, y las iglesias parroquiales con la Sede principal, la Catedral.

La Santa Misa tiene una densidad tal de contenido, que desborda absolutamente todo entendimiento creado, que aún, en lo que podríamos considerar un detalle, echar una partícula en el *Sanguis*, tiene altísimos contenidos teológicos, que van edificando la espiritualidad de quienes participan en la misma de manera activa, consciente y fructuosa.

Capítulo 3º. La comunión

Los fieles se acercan en procesión a comulgar, «se entona el canto de comunión, canto que debe expresar por la unión de las voces, la unión espiritual de quienes están comulgando, demostrar la alegría del corazón y hacer más fraternal la procesión de quienes van avanzando para recibir el Cuerpo del Señor»[674]. La digna recepción de este sacramento confiere la gracia santificante.

Artículo 1º. Confiere el aumento de la gracia

[674] OGMR 56,i.

Párrafo 1º. Por la presencia de Cristo

El pan que Yo os daré es mi carne para la vida del mundo (Jn 6,51). El efecto de este sacramento se debe considerar primera y principalmente por lo que contiene: ¡Cristo!, Quien así como cuando vino al mundo trajo la vida de la gracia: *La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo* (Jn 1,17), así cuando viene al hombre sacramentalmente le da la vida de la gracia: *Quien me coma vivirá por mí* (Jn 6,58).

Enseñan los Santos Padres:

San Cirilo: «El Verbo vivificante de Dios, al unirse a su propia carne, la tornó vivificante también. Convenía que se uniera Él a nuestros mismos cuerpos con su Carne Sagrada y con su Preciosa Sangre, tomados mediante la bendición vivificadora del pan y del vino»[675].

Tertuliano: «Nuestra carne se alimenta con el Cuerpo y Sangre de Cristo para que nuestra alma se nutra de Dios»[676].

San Juan Crisóstomo: «Esta Sangre es salud de nuestras almas: con ella se limpia el alma, con ella se adorna, con ella se inflama»[677].

San Cirilo de Jerusalén: Se te da el Cuerpo y la Sangre de Cristo «para que tomándolos te hagas concorpóreo y consanguíneo con Él. Así, al penetrar su Cuerpo y su Sangre en nuestros miembros nos tornamos cristíferos; así –según San Pedro– nos hacemos *partícipes de la naturaleza divina* (2Pe 1,4)»[678].

Por eso el Concilio de Trento definió: «Si alguno dijere que los sacramentos de la Nueva Alianza no contienen la gracia que significan, sea anatema»[679]. La Eucaristía es forma visible de la gracia invisible, «pero en la Eucaristía hay algo excelente y singular... en la Eucaristía está el mismo Autor de la gracia».

---

[675] *In Lc* 23,10: MG 72,92.
[676] *De resurrectione carnis*, 8.
[677] *Hom.* 46 *in Ioan.*
[678] *Catech.*, 4.
[679] CONCILIO DE TRENTO, DH 1606.

«La Eucaristía es verdadero banquete, en el cual Cristo se ofrece como alimento»[680].

Párrafo 2º. Por ser representación de la Pasión del Señor

Por ser la Eucaristía la representación de la Pasión del Señor, «los efectos que la Pasión hizo en el mundo los hace este sacramento en el hombre»[681].

Comentando San Juan Crisóstomo las palabras: *De su costado salió sangre y agua* (Jn 19,34) dice: «Puesto que de aquí toman principio los sacramentos, cuando te llegues al tremendo cáliz, llégate como si bebieras del costado mismo de Cristo» [682]. Por eso dice el Señor: *Ésta es mi Sangre que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados* (Mt 26,28).

Y San Ireneo dice: «La oblación de la Iglesia que el Señor enseñó ofrecerse en todo el mundo fue considerada puro sacrificio para con Dios y es aceptada por Él»[683].

Párrafo 3º. La Eucaristía es alimento que sostiene, aumenta y deleita

La tercera razón por la cual la Eucaristía da vida se debe al modo en que este sacramento se da a manera de comida y bebida. Y así todo lo que hacen la comida y bebida materiales en la vida material, lo hace este sacramento en la vida espiritual. ¿Qué es lo que hacen la comida y bebida?

– sustentar,
– aumentar y
– deleitar.

Este sacramento sustenta, aumenta, repara y deleita al alma. Como decía Tertuliano: «Nuestra carne se alimenta con el Cuerpo

---

[680] JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 16.
[681] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.,* III, 79, 1.
[682] *In Io., hom.* 85.
[683] *Adv. Haer.*, IV, 18.

y la Sangre de Cristo para que nuestra alma se nutra de Dios». San Ambrosio dice: «**Este pan es de vida eterna, pues sustenta la sustancia de nuestra alma**». San Juan Crisóstomo: «**Se deja tocar, comer y abrazar por quienes lo desean**». Y el mismo Señor con frase inmortal: *Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida* (Jn 6,55).

1. Sustenta

Como todo sacramento, la Eucaristía, además de la gracia santificante, da la gracia propia del sacramento. Aquí se la llama: «gracia *cibativa*», porque produce en el alma efectos semejantes a los que produce el alimento (en latín = «*cibus*») en el cuerpo. Por eso nuestro Señor nos dijo que comiéramos su Cuerpo y bebiéramos su Sangre: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí* (Jn 6,56–57)[684]. Más aún, si no lo comíamos ni lo bebíamos no tendríamos vida eterna: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día* (Jn 6,54).

Así como el alimento corporal sustenta el cuerpo al darle las calorías que ha gastado por el calor natural del organismo, por el movimiento de los órganos y de los músculos, por el trabajo que realiza el ser humano; y por el enemigo de fuera: la enfermedad; así obra la Eucaristía como alimento espiritual: sustenta al alma que se ha debilitado por el pecado original, por la ignorancia con que fue herida la inteligencia y por la malicia en la voluntad, además del desorden en el apetito irascible y en el concupiscible, que son como heridas del alma de nuestra naturaleza pecadora; hay que sumar los enemigos de fuera: otros hombres mundanos y el demonio tentador, y evidentemente que nuestras energías espirituales se desgastan y la lucha nos cansa. Esas energías se recuperan con la Eucaristía, que nos sostiene y sustenta la vida sobrenatural del espíritu.

2. Aumenta

La gracia es vida y como tal crece y se desarrolla, se perfecciona y

[684] cfr. Mt 26,26–27 y Mc 14,22–23.

paulatinamente va llegando a su plenitud. La gracia de Dios en el alma se va perfeccionando, por eso: *Que el justo siga practicando la justicia y el santo siga santificándose* (Ap 22,11). Mandándonos el Señor que crezcamos espiritualmente: *Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo* (Ef 4,13). Gracias a la Eucaristía podemos, espiritualmente, crecer, mejorar, perfeccionarnos, desarrollarnos, madurar, a ser cada día mejores y más perfectos.

Por razón de la gracia de la Eucaristía se nos da la perseverancia en la vida propia de hijos de Dios. Hay que alimentar lo que se posee, si no, ni siquiera se lo puede mantener. Comulgar a menudo facilita la perseverancia. No basta con conservar lo adquirido, sin tratar de crecer, porque en este caso, no sólo no se crece, sino que se decrece. Es decir, quien no trabaja por desarrollarse, perderá aún lo que tiene. Es obligatorio desarrollar los talentos.

3. Deleita

¡Comed, amigos, bebed, oh queridos, embriagaos! (Ct 5,1). Santo Tomás aplica este versículo del Cantar de los Cantares a la Eucaristía[685].

Éste es uno de los efectos de la Eucaristía: Deleitar[686]. Así como la comida material deleita el cuerpo, este manjar espiritual deleita al alma.

Este sacramento aumenta espiritualmente la gracia junto con la caridad. De ahí que San Juan Damasceno lo compara con el carbón encendido que vio el profeta Isaías: *Como el carbón no es simple leña, sino leña con fuego, así el pan de la comunión no es pan corriente, sino pan unido a la divinidad*[687].

¡Oh cosa milagrosa!
Convite y quien convida es una cosa[688].

---

[685] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.,* III, 79, 1, ad 2.
[686] *Ibidem, S. Th.*, III, 79, 1.
[687] *De fide orthod.* l. 4, c.13.
[688] MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *La Sagrada Eucaristía.*

Enseña San Gregorio Magno que: «El amor de Dios no está ocioso, sino que, teniéndolo, obra cosas grandes»[689], se sigue que este sacramento tiene de suyo eficacia, no sólo para dar el hábito de la gracia y de la virtud –en especial de la caridad–, sino también para excitar al acto de la caridad, porque *El amor de Cristo nos apremia* (2Cor 5,14). Con el amor de Cristo «el alma se fortalece, espiritualmente se deleita y de algún modo se embriaga con la dulzura de la divina bondad», enseña Santo Tomás[690].

El alma... *¡se deleita y de algún modo se embriaga!*

De ahí que: *¡Comed, amigos, bebed, oh queridos, embriagaos!* (Ct 5,1).

Por eso exclamamos en el «*Anima Christi*»: «Sangre de Cristo, ¡embriáganos!».

A este deleite llama Santo Tomás efecto **actual o caridad actual**[691] y, también **fervor**, porque implica actualidad y actualidad tensa. La gracia de la Eucaristía –cibativa– produce en acto el sustentar, aumentar y reparar, dando la mayor gracia y mayor caridad *habituales*. Pero más allá de la actualidad del hábito está la actualidad del acto en el que prorrumpe el hábito poseído. La Eucaristía produce el acto del amor de Dios.

También se le llama *gozo,* que proviene de *la percepción actual* del bien que se posee, para lo cual no debe haber distracción en la recepción –sacramental o espiritual– de la Eucaristía. Muchas almas pierden el deleite actual de la Eucaristía ... ¡porque están distraídas en Misa o en la Adoración! ¡Deja de lado las tontas distracciones!

El deleite que produce la Eucaristía no es necesariamente sensible, ni tampoco de un afecto sensible. Se trata de un gozo espiritual, que proviene de la apreciación del gran bien que se recibe: **el Señor**, con todo lo que es y tiene.

---

[689] *In Evang*. l. 2, *Homilía* 30.
[690] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 79, 1, ad 2.
[691] *Ibidem*, III, 79, 1, ad 2; 79, 4; 79, 8.

El deleite consiste sustancialmente en la prontitud de la *voluntad* para las obras virtuosas de la vida cristiana.

Además de las distracciones *actuales,* ¿qué otra cosa impide el deleite? Los pecados veniales. Las faltas veniales *actuales* impiden el efecto *actual* de la Eucaristía. La dulzura espiritual es infalible por parte del sacramento, pero el afecto *actual* a las faltas veniales o la distracción *actual* en el momento de la Comunión –sacramental o espiritual–, impiden el efecto del gozo *actual,* del fervor espiritual, del deleite o del amor *actual.*

Decía Urbano IV de la Eucaristía: «Memorial admirable y estupendo, deleitable, suave ... en el cual se gusta todo deleite y toda suavidad de sabor y se paladea la misma dulzura de Dios»[692]. Y León XIII: «Derrama en (las almas) gozos dulcísimos, que exceden en mucho a cuanto los hombres puedan en este punto entender y ponderar»[693].

Por eso: Amigos queridos, *¡comed, ...bebed, ...embriagaos!* (Ct 5,1).

¡Oh cosa milagrosa!

Convite y quien convida es una cosa.

Panen de coelo praestitisti eis. Omne delectamentum in se habentem!

Nos diste, Señor, el pan del cielo. ¡Que contiene en sí todo deleite! (Sb 16,20).

Artículo 2º. Signo de unidad

También se debe considerar lo que produce la digna recepción de la Eucaristía por las especies con que se da: pan y vino.

---

[692] Const. *Transiturus,* 1364.
[693] LEÓN XIII, *Carta encíclica* «*Mirae caritatis*», n. 12, ed. cit., 667.

Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan (1Cor 10,17) traduce la Biblia de Jerusalén.

Puesto que uno es el pan, un cuerpo somos la muchedumbre; pues todos de un sólo pan participamos, lo hace Bover.

Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan, se lee en la Biblia de Nácar–Colunga.

Por comulgar un único pan formamos un solo Cuerpo, por tanto, otro efecto de la Eucaristía *es la unidad del Cuerpo místico, es la unidad de la Iglesia*[694].

De ahí que la Eucaristía *es el sacramento de la unidad eclesiástica*[695].

Dos cosas debemos decir:

1º. La Eucaristía **simboliza** la unidad de la Iglesia; y

2º. La Eucaristía **crea** la unidad de la Iglesia de manera plena. Por eso dice el Concilio Vaticano II que los participantes de la Eucaristía: «Muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento»[696].

Simboliza la unidad: todos participamos de una misma mesa lo que es símbolo de fraternidad y comunión de sentimientos. (Es lo que expresa el rito de la inmixtión o conmixtión, el antiguo «*fermentum*» y el rito de la paz).

Dice la Didajé (año 70): «Como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu Reino»[697].

---

[694] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, 3 c.
[695] cfr. *Ibidem, S. Th.*, III, 73, 2.
[696] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 11.
[697] *Didajé*, 9,4.

San Ignacio de Antioquía: «Si os congregáis con unánime fe ...con indivisible pensamiento, rompiendo un solo pan ... »[698].

Por eso dice San Agustín: «Nuestro Señor nos dio su Cuerpo y su Sangre en cosas que se hacen de muchas, ya que el pan es un uno que se hace de muchos; y el vino de muchos racimos» y exclama: «¡Oh, sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh lazo de caridad!».

De ahí que declarara el Concilio de Trento: la Eucaristía es «Símbolo de aquél solo cuerpo del que es Él mismo la cabeza y con el que quiso que nosotros estuviéramos, como miembros, unidos por la más estrecha conexión»[699].

La Eucaristía es el signo más acabado de la unidad de la Iglesia, que con la participación específica y diferente de cada miembro –sacerdotes, diáconos, religiosos, seglares– expresa adecuadamente la Iglesia diocesana o local, que es a la vez, símbolo y presencia de la Iglesia universal, Una, Santa, Católica y Apostólica.

Artículo 3°. Causa la unidad

Decíamos que la Eucaristía es ***signo*** de la unidad de la Iglesia:

– Una sola mesa;

– Un solo pan formado de muchos granos;

– Un solo cáliz con vino hecho de muchos racimos;

– Una asamblea con muchos y diversos miembros; y una sola Iglesia. Pero no es únicamente signo, es también causa de la unidad de la Iglesia, o sea, **produce, crea, realiza... la unidad de la Iglesia.**

¿Por qué causa? Porque es sacramento que significa la unidad; ya que ***sacramento es signo*** **sensible y eficaz de la gracia**

[698] *Carta a los efesios*, 20,2.
[699] CONCILIO DE TRENTO, DH 1638.

invisible. Significa unidad, causa unidad.

«**Un cuerpo somos los que somos muchos, puesto que de un pan participamos**», ¿cuál es la eficacia unitiva del pan eucarístico? El Apóstol lo dice versículos antes: «**El pan que partimos, ¿no es acaso comunión con el Cuerpo de Cristo?** La comunión con Cristo crea la comunión de todos entre sí.

Además, «el efecto de este sacramento es la caridad no sólo en cuanto al hábito sino también en cuanto al acto que se excita en este sacramento»[700]. «Cristo y su Pasión son causa de la gracia, y como no hay comida espiritual ni caridad sin gracia, es evidente que este sacramento la confiere»[701].

Artículo 4º. ¿Cómo es que nos incorporamos a Cristo?

En la Eucaristía, como sabemos, está el cuerpo físico del Señor con su vida biológica y psíquica. Está todo Él, con su cuerpo y con su alma. Está Él con su divinidad.

Entre el Cuerpo de Cristo y el nuestro se establece una relación, a través de las especies eucarísticas, pero ciertamente no es ésta la incorporación de la cual queremos hablar, porque entre cuerpo y cuerpo hay continencia pero no incorporación. No asimilamos la carne de Cristo, ni Cristo asimila nuestra carne.

Cuando comemos su cuerpo *asimilamos su vida*.

Pero Cristo tiene varias vidas:

1. Tiene la vida sustancialmente divina que le corresponde por ser persona divina, segunda de la Trinidad, y de naturaleza divina igual que el Padre y el Espíritu Santo.

2. Tiene la vida divina accidental con carácter individual que le santifica como hombre particular.

---

[700] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 79, 4.
[701] *Ibidem*, III, 79, 1.

3. Tiene también la vida divina accidental con carácter social, que procede de la gracia capital con la que se santifica como Cabeza del Cuerpo Místico.

4. Y tiene, como hemos dicho, la vida humana, biológica y psicológica.

La incorporación que se realiza en la Eucaristía es *la incorporación a la vida de Cristo Cabeza*. El cristiano cuando comulga recibe la vida o la gracia que desciende de Cristo Cabeza y por eso se hace miembro suyo. Sólo la gracia capital es comunicable, o mejor, sólo ésta es la que hace la incorporación.

Por tanto, la unión del hombre con Cristo en la Eucaristía, esa unión intimísima que Él reveló: *Quien me come vivirá por Mi* (Jn 6, 57), que es efecto propio de la Eucaristía,

– no es unión hipostática,

– no es unión sustancial,

– no es cualquier modo de unión física,

– sino que más bien es unión moral por el aumento de la gracia santificante y principalmente por la caridad que nos une a Cristo. De tal manera que, por esa caridad permanezcamos en Él con la voluntad y el afecto, viviendo por Él como Él vive por el Padre. Dice un autor: «Nuestra unión con Él no confunde las personas, ni mezcla las sustancias, sino que aúna los afectos y hace comulgar las voluntades».

Esta unión del hombre con Cristo se obtiene principalmente por el amor, que encierra así una poderosa fuerza unitiva y transformativa del amante en el amado y que es, por lo mismo, la perfección y la consumación de la vida cristiana. Dice San Juan en su primera carta: *Dios es amor y el que vive en el amor permanece en Dios y Dios en Él* (1Jn 4,16). Por eso, con toda razón se llama a la Eucaristía **el sacramento del Amor**.

Artículo 5º. La Eucaristía, fin y principio de todos los sacramentos

Así lo enseña el Pseudo Dionisio: «Es el fin y la consumación de todos los demás sacramentos»[702];

– Santo Tomas de Aquino: «Es el más excelente de todos los sacramentos»[703];

– El Concilio Vaticano II: es «Fuente y cumbre de toda la vida cristiana»[704] o sea, *fuente* por ser principio y *cumbre* por ser fin; «Los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado, están íntimamente trabados con la sagrada Eucaristía y a ella se ordenan»[705]. El Concilio cita en nota a Santo Tomás: «La Eucaristía es como la consumación de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos»[706].

– El Catecismo de la Iglesia Católica reitera esta doctrina: «La Eucaristía es "fuente y cima de toda la vida cristiana". "Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua"»[707].

La Eucaristía, es fin de los sacramentos por tres razones principales:

1. Por razón de lo que contiene;

2. Por la ordenación de los sacramentos entre sí;

3. Por los ritos sacramentales.

---

[702] *Jerarquía eclesiástica,* 3, 1.
[703] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 65, 3, c.
[704] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 11.
[705] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 5.
[706] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, a 3 c.
[707] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1324; cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 65, 3, ad 1; 79, 1; 79, 1, ad 1.

* * *

1. Por razón de lo que contiene, ***la Eucaristía es fin de los sacramentos, porque contiene sustancialmente al mismo Cristo.*** Los demás sacramentos sólo contienen una virtud instrumental recibida de Cristo por participación y, como el ser por esencia es más excelente que el ser por participación, la Eucaristía es más excelente que los demás sacramentos.

* * *

2. Por la ordenación de los sacramentos entre sí, ***la Eucaristía es fin de los sacramentos,*** porque todos los sacramentos están ordenados a la Eucaristía como a su fin. Por ser la Eucaristía el fin de todos los sacramentos, de alguna manera, está en todos los sacramentos, ¿de qué manera? como el fin está en los medios que a él conducen. Repasemos:

– el Orden tiene por fin la consagración de la Eucaristía;

– el Bautismo, la recepción de la Eucaristía;

– la Confirmación perfecciona al bautizado para que el respeto humano no le retraiga de acercarse a tan excelso sacramento;

– la Penitencia y la Unción de los enfermos disponen al hombre para recibir dignamente el cuerpo de Cristo;

– el Matrimonio representa el lazo indisoluble de Cristo con su Iglesia, cuya unión se significa y se causa en la Eucaristía. *Gran misterio este del matrimonio; pero entendido de Cristo y de la Iglesia* (Ef 5, 32).

* * *

3. Por los ritos sacramentales, **la Eucaristía es fin de los sacramentos,** porque la administración de casi todos los sacramentos se completa, se consuma, con la Eucaristía; lo cual puede apreciarse en todos los rituales de los otros sacramentos.

De ahí que «el bien común espiritual de toda la Iglesia se contiene sustancialmente en el mismo sacramento de la Eucaristía»[708].

Artículo 6º. Consumación de los otros sacramentos

La Eucaristía no sólo es fin de los demás sacramentos, sino que también es la *consumación* de los mismos. ¿Qué quiere decir *consumación?* Quiere decir perfección, plenitud, coronamiento. Aún podemos decir, *consummatio* es el acto de perfeccionar alguna cosa. La Eucaristía es el sacramento–sacrificio que lleva a su perfección el orden sagrado, el bautismo y la confirmación, la confesión y unción de los enfermos, el matrimonio.

De hecho, todos los sacramentos se ordenan a la Eucaristía, y la Eucaristía no se ordena a ningún otro sacramento: «No ordena a obrar o a recibir algo ulterior ni como agente ni como recipiente en el orden sacramental»[709]. Por eso no imprime carácter en el cristiano.

Pero no se crea que por no imprimir carácter sacramental, deja de ordenarse al culto divino. Más aún, se ordena *eminentemente* al culto divino.

En rigor los sacramentos de la Nueva Ley se ordenan a dos fines, que son: 1º. el remedio del pecado y 2º. al culto divino. Todos los sacramentos tienen en común suministrar remedio al pecado al dar la gracia santificante. Pero no todos están ordenados directamente al culto divino, como la penitencia que no le añade al hombre nada nuevo para el culto divino, sino que lo restablece en el primer estado.

Los sacramentos se ordenan al culto divino de tres maneras:

1. por la misma acción sacramental;

2. proveyendo al culto de agentes (los sacerdotes);

---

[708] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 65, 3, ad 1: «*bonum commune spiritale totius Ecclesiae continetur substancialiter in ipso Eucaristiae sacramento*».

[709] *Ibidem*, III, 63, a. 6.

3. proveyéndole de sujetos pasivos (*recipientes),* los bautizados.

La Eucaristía es el sacramento que dice relación directa al culto divino en la misma acción sacramental y por contener al Sumo Sacerdote. Dicho con palabras de Santo Tomás: «Dice relación directa al culto divino en la misma acción... en la cual consiste, principalmente, el culto divino, por cuanto ella es el sacrificio de la Iglesia. ...(y además) contiene a Cristo mismo, quien no tiene carácter (sacerdotal), sino la plenitud absoluta del sacerdocio»[710].

Artículo 7º. La Eucaristía, principio vivificante de los otros sacramentos

Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, ***no tendréis vida en vosotros*** (Jn 6,53).

Además de los *efectos particulares* que tiene la Eucaristía, el principal de los cuales es la *gracia cibativa*, tiene, también, un *efecto general,* como sacramento que se relaciona con los otros, como fin de todos ellos, como su consumación y como principio vivificante del que depende la eficacia de todos los demás.

Hay muchas especies morales de gracia: el bautismo y la penitencia regeneran; la confirmación robustece; el orden sagrado y el matrimonio son gracia de estado. Todas estas gracias tienen un elemento que santifican al hombre, o sea, ***lo vivifican, lo sobrenaturalizan, lo divinizan.*** El bautismo y la penitencia quitan el pecado y dan la vida; la confirmación robustece, pero aumentando la vida; el orden y el matrimonio dan la gracia de estado que da vida a quienes los reciben en relación al cumplimiento de los deberes de estado.

El elemento vivificante es efecto del sacramento de la Eucaristía. Por eso: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre,* ***no tendréis vida en vosotros*** (Jn 6,53).

No hay modo de vivificarnos con la vida sobrenatural sino a

[710] *Ibidem*, III, 63, a. 6.: «*tota sacerdotii plenitudo*».

través de la Eucaristía. Dice Santo Tomás: «La Eucaristía tiene por sí misma poder para dar la gracia, de tal modo, que nadie tiene la gracia antes de recibir la Eucaristía al menos en deseo; en deseo personal como los adultos, en deseo de la Iglesia como los niños ... Es tal la eficacia de su poder, que con sólo su deseo recibimos la gracia, con la que nos **vivificamos espiritualmente**»[711]. Hace crecer y perfeccionar la vida espiritual, para que el hombre en sí mismo sea perfecto por la unión con Dios.

De lo dicho se desprende que la Eucaristía se recibe *in voto* real cuando se recibe cualquier otro sacramento (el deseo o voto de la Eucaristía está objetivamente incluido en todos los otros ritos sacramentales). «La recepción de todos ellos viene a ser como preparación para recibir o consagrar la Eucaristía»[712]. La Eucaristía es el fin de todos los sacramentos y está en todos, como el fin está en los medios que a él conducen.

Por eso decía San Agustín: «No penséis que los niños no pueden tener la vida por estar ayunos del Cuerpo y la Sangre de Cristo»[713]. «No cabe dudar de que los fieles se hacen partícipes del Cuerpo y la Sangre del Señor cuando en el bautismo se hacen miembros del cuerpo de Cristo. Y no están alejados del consorcio del pan y del cáliz, aún en el caso de que no lo coman ni lo beban, si dejan el mundo estando ya constituidos en la unidad de este cuerpo»[714].

Dice Santo Tomás que: «A este sacramento pueden asignarse los efectos de todos los sacramentos, en cuanto que es la perfección de todo sacramento, teniendo como en principio y plenitud (o como en síntesis y en suma) todo lo que los otros sacramentos contienen particularmente»[715].

---

[711] *Ibidem*, III, 79, a 1, ad 1.

[712] *Ibidem*, III, 73, a 3.

[713] *Contra pelagianos,* 1, 22.

[714] PS–BEDA, *In 1Cor* 10,17*;* cfr. GRACIANO, *Decretum,* 3, 4, cn 131 «*Nulli est*».

[715] *In Sent.* 4, 8, 1, 2; 2 ad 4: «*Ad quartum dicendum quod sacramentum habet omnem suavitatem, inquantum continet fontem omnis gratiae, quamvis non ordinatur eius usus ad omnes effectus sacramentalis gratiae. Vel dicendum, quod etiam quantum ad effectum habet omnem suavitatis effectum in reficiendo, quia hoc solum sacramentum per modum refectionis operatur. Vel dicendum –secundum Dionysium in De eccles. Hier. cap. ult.– quod omnium sacramentorum effectus huic sacramento possunt ascribi, inquantum perfectio est omnis sacramenti, habens quasi in capitulo, et*

Por tanto, «es necesario concluir que la Eucaristía es un sacramento general; **contiene lo de todos, hace lo de todos, actúa en todos**. No se compara con ellos como uno de tantos sólo, sino, además, como el primero, principal y universal»[716].

Por tanto la Eucaristía es el principio vivificador de todos los demás sacramentos, como enseñó la Verdad Encarnada: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre,* ***no tendréis vida en vosotros*** (Jn 6,53).

Artículo 8º. Causa el que alcancemos la gloria

El que come este pan vivirá eternamente (Jn 6, 51). La vida eterna es la vida de la gloria, luego este sacramento nos da la gloria del cielo.

Canta la liturgia:

> «*¡Oh sagrado convite!, en el que se recibe a Cristo,*
> *se renueva la memoria de su Pasión,*
> *el alma se llena de gracia*
> *y se nos da la prenda de la vida futura*»[717].

Prenda, es decir, que la Eucaristía sirve de seguridad y firmeza para alcanzar la vida eterna.

Enseña Trento: Cristo «quiso fuese prenda de nuestra futura gloria y de nuestra eterna felicidad»[718]. León XIII: «Es causa y prenda a la vez de la divina gracia y de la gloria celestial, y esto no sólo para el alma, sino también para el cuerpo»[719]. En el concilio Vaticano II se reitera esta doctrina: «El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza (del cielo) y alimento para el camino en

---

summa omnia quae alia sacramenta continent singillatim».

[716] EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.,* III, 79, tomo XIII, ed. cit., 672. El resaltado es nuestro.

[717] cfr. De la Fiesta del Corpus Christi.

[718] CONCILIO DE TRENTO, DH 1638.

[719] LEÓN XIII, *Carta encíclica* «*Mirae caritatis*», n. 12, ed. cit., 667.

aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial»[720].

¿Por qué razones?

1. Porque contiene al mismo Cristo, que con su muerte nos abrió las puertas del cielo.

2. Porque conmemora y nos aplica de manera especial la Pasión, de allí que Cristo: *Por eso es mediador de una nueva Alianza; para que, interviniendo su muerte para remisión de las transgresiones ..., los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida* (Heb 9, 15). Por eso en la forma de la consagración del Sanguis se dice: «*Éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza nueva y eterna*».

3. Porque se nos ofrece a manera de comida espiritual, que nos da fuerza para perseverar en el bien y así poder alcanzar la Patria del cielo.

4. La unidad del Cuerpo místico la produce este sacramento, y por virtud de él mismo se consumará en la sociedad perfecta de los santos en el Cielo.

¡Prenda de la gloria futura! ¡Prenda! como si dijéramos: ***resguardo, seguro, garantía, aval, fianza, seguridad,*** éste es otro efecto de esta maravilla sin par que es la Eucaristía.

Artículo 9º. La resurrección, efecto de la Eucaristía

Decíamos que la Eucaristía es prenda de la vida eterna. Pero para

---

[720] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes»*, 38; *Constitución sobre la Sagrada Liturgia «Sacrosanctum Concilium»*, 47; *Decreto sobre el Ecumenismo «Unitatis Redintegratio»*, 15.

llegar a la gloria plena, se supone como paso previo, la resurrección corporal.

1. ***En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros*** (Jn 6,53).

Ciertamente que esta vida que da la Eucaristía es la vida de la gracia, es la vida del alma. Pero, esta misma vida, postula la permanencia del sujeto en quien se asienta, y sin el que ella no puede existir. Por eso la gracia cristiana tiene como efecto el conducir a los cristianos a la inmortalidad, no evitando la muerte, pero si conduciendo a la resurrección.

Dicho en otras palabras, la gracia conduce al hombre a la vida inmortal, dado que éste debe morir, lo conduce resucitándolo. Y como la parte vivificadora de la gracia procede de la Eucaristía, se sigue que la Eucaristía es el principio vivificante del que procede la resurrección.

2. El Señor expresamente liga la resurrección a la Eucaristía: ***El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día*** (Jn 6,54). Estas palabras confirman lo que acabamos de decir. La gracia tiende a perpetuar la vida de quien la tiene; se tiene por la Eucaristía, luego, ésta perpetua la vida del cristiano; ahora la perpetuación no se hace con la inmortalidad, luego se perpetúa la vida del hombre con la resurrección.

3. Cristo resucitado es causa de nuestra resurrección[721]; es para nosotros *espíritu vivificador* (1Cor 15, 45). El Cristo de la Eucaristía es justamente el Cristo Resucitado. El pone en quien lo recibe un germen o principio de inmortalidad, del que procede la resurrección.

4. Por la comparación que hace San Pablo entre Adán y Cristo. El primero trajo al mundo el pecado y la muerte, el segundo la gracia y la vida. Para que la antítesis sea perfecta, es necesario que la vida de que habla el Apóstol no sólo sea la de la gracia, sino también la natural.

---

[721] cfr. 1Cor 15,20–21.

En la Eucaristía nos da la vida de la gracia, y nos deja además una raíz de vida natural, raíz que germinará mediante la resurrección.

Dice San Agustín: «Desean los hombres comer y beber para no tener hambre ni sed, y esto, en realidad, no lo dan más que esta comida y esta bebida, con los que quienes las toman se hacen **incorruptibles e inmortales** en la sociedad de los santos, en donde hay paz y unidad plenas y perfectas»[722].

Artículo 10º. La Eucaristía da la vida eterna

Nos preguntamos si la Eucaristía nos hace alcanzar la gloria.

Pareciera que no, porque el efecto es proporcionado a la causa. Y siendo este sacramento propio de viadores (de ahí que se lo llame «viático»), quienes todavía no son capaces de la gloria, pareciera que la Eucaristía no cause la gloria.

A esto hay que decir varias cosas:

1. Este sacramento obra en virtud de la Pasión de Cristo que es causa suficiente de la gloria.

2. Es causa suficiente de la gloria, pero no de tal manera que seamos inmediatamente introducidos en la gloria. Antes bien, es necesario que primero *padezcamos juntamente* con Cristo (Ro 8,17), para después ser *glorificados juntamente* con Él (Ro 8,17).

3. De manera semejante, la Eucaristía no nos lleva inmediatamente a la gloria, aunque sí nos da el poder llegar. Por eso se llama «viático».

4. Figura de la Eucaristía fue el pan subcinericio (el cocido en el rescoldo o debajo de la ceniza) y el agua que Elías *comió y bebió y anduvo con la fuerza de aquella comida cuarenta días y cuarenta*

[722] *In Jo* 6, 56, tr. 26.

noches, hasta el monte de Dios, Horeb (1Re 19,8).

Artículo 11º. La Comunión frecuente

Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica[723]: «Es conforme al sentido mismo de la Eucaristía que los fieles, con las debidas disposiciones, comulguen cuando participan en la Misa: "se recomienda especialmente la participación más perfecta en la Misa, recibiendo los fieles, después de la comunión del sacerdote, del mismo sacrificio, el cuerpo del Señor".

La Iglesia obliga a los fieles "a participar los domingos y días de fiesta en la divina liturgia" y a recibir al menos una vez al año la Eucaristía, si es posible en tiempo pascual, preparados por el sacramento de la Reconciliación. Pero la Iglesia recomienda vivamente a los fieles recibir la santa Eucaristía los domingos y los días de fiesta, o con más frecuencia aún, incluso todos los días».

[723] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1388.1389.

Rito de conclusión

Rito de despedida

Tiene dos partes: el saludo y la bendición del celebrante[724] y la despedida propiamente tal[725].

El saludo expresa el deseo de que los misterios celebrados influyan, con el auxilio divino, en la vida de quienes han participado en ellos.

La despedida implica a los fieles y al altar. En relación a los fieles, se les dice: «*Ite, missa est*», en la liturgia romana (o similares). La despedida del altar la hace el sacerdote besándolo e inclinando la cabeza, en señal de reverencia.

Ya había pedido el sacerdote que las oraciones del pueblo y del sacerdote, los sacrificios espirituales, sean presentados a Dios por el ángel asistente a los divinos ministerios. *Y por mano del Ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos* (Ap 8,4) y por él las «envía». Por todo esto se denomina «missa». Ya que el sacerdote «envía» (mittit) a Dios sus ruegos con el ángel, como el pueblo los manda por el sacerdote.

También por ser Cristo la Víctima «enviada» (*missa*). Por eso la despedida al pueblo diciendo: «*Ite, missa est*», como diciendo: «Podéis iros, la Víctima ya se ha enviado» a Dios por el ángel para que Dios la acepte. San Alberto Magno dice: «*Ite, missa est*» como si dijera: La Hostia –la Víctima– y nosotros en la Hostia –missa est– está enviada al Padre: Id con el aumento de virtudes como incorporados a la Hostia y enviados –missi– a Dios. Y el coro responde: «*Demos gracias a Dios*», porque ésa es la gracia cumbre de la que el mismo Hijo dio gracias al Padre en tan alto sacramento. Dice textualmente Santo Tomás: «Por todo esto se denomina "*missa*", ya que el sacerdote «envía» a Dios sus ruegos

[724] cfr. OGMR 57.
[725] cfr. OGMR 57.

con el ángel, como el pueblo los manda por el sacerdote. Tal vez también por ser Cristo la víctima «enviada». ... (se) licencia al pueblo diciendo: «Id, la Hostia se ha enviado» a Dios con el ángel para que la acepte»[726].

El ofrecer –enviar– implica una santificación de lo ofrecido –una bendición descendente– («te pedimos ... que aceptes y bendigas estos dones»). La despedida va unida a una bendición (descendente) de ahí que se considera bendición descendente y juntamente como «*missa*» todo el conjunto de la Eucaristía: «Para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, seamos colmados de gracia y bendición».

También, puede verse más que como despedida, como una invitación a prolongar la Misa en la vida diaria, como si dijese: «Id sois enviados a prolongar la Misa con vuestra vidas»; a vivir la vida de todos los días como una misión («*missio*»), para extender el Reino de Dios en la tierra por medio del testimonio y del apostolado, luego de haber sido fortalecidos por la participación en el Sacrificio de la cruz y haber recibido la Víctima divina, como dijese: «Id, sois enviados a la misión para llevar a Cristo a todo hombre y a todas las manifestaciones del hombre».

[726] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, 4, ad 9.

Final

Al terminar de escribir este libro sobre un tema tan apasionante y tan difícil[727] como la Eucaristía, no puedo no pensar como Santo Tomás luego de su experiencia en la Misa del día de la fiesta de San Nicolás, el 6 de diciembre de 1273, cuando dejó de escribir: «Todo lo que he escrito me parece como pasto seco...» en comparación con la realidad[728]. ¡Y eso que era nada menos que Santo Tomás!

Como él pongo bajo el juicio actual o futuro de la Iglesia jerárquica todo lo escrito, aceptando, de manera anticipada las posibles censuras, retractándome desde ya de mis errores y condenándolos.

Las consideraciones acerca de la Sagrada Eucaristía que hemos realizado, en más de 100 aspectos, perspectivas, enfoques o como quiera llamárseles, hablan a las claras de la realidad poliédrica del augusto misterio y del equilibrio teológico que hay que tener para no desdibujar, en ningún aspecto, la grandeza de la realidad del misterio que nos causa asombro y estupefacción adorante.

El sacrificio de la Misa es el abrazo gigantesco de la infinita misericordia de Dios con la inmensa miseria de los hombres[729] y es la más rotunda y contundente afirmación de que «todo lo que existe es bueno, y es bueno de que exista»[730], que es el fundamento insoslayable de toda fiesta. Es común escuchar a los feligreses: «fue algo distinto», «se sentía uno en otro mundo», «me parecía estar en el cielo» ... porque en el fondo se capta el mundo verdaderamente «distinto» y absolutamente «nuevo» de la majestad de Dios[731]. Platón llamaba a la fiesta un «respiro»[732]. Un grande como San Juan Crisóstomo decía: «Fiesta es alegría y nada

---

[727] SAN BUENAVENTURA, *IV Sent.,* 8, I, 1: «*Inter credibilia difficillimum»,* entre lo que hay que creer es la verdad más difícil, dificilísima.

[728] cfr. JAMES ATANASIO WEISHEIPL, *Tomás de Aquino* (Editorial EUNSA, Pamplona 1994) 367.

[729] cfr. AA.VV., *I Sacramenti* (Città del Vaticano 1959) 521.

[730] JOSEF PIEPER, *Una teoría de la fiesta* (Rialp, Madrid 1974) 36.

[731] *Ibidem*, 15–16.

[732] *Leyes,* 653 d 2: *anápula.*

más»[733], la alegría es la manifestación del amor y: «Donde se alegra el amor, allí hay fiesta»[734]. La fiesta vive de la afirmación y es fiesta cuando el hombre reafirma la bondad del ser mediante la respuesta de la alegría. De allí que «no puede darse una afirmación más radical que la glorificación de Dios, que la alabanza del creador de ese mismo mundo; no puede pensarse una aprobación del ser más intensiva, más incondicional. Si el núcleo de la fiesta consiste en que los hombres viven corporalmente su compenetración con todo lo que existe, entonces es el acto del culto, la fiesta litúrgica, la forma más festiva de la fiesta»[735]. «Es decir, de hecho, un "decir sin límites: sí y amén"»[736], es el repetido grito de júbilo: *¡Aleluya!,* «el alado imperativo», del hebreo *Hal.lelú–Yah = ¡Alabad al Señor!*[737]. ¡Eso es la Misa!

El culto católico «es realmente la realización de un asentimiento expresado como alabanza, glorificación, acción de gracias y referido a toda realidad y a toda existencia»[738].

Es aquello profetizado por el Señor: *Viene la hora, y es ahora, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad... Dios es Espíritu, y los que lo adoran, es necesario que lo adoren en espíritu y en verdad* (Jn 4,23.24).

Comenta Santo Tomás:

1. «...cuando dice *verdaderos,* se oponen a tres cosas, según la exposición antedicha: primero contra el falso rito de adoración de los Samaritanos (Ef 4,25: *abandonando la mentira, hablad la verdad*); segundo, contra lo vano y transitorio que había en las ceremonias carnales (Sal 4,3: *¿por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira?*); tercero, contra lo figurado (Jn 1,17: *la gracia y la verdad fue hecha por Cristo*...).

2. Se entiende ...por eso de *en espíritu y verdad*, que se indica

---

[733] *De sancta Pentecoste,* hom. 1; MG 50, 455.
[734] cit. en LUIS THOMASSIN, *Traité des Festes de l'Église,* II (París 1683) 21; PIEPER, *Una teoría de la fiesta*, ed. cit., 33.
[735] JOSEF PIEPER, *Una teoría de la fiesta*, ed. cit., 42.
[736] *Ibidem*, 48.
[737] cfr. ISIDRO GOMÁ CIVIT, *El Magníficat* (BAC, Madrid 1982) 43.
[738] JOSEF PIEPER, *Una teoría de la fiesta*, ed. cit., 49.

la condición de la verdadera adoración. Para que la adoración sea verdadera, se necesitan dos cosas:

– Una que sea espiritual: por ello dice *en espíritu,* es decir, en fervor de espíritu (1Cor 4,15: *oraré en espíritu, oraré con la mente*).

– La otra que sea *en verdad*. Primero, por la fe, porque ningún fervor espiritual es apto para merecer si no se adjunta la verdad de la fe (Sant 1,6: *pida en fe sin hesitación*). Segundo, en verdad, es decir, sin ficción ni simulación[739].

Por lo tanto, para la misma oración se requiere el fervor de la caridad respecto de lo primero, y la verdad de la fe respecto de lo segundo, y la rectitud de intención en cuanto a lo tercero... ...Dios busca quienes lo adoren en espíritu y verdad, tanto en el fervor de la caridad como en la verdad de la fe... (Dt 10,12: *ahora, Israel, qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y camines en sus caminos, y lo ames, y sirvas al Señor Dios tuyo con todo tu corazón...*; Mi 6,8: *Te indicaré, hombre, qué es bueno y qué te pide Dios: que hagas justicia, y ames la misericordia y camines solícito con tu Dios*) ... Dios tanto nos ama cuanto nos asimilamos a Él; pero no nos asimilamos a Él por lo carnal, dado que es incorpóreo, sino según lo espiritual, porque Dios es espíritu»[740].

Nunca debemos presentarnos al altar con las manos vacías: *No te presentarás ante mí con las manos vacías* (Ex 23,15; 34,20; Sir 35,6), sino llenas de buenas obras que son los frutos de virtud: «La vida moral es un culto espiritual. Ofrecemos nuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios en el seno del Cuerpo de Cristo que formamos y en comunión con la ofrenda de su Eucaristía. En la liturgia y en la celebración de los sacramentos, plegaria y enseñanza se conjugan con la gracia de Cristo para iluminar y alimentar el obrar cristiano. La vida moral, como el

---

[739] cfr. Mt 6,5. (En el Misal norteamericano se traduce en el *'Quam oblationem'* : *«an offering in spirit and in truth»*; *The Roman Misal*, New York, 1985, 544. En italiano: *«in sacrificio spirituale e perfecto»*; *Messale Romano*, CEI, 2da. ed. 1983, p. 387).

[740] *In Ioannem* IV, 23–25, Marietti 611–615.

conjunto de la vida cristiana, tiene su fuente y su cumbre en el sacrificio eucarístico»[741].

Por eso, el sacerdote, luego de la presentación de los dones, inclinado delante del altar, en actitud oblativa, se presenta y pide: «Con humildad y corazón contrito nos presentamos ante ti, Señor; recíbenos y acepta con agrado el sacrificio que hoy te presentamos»[742]. Alguno podrá decir: «Me resulta difícil asimilar tanta doctrina y luego vivirla en la Misa»; ciertamente que, de hecho, es mucho más simple la participación en la Santa Misa: se trata de mantener la fe y disposiciones interiores de pureza, asombro, entusiasmo, humildad, confianza, amor... que teníamos el día de nuestra Primera Comunión. ¡Así de simple!

Como decía San Pío de Pietrelcina: «El mundo podría estar aún sin sol, pero no sin la Santa Misa»[743].

Que la Virgen Inmaculada con paciencia de madre y sabiduría de maestra nos acompañe en nuestro eucarístico peregrinar.

---

[741] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2031; cfr. 1368.

[742] MISAL ROMANO, 22.

[743] SAVERIO GAETA, *Padre Pío sulla soglia del Paradiso*, cap. «Como un ostensorio vivente», p. 78; publicado como suplemento de la revista *Famiglia cristiana,* Anno LXXII, n. 24, 16 de junio de 2002.

Epílogo

1. La historia de nuestra relación personal con Jesucristo Sacramentado

Venid y ved (Jn 1,39).

A manera de introducción me pareció conveniente llamar la atención sobre un aspecto muy importante de nuestra vida como consagrados, más bien un aspecto esencial de nuestro ser sacerdotal, de nuestra vida religiosa y cristiana. ¿Cuál es ese aspecto? **Nuestra relación personal e íntima con Jesucristo Sacramentado**.

Los sacerdotes vivimos en contacto permanente con Jesucristo Sacramentado. Celebramos la Misa a diario, distribuimos el Cuerpo y la Sangre del Señor a millares de personas, muchas veces debemos llevar el Viático a los enfermos, tantas veces más debemos ingresar al Templo y pasar por delante del Señor en el Sagrario y, si vivimos en fidelidad a nuestro trabajo más importante, muchas horas de nuestra vida pasan delante del Santísimo ya sea en momentos de adoración, meditación, contemplación...

Lo mismo se puede decir de la vida del seminarista, o del religioso o de la religiosa o del fiel cristiano laico. La obra más importante de la jornada de un consagrado sin lugar a dudas es la participación en el Sacrificio Eucarístico. Pero durante la jornada de un religioso hay otros momentos de contacto directo y personal con el Señor en el Sagrario: las visitas al Santísimo Sacramento, la adoración eucarística, que tantas bendiciones nos ha traído y que por eso en nuestra familia religiosa es costumbre realizarla a diario, etc. En resumidas cuentas, **toda nuestra vida está marcada por un contacto asiduo con la Eucaristía**. De ahí la necesidad de que nos sumerjamos en la meditación de este misterio, y la necesidad de que siempre profundicemos, más y mejor, en nuestra fe en la presencia verdadera, real y sustancial de Jesucristo en el Sacramento eucarístico.

Y para comenzar a sumergirnos ahora en la meditación de este misterio, varias veces vamos a repetir, a modo de estribillo, una frase del Papa Inocencio III que sintetiza espléndidamente lo que implica nuestra fe eucarística: «Se cree otra cosa de lo que se ve y se ve otra cosa de lo que se cree»[744]. Por eso, ¡***mysterium fidei***! ¡***Misterio de la fe***!

Este sacramento es un misterio de la fe, y como tal lo proclamamos en la Santa Misa cuando, finalizada la consagración, cantamos o decimos: «¡***Éste es el misterio de la fe***!». Creer en la Eucaristía no te lo da *ni la carne ni la sangre* (Mt 16,17), ni la tradición familiar, ni el catequista, ni nuestra capacidad intelectual, ni nuestra virtud... ¡creer en la Eucaristía es un don del Padre Celestial!

No hay nada más simple, y al mismo tiempo, nada más complejo que la fe en la Eucaristía. Pero de esta «simplicidad» y «complejidad» de nuestra fe eucarística trataré luego.

I

Ahora, a manera de «*captatio benevolentiae*», quiero hablarles de mi pequeña historia de la fe en la Eucaristía, que debe ser muy parecida a la de todos ustedes. Pienso que puede resultar de mucho provecho que cada uno reconstruya su propia historia, la historia personal de su fe en la Eucaristía. Y para orientarles al respecto, me tomo la libertad de hacer mi historia personal porque –como dije– pienso que debe ser muy parecida a la de ustedes.

De mi niñez recuerdo que ya desde antes de los 4 años mi madre me llevaba con ella a Misa en la Parroquia San Bartolomé Apóstol, de Chiclana y Boedo, en la Ciudad de Buenos Aires, y en la Misa había algo que siempre me llamaba la atención: ¡las campanillas! Cuando sonaban, sólo sabía que pasaba algo «fuera de lo común». Mi idea a esa edad era que la Misa era algo «grande», «sagrado». Yo no conocía entonces la palabra «sagrado». Me llamaba la atención que al sonido de las campanillas todo el mundo se arrodillaba. Mi mamá me había

[744] DH 782.

enseñado que en ese momento había que inclinar la cabeza, pero yo miraba –por debajo del apoya brazos del banco de la iglesia, en el que tenía puestas las manos– hacia delante, hacia el altar, como queriendo saber qué cosa era eso grande que pasaba allí. Y, que yo sepa, nunca en mi vida dejé de tener la certeza más inconmovible de que allí, en el altar, pasaba algo grande, muy grande, inconmensurablemente grande.

Fueron pasando los años y comencé a prepararme para la Primera Comunión. Me invitó mi amigo Roberto Destéfano, con quien hicimos los siete años del colegio primario siempre juntos. Tuve solamente tres meses de Catecismo de las 93 preguntas. La que me parecía simplemente grandiosa era la que enseñaba que Jesús está en la Eucaristía: «Verdadera, real y substancialmente». Por supuesto que no sabía explicar lo que querían decir cada una de esas palabras, pero lo que entendía es que ¡sin dudas allí estaba presente Jesús! El Párroco, P. Pedro Raúl Luchía Puig, que lo fue por 27 años, era quien nos explicaba el Catecismo. Una vez, el Padre comenzó a explicar las imágenes de cada altar: «Éste es San... ; esta otra imagen representa a San... ». Y le habían faltado explicar dos que a mí me llamaron, siempre, particularmente, la atención. Levanté la mano y le pregunté: «¿Y aquellos dos?». ¡Eran San Pedro y San Pablo! Creo que desde ahí me enamoré de ellos. El uno, con sus llaves y, el otro, con su espada.

Una vez explicó el milagro de la curación del paralítico. No tenía ni la menor sombra de duda sobre la realidad del milagro, pero viendo la altura del techo del templo, me pareció muy loco hacerlo descender al paralítico desde tantos metros de altura y un milagro que no se hubiese caído. Claro, yo no sabía que los techos de las sinagogas eran bajos.

Así llegó el día de la Primera Comunión, inolvidable. Fue un 8 de diciembre de 1949, día de la Inmaculada Concepción. La mayoría de las vocaciones Dios las inspira el día de la Primera Comunión, en el día de ese primer contacto directo con el Señor. Yo estoy convencido de esto.

En aquella época el tiempo de ayuno eucarístico para comulgar era mucho más largo; no era tan solo una hora, sino desde las 12

de la noche. Y estaban especificadas todas las cosas que rompían el ayuno. Antes de la Misa me vino la duda de si había roto el ayuno por haberme lavado los dientes con dentífrico, porque sentía su gusto, ¡como si el dentífrico fuera alimento!

Ese día todo era una novedad. Estaba vestido de traje azul de pantalones cortos, camisa blanca con un cuello de plástico duro que se enganchaba con una especie de gemelo de donde colgaba una corbata blanca, con un moño blanco hermoso en el brazo derecho, medias blancas hasta debajo de la rodilla, estrenaba unos zapatos de charol negro –que se lustraban con manteca– que me hacían doler los pies, y había una cosa que ahora podría resultar incomprensible: ¡llevaba puestos, por primera y única vez en mi vida, unos guantes blancos! Antes de salir de casa, mi padrino y madrina me habían regalado mi primer reloj, marca «Tomasi», que llevaba orgulloso en la muñeca izquierda y resonaban en mis oídos la advertencia: «No lo vayas a perder». Además del incordio de los guantes, llevábamos en las manos: un rosario blanco, el libro de la Primera Comunión de tapas de nácar que habían usado mis primos; en la Parroquia el párroco nos regaló el librito «El tesoro del cristiano» y nos dieron el folleto «La Misa dialogada», para seguir la Santa Misa. Y en una bolsita blanca teníamos las estampitas recuerdo de la 1ra. Comunión, que luego serviría para poner las monedas que nos regalarían los parientes, amigos y conocidos que habríamos de visitar. Todo muy incómodo, pero ¡yo era muy feliz! Todas aquellas cosas contribuían a que uno percibiera que lo que iba a realizar era algo «grande», «fuera de lo común», algo de lo que no me habría de olvidar nunca.

Varias veces los niños o niñas de catecismo habíamos practicado los cantos y la ceremonia. Estábamos muy bien preparados. Niños y niñas representando ángeles eran los encargados de guiarnos en fila hacia el comulgatorio, donde de rodillas recibiríamos el Santísimo Sacramento ¡Hacían las cosas bien! Y así se deben organizar las cosas, con esmero, con anticipación, cuidando los detalles…

Allí llegó el momento esperado, a voz en cuello todos cantábamos, con bríos, el hermoso canto:

«Oh, santo altar, por ángeles guardado,
yo vengo al fin, con júbilo a tus pies.
Aquí mi Dios, de mí tan deseado,
se ofrece a mí por la primera vez.
Hora feliz en que el Señor del cielo,
se ofrece a mí por la primera vez,
por la primera vez, por la primera vez».

Nos dirigimos al comulgatorio, allí nuestro viejo Párroco mostrándonos la Hostia y haciendo con ella sobre nosotros una señal de la cruz, nos dijo: «*El Cuerpo de Cristo guarde tu alma para la vida eterna*». Respondimos ansiosos: «*Amén*». Y recibimos por primera vez el Cuerpo, Sangre, Alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo. ¡Un momento inefable! Volvimos a los bancos, nos arrodillamos para hablar con Jesús y allí desapareció de mi mente traje, zapatos, cuello, reloj, libros... todo eso era nada en comparación con Jesús, que estaba cerca de mi corazón... y lo amé, le di gracias, y le pedí por muchas cosas... (¡Hace más de 50 años que ocurrió eso y me parece que fue ayer! ¡Ni los pequeños detalles se borraron de mi mente!).

Otro gran momento fue la Segunda Comunión, el 6 de enero siguiente. Ese día se entregaba el diploma firmado por el Párroco, un diploma de Recuerdo de la Primera Comunión, como hasta hoy en muchas partes se acostumbra. Hay costumbres muy hermosas con respecto a la Primera Comunión en cada país. Por ejemplo, en Polonia hay una octava posterior al día de la Primera Comunión. Durante ocho días los niños se acercan a la Iglesia a recibir la Comunión con sus trajes de 1ra. Comunión y cantan por las calles.

Poco tiempo después de mi Primera Comunión comencé a ayudar a Misa como monaguillo en mi parroquia. Me enseñó a ser monaguillo mi amigo que luego fuera el Padre Carlos Alberto Lojoya, cuando tendríamos unos 9 años. En aquel entonces las Misas eran siempre en latín y siempre en la mañana y había que madrugar para participar de ellas. Ayudar a Misa era algo que me agradaba tanto que algunas veces mi papá me castigaba por alguna travesura no dejándome ir a ayudar a Misa. ¡Y cómo uno por ser monaguillo fue aprendiendo el amor, el respeto por Jesús Sacramentado! Ayudábamos en las Misas, en las Bendiciones

Eucarísticas, en los funerales, en los bautismos, en los casamientos… Tuve problemas para aprender la respuesta en latín al «*Orate fratres…*»[745]. Un viejo monaguillo me dio la solución salvadora –por un tiempo– cuando me dijo: «Decí en vos alta: "*Suscipiat Dominum sacrificium…*", luego baja la voz y al final con voz alta decí: "*…sanctae*"».

Otros momentos «fuertes» de contacto con el Santísimo Sacramento que recuerdo de niño son las visitas que hacíamos la noche del Jueves Santo a las Siete Estaciones, una hermosa costumbre que recuerda la peregrinación ideada por San Felipe Neri a las Siete Iglesias principales de Roma. El recorrido común que hicimos durante años era: Jesús de Nazaret en Avda. La Plata, Nuestra Señora de Pompeya en Av. Sáenz –donde conocíamos a los capuchinos Bonifacio de Ataún, Casiano, León, Fray Mateo el sacristán…–, Nuestra Señora de la Divina Providencia en la calle Cachi de los Padres de Don Orione, San Antonio en Av. Caseros, la capilla de Nuestra Señora de Luján en la calle Jujuy –donde fue capellán durante muchos años un gran sacerdote el P. Cabello–, San Cristóbal –donde lo veíamos sentado en su confesonario, con el Rosario en las manos, al santo P. Enrique Lavagnino, que luego nos honrara con su amistad–, por último San Bartolomé Apóstol. También recuerdo el esmero con que se preparaba el Monumento para el Santísimo en cada Iglesia y –algo inolvidable para mí– ¡las procesiones del Corpus alrededor de la Plaza de Mayo! El Intendente llevando el Bordón, los hombres de la Cofradía del Santísimo Sacramento con sus capas me emocionaban por su señorío, su dignidad y su reverencia por el Santísimo. Más tarde conocí el nombre de alguno de ellos, si no me equivoco: Tomás Casares, Manuel Bello, Carlos Ibarguren, Santiago de Estrada –quien luego fuera mi Rector cuando enseñaba Teología en la Facultad de Derecho de la UCA y a quien le encantaba acompañarme en las mesas de exámenes–, Lagos, Fontenla… y muchos más. A ellos les debo, en parte, el no haber dejado nunca de considerar la Eucaristía, como algo sagrado. Desde entonces, siempre fue para mí una cita de honor participar de la procesión del Corpus, salvo cuando casi la convirtieron en una especie de

[745] «*Orad hermanos…*». MISAL ROMANO, 25.

«Sambódromo». Su recuerdo me sirvió para restaurar la procesión del Corpus en la dignidad que nunca debe perder.

Mi madrina de bautismo me pagaba un curso de piano. A mí no me gustaba, no tenía vocación para ello, ni oído. (¡La que tenía vocación era mi madrina!) Pero lo que aprendí me sirvió para tocar el órgano en la Misa, en la bendición con el Santísimo Sacramento y ayudar a embellecer la liturgia.

II

Ya un poco más grande, alrededor de los 14 o 15 años, conocí a un gran sacerdote, el Padre Pablo José Di Benedetto, quien había sido hijo espiritual y Maestro Scout del Padre Julio Meinvielle, cuando éste fuera Párroco en Nuestra Señora de la Salud de Versailles. El P. Pablo a través de sus enseñanzas, ejemplos de vida, conversaciones, campamentos, paseos, etc. me hizo conocer a Jesucristo vivo. Años después, me di cuenta que, inconscientemente, buscaba su confianza para poder constatar si alguna vez ponía en duda la presencia real de nuestro Señor en la Eucaristía. Pero, ¡sólo hallé traición para mi intento!

Tenía 17 años cuando con el P. Pablo tuve mi 1ra. Misa en la montaña, que recordaba más de 30 años después, para un *convivium*, de esta manera:

«MISA EN MONTAÑA

Fue en 1958. Era la primera subida[746]. Era la primera vez que pernoctaba en la montaña teniendo por techo las estrellas y la mochila por almohada. Era la primera vez que conocía un mallín.

[746] Gracias al P. Pablo Di Benedetto hicimos el Campamento en Villa Tacul (Bariloche) y estas excursiones. El guía fue Atilio Pessino, un buen amigo. Subimos, junto a seminaristas de 3º y 4º año de Teología del Seminario de Villa Devoto, dirigidos por el P. Ricardo Ferrara. Entre otros estaban los seminaristas Blanes, Mujica...

Nunca antes había dormido junto a un fuego crepitante. Nunca antes había dormido escuchando los gemidos del viento entre los ñires. El gárrulo del agua montañosa por vez primera arrulló mi sueño.

El amanecer se presentó exuberante ante mis ávidos juveniles ojos. Como un inmenso mapa se abría a mis pies toda la belleza de la creación. Era algo exaltante. Grandioso. Único. Me encontraba en el cerro López y por primera vez, en mis 17 años, experimentaba el gozo inefable de vencerme a mí mismo y –lo que creía entonces– vencer a la montaña.

Pero me faltaba experimentar algo mucho más grandioso aún. Luego del rápido aseo en las gélidas aguas, acomodaron 5 o 6 cargadas mochilas que pronto se convertirían en altar. Sí, allá, entre el cielo y la tierra, se iba a renovar el drama mas grande de todos los tiempos: ¡el Sacrificio de la Cruz!.

Y llego el momento más esperado...Jesucristo presente en la blanca hostia, ante la que parecían oscuras las nubes y las nieves. Grandiosidad de Dios que eleva a sí al hombre pequeño y lo transforma en invencible. ¿Qué ideal, con Él, sería inalcanzable? ¿Qué obstáculo sería insalvable?...

Nuevamente la mochila a las espaldas. Ahora me parecía más liviana, pues en ella había reposado el Señor. Así, cargado con el circunstancial altar aprendí que toda la vida debe ser una prolongación de la Misa, santificándome junto a Jesucristo, como en una inmensa, interminable, inacabable y escarpada picada hasta poder llegar al Cielo.

Colonia Suiza (Bariloche), Febrero 17 de 1989».

III

Posteriormente entré al Seminario.

Allí participaba de la Santa Misa todos los días y aprendí a rezar la Misa desde mi cuarto uniéndome, espiritualmente, al sacerdote que en ese momento la estaría celebrando[747].

Durante el tiempo en el que cursé en el Seminario, tiempos muy difíciles debido a la crisis postconciliar, Pablo VI publicó dos documentos formidables: la encíclica «*Mysterium fidei*» totalmente referida a la Eucaristía, y el «Credo del Pueblo de Dios», que lo hacía en varios de sus párrafos. En ambos documentos el Papa confirmaba con toda claridad la doctrina tradicional de la Iglesia en torno a la Eucaristía, saliendo al paso de las desviaciones de Eduardo Schillebeeckx y de tantos otros.

La vocación sacerdotal está íntimamente ligada a la Eucaristía, de tal modo que una crece y se afirma al compás de la otra. De ahí que crisis de vocación sacerdotal es crisis de Eucaristía y si hay crisis de Eucaristía entra en crisis la vocación sacerdotal. Trabajan como causas *ad invicem*.

La primera vez que me tocó dar la comunión fue en la ciudad de Rosario, en la Parroquia San Juan Evangelista: un copón lleno. Estuve todo el tiempo acordándome de la pregunta nº. 66 del Catecismo: «**La Eucaristía es el Sacramento que contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo**».

IV

La ordenación sacerdotal: también, inolvidable, el 7 de octubre de 1971, en la cripta del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes de Santos Lugares (Buenos Aires): ¡La primera vez que celebraba la Santa Misa! El día 8 celebré en el Camarín de la Virgen en Luján. El día 9 ante el primer cuadro de la Virgen en Pompeya. Otro momento inolvidable fue el día 10, la primera Misa solemne en mi parroquia de San Bartolomé Apóstol. Me recordaba perfectamente del lugar desde dónde espiaba, cuando niño, lo que

---

[747] Enseña Juan Pablo II: «La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia». *Ecclesia de Eucharistia*, 25.

pasaba en el altar, y dónde estuve el día de mi 1ra. Comunión. El Padre Julio Meinvielle predicó un sermón formidable[748].

Una vez ordenado sacerdote, se percibe un gran cambio, que en la ordenación diaconal ni siquiera se nota. Yo ni siquiera recuerdo qué día me ordenaron de diácono, no me acuerdo; pero cuando uno realiza la consagración muy otro es el cantar. Una cosa es ver al sacerdote que celebra, y otra cosa es estar celebrando, transustanciando. Ahora veía la Eucaristía desde otro punto de vista. Hasta ahora era fe en lo que realizaba otro, ahora era yo, pecador, quien estaba celebrando *in persona Christi*. Y a medida que pasan los años uno se ve grandísimo pecador, con «infinitésimos pecados», como dice San Francisco Javier. Cuando joven me parecían blasfemos los versos de Almafuerte que dicen: «La tonsura/ no inmuniza del dolo y los pesares/ del sagrado mantel de los altares/ se desprende, también, polvo y basura»[749]. Hoy día puedo dar fe que es así. De nosotros, ministros del altar, sale «polvo y basura». La fe en la presencia real es mucho más profunda y uno toma más conciencia que es obra de la gracia de Dios que: «Es siempre necesaria, porque cada paso adelante en el camino, cada nuevo comienzo del estupor que nos hace movernos, sólo puede ser de nuevo un hecho de la gracia», dice el Cardenal Godfried Danneels[750].

En aquella época estaba en boga la negación de la transustanciación por parte de teólogos progresistas. Por eso, en las concelebraciones de mis primeros años sacerdotales me ponía a realizar actos de fe eucarística conjugando el verbo transustanciar: «Yo transustancio, tú transustancias, él transustancia, nosotros transustanciamos, vosotros transustanciáis, ellos transustancian», repetía y, a veces, usaba otros tiempos del verbo.

---

[748] Una trascripción de este sermón está publicada en el libro «*El progresismo cristiano*» (Cruz y Fierro Editores, Buenos Aires 1983) 95–103; también ha sido publicado en el boletín *Vox Verbi* n. 87 (07/10/1996) 246–248.

[749] ALMAFUERTE, *Poesías completas* (Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires 1952) 10.

[750] *Revista 30 Días*, IV, 5 (1997) 32.

En el año 1977 concelebré en una Misa que reunió a la Acción Católica de la que escribí lo siguiente:

«OCURRIÓ EN SAN LORENZO

Me encontraba concelebrando la Santa Misa en el acto de clausura de las Asambleas Federales de la Acción Católica Argentina en la cancha de San Lorenzo (clásico oponente de Huracán, mi equipo favorito) y veloz corría el recuerdo hacia tiempos idos.

Recordaba haber jugado en esa misma cancha, cuando muchacho, la final de un campeonato de nº. 6 y capitán de mi cuadro. Me venían a la memoria los versos del poeta: «*Sous le pont Mirabeau coule la Seine et nos amours*...».

Recordaba mi paso por los niños de Acción Católica, por Aspirantes (teníamos dos grupos: Oriente y Occidente), por los jóvenes, tanto Juniors como Seniors; recordaba haber sido Aspirante Jefe, y las reuniones de Cenáculo, Delegado de Aspirantes (a cargo del grupo «San Tarsicio»), vocal de la comisión directiva, Encargado de Juniors, Presidente del Centro... socio de la J.E.C. del Colegio Carlos Pellegrini... de la J.U.C. de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Bs. As. ... las finales del concurso «Querer», los Retiros Espirituales, los Campamentos, las Asambleas en Córdoba, Rosario, San Juan... ; recordaba a los buenos Asesores ya fallecidos y, también, a quienes destruyeron criminalmente la A.C.A. antes de «colgar»... los años de Seminario (que había conocido anticipadamente gracias a la A.C.)... el Sacerdocio... Asesor Espiritual de varios Centros... y diocesano de los Profesionales de A.C.

Y participando de la Santa Misa se me antojaba ver una muerte y una resurrección: la muerte de la pastoral progresista, la resurrección de la pastoral tradicional.

Estábamos allí reunidos en la renovación del Sacrificio de la Cruz y próximos a adorar la presencia sustancial del Señor y ¡Cuántos años habían pasado de relegar los Sagrarios a oscuros rincones! ¡Cuántas negaciones de los dogmas eucarísticos, tantos que motivaron la «*Mysterium Fidei*»! ¡Cuánto vaciar la Cruz y el

Santo Sacrificio! Sin embargo, allí se encontraban el Nuncio de su Santidad, unos 40 Obispos y unos 400 sacerdotes prontos a transustanciar el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. (El pío Nuncio dio la absolución general... ¿¡!?).

Allí estaba también la Santísima Virgen María en su título de Luján, a quien un presidente consagrara el país, rodeada de unas 40.000 personas que en ese día tan inhóspito se congregaron allí –la mayoría de ellos, incluido yo– para rendirle homenaje a Ella, la Madre. ¡Cómo caían en mi mente derrotados tantos «minimalistas»! ¿Dónde se encontraban los que se alzaron en contra de la consagración de la Patria a la Virgen? ¿Dónde estaría aquel que sostenía: «Hay que destruir los Santuarios Marianos porque son focos de superstición»? ¿Dónde los enemigos del santo Rosario y de las apariciones de Lourdes y Fátima? ¿Dónde los negadores de milagros? ¿Todavía después de este espectáculo seguirá siendo «género literario» la carreta que no andaba a pesar de los bueyes?

Estaba allí la Iglesia jerárquica, con sus deficiencias y muchas y graves, pero la Unica que nos une con Nuestro Señor Jesucristo, y eso nos basta y sobra. ¡Qué quedaba allí del proyecto de Iglesia sin osamenta, de Iglesia contestataria, de Iglesia molusco o flan, de Iglesia meramente carismática! ¿Dónde tanto falso profeta que ya no los veían como enemigos, ni siquiera como distintos, a los protestantes, a los masones y a los marxistas, sino a la Iglesia Jerárquica y a quienes eran fieles?

Allí se estaba dando solemne espaldarazo a esa institución señera: la Acción Católica, que formó generaciones de ilustres dirigentes laicos y que fue semillero de grandes vocaciones sacerdotales. ¿Dónde quedaron los que buscaban destruirla? ¿Dónde aquellos que tanto cacarean de la promoción del laicado y del lugar importante que les toca en la Iglesia, y en la práctica les niegan el derecho a la militancia católica? Había delegaciones de todas las diócesis del país, «sólo faltan –me dijo un dirigente juvenil– La Rioja, Goya, Neuquén...».

Tanto hablar y gastar tinta contra el triunfalismo de la Iglesia «Constantiniana», ¿Acaso no moría, y bien muerto, en este acto

idealizado en el mejor estilo triunfalista preconciliar, con vivas a Cristo Rey y a la Argentina católica?

¡Pero si basta el nombre del Club San Lorenzo, y su fundador, el Rvdo. Lorenzo Massa, SDB, que nos recordaban no sólo que los «*aggiornados*» no descubrieron la pólvora, sino que se olvidaron hasta en dónde encontrarla! Los pobres... las injusticias... los problemas sociales... hace rato ya que ocupaban la atención de la Iglesia y de los santos sacerdotes, con la diferencia que los antiguos buscaban solucionarlos haciendo grandes obras de bien público, sin avergonzarse de los santos ni hacer demagogia barata...

¡Ya está el momento cumbre! Cristo presente como Víctima y como Resucitado... Nuestra Señora de Luján... la Iglesia jerárquica... la A.C.A. ... ¿vendrán tiempos mejores?

Sin embargo, no podía faltar otro toque progresista, o sea, alguna bobería: las 35.000 hostias para los fieles se consagraron en vasos de gaseosas (sic!) similares a los que se utilizan para la venta de helados, más endebles que madera de balsa. Imagino que fue ante la perplejidad de los Sres. Cardenales –que asistían– y demás altas autoridades que no podían prever tamaña irregularidad. Probablemente no se vuelva a repetir, porque ya sería «gastado» y no habría «cambio».

Entre el gárrulo de cientos de guiones, intenciones, moniciones, locuciones, introducciones, y peticiones hechas por el guía, la guía, los guías y las guías, no pude dejar de pedir desde el fondo de mi corazón: «Señor, que nunca más sea la Acción Católica semillero de guerrilleros, caldo de cultivo de delincuentes subversivos, escuela de violencia revolucionaria marxista, y que de sus fieles no salgan jóvenes a quienes luego se los utiliza como carne de cañón».

Y recordaba... veía a mi abuelo Eduardo con sus grandes bigotes conduciendo el carro del reparto del frigorífico Mezzadri (vecino al estadio) llevándome en el pescante... a mi tío Del Río discutiendo con Campomanes entre aperitivo y aperitivo, y entre bocha y bocha... a mi papá, simpatizante de San Lorenzo, sentado

en el «Gasómetro»... a mi padrino Carlos, cuando allí sobre la tribuna de la calle Mármol salvó la vida a una persona... y...

...Cuando salía, miré de reojo la pista de patín donde íbamos a bailar en Carnaval con las chicas de la A.J.A.C., a quienes cuidaba la Sra. de Silva... ¡Y algunos curas «renovados» creen haber descubierto la pólvora! ¡No necesitábamos que los Asesores nos hicieran «gancho», ni que las ramas J.A.C. y A.J.A.C. estuvieran fusionadas, ni guitarrita en las cosas sagradas, ni tantas reuniones mixtas, ni vasito de gaseosa, ni tanto besito! Tampoco ahora se necesita, a no ser que los Asesores «actualizados» consideren que los jóvenes de hoy son tan tontos, como normales eran los de ayer... «*Sous la tribune du Saint Laurent*...».

Estos que tanto hablan de ir al mundo, sólo les falta una cosa, un poco de «mundo», ¿sino cómo se explica que sean tan «Don Fulgencios»? Una de dos, o son jóvenes viejos o son viejos que no fueron jóvenes.

El futuro es nuestro.

Villa Ballester, 25–6–77».

En mis primeros años de sacerdote, y luego como párroco, tuve la gracia de poder preparar a cientos de adultos y niños para la Primera Comunión. ¡Y las miles de comuniones que uno ha administrado! ¡Y las miles de Misas que he celebrado!

En esta historia personal de mi relación con la Eucaristía también podría mencionar los estudios que hice con respecto al Tratado de la Eucaristía, las meditaciones, los escritos eucarísticos, los Diálogos Eucarísticos, etc.

Mi primer escrito publicado fue un pequeño artículo en defensa de la transustanciación, que salió publicado en la revista «Esquiú». Se titula: «Al pan, pan y al vino, vino». Dice así:

«El presbítero Carlos Miguel Buela, dirige por nuestro intermedio, al padre Pedro Raúl Luchía Puig, quien fue su maestro de catecismo y párroco, la siguiente misiva:

Hemos observado en estos años con harta frecuencia, que los que mucho utilizan ciertas palabras talismán, son los que menos practican lo que ellas implican, así "diálogo", así "renovación", así "ir al mundo".

En nombre de la mentalidad del hombre moderno, al que se lo supone incapaz de captar la realidad de ciertos términos, se ha borrado en casi todos los catecismos la palabra **substancia** y sus derivados como substancial y transustanciación. Y eso en nombre de la cultura del mundo que hay que evangelizar. Y eso en la pluma de publicitados teólogos ***"ouverts au monde"***.

Uno se pregunta, ¿será que en Europa no sabe el pueblo lo que es sustancia? Porque aquí en Argentina, al menos en la Capital y el Gran Buenos Aires, la mayoría lo sabe y a la prueba me remito: desde hace algunos años hemos sido invadidos por miles de camiones, furgones, «pick–ups», remolques, cisternas, camiones–tanques y frigoríficos con la leyenda: "TRANSPORTE DE SUSTANCIAS ALIMENTICIAS". Y es de toda evidencia que la inmensa mayoría sabe de qué se trata. Cada vez que veo uno, pienso en la malsana ridiculez de los que pretenden "ir al mundo" y lo único que tienen de él son teorías aprendidas en libros de otros, a quienes "les falta mundo".

Si los pastos le gritaban a San Ignacio de Loyola el amor de Dios, borrando mentalmente la última y la mitad final de la primera palabra junto con la preposición, deberíamos oír que miles de letreros gritan en Buenos Aires lo que hacemos los sacerdotes en la Santa Misa: "TRANSUSTANCIAS", o sea, conviertes totalmente la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando nuestro querido párroco nos enseñó catecismo entendíamos, sin mayor precisión, que la presencia del Señor en la Eucaristía era **en serio***,* porque tres palabras debíamos decir para expresarla: "Verdadera, real y sustancial". Después de más de 20 años, la primera vez que administré la Eucaristía –¡más de un copón y medio!– me iba repitiendo, como una celestial letanía, aquella fe que me enseñara mi querido cura párroco, magníficamente expresada en la respuesta a la pregunta nº. 66 del

Catecismo, que todavía sabía de memoria y que ahora entendía con claridad meridiana. ¡Gracias Padre Luchía, por enseñarnos la verdad católica sin complejos ni falsas acomodaciones!

¡Me olvidaba! También dicen que no hay que llamarlo "Rey" a Cristo Nuestro Señor, porque el pueblo, hoy día, no sabe lo que eso significa. Podrá ser eso en Europa (no lo creo), pero en Latinoamérica no. ¿Será porque ellos no tienen al "rey" Pelé?

Roguemos al Señor para que termine alguna vez el servil colonialismo teológico–pastoral»[751].

Desde hace años la Eucaristía y la Misa han sido el objeto preferido de mis estudios. Dios me ha dado la gracia de trabajar muchos años en la formación sacerdotal de sacerdotes que ya celebran la Misa en los cinco continentes. Dios me ha dado la gracia de ser formador de futuros ministros de la Eucaristía. Como tal, me ha tocado enseñar muchas veces el Tratado de la Eucaristía y he predicado muchas veces sobre la Eucaristía y el sacerdocio con ocasión de las primeras Misas.

Ésta es, en resumidas cuentas, la historia personal de mi relación con la Eucaristía. Hasta aquí me he detenido a recordar mi historia con respecto a la Eucaristía. Ahora les toca a ustedes meditar «su» historia personal.

Es muy importante nuestra historia, y por eso los animo a que hagan ustedes, como una reflexión, su propia historia al respecto. Es una historia a la cual hay que volver, porque es la historia de la gracia de Dios en nuestra alma. Es la historia de lo que nos caracteriza, porque hemos de ser siempre ministros de la Eucaristía.

Por último, podemos finalizar esta reflexión haciendo un examen de conciencia sobre nuestra relación personal con el Señor Sacramentado, relación que, por otra parte, resulta intransferible. También debemos examinarnos sobre cómo participamos de la Santa Misa diariamente, porque sin duda es lo

---

[751] *Revista Esquiú*, 25 de diciembre de 1977, 55.

mejor que pasa, cada día, en nuestro Seminario religioso y en nuestra vida.

2. ¡Nada más difícil que la fe en la Eucaristía!

Muchos de sus discípulos al oírlo dijeron:
«Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?»
(Jn 6,60).

No hay nada más simple, y al mismo tiempo, nada más complejo que la fe en la Eucaristía. Ahora me referiré a esa «complejidad» de nuestra fe, que nos obliga a profundizar más y más en ella.

Es necesario profundizar más nuestra fe en la Eucaristía como sacramento y como sacrificio porque, como decía muy bien Inocencio III, «en la Eucaristía se cree otra cosa de la que se ve, y se ve otra cosa de la que se cree»[752]. De ahí que diga Juan Pablo II: «Verdaderamente la Eucaristía es "mysterium fidei", misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe»[753].

Quiero ahora presentar el proceso que se debe tener en claro para poder sostener con certeza la fe en la Eucaristía; es decir, todas las cosas que un sacerdote o seminarista, un religioso o una religiosa, un laico o laica comprometidos, deben conocer **apologéticamente** para poder dar razón de su fe en este misterio, a sí mismos y a los demás.

1. Necesidad de comenzar todo desde el principio

Habrán notado en nosotros una seria preocupación por la formación de los seminaristas. En los jóvenes que ingresan al Seminario es notable la ignorancia que hay, por ejemplo, de nuestro idioma español; por eso es que en nuestro plan de formación se estudia castellano en el Noviciado y después se estudia años más en el Seminario Mayor, porque resulta que hoy les pasa a ellos como nos pasó a nosotros: ¡somos hijos de nuestro

[752] DH 782.
[753] *Ecclesia de Eucharistia* , 15.

tiempo! A nosotros nos enseñaban a escribir sin errores, pero ahora, últimamente con todo eso de la «nueva pedagogía», resulta que hay quienes escriben vaca con «b» larga, o caballo con «y» griega... Me imagino que se darán cuenta de eso, aunque no tanto como nosotros. Pero si eso ocurre respecto a la lengua, es mucho más grave lo que ocurre con respecto a la formación religiosa. Muchos han estudiado un Catecismo que no les sirve para nada, que les ha dejado la cabeza vacía y –lo que es peor– el corazón frío. Es la realidad. Nosotros sabíamos de memoria el Catecismo y a la pregunta: «¿Quién es Dios?», respondíamos: «Ser infinitamente perfecto Creador del cielo y de la tierra». Pero hoy suele pasar que le preguntas a un niño de primero, segundo, tercero o cuarto año del Catecismo: «¿Quién es Dios?», y no sabe qué responder. Me acuerdo de un diálogo que tuve con un chico:

– A ver, ¿sabrías decirme quién es Dios?
– Y ... Dios es mi Padre.
– ¿Quiere decir que tu papá es Dios?
– No.
– Entonces, ¿quién es Dios?
– Y... es el Libertador.
– El general San Martín es libertador, ¿el general San Martín es Dios?
– No.
– ¿Y quién es Dios?
– ¿¿¿¿¿¿¿???????

¡Ya no sabía decir nada más!

Cuando éramos jóvenes, en Acción Católica se le daba mucha importancia a la formación, nosotros estudiábamos doctrina y apologética. Esa era la columna vertebral de la Acción Católica: la formación doctrinal. Recuerdo que para ello teníamos textos que eran claves: «Nociones de Apologética» de Marín Negueruela (de este libro había dos ediciones: una que era un resumen y otra más amplia que constaba de dos tomos). Estudiábamos también «La religión demostrada» del Padre A. Hillaire [754] , y nos

[754] P. A. HILLAIRE, *La Religión Demostrada*, Obra adaptada a la actualidad conforme al espíritu de las últimas encíclicas y del Concilio Vaticano II, (Editorial Difusión, Buenos [9]Aires 1964). (Nosotros estudiábamos ediciones anteriores).

preocupábamos por conocer nuestra fe para profundizarla y también saber defenderla; o sea que uno tenía un bagaje de conocimiento religioso que hoy día no se tiene. Y es por eso que hoy hay que comenzar las cosas desde el principio. Dice el Papa en un discurso memorable sobre las Misiones populares: «Hoy día hay que tener paciencia, hay que comenzar todo desde el principio, desde los preámbulos de la fe hasta los novísimos con exposición clara, documentada, satisfactoria»[755]. Noten que dice: «Comenzar **todo** desde el principio». ¡Todo!

2. Proceso apologético para llegar a la fe en la Eucaristía

En la fe en la Eucaristía, como pasa con cualquiera de los otros artículos de la fe, nos encontramos previamente con los «*preambula fidei*», es decir, aquellas cosas que todavía no llegan a ser fe pero son como el soporte negativo de las verdades de fe. Si uno se encuentra con alguien que ya de entrada niega un «*preambula fidei*», no hay que asombrarse de que no quiera ir a Misa ni quiera comulgar: ¡muy difícilmente va a creer en la Eucaristía si niega un preámbulo de la fe! Si alguien niega la existencia histórica de Nuestro Señor Jesucristo, ¿va a creer que Jesús es Dios y que Él está en la Eucaristía? Esto es obvio, pero sucede que en el apostolado muchos no lo tienen en cuenta, y no saben comenzar «desde cero», proponiendo con argumentos racionales adaptados a la diversidad de personas los «preámbulos de la fe».

Antes de desarrollar el proceso apologético, repasemos rápidamente estos preámbulos, que son cinco:

1º. El **problema crítico**, es decir, es posible obtener conocimientos objetivos. Un relativista que niegue la existencia de la verdad objetiva no va a llegar ni siquiera a este «*preambula fidei*».

---

[755] JUAN PABLO II, «Discurso a los participantes en el Congreso Nacional italiano sobre el tema "Misiones al pueblo para los años 80"», *L'Osservatore Romano* 10 (1981) 134.

2º. El **problema psíquico**: La comprobación de la espiritualidad del alma. Si una persona cree que todo es materia, ¿cómo va a creer que la Eucaristía es alimento espiritual del alma, si no tiene alma? Entre comulgar una hostia chiquita y comer una pizza, va a preferir una pizza. No hay que gastar mucho en sesera para darse cuenta de eso.

3º. El **problema teodiceo**: El conocimiento de la existencia de Dios desde el punto de vista natural. Por las criaturas llegar a la certeza de la existencia del Ser Supremo. Si Dios Todopoderoso no existe, ¿cómo será posible la transustanciación?

4º. El **problema ético**: La aceptación de la ley natural. Si no hay ley natural, no hay religión natural, ¿por qué habríamos de religarnos, de rendir culto a Dios?

5º. El **problema histórico**: La historicidad de Jesucristo y de los Evangelios. Si Jesucristo no existió históricamente, Él no instituyó la Eucaristía.

Veamos ahora las etapas del proceso para llegar a la fe en la Eucaristía:

a. Primera etapa: Religión natural

Una primera etapa es conocer lo referente a la religión natural. Evidentemente, lo central y más importante es la certeza de la existencia de un Ser supremo. Una persona que se llama atea, o que se dice agnóstica, ¿cómo va a creer en la presencia real, sustancial, verdadera de Nuestro Señor en la Eucaristía si la Eucaristía es un milagro teológico? Por eso no hay que ponerse a hablar con un ateo de la Eucaristía. Hay que tomar algún punto de partida firme –siempre debería haberlo, a menos que estemos frente a alguien reducido a ser una planta, como dice Aristóteles de los que niegan el principio de no contradicción[756]– y entonces, a partir de ese punto, comenzar a hablar primeramente sobre la existencia de Dios. Noten que como están las cosas en la

[756] ARISTÓTELES, *Metafísica*, IV, 4: 1006ª; cfr. La traducción de *La Metafísica de Aristóteles* de GARCÍA YEBRA (Editorial Gredos, Madrid 1982) 170.

actualidad el ateísmo adquiere muchas facetas. El Padre Fabro señala que la creencia en Dios implica seis realidades para que sea verdadera (si falta alguna, por ese lado se está filtrando el ateísmo):

– Primero: que Dios es espíritu puro;
– segundo: que es primera causa creadora;
– tercero: que Dios es libre;
– cuarto: que Dios es personal;
– quinto: que Dios es providente;
– sexto: que Dios es trascendente[757].

Entonces cuando el hombre capta la existencia del Ser supremo y quién es –esto pertenece a la religión natural–, necesaria y fatalmente se dan estas dos conclusiones:

1º Que dependemos totalmente de Él;

2º Que estamos obligados por ley natural a practicar la religión, es decir a «religarnos» a Dios de manera interna y de manera externa. Esa es la religión: la relación con Dios.

Hay estudios muy hermosos sobre esto. Preparando esta plática, leía que habían encontrado una tribu que aparentemente no creía en Dios. Fue un investigador y estuvo viviendo dos años con esa tribu y a los dos años llegó a la certeza de que ellos adoraban a Dios. Lo que sucede es que lo que concierne a la relación con Dios es un tema muy personal, no es una cosa muy hablada. De tal manera que uno de los puntos firmes de la ciencia antropológica es que todos los pueblos universalmente han rendido culto al Ser supremo.

Afirmamos, por tanto, la existencia de una religión natural. Ahora bien, si Dios quiere determinar más en concreto los dictados de la religión natural o la forma de culto con que ha de ser honrado, el hombre, por su dependencia absoluta respecto al Ser supremo, deberá abrazarse con tales prescripciones positivas. Esto da pie a la segunda etapa.

---

[757] cfr. CORNELIO FABRO, *Drama del hombre y misterio de Dios* (Madrid 1977) 95.

b. Segunda etapa: Religión cristiana

¿Ha determinado Dios en algún tiempo o lugar de la historia una forma más concreta de moral o de culto? Si la respuesta es afirmativa, hay que aceptar sus consecuencias. Si Dios revela ha de aceptarse la revelación de Dios. Si Dios se manifiesta, ¿cómo no aceptar su revelación si Él es el Ser supremo? La pregunta es precisamente esa: ¿**Dios ha revelado**?, es decir, ¿ha determinado una forma más concreta de religarse con Él?

En este plano entramos ya en la religión cristiana, pero antes hay varias etapas que se tienen que cumplir si uno quiere hacer el proceso apologético científicamente. Esto lo trata muy bien el libro «Teología fundamental para seglares» de Vizmanos–Ruidor[758]. Esta charla es un resumen de lo que allí se trata con mucha profundidad. Yo simplemente indico de manera telegráfica estos puntos para hacerlos pensar en estas cosas.

Previamente se debe hacer lo que se llama el «estudio filosófico de la Revelación», respondiendo a varios interrogantes:

– ¿Qué es la revelación?

– ¿Qué posibilidad hay de que ocurra la revelación?

– ¿Cuál es la conveniencia de la revelación?

– ¿Cuál es su necesidad?

– ¿Cuál es la certeza de su conocimiento?

A renglón seguido hay que estudiar lo metodológico:

– ¿Cuál es la naturaleza de los criterios objetivos que se tienen que tener para discernir la revelación verdadera de falsas revelaciones?

– ¿Cuál es el valor de esos criterios?

---

[758] F. DE VIZMANOS E I. RUIDOR, S.I, *Teología fundamental para seglares* (BAC, Madrid 1963) 49ss.

– ¿Cómo deben usarse?

– ¿Cómo de hecho se han usado?

Luego hay que preguntarse por el estudio de las fuentes. Éste es el estudio crítico propiamente dicho:

– ¿Cuáles son los principales escritos que aparecen revestidos de cierta autoridad religiosa?

Detengámonos un poco más en la respuesta de esta pregunta. Siete son los principales escritos:

1. En Egipto: tenemos los *Textos de las Pirámides*, los *Textos de los Sarcófagos, El libro de los muertos*[759]. Otros escritos antiguos son sapienciales, líricos o sociales.

2. En Babilonia: las *Leyendas de la creación y el diluvio*, himnos y oraciones, textos rituales para las ceremonias litúrgicas.

3. En la India tenemos los *Vedas*, los *Brâhmana*, los *Upanishad*, y *Aranyaka*; los *Sutra,* cuyo principal representante fue el *Mânava–Dharma Sâstra* o *Leyes de Manú*. Las grandes epopeyas como el *Râmâyana y* el *Mahâbhârata,* la literatura en torno a Sihva y Visnú llevada a su apogeo en el *Bhagavad–Gitâ*. Las obras referentes a las iluminaciones de Siddârta Gautama (Buda), o las directrices ascéticas de Mahavîra y *Granth Sáhib,* libro sagrado de los Sikhs.

4. En China: se nos ofrecen tres grandes bloques formados:

a. Por los cinco libros canónicos (los tres *King,* o libros de la historia, de los versos y de las mudanzas; el *Li ki,* o libro de los ritos, y el *Tchuen Ts'ieu,* o primavera y otoño);

b. Los cuatro libros clásicos chinos: «Anales», «Gran estudio», «Doctrina del Medio» y «Enseñanzas de Meng», debidos a las máximas de Kung–Fu–tse y sus discípulos principalmente su

[759] Recientemente han descubierto 10.000 momias. El Ministro de Cultura egipcio dijo: «¡Basta de momias!». ¡Imagínense qué problema para conservar todo eso!

nieto Ts'eu–Sseu y el maestro más ilustre del confucianismo, Meng.

c. Y la obra de Lao–Tse, base originaria del taoísmo.

5. Japón: el shintoísmo descansa en tres obras de los siglos VII, VIII y X de nuestra era respectivamente: el *Kojiki* o «Anales de las cosas antiguas»; el *Nihongi,* o Crónicas del Japón, y el *Engishikí,* o Instituciones de Engi, donde se recogen los rituales del Shinto.

6. Persia: el *Zend–Avesta* en su redacción actual fue compuesto hacia el siglo IV de nuestra era con las tradiciones orales y restos de manuscritos antiguos destruidos en la invasión de Alejandro Magno.

7. Grandes libros presentados con autoridad en Arabia y toda la zona de influencia: **El Corán**, fundamento del Islamismo.

Todos estos libros se presentan con cierta autoridad religiosa.

Hoy día hay que agregar, por ejemplo, las pseudo revelaciones de Moroni a Joseph Smith, fundador de los Mormones; hay que agregar el tema de las sectas que proliferan y en forma veloz.

En ellas se encuentran muchas «**semillas del Verbo**», pero no tenemos tiempo ni espacio para examinar todas esas obras, una por una, y remitimos a las obras especializadas[760].

Pero, hay una serie de escritos religiosos que sí merecen toda nuestra atención. Estos son los que posteriormente se han reunido en una colección denominada Nuevo Testamento, cuyos principales son los Evangelios, Hechos de los Apóstoles y cartas de San Pablo.

De tal manera que el estudio crítico de estas fuentes nos tiene que llevar a conocer:

---

[760] cfr. TACCHI VENTURI, *Historia de las Religiones,* III (Barcelona 1941); BRILLANT–AIGRAIN, *Histoire des religions,* V (París 1953); KÖNIG, *Cristo y las religiones de la tierra,* III (BAC, Madrid 1960); PINARD DE LABOULLAYE, *El estudio comparado de las religiones,* II (Madrid); etc.

– ¿Cuáles son?;

– ¿Son auténticas?;

– ¿Han sido corrompidas?;

– ¿Son históricas?

Después de estudiar las fuentes sigue el estudio histórico del hecho. Cuando uno estudia las grandes religiones y las sectas, llega a la conclusión de que la religión cristiana es la revelación verdadera.

Luego tienen lugar las preguntas del estudio histórico del hecho de la religión cristiana:

– ¿Existió Jesús?

– ¿Cuál fue su misión?

– ¿Cuáles sus testimonios como Legado Divino, como Mesías, como Hijo de Dios?

– ¿Cuáles son las pruebas de que su testimonio es verdadero? Su Persona moral, sus milagros, sus profecías, los vaticinios del Antiguo Testamento, su Resurrección...

– ¿Cuál es su mensaje?

Una vez respondidas, seriamente, estas preguntas, queda firmemente establecido que la religión cristiana es la única verdadera. Pero después de tantos siglos desde la aparición de Jesús, ¿dónde encontrar su doctrina divina?

c. Tercera etapa: Religión Católica

Para responder a esta última pregunta, acudiremos nuevamente a la historia. Ésta nos muestra que Jesucristo fundó una sociedad perfecta con carácter sobrenatural, con ciertas notas externas y manifiestas por las cuales pudiese distinguirse

fácilmente en cualquier tiempo futuro. Observando las iglesias religiosas existentes, se ve claramente que ninguna más que la Iglesia Católica tiene las características impresas por Jesús en su Iglesia: Una, Santa, Católica, Apostólica.

Una vez demostrada la veracidad de la Iglesia Católica, podemos ya poner con plena certeza nuestro acto de asentimiento a los dogmas. Y entonces realizar, con fundamento, el acto de fe.

La doctrina enseñada por esa Iglesia la podemos recibir con acto de fe razonable, porque el mismo Jesús lo prometió: *Yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación del mundo* (Mt 28,20); *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24,35). Como confesó Pedro: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6,66). Por eso es que la Iglesia es indefectible. Y por eso es que Dios, Nuestro Señor Jesucristo, para conservar a través de los siglos la doctrina que Él enseñó, le dio al Magisterio Supremo, el carisma de la infalibilidad *in docendo*, así como el pueblo fiel tiene el don de la infalibilidad *in credendo*.

¿Cómo enseña la Iglesia el mensaje de Jesús?

Lo enseña:

– Por la Sagrada Escritura;

– por los Santos Padres;

– por los Papas;

– por los Santos Doctores;

– por los Concilios;

– por los Obispos de todo el mundo unidos en comunión con Pedro, cabeza visible de la Iglesia.

En estos últimos años, durante la crisis grandísima provocada por el progresismo, cuando uno de los teólogos progresistas –Eduardo Schilebeeckx– negó la transustanciación, el Papa –en

aquel entonces Pablo VI– se vio obligado a dar un documento magisterial, la encíclica «*Mysterium Fidei*», un bellísimo resumen de la fe católica en la Eucaristía: «Mas para que nadie entienda erróneamente este modo de presencia, que supera las leyes de la naturaleza y constituye en su género el mayor de los milagros[761], es necesario escuchar dócilmente la voz de la Iglesia docente y orante. Ahora bien, esta voz, que constituye un eco perenne de la voz de Cristo, nos asegura que Cristo no se hace presente en este Sacramento, sino por la conversión de toda la substancia del pan en su Cuerpo, y de toda la substancia del vino en su Sangre; conversión admirable y singular a la que la Iglesia Católica justamente y con propiedad llama transustanciación[762]. [...]

Porque bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa; y esto no únicamente por el juicio de fe de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que convertida la sustancia o naturaleza del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino las solas especies: bajo ellas Cristo todo entero está presente en su "realidad" física, aun corporalmente, aunque no del mismo modo como los cuerpos están en un lugar»[763]. Allí se ve con claridad cómo la fe en la Eucaristía es algo que debo recibir con un acto de fe razonable.

Y luego, como era tan grande la tempestad desatada por el progresismo, el mismo Pablo VI declaró al año 1978 como «el año de la fe», promulgando el 29 de junio de ese año «El Credo del Pueblo de Dios», donde de una manera explícita se afirma el tema que estamos tratando –la fe católica en la Eucaristía–: «Nosotros creemos que la Misa, que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares. Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron

---

[761] LEÓN XIII, *Carta Encíclica «Mirae Caritatis»* n. 10, ed. cit., 666.
[762] CONCILIO DE TRENTO, DH 1652.
[763] PABLO VI, *Carta encíclica «Mysterium fidei»*, n. 24–25, ed. cit., 24ss.

en su Cuerpo y su Sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial[764].

En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su Cuerpo y por la conversión de toda la sustancia del vino en su Sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino, que percibimos con nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la santa Iglesia conveniente y propiamente transustanciación. Cualquier interpretación de teólogos que busca alguna inteligencia de este misterio, para que concuerde con la fe católica, debe poner a salvo que, en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que el adorable Cuerpo y Sangre del Señor Jesús, después de ella están verdaderamente presentes delante de nosotros, bajo las especies sacramentales de pan y vino[765], como el mismo Señor quiso, para dársenos en alimento y unirnos en la unidad de su Cuerpo místico[766].

La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el Sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo Encarnado

---

764 cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1651.

765 cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1642.1651; PABLO VI, *Carta encíclica «Mysterium fidei»*: AAS 57 (1965) 766.

766 cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, 3.

que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos»[767].

Posteriormente contamos con todos los mensajes del Papa actual a los Congresos Eucarísticos mundiales, que se han realizado durante su Pontificado, sus homilías para cada Jueves Santo, y las Cartas que todos los años envía a los sacerdotes del mundo entero, también con ocasión del Jueves Santo, donde –de una manera u otra– se está dando testimonio de la fe católica en la Eucaristía.

3. Examen de conciencia sobre nuestra fe en la Eucaristía

Después de todo lo que hemos tratado, sería conveniente que cada uno se examine interiormente y se pregunte:

– ¿He sabido dar los pasos del proceso apologético?

– ¿He estudiado bien la Teología Fundamental?

– ¿Cuáles son mis convicciones, en primer lugar, desde el punto de vista natural, respecto del Ser Supremo?

Yo sostengo que si llega a haber algún candidato al sacerdocio que, desde el punto de vista natural, no tenga la certeza de la existencia del Ser Supremo, hay que decirle que se vaya. No habría que ordenarlo, porque el día de mañana, cuando tenga problemas, o crisis de fe, y pase las noches oscuras, ¿de qué se va a agarrar?

Respecto de la existencia de Dios:

¿Tengo ese convencimiento, de manera personal, razonada, desde el punto de vista «vulgar», de su existencia, y también, de ser posible desde el punto de vista metafísico, por el conocimiento profundo de las cinco vías?

Respecto a la religión cristiana:

---

[767] PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n.24–26 (BAC, Madrid 1968) 28–30.

– ¿Tengo la certeza porque he estudiado, porque de manera personal he buscado profundizar, y no porque me lo han dicho...?

Y dentro de las religiones cristianas:

– ¿Cuál es la religión que mantiene la integridad de la fe enseñada por Jesucristo?

– ¿Estoy convencido de que la religión Católica es la que tiene la plenitud de la revelación? ¿Estoy convencido de que todo el trabajo ecuménico, finalmente, tiene que llevar a los demás cristianos a la unidad con la Iglesia Católica, sobre todo bajo Pedro, respetando, por supuesto, todas las diferencias accidentales, que justamente enriquecen a la catolicidad, porque lo que se tiene que buscar no es una uniformidad? La diversidad es lo que hace que la Iglesia pueda ser comunión.

Y entonces, teniendo en cuenta el proceso apologético, me tengo que preguntar sobre mi fe en la Eucaristía:

– Mi fe en la Eucaristía ¿es realmente un acto de fe razonable?

– ¿Sé defender la historicidad de los Evangelios?

– ¿Sé defender la autenticidad de los Evangelios?

– ¿Sé defender la sustancial incorrupción que ha habido en los Evangelios, a pesar de que fueron escritos hace casi veinte siglos?

– ¿Sé responder a las insidias de la exégesis progresista sobre el texto bíblico?

Decía Juan Pablo I: «Hoy, de la fe sólo se conserva lo que se defiende»[768]. Defender, *ad intra* primero, en nosotros, en nuestro corazón, en nuestra mente, para luego poder defenderlo y difundirlo a los demás.

[768] ALBINO LUCIANI, *Ilustrísimos señores* (BAC, Madrid [4]1978) 93.

3. ¡Nada más fácil que la fe en la Eucaristía!

Teniendo nosotros tal nube de testigos que nos envuelve,
arrojemos todo el peso del pecado que nos asedia,
y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece,
puestos los ojos en Jesús el autor y consumador de la fe (Heb 12,1–2).

Primero hemos considerado nuestra pequeña historia personal con respecto a Jesús Eucaristía; luego reflexionamos sobre el complejo proceso apologético por el cual llegamos a la convicción de recibir, con un acto de fe razonable, la doctrina enseñada por la Iglesia de manera especial en lo que se refiere a la Eucaristía. Y hemos tenido como *leiv motiv* de estas reflexiones aquello de Inocencio III referido a la Eucaristía: «**Se cree otra cosa de la que se ve y se ve otra cosa de la que se cree**»[769].

Precisamente por esto, por ser la Eucaristía una realidad en la que «Se cree una cosa distinta de lo que se ve y se ve una cosa distinta de lo que se cree», ciertamente tienen que haber en la vida del cristiano –y con mayor razón en la vida del seminarista y en la vida del sacerdote–, tentaciones contra la fe eucarística. Y esto no es anormal. ¿Por qué? Veamos tres razones:

1. El porqué de las tentaciones contra la fe eucarística

Primera razón: **Porque todo lo nuestro depende de la fe**.

En primer lugar habrán en nuestra vida tentaciones contra la fe eucarística, porque la principal y primera defensa que tiene el sacerdote es la fe. Absolutamente todo lo nuestro sólo se entiende a la luz de la fe. ¿Por qué el celibato?; ¿por qué la disposición de dar la vida por los demás?; ¿por qué la caridad cristiana?; ¿por qué pasar horas y horas en el confesionario?; ¿por qué tener que andar como ovejas en medio de lobos?; ¿por qué la oración?; ¿por qué celebrar la Misa? ¡Todo!, ¡todo!, ¡todo...! ¡Absolutamente todo lo que hace el sacerdote es ininteligible sin la fe! Toda su vida, desde la mañana hasta la noche, es ininteligible sin la fe. Por esa razón, el diablo de manera particular ha de tratar de mellar esa fe.

---

[769] DH 782.

Segunda razón: **Porque la Eucaristía es la obra más excelente que tiene la Iglesia**.

También el diablo se ensaña de manera especial contra la fe eucarística porque la Eucaristía es la obra más excelente que tiene la Iglesia, como lo recuerda varias veces el Concilio citando a Santo Tomás[770].

La Eucaristía, enseña el Concilio Vaticano II, «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia porque es Cristo mismo»[771]; de tal manera que la Eucaristía es «la fuente de la cual brota toda la vida de la Iglesia» y, a su vez, «es la cumbre hacia la cual tiende toda la actividad de la Iglesia»[772].

Por eso es que el demonio busca con predilección el tentar a las almas consagradas contra la fe en la presencia real.

Tercera razón: **Por la estrecha relación entre Eucaristía y sacerdocio**.

Hay otra razón también muy importante. Por estar íntimamente unidos Eucaristía y sacerdocio, sacerdocio y Eucaristía, el diablo trata de poner cuña entre ambas cosas; y, entonces, ¿qué es lo que

---

[770] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, 3: «*Eucharistia vero est quasi consummatio spiritualis vitae, et omnium sacramentorum finis*»; cfr. *S. Th.*, III, 65, 3.

[771] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros* «*Presbyterorum Ordinis*», 5: «Los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado, están íntimamente trabados con la sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. Y es que en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con Él mismo. Por lo cual la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica, como quiera que los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, y los fieles, sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan, por la recepción de la Eucaristía plenamente en el Cuerpo de Cristo».

[772] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* «*Sacrosanctum Concilium*», 10: «la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la Cena del Señor».

hace? O ataca a la una o ataca a la otra; ataca al sacerdocio o ataca a la Eucaristía, o viceversa, porque atacando a la una, disminuye la otra; o también ataca a las dos al mismo tiempo.

En referencia a esto, me viene a la memoria una pregunta que me hizo un sacerdote, en una situación muy interesante, pues me encontraba en el aeropuerto de Curaçao, una de las islas del Caribe, luego de visitar a nuestros misioneros en Guyana. Veo al sacerdote, que tenía toda la pinta de ser irlandés, y me puse a hablar con él –y efectivamente lo era–. Era, además, el secretario de la Conferencia Episcopal del Caribe y sabía que había sacerdotes de nuestro Instituto en Guyana. En seguida empezamos a conversar. Como él no hablaba español, me las tuve que ingeniar con el poco inglés que yo tenía, pero cuando surgía alguna palabra que no me acordaba le decía: «En español se dice así», y él me entendía porque también él conocía algo de español. Estuvimos conversando como dos horas y media mientras esperábamos el avión. Esas conversaciones son muy interesantes, ya que son cosas muy íntimas las que se hablan; digamos que son una cosa de corazón a corazón. Pues bien, en un momento de la conversación este sacerdote me pregunta:

– Padre, ¿Ud. no piensa que la crisis sacerdotal actual es la falta de fe en la presencia real?

Este sacerdote tenía mucha razón. ¿Cómo no van a haber sacerdotes con crisis de identidad si no creen en el sacrificio de la Misa, si no creen que Jesucristo está **verdadera, real** y **sustancialmente** presente y vivo en la Eucaristía?

Sin embargo, pienso que hay una causa más remota en la gran crisis sacerdotal de nuestros días. Por eso, le respondí así:

– Ciertamente, porque un sacerdote que realmente crea que Jesús está presente en la Eucaristía no puede hacer las aberraciones que vemos se hacen. Incluso, Padre, pienso que hay algo más. Para mí el problema es que **no hay fe en Dios**, porque un sacerdote que no cree en la Eucaristía no cree en ella porque antes no cree en Dios, no cree en la Palabra de Dios, no cree en lo que Dios ha revelado.

De ahí la conveniencia de estudiar y meditar en el proceso apologético por el cual debemos llegar a la convicción de aceptar,

con un acto de fe razonable, la fe en la Eucaristía. De manera particular, para que cuando sobrevengan tentaciones contra la fe eucarística, sepamos rechazarlas con convicción, con prontitud y meritoriamente.

2. Algunos ejemplos de tentaciones contra la fe en la Eucaristía

Me parece oportuno traer a la memoria algunos ejemplos de tentaciones contra la fe eucarística. En la historia de la Iglesia conocemos –está muy bien documentado– casos de sacerdotes que han dudado de la presencia real y que con ocasión de esas dudas han sido testigos de milagros eucarísticos especiales, que actualmente están perfectamente estudiados.

El caso más conocido es el Milagro de Lanciano, en la provincia de Chieti, en Italia, en donde los accidentes del pan se convirtieron en Carne, y los del vino en Sangre. Personalmente he tenido la oportunidad de verlo, y cualquiera puede hacerlo porque, hasta el día de hoy, este milagro es conservado a la vista de todos en una Custodia que se encuentra en un templo de la misma ciudad.

Y este milagro ocurrió ante la tentación «sin culpa», dicen los autores, de un monje basiliano que celebraba la Misa:

«Hecha la doble consagración, fue atormentado de una duda acerca de la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento. Fue agitado por la tentación sin culpa de su parte. Dios vino en ayuda de su fe confirmándola de un modo evidente; el prodigio se verificó entre sus manos. La Hostia Santa se convirtió en Carne, permaneciendo en algunos puntos las apariencias de la materia sacramental y el vino se convirtió en Sangre reagrupándose en cinco pequeños glóbulos irregulares y diversos por la forma y el tamaño»[773].

---

[773] TOMASELLI G., *L'Hostia Consacrata*, Prodigi Eucaristici (Palermo 1952) 20–25. Hay una traducción al castellano de esta recopilación de milagros eucarísticos realizada por FÉLIX ALEGRÍA: *La Hostia Consagrada*, Milagros Eucarísticos (Ed. Difusión). Sobre el Milagro de Lanciano existen también varios videos, como por

* * *

Otro milagro eucarístico singular es el que se conserva en Casia, de donde era Santa Rita. El milagro ocurrió en Siena con un sacerdote de allí que trató sin respeto al Santísimo Sacramento. Este sacerdote iba a llevar la Comunión a un enfermo y de manera irreverente puso la hostia entre las páginas del breviario. Cuando va a dar la Comunión al enfermo, ve que la hostia había sangrado... Todavía hoy se puede ver la página del breviario manchada en sangre.

Se lo conoce como el Milagro Eucarístico de Casia, ya que en esta ciudad se conserva la reliquia, en la misma iglesia donde está enterrada Santa Rita. Fue llevada allí por el beato Simón Fidoli[774]:

«En 1930, para el VI Centenario del milagro, tuvo lugar en Casia un congreso eucarístico y, en tal ocasión, fue inaugurado un magnífico ostensorio para conservar la insigne reliquia. Se puede ver la página manchada de sangre, un rectángulo de pergamino de 5,2 cm. por 4,4 cm. El diámetro de la hostia sangrante es de 4 cm. El color de ésta es marrón claro. Con un lente, se puede también distinguir las huellas de la coagulación de la sangre y el color aparece entonces rojizo. Destacamos que si se observa la reliquia con un lente potente se puede contemplar clara y distintamente la figura de un rostro humano sufriente, como se puede igualmente revelar de la fotografía»[775].

---

ejemplo, «*Una Messa...mai finita*» (Edizione S.M.E.L., Santuario Miracolo Eucaristico –Lanciano (Ch) Italy. Tel. 0872 / 713189– c.c.p. 14119663).

[774] «En la ciudad de Siena estaba predicando el beato Simón Fidoli. Nacido en Casia a finales del s. XIII, una vez que ingresó a la Orden de los Agustinos llegó a ser un orador de renombre, un excelente teólogo y un escritor fecundo. Fue a este santo religioso que el sacerdote penitente se acercó a confesar su falta de respeto a la Santa Hostia y a recibir la absolución. Pero antes de darle el perdón de su pecado, el beato Simón se hizo traer el Breviario manchado de sangre, lo depositó sobre un altar preparado en su celda, y después decidió conservarlo. Después él donó una de sus páginas manchadas de sangre milagrosamente al convento de los Agustinos de Perugia (pero esta reliquia al poco tiempo se perdió). La segunda página, aquella a la cual adhería la hostia liquefacta y sangrante, la llevó a Casia, su lugar de nacimiento, y la confió a los religiosos de la Iglesia de San Agustín». cfr. JEAN LADAME–RICHARD DUVIN, *I Miracoli Eucaristici* (Ed. Dehoniane, Roma 1992) 213.

[775] *Ibidem*.

* * *

Don Orione, quien prácticamente es contemporáneo nuestro, contaba que, en una oportunidad, el diablo en el momento mismo de la consagración, que en aquel entonces siempre se hacía en latín, cuando tenía que decir «Corpus» (Cuerpo) el diablo quería que dijese «*porcus*» (cerdo). Él mismo cuenta que una vez, elevando el cáliz, el diablo le hincó una uña en el dedo de la mano para que se le cayese.

* * *

En Villa Ballester vino una vez a verme un hombre. Tenía 45 años. Ni bien empezó a hablar se puso a llorar. Lloraba a lágrima viva. Cuando logré que más o menos se serenase, le pregunté qué le pasaba.

– Padre, no tengo paz desde los siete años, desde el día que tomé mi Primera Comunión.

– ¿Qué te pasó?

– Cuando estaba en la fila para comulgar me venían pensamientos de blasfemia, de sacrilegio... y como yo ya estaba en la fila, igual seguí y comulgué. Así es que desde entonces nunca más volví a comulgar, nunca más volví a Misa; pero no puedo seguir viviendo así.

¡Llevaba 38 años con esa cruz! Entonces le expliqué:

– Pero vos amás a Jesús..., ¿no?

– Sí, me respondió.

– Entonces, ¿cómo vas a estar en contra de Él? ¡Ése es el diablo que desde afuera buscaba provocarte esos pensamientos para que vos perdieses la paz, para que no te acercaras a los sacramentos, para que dejaras de acudir a la Eucaristía...!

Y ahí volvió a llorar, pero ya eran lágrimas de felicidad... Había descargado su conciencia. Eso ni siquiera había sido pecado, ni

siquiera pecado venial; él no había querido consentir en las blasfemias... Tan sólo habían sido tentaciones del diablo.

* * *

Por eso, cuando les vengan tentaciones contra la Eucaristía no tienen que asustarse, no tienen que perder la paz; ni siquiera tienen que perder la alegría. Es algo que puede haberles pasado, o que más adelante les pueda ocurrir: ¡somos de barro! *Vasijas de barro* dice San Pablo (2Cor 4,7).

Además hay que saber que son muy útiles esas tentaciones. ¿Por qué? Porque al rechazarlas estamos haciendo actos de fe y esos actos virtuosos interiores nos hacen ganar méritos para la vida eterna. Jesús en el Evangelio no nos enseñó a pedir: «Señor, ¡que no tenga tentaciones!», ¡no! En el Padre Nuestro nos enseñó a pedir: *no nos dejes caer en la tentación* (Mt 6,13; Lc 11,4). No es malo tener tentaciones, lo malo es «caer» en las tentaciones. Cristo no tuvo pecado y sin embargo tuvo tentaciones; porque haya tentaciones no quiere decir que haya pecado.

A este respecto es muy interesante un sermón de San Alfonso María de Ligorio [776] : «De la utilidad de las tribulaciones o tentaciones». Allí el Santo muestra claramente cómo necesariamente tenemos que *pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios* (He 14,22), necesariamente así como el oro se purifica en el crisol o fuego, el hombre tiene que pasar por muchas tribulaciones, por muchas tentaciones[777].

---

[776] cfr. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Obras ascéticas*, II (BAC, Madrid 1954) 819.

[777] Esto es puesto de manifiesto muchas veces en la Sagrada Escritura. Para mencionar algunos textos: *Como les puso a ellos en el crisol para sondear sus corazones, así el Señor nos hiere a nosotros, los que nos acercamos a Él, no para castigarnos, sino para amonestarnos* (Jdt 8,27); *Cuando le busco al norte, no aparece, y tampoco le veo si vuelvo al mediodía. Pero Él mis pasos todos sabe: ¡probado en el crisol, saldré oro puro! Mi pie se ha adherido a su paso, he guardado su ruta sin desvío; del mandato de sus labios no me aparto, he albergado en mi seno las palabras de su boca* (Job 23,9–12); *Mi corazón tú sondeas, de noche me visitas; me pruebas al crisol sin hallar nada malo en mí* (Sl 17,3); *Escrútame, Yahvé, ponme a prueba, pasa al crisol mi conciencia y mi corazón; está tu amor delante de mis ojos, y en tu verdad camino* (Sl 26,2–3); *Crisol para la plata, horno para el oro; los corazones, Yahvé mismo los prueba* (Pr 17,3); *por una corta corrección recibirán largos beneficios, pues Dios los sometió a prueba y los*

Además, hay que saber mirar el hecho con serenidad porque estamos en una lucha, en un combate. Y *nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, las Potestades y los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas*, nos dice San Pablo (Ef 6,12). ¡Nuestra lucha es contra el diablo!

3. Nada más fácil...

Notemos siempre, absolutamente siempre, que la tentación es algo irracional. Es sensiblería, es algo tonto. ¿Y por qué son irracionales las tentaciones contra la fe? Porque van contra la verdad divinamente revelada. Entonces son irracionales. Dios ha revelado lo que ha revelado y Dios es la absoluta verdad... ¿y Dios se puede equivocar?; ¿y Dios va a ser engañado?; ¿y Dios nos va engañar? Es irracional, es estúpido entretenerse en las tentaciones contra la fe.

Por eso, **no hay nada más fácil que la fe de la Eucaristía**. ¿Por qué? Porque la fe es el asentimiento de la inteligencia y de la voluntad a lo que Dios ha revelado; es la aceptación de la autoridad de Dios que revela. Entonces no hay nada más fácil que eso porque está de por medio la palabra de Cristo. Él fue quien dijo: «*Es mi Cuerpo... es mi Sangre... Haced esto...* »[778].

Además de esto, hay 2000 años de historia de la Iglesia, durante los cuales la Iglesia estuvo enseñando de miles de formas la verdad sobre la fe en la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, y no solamente enseñando sino haciendo: «*Haced esto...*». ¡La Misa! Durante 20 siglos, generaciones y generaciones de hombres y mujeres han pasado, mientras que la Iglesia sigue haciendo lo mismo que le mandó hacer el Señor. ¿Y la Iglesia va a estar equivocada?

¿Se equivocaron los Doce Apóstoles, Ireneo, Atanasio, Agustín, Jerónimo, Juan Crisóstomo, Santo Tomás? ¡Es estúpido pensar eso!

---

halló dignos de sí; como oro en el crisol los probó y como holocausto los aceptó (Sb 3,5–6).

[778] MISAL ROMANO, 104 Y 105. Y en todas las Plegarias Eucarísticas.

¿Se equivocaron san Buenaventura, san Ignacio, san Alfonso, san Pío X, Don Orione, el Padre Pío de Pietrelcina, Juan Pablo II....? No hay que ser tan tontos, ¿no? Ellos son genios, nosotros somos pobres pollos mojados.

¿Se equivocaron las «Teresas»: Teresa de Jesús, Teresa del Niño Jesús, Teresa de los Andes, Teresa Jornet, la Madre Teresa de Calcuta... al creer en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía?

¿Se habrán equivocado miles y miles de sacerdotes, de religiosos, de religiosas, de laicos, los cuales son infalibles en la fe «*in credendo*»? ¿Se habrán equivocado miles y miles de obispos que en comunión con el Papa son infalibles en la fe «*in docendo*»? ¡Es absurdo, es una cosa estúpida, propia de alguien necio! Es un dogma de fe definido, un dogma **solemnemente** definido, y los dogmas de fe trabajan a manera de primeros principios del ser y del pensar sobrenatural. Así como el hombre que rechaza el principio de no contradicción es una planta, como decía Aristóteles[779], así un hombre inteligente que rechaza el primer principio del orden sobrenatural, los estímulos de la fe, es menos que una planta: ¡no llega ni a maceta!

Nada más fácil y, sin embargo, la fe en la Eucaristía produce vértigo, porque finalmente la Eucaristía es algo frágil y, no obstante, de esa fragilidad de la Hostia Consagrada cuelga la Iglesia... y también colgamos nosotros. ¡Desde hace 15 años nosotros como Congregación colgamos de la Eucaristía! Eso ciertamente produce vértigo, porque uno desde el punto de vista humano quisiese otras seguridades; sin embargo, ¡esa es la máxima seguridad de la Iglesia, y por tanto de nuestra familia religiosa! ¡La Eucaristía que hace la Iglesia y la Iglesia que hace la Eucaristía!

Por eso creo que de manera profética Marcelo Morsella escribió esa frase tan hermosa:

«Señor, quiero ser una hostia.
Blanca, sin mancha, por tu gracia y para Tí.

---

[779] ARISTÓTELES, *Metafísica*, IV, 4: 1006ª; cfr. La traducción de *La Metafísica de Aristóteles* de GARCÍA YEBRA (Editorial Gredos, Madrid 1982) 170.

Frágil, sólo fuerte en Tí»[780].

4. La consagración del pan en la «Narración de la institución y consagración»

«*El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos, y,*
elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:
Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros»
(Plegaria Eucarística I).

La Eucaristía es un misterio de fe, y por tanto, nuestra participación en la Misa debe ser un acto de fe realizado con la misma intensidad que debe tener nuestro amor a Dios, vale decir, debes creer en la Eucaristía *con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* (Lc 10,27).

Para ayudarles a participar con mayor provecho de este misterio de la fe que es la Santa Misa, me pareció oportuno hacerles notar algunos aspectos del relato de la «Narración de la institución y consagración», como le llama la Ordenación General del Misal Romano en un párrafo donde se sintetiza magníficamente lo que sucede en cada consagración: «*En ella, con las palabras y gestos de Cristo, se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la Última Cena, cuando bajo las especies de pan y vino ofreció su Cuerpo y su Sangre y se lo dio a los Apóstoles en forma de comida y bebida, y les encargó perpetuar ese mismo misterio*»[781].

No se trata de hacer ahora un estudio exegético de los textos bíblicos que narran la consagración, ni tampoco un estudio comparativo entre los cuatro relatos bíblicos de la Eucaristía. Tampoco haremos un estudio sobre la edición típica latina del Misal

[780] MARCELO JAVIER MORSELLA, en su agenda.
[781] OGMR 55, d.

Romano[782], ni lo haremos acerca de los 76 textos litúrgicos, de los distintos ritos y épocas, que se conservan del relato de la institución[783]. Lo nuestro, simplemente, se ceñirá a una lectura atenta de las distintas expresiones de la «Narración de la institución y consagración» en las Plegarias eucarísticas del Misal Romano, utilizando para ello el texto español unificado[784].

Si prestamos atención a las expresiones de la «Narración de la institución y consagración», ¿con qué nos encontramos?

1. Las personas

En la «Narración de la institución y consagración», lo primero que aparece son las personas. Hay dos géneros de personas: el protagonista principal y los participantes.

a. La persona principal es la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Veamos de qué modo se le menciona en las distintas Plegarias:

– «***El cual***»: aparece en la Plegaria eucarística I y II[785];

---

[782] Según he leído, está por salir la tercera edición típica del MISAL ROMANO, que traerá incorporadas al Calendario Romano las nuevas fiestas de los santos y vendrá con un vocabulario más perfeccionado.

[783] Hay un estudio de principios de siglo, del P. CAGIN O.S.B., *L'Eucharistia, canon primitif de la Messe*: «*Scriptorium Solesmense*» (París 1912), que en ochenta columnas presenta los cuatro relatos bíblicos al lado de los 76 textos litúrgicos. En este estudio se distinguen 79 miembros del texto en los cuales se corresponden el texto litúrgico con el texto bíblico. Hay que tener siempre en cuenta que el texto litúrgico es anterior al texto bíblico, porque la Misa se empezó a celebrar después del Jueves Santo, ya el Domingo de Pascua con los discípulos de Emaús. Se habla en los *Hechos de los Apóstoles* cómo los Domingos se juntaban los primeros cristianos para la fracción del pan: *El primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan*... (20,7). Y esto lo hacían tiempo antes de que hubiese salido escrito el primer Evangelio. Más aún, los textos bíblicos son textos litúrgicos que recogen ya las distintas tradiciones litúrgicas que existían en el momento.

[784] Hasta hace poco tiempo atrás en los distintos países de lengua española habían textos del Misal Romano con traducciones distintas. La Santa Sede unificó las traducciones. Por eso, cuando se usa el Misal anterior al texto unificado, también se tiene que utilizar uno más pequeño, complementario, sobre todo para las partes que se han unificado.

[785] En adelante, los números romanos indican siempre la Plegaria Eucarística correspondiente.

– «***Él mismo***»: en III, IV, V/a/b/c/d, y en la Plegaria eucarística sobre la Reconciliación II[786]; en Rec I está tácito el pronombre personal que se refiere a Cristo[787].

«***El cual***»: se utiliza un artículo que sustantiva a un pronombre relativo, por eso aparece sin nombre. ¿A qué se refiere? A lo inmediatamente anterior. «*Que sea para nosotros, Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo Nuestro Señor*. ***El cual***…»[788], o sea, Jesucristo.

En donde aparece «*Él mismo*», «*Él*» aparece acentuado, no figura como artículo sino como pronombre personal. Por ej., como aparece en III: «*De manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro que nos mandó celebrar estos misterios. Porque* ***Él mismo***…»[789]. Ese «*Él*» es Jesucristo.

Entonces ya podemos concluir que en lo primerísimo de la narración, aparece el protagonista principal de la Misa, que es el Verbo Encarnado, la segunda Persona de la Santísima Trinidad hecha hombre. ¡El Actor principal de la Misa!

De esta realidad debemos darnos cuenta en cada Santa Misa de la que participamos. Tal vez pueda ayudarles el recordar esto cuando escuchan al sacerdote pronunciar en las Plegarias: «*El cual…*», «*Él mismo…*».

b. En segundo lugar aparecen los que podríamos llamar los participantes, es decir, varias personas. Casi todas las Plegarias eucarísticas dicen: «***Sus discípulos***».

– «*El cual, la víspera de su Pasión… dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a* ***sus discípulos***…» (I).

Expresiones similares aparecen en las demás Plegarias. Todas dicen: «*Sus discípulos*», salvo Rec I, que en la consagración del

---

[786] En adelante, la abreviatura Rec indicará la Plegaria Eucarística sobre la Reconciliación.

[787] MISAL ROMANO, n. 124, 134; págs. 1037, 1043, 1049, 1054, 1067 y 1061 resp.

[788] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 103

[789] MISAL ROMANO, 122 y 123

Sanguis utiliza un término sinónimo: «*Y lo pasó a* ***sus amigos***»[790].

Esta presencia de los discípulos es tan importante que en todas las grandes representaciones artísticas de la Última Cena aparece la intervención de los Apóstoles como partícipes y espectadores del acontecimiento. En algunos cuadros, se ve a unos Apóstoles extasiados de admiración ante el prodigio de la Eucaristía, a otros se les ve rezando, a otros adorando al Santísimo Sacramento; a Judas generalmente se lo ve desatento a la Eucaristía y atento a la bolsa de dinero.

Se podría hacer una hermosa historia del arte basada únicamente en todas las grandes obras artísticas (pinturas, esculturas...) que representan la Última Cena a través de los siglos. Si prestan atención a la talla de la Última Cena de ébano negro, regalada por nuestros misioneros en Sudán, que adorna el frente de nuestro altar, verán cómo intervienen distintos elementos. Aun siendo que se trata de una talla en ébano negro, ¡qué juego de figuras, de tamaño, de proporción, de perspectivas! Pero cuando se está delante de un cuadro de la Última Cena se percibe aún más el juego de los colores. Por ejemplo, una cosa es la «Última Cena» de Dalí en el *National Gallery* de Washington, con colores cálidos, en fondo celeste, y otra cosa muy distinta es la «Última Cena» de *Nostra Signora delle Grazie* en Milán de Leonardo da Vinci, que acaba de ser restaurada después de muchos años. Y esto no es una teoría. Todos los detalles contribuyen a la obra, y gracias a ellos podemos percibir no sólo la acción de Jesucristo en la Cena sino también la de los participantes y comensales: «*Sus discípulos*». Tanto en el arte como en la Liturgia se nos muestra esta realidad: ¡Hay personas que intervienen!

2. El tiempo

En la narración de la institución se señala un tiempo. Por tanto, es algo que ocurre en nuestra historia de hombres. No es algo

[790] MISAL ROMANO, pág. 1062

metahistórico. Es algo ocurrido en un tiempo determinado y preciso: «***La víspera de su Pasión***»[791].

– «*El cual,* ***la víspera de su Pasión***…»[792]. Así figura en I, y en todas las V.

– En la II, se usan expresiones sinónimas: «*El cual****, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada***…»[793].

– La III utiliza una expresión netamente paulina, muy amada en las liturgias orientales: «***La noche en que iba a ser entregado***»[794], haciendo ya mención a la entrega que iba a hacer Judas. Esta expresión la trae San Pablo en el relato que él nos transmite de la institución eucarística: *Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Éste es mi Cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío»* (1Cor 11,23–24).

– En la IV se resalta más el aspecto de glorificación: «*Porque Él mismo,* ***llegada la hora en que había de ser glorificado por ti, Padre Santo***…»[795].

– En Rec I se dice bellísimamente: «*Pero,* ***antes que sus brazos extendidos entre el cielo y la tierra trazasen el signo indeleble de tu alianza****, quiso celebrar la Pascua con sus discípulos…*»[796].

– En Rec II: «*Porque Él mismo,* ***cuando iba a entregar su vida por nuestra liberación***…»[797].

---

[791] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 104

[792] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 104; Va pág. 1037; Vb pág. 1043; Vc pág. 1049; Vd pág 1054.

[793] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* II, 117.

[794] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* III, 124.

[795] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* IV, 134.

[796] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec I, pág. 1061.

[797] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec II, pág. 1067.

Noten cómo todas las Plegarias eucarísticas expresan la misma idea: «*La víspera de su Pasión*», es decir, el día antes de la muerte en cruz. Es un tiempo bien determinado. Y esto ¿por qué? Porque el Sacrificio de la Misa es reiteración del sacrificio incruento de la Cena. No se reitera el sacrificio cruento; el sacrificio cruento se perpetúa. Lo que se reitera es el sacrificio incruento. De tal manera que la Misa –si queremos usar una imagen– viene a ser, por así decirlo, como una diapositiva de la Última Cena. Y es eso lo que en todas las Plegarias se quiere resaltar: se reitera, se hace de nuevo, el rito incruento de la Última Cena.

Sin embargo, se renueva con una diferencia: que en la Última Cena el rito cruento era anticipado, ya que era anterior al sacrificio de la cruz; en cambio ahora, en la Misa, el rito incruento es derivado, porque es posterior al sacrificio de la Cruz.

3. El lugar

En la «Narración de la institución y consagración» también se señala un lugar, de tal manera que están perfectamente señaladas las coordenadas de espacio y tiempo. El lugar lo sabemos: el Cenáculo. ¿Por qué «Cenáculo»? Porque es el lugar de la Cena. En los textos aparece varias veces «*cenaban*». Era de noche y, como se sabe, desde antiguo al alimento que se toma de noche el lenguaje común le da el nombre de **cena**.

– «*Y, mientras **cenaba** con sus discípulos*» dice la III (en el formulario para Misa vespertina del Jueves Santo) y la IV[798];

– «*mientras **cenaba** con ellos…*»: Rec I[799];

– lo mismo dicen en forma semejante, casi equivalente, todas las V: «*Mientras **estaba a la mesa** con sus discípulos…*»[800]; la Rec

[798] MISAL ROMANO, 124 y 134.
[799] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec I, pág. 1061.
[800] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Va, pág. 1037; Vb pág. 1043; Vc pág. 1049; Vd pág 1054.

II agrega un pequeño detalle: «*...Estando* ***sentado*** *a la mesa...*»[801]. ¿Para qué estaba sentado a la mesa? Para cenar.

De tal manera que en la Misa –y esto creo que es una cosa que nos debe llamar fuertemente la atención–, propiamente no es que nosotros vayamos al Cenáculo sino que el Cenáculo viene a nosotros... como viene el Calvario. ¡Sí!, mentalmente tenemos que disponernos a darnos cuenta de esto; espiritualmente debemos percibir que lo que pasa en la Misa es lo que pasó en el Cenáculo. Por eso el Jueves Santo es el día del nacimiento del sacerdocio católico, el día en que nacimos nosotros al sacerdocio en la mente de Dios, y por eso mismo el Jueves Santo tiene que ser siempre un día especialmente sacerdotal.

4. El actor principal, Jesucristo, hace cosas visibles

En esto la uniformidad en las Plegarias eucarísticas romanas es casi total. Todas señalan los mismo gestos de Nuestro Señor:

a. Toma el pan

– «*...**Tomó el pan**...*»: todas las Plegarias eucarísticas;

– en I se agrega un detalle que realmente expresa una respetuosa veneración: «***En sus santas y venerables manos***»[802]; la Liturgia armenia todavía expresa una admiración más grande porque dice: «***En sus manos sagradas, divinas, inmortales, inmaculadas, creadoras***». También las Plegarias antiguas egipcias resaltan más esas manos que toman el pan.

En el Canon Romano se va a agregar algo que no aparece en las otras Plegarias: «***Elevando los ojos al cielo***»[803]. Ese elevar los ojos al cielo es una acción cultual, no es una cosa teatral. Como acción cultual indica la idea de ofrecimiento de la materia que se va a sacrificar. Santo Tomás explica este elevar los ojos al cielo que

[801] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec II, pág. 1067.
[802] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 105.
[803] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec I, 104.

no aparece en los relatos bíblicos de la institución, pero sí aparece en los relatos de la multiplicación de los panes[804], en la resurrección de Lázaro[805] y en otros momentos. Lo explica en la **Suma Teológica** respondiendo a una dificultad:

«Dice San Juan que el Señor hizo y dijo muchas cosas que no han sido escritas por los evangelistas[806]. Entre esas cosas está que el Señor en la Cena levantó los ojos al cielo: cosa que la Iglesia recibe de la tradición apostólica». Esto está perfecto, no solamente la Biblia es fuente de revelación sino también la Tradición. Sigue Santo Tomás: «Además, es razonable que si en la resurrección de Lázaro y en la oración que hizo por los discípulos levantó los ojos al Padre como se lee en *San Juan* (11,41; 17,1) con mucha mayor razón lo haría en la Institución de este sacramento, que es cosa de mayor importancia ("*tanquam in re potiori*")»[807].

En este mismo inciso del Canon Romano, para que no queden dudas, va a haber un agregado que es de gran importancia: «***Elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo Todopoderoso***...». «...***Hacia ti***...»: El nombre de Dios solemnemente pronunciado conecta el relato de la institución con el comienzo del Prefacio, cuando expresamos la elevación de nuestra mente a Dios con una fórmula que es antiquísima, que ya consta, por ejemplo, en la **Plegaria** de San Hipólito: – «*¡Levantemos el corazón!*»: ¿A quién? ¡A Dios!; – «*Lo tenemos levantado hacia el Señor*»; – «¡*Demos gracias al Señor*!»; – «*Es justo y necesario*»[808].

b. Bendice

Luego, en la narración se siguen describiendo las cosas que hace el Señor:

---

[804] Lc 9,16: *Tomó entonces los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición y los partió*; Mt 14,19 y Mc 6,32: *...levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición.*

[805] Jn 11,41: *Entonces Jesús levantó los ojos en alto.*

[806] cfr. Jn 21,25.

[807] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, 4, ad 2.

[808] MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 28.

– «***Dando gracias te bendijo***...»: en I y III, y en Rec I y II;

– «***dándote gracias***»: en II;

– «***te bendijo***»: dice la IV;

– «***te dio gracias***»: dicen las V;

– «***te dio gracias con la plegaria de bendición***», añaden las V/a y V/b.

«***Te bendijo***». ¿A quién? A Dios, la bendición es a Dios. (Algunos opinan que en los textos bíblicos la bendición es al pan).

Siguen describiendo las demás acciones:

c. Partió y dio

– «...***lo partió***...»: todas la Plegarias eucarísticas.

– «... ***y lo dio***...»: también todas las Plegarias.

De tal manera que tenemos todas estas acciones: ***Tomó el pan, bendijo a Dios, lo partió, lo dio.***

5. El Actor principal, Jesucristo, también habla.

Pero el actor principal no solamente «hace» sino que también «habla» mientras obra, y acá va a aparecer una palabra que absolutamente aparece en todas las Plegarias eucarísticas, dos veces en el relato de la consagración y contando todas las Plegarias en total unas treinta veces. Es una palabra a la que tal vez ustedes no hayan prestado demasiada atención: «***Diciendo***», que es un gerundio. «El gerundio denota **coexistencia** o **inmediata anterioridad** con respecto al mismo verbo». Esa es la definición del padre Ragucci en el **Habla de mi Tierra**[809]**.** Santo Tomás se refiere a este «***diciendo***» en la Suma Teológica[810], al tratar el tema de la forma del sacramento de la Eucaristía. Pone como primera dificultad que Cristo antes bendijo el pan con sus manos y

[809] *Habla de mi Tierra* (Ediciones Don Bosco, Argentina 1993) 406.
[810] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 1 ad 1

después dijo: ***Tomad y comed, esto es mi Cuerpo,*** como se lee en Mt 26,26, y lo mismo hizo con el cáliz (vv. 27–28). De allí algunos erróneamente concluyeron que estas palabras no eran la forma del sacramento.

Respondiendo a esta objeción, Santo Tomás señala que «sobre esto ha habido muchas opiniones». Sólo las menciono para que vean dónde se encuentra el meollo de la cuestión, señalando la respuesta a la primera:

– Algunos[811] dijeron que Cristo, que en los sacramentos tiene potestad de excelencia, consagró sin utilizar palabras; y después las dijo para los otros que habían de consagrar. Esto parece dar a entender Inocencio III cuando escribe: «Se puede decir sin dudar que Cristo primero consagró por virtud divina, y después expresó la forma con la cual habrían de consagrar los otros»[812]. Pero en contra de esto están las palabras del Evangelio, en las cuales se dice que Cristo ***bendijo*** (Mt 26,26; Mc 14,22): esta bendición fue dicha ciertamente con las palabras de la forma. Por lo cual la frase referida de Inocencio III expresa más una opinión que una determinación.

– Otros[813] dijeron que consagró con palabras que desconocemos.

– Otros[814] dijeron que consagró con las mismas que usamos ahora pero que Cristo las dijo dos veces: primero en secreto para consagrar; y una segunda vez en voz alta para instruir.

– Otros[815] dijeron que los Evangelistas no guardaron siempre el orden con que se recitaron, como señala San Agustín[816]; y entonces puede suponerse que las cosas sucedieron en este orden:

---

[811] Esta parece ser la opinión también de PREPOSITINUS, *Summa*, p. IV, *De Eucharistia*.

[812] *De sacro Altaris Mysterio*, IV, 6.

[813] ODO CAMERACENS, *In Can.Missae*, 3; STEFANUS AUGUSTODUNENS, *De Sacram.*, 14; PETRUS PICTAVIENS, *Sent.*, 4, 2.

[814] Entre estos están OTÓN DE CAMBRAI y ESTEBAN DE BALGIACO, obispo de Autun. No es del todo improbable que GUILLERMO DE AUXERRE tuviera esta opinión. cfr. *Summa Aurea*, IV, *De Eucaristis*., 2, 258 v A.

[815] BALDUINUS CANTUARIENSIS, *De Sacram. Altaris*: ML 204, 655.

[816] *De Consensu Evangelistarum* 21, 30, 44.

«Tomando el pan, lo bendijo diciendo: *Ésto es mi Cuerpo*; después lo partió y lo dio a sus discípulos».

¿Se dan cuenta cuál es la dificultad? Porque si decimos que tomó el pan, lo partió y lo dio… ¿entonces qué? ¿Lo consagró en las manos de los apóstoles?

Santo Tomás responde que no; no acepta las otras opiniones, y toma sólo parte de la última dando como solución que el orden tiene que haber sido así: Tomó el pan, lo bendijo diciendo: «*Esto es mi Cuerpo*»; después lo partió y lo dio a sus discípulos. Pero Santo Tomás aclara que «esto mismo vienen a indicar la palabras del Evangelio sin cambiarlas ya que el gerundio «***diciendo***» (en latín se utiliza el participio «***dicens***»), indica cierta concomitancia de las palabras que se pronuncian con las que anteceden. No obstante, no se debe entender sólo la concomitancia con la últimas palabras dichas, como si Cristo hubiera dicho estas palabras en el momento de dar el pan a sus discípulos, sino que deben entenderse con respecto a todo lo que precede, y el sentido sería éste: «Al bendecirlo, partirlo y darlo a sus discípulos dijo estas palabras: **Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros**». Lo mismo vale para el «*diciendo*» de la consagración del *sanguis*.

No entro al estudio de las formas, que lo hace Santo Tomás de manera muy hermosa[817], pero sólo señalo una cosa: ¿por qué se mantiene en la fórmula la expresión «*que será entregado por vosotros*» si ya fue entregado? ¿Por qué se mantiene en la consagración del *sanguis* el futuro «*que será derramada por vosotros*» si ya fue derramada? La respuesta es simple: Porque la Liturgia es la reiteración de lo que ocurrió en la Última Cena. Propiamente nosotros tendríamos que decir «que fue entregado por nosotros», «que fue derramada por nosotros», o bien «que es (como de hecho es) sangre derramada y cuerpo entregado»; pero se tiene que decir «*será entregado*», «*será derramada*», porque la Liturgia reitera lo que ocurrió en ese tiempo determinado –la

[817] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 2.

víspera de la Pasión– en ese lugar determinado –el Cenáculo–, obrado y hablado por Jesucristo, estando presentes sus discípulos.

¡Qué grandioso todo ese mundo de gestos, acciones, actitudes y palabras, que rodean, de manera sencilla y elocuente, la acción sagrada por excelencia: **la Eucaristía**! En la que: «Se cree otra cosa de la que se ve y se ve otra cosa de la que se cree»[818].

¡Cuál debe ser nuestra actitud de recogimiento, de adoración, de gratitud, de reverencia, de asombro ante este milagro de los milagros que deja absortos, incluso, a los entendimientos angélicos!

¡Que la Virgen María, que fue la que dio Cuerpo y Sangre al Verbo, nos haga siempre gustar de la dulzura de tan magno misterio!

5. La consagración del vino en la «Narración de la institución y consagración»

«*Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso*
en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo,
y lo dio a sus discípulos, diciendo:
Tomad y bebed todos de él,
porque éste es el cáliz de mi Sangre,
Sangre de la alianza nueva y eterna,
que será derramada por vosotros y
por todos los hombres para el perdón de los pecados»

(Plegaria eucarística I).

En esta reflexión hemos de continuar con la «Narración de la institución y consagración», comenzando ahora por la narración y consagración del *Sanguis*. Prácticamente casi todas las Plegarias eucarísticas, para comenzar la consagración del *Sanguis,* utilizan

[818] DH 782.

la expresión «***Del mismo modo***...» («*simile modo*»), salvo Rec I, que utiliza un adverbio semejante: «*Igualmente*...».

¿Por qué «*del mismo modo*»? Porque se está indicando que ambos ritos –el rito de la consagración del pan y el rito de la consagración del vino– deben interpretarse de manera paralela, o simétricamente, «*del mismo modo*».

Veamos que nos quiere decir esta locución adverbial. ¿«*Del mismo modo*» qué? «*Del mismo modo*» que lo hecho en la consagración del pan. De tal manera que, en primer lugar, vamos a tener una referencia a la persona del actor principal, Jesucristo. «*Del mismo modo*» indica, tácitamente, al mismo Cristo, ya mencionado en el relato de la consagración del pan al decirse: «*El cual*», «*Él mismo*». De hecho, en el paralelismo que se observa en el relato de la consagración del vino con respecto al relato de la consagración del pan, podemos encontrar los mismos elementos ya considerados en la meditación anterior: las personas (el actor principal, Jesucristo, y los participantes, los discípulos), el tiempo, el lugar, las acciones visibles que realiza el Actor principal y lo que habla.

1. «*Del mismo modo*», pero «*acabada la cena*»

«*Del mismo modo*» también va a referirse a las acciones que Cristo realizará: tomar el cáliz, dar gracias, consagrarlo, pasarlo a los discípulos; pero antes de pasar a describir esas acciones, la narración de la consagración del cáliz también indica las coordenadas espacio–temporales. El espacio ya sabemos que es el Cenáculo, el lugar de la Cena. El tiempo está indicado con una expresión que tiene mucha importancia para la hermenéutica del relato. Así como en la consagración del pan se indicó un tiempo («*la víspera de la Pasión*»), de modo paralelo en la consagración del vino también se da una indicación temporal de relieve, aunque no se la percibe inmediatamente. Veamos cómo expresan esta referencia temporal las distintas Plegarias eucarísticas y luego su significado:

– «*Acabada la cena*» en I, II, III[819];

– «*después de haber cenado*» en Rec I[820];

– «*aquella noche*» en Rec II[821].

Todas expresan la misma idea: la consagración del *sanguis* tiene lugar inmediatamente después que acabaron de cenar, antes de levantarse de la mesa y de recoger las sobras de la comida.

Esta expresión *acabada la cena* o *después de haber cenado* aparece textual en el Evangelio de *San Lucas* (Lc 22,20). Tiene gran importancia porque San Lucas menciona dos cálices. Antes de la consagración del vino en la cena hubo también bebida pero se trata de la bebida que pertenece a la cena del cordero pascual; en cambio ahora lo que se bebe es un cáliz nuevo. Lucas menciona dos cálices y hace terminar la antigua cena con su cáliz propio, como indicando que el Señor da comienzo a la nueva cena con un nuevo cáliz. Por eso para Balduino de Ford el «*Postquam cenatum est*» significa «después que hubo cumplido los ritos del sacrificio antiguo. Parece que dice esto para distinguir la Cena del Señor de la primera cena, del mismo modo que sugiere distinguir un cáliz del otro»[822].

Algunos comentadores, como por ejemplo Maldonado, distinguen la cena ritual del cordero de lo que era la cena común, que consistía en los otros alimentos que reforzaban la comida, y, a su vez, distinguen estos, de lo que fue la institución de la Eucaristía, como aparece con claridad en los relatos evangélicos[823].

2. «*Del mismo modo*...»: las acciones «visibles»

[819] MISAL ROMANO, 105, 118 y 125.
[820] MISAL ROMANO, pág 1062.
[821] MISAL ROMANO, pág 1068.
[822] PADRES CISTERCIENSES, *Sacramento del Altar* (Azul 1978) 128.
[823] cfr. *Comentarios a los cuatro Evangelios* I (Madrid 1950) 913.

«*Simile modo*». ¿Qué más quiere decir «*Simile modo*»? Para saberlo, debemos continuar leyendo en la narración las acciones que realiza Cristo:

a. Toma el cáliz

– «*Del mismo modo… **tomó** este cáliz…*»[824].

Aquí algunos ven la particularidad de que es un cáliz distinto: «*Este*», «Éste que ahora tomo», como pareciera indicar el sacerdote cuando toma el cáliz en sus manos para repetir la misma acción de Cristo.

Fíjense cómo el ministro secundario realiza en la Misa prácticamente las mismas acciones que Cristo hizo en la Cena. De hecho, los gestos o ceremonias que hace el sacerdote y que acompañan la narración de la consagración, son las mismas acciones que hizo Cristo. Tanto en la Misa como en la Cena hay una mesa, pan y vino, y sobre ellas el sacerdote realiza las mismas acciones de Cristo; y no sólo las mismas acciones sino que también dice las mismas palabras, las cuales esencialmente son las de la forma: «***Es mi Cuerpo***», «***Es mi Sangre***»; «***Esto es mi Cuerpo***», «***Ésta es mi Sangre***».

Por su importancia, estas acciones figuran en las rúbricas de lo que debe hacer el sacerdote: «Toma el pan y ***sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar,*** prosigue: "***Tomó pan***…"»[825] (I); en la rúbrica que indica la acción sobre el cáliz: «Toma el cáliz y sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar dice: "***Tomó este cáliz***…"»[826]. Presten atención a esto: «*Sosteniéndolo **un poco elevado sobre el altar***». Esto lo habrán visto siempre y quizá nunca repararon en el detalle. Ese mantener elevado el cáliz es ademán de oblación, es un gesto cultual, que está mencionando, ya ahí, en el mismo momento de la consagración, que hay un ofrecimiento.

---

[824] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 105.

[825] Tomar el pan, ya es ademán de oblación; cfr. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid [4]1963) 758.

[826] Sobre esta elevación oblativa; cfr. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 765 y la nota n. 40.

– «*Del mismo modo… tomó este cáliz* ***glorioso***…» (I).

No toma cualquier cáliz sino «*este cáliz glorioso*»; ¿«*cáliz glorioso*»? ¿Por qué? Acá hay resonancia del *Salmo* 22,5: *Hunc praeclarum calicem*, según la traducción de la Vulgata. La Biblia de Jerusalén traduce: *Copa rebosante*.

– «***Tomó el cáliz***» se limitan a decir II y Rec II;

– «***lleno del fruto de la vid***», añaden IV y Rec I;

– «***lleno de vino***», dicen todas las demás Plegarias.

Pero notemos bien cómo, propiamente, «*del mismo modo*» equivale a «de modo similar», debido a que no es un calco material exactísimo sino simétrico. Si bien es cierto que se lo construye en forma paralelística, sin embargo hay algo distinto: **la materia**. Es distinta la materia, por eso necesariamente se tiene que hacer mención del cáliz, porque se puede decir «*tomó el pan*», pero hablando con propiedad no va a ser correcto decir «tomó el vino», que en el lenguaje común es beberlo. Además, no va a tomar el vino en la mano; tomó el cáliz que contiene el vino. Como la materia es distinta, también son distintas las acciones realizadas «de modo similar». Al pan lo «***tomó*** … (y lo) ***partió***», al cáliz lo «***tomó***», pero, evidentemente, no lo puede partir.

Hay que tener en cuenta que la mención del cáliz es una locución figurada («*locutio figurativa*»), en la cual hay una doble figura: una metonimia y una metáfora. Veamos la explicación que da Santo Tomás:

«La frase "*Este es el cáliz de mi Sangre*" es una figura retórica y se puede entender de dos modos. Por un lado, es una metonimia[827], por la cual se menciona el continente en lugar del contenido en el siguiente sentido: «Ésta es mi Sangre contenida en el cáliz». Se hace esta mención del cáliz porque la Sangre en este sacramento se consagra como bebida de los fieles, lo cual no es

[827] La metonimia, según el *Diccionario de la Real Academia*, es «un tropo que consiste en designar una cosa con el nombre de otra tomando el efecto por la causa o viceversa, el autor por sus obras, el signo por la cosa significada, etc.; v. gr. *las canas* por *la vejez*; *leer a Virgilio*, por *leer las obras de Virgilio*; *el laurel* por *la gloria*, etc.

proprio de la sangre. Y por eso era necesario que esto viniese designado por el vaso acomodado a este uso»[828].

En otras palabras, como la Sangre que se consagra, se consagra como «bebida» para los fieles, y como el concepto de «bebida» no está significado en el concepto de «sangre» pero está significado en el concepto de «cáliz» o «copa», por ese motivo se debió indicar el vaso para beber, acomodando a su uso a la realidad de la sangre como bebida espiritual.

Pero la palabra «cáliz», además de ser una metonimia es una metáfora, es decir, habla de una cosa para indicar otra[829]. Y aquí, ¿cuál es la metáfora? La Pasión de Cristo. Sigamos leyendo la explicación de Santo Tomás:

«De otro modo, cáliz se puede entender como metáfora, porque por semejanza por cáliz se entiende la pasión de Cristo, la cual pudo embriagar como una copa, según el texto de Jeremías: *Me has llenado de amarguras, me has embriagado de ajenjo* (Lm 3,15) razón por la cual el mismo Señor llama cáliz a su Pasión: *Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz* (Lc 22,42), y el sentido sería: "Éste es cáliz de mi Pasión". Y por esto se hace mención de la Sangre consagrada separadamente del Cuerpo, porque la separación de la Sangre del Cuerpo vino con la pasión»[830].

Sintetizando: la Pasión se manifiesta en la Sangre consagrada por separado del Cuerpo ya que en la Pasión se separaron ambas cosas.

b. Da gracias bendiciendo:

---

[828] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 3 ad 1.

[829] Propiamente, dice el *Diccionario de la Real Academia Española*, «la metáfora es un tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita; v. gr. *Las perlas del rocío; la primavera de la vida*; *refrenar las pasiones*».

[830] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 3 ad 1.

– «*Del mismo modo..., tomó este cáliz,* ***dando gracias te bendijo***...» [831] (I y III): dar gracias y bendecir son fórmulas equivalentes.

– «*Y dándote gracias de nuevo*»[832] (II). ¿Por qué «de nuevo»? Porque antes había dado gracias sobre el pan;

– «*te dio gracias*», dice la IV[833];

– «*te dio gracias con la plegaria de bendición*...», añaden todas las V[834];

– «*de nuevo te dio gracias*» (Rec I)[835];

– «*proclamando tu misericordia*» (Rec II)[836].

c. «*Del mismo modo*» lo consagra:

Podemos considerar cómo el Actor principal no sólo hace cosas visibles por medio de sus ministros sino también cosas invisibles que son, finalmente las más importantes. Eso se da en la consagración del pan, y en la consagración del vino. Así, invisiblemente, ocurre la transustanciación por las palabras de la consagración.

Un excelente liturgista, el padre Jungmann, dice: «En estas palabras –las de la consagración– vibra la íntima convicción de que es Cristo quien obra y que su poder es el que va a realizar la consagración por medio de las palabras», que se han dicho[837].

En este modo de hablar encuentra Brinktrine, otro liturgista alemán, insinuada la doctrina teológica de que «las palabras

---

[831] MISAL ROMANO, 105 Y 125.
[832] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* II, 118.
[833] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* II, 135.
[834] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Va pág. 1037, Vb pág. 1043, Vc pág. 1049, Vd pág. 1055.
[835] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec I, pág 1062.
[836] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* Rec II, pág. 1068.
[837] JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, BAC (Madrid [4]1963) 760.

dichas por Cristo en la Última Cena extienden su eficacia sobre todas las posteriores celebraciones»[838].

Así como decían los Santos Padres que al entrar Cristo en el Jordán para ser bautizado santificó las aguas, que recibieron poder para que se bauticen los demás, así al decir Él las palabras de la consagración obrando la transustanciación del pan y del vino, extendió la eficacia sobre todas las posteriores transustanciaciones. Y es en virtud de esta eficacia que les dio el mandato: ***Haced esto en conmemoración mía***.

¡Haced esto en conmemoración mía! Esta frase propiamente no es parte de la forma de la consagración pero está prácticamente en todas las Liturgias como si fuese parte de la misma (en la bizantina de forma equivalente). El «*haced esto…*» es el mandato de Jesús que, como todo mandato de Dios, da la gracia para que eso pueda ser hecho. Por tanto, indica el momento de la consagración sacerdotal y episcopal de los Doce, y en la consagración de los Doce, en esa primera gran ordenación de sacerdotes ministeriales, también estamos incluidos todos los sacerdotes.

Sobre esto ya me he referido en otras oportunidades, pero siempre es bueno volver a meditarlo, porque «todo estaba, desde el primer momento, contenido en la transustanciación. Ella es el poder de Cristo para transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. Ahora bien, este poder es absoluto, nada lo limita. Si puede hacerse una vez, podrá repetirse siempre, en todas partes, dondequiera haya pan y vino»[839].

d. Lo dio a sus discípulos:

Y también «*del mismo modo… **lo dio**…*», en forma semejante a como distribuyó el pan consagrado por sus manos:

– «*…y **lo dio** a sus discípulos…*» aparece en I;

---

[838] *Die hl. Messe* 191; cit. por JUNGMANN, *ibidem*.

[839] DOM VONIER, *Doctrina y Clave de la Eucaristía*, Emecé Editores (Buenos Aires 1946) 181.

– «*...**lo pasó** a sus discípulos...*» dicen II, III, IV, todas las V y Rec II;

– «*...y **lo pasó** a sus amigos...*» dice con un sinónimo Rec I).

e. Diciendo:

Siguiendo ahora con la lectura del relato, también paralelamente nos encontramos con el gerundio «***diciendo***». Pero valga lo ya dicho para el «*diciendo*» de la consagración del pan.

Las palabras que dice son las de la forma de la consagración del vino. No voy a entrar aquí en el estudio de la forma –Santo Tomás la trata en la *Suma Teológica* III, q. 78, a. 3–; simplemente quiero remarcar tres cosas de las palabras de la consagración del vino:

1º. «***Sangre que será derramada***». Queda fijado litúrgicamente lo que ocurrió en la Última Cena en el Cenáculo y queda fijado para todos los siglos usando el verbo en futuro, porque futura era, el Jueves Santo, la pasión cruenta que iba a ocurrir al día siguiente, el Viernes Santo.

2º. «***Que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados***». A mí me parece que es algo muy importante. En la consagración del *sanguis* se menciona el efecto del derramamiento de Sangre de Nuestro Señor. ¿Por qué? Santo Tomás desarrolla eso también magníficamente: «Porque, como se ha dicho, la Sangre consagrada por separado representa la pasión de Jesucristo, el efecto de la pasión de Cristo es mejor que sea recordado en la consagración de la Sangre que en la consagración del Cuerpo, que es el sujeto de la pasión». Lo cual también se menciona en la consagración del Cuerpo con estas palabras: «*Que será entregado por vosotros*», como si dijera: «Que por vosotros será entregado a la Pasión».

3º. En las palabras de la consagración se habla «***de alianza nueva y eterna***». Dice Santo Tomás en una de las objeciones: «Nuevo se dice por estar próximo al comienzo o al principio de su ser y eterno es algo cuyo ser no tiene principio. Entonces parece

que hay contradicción, ¿cómo es «nuevo» y «eterno»? Responde Santo Tomás: «Es nuevo el testamento en razón de su donación («*ratione exhibitionis*»). Sin embargo, se dice eterno tanto por la preordenación eterna de Dios como por la herencia eterna dispuesta en él. También la persona de Cristo en cuya Sangre se ordena este testamento, es eterna»[840].

En otras palabras, la alianza es eterna tanto por lo que Dios tiene pensado desde siempre acerca de lo que iba a ocurrir en el Cenáculo, en el Calvario y lo que iba a ocurrir en cada Misa, como por la herencia eterna que es la vida eterna, el cielo, de la cual es prenda la Eucaristía. Pero también la alianza que se celebra aquí es eterna –y esto es algo en que tampoco se repara normalmente con suficiente fuerza –, porque es eterna la Persona de Cristo en cuya Sangre se hace el testamento o alianza.

Es por eso que si nosotros en la Misa participamos conscientemente, si tratamos de ir profundizando más en el misterio insondable de la Eucaristía, vamos aprendiendo cada vez más el *peso eterno de gloria incalculable que nos tiene preparado* del que habla San Pablo (2Co 4,17), vamos aprendiendo la importancia insoslayable que tiene la eternidad por sobre el tiempo.

6. La Misa y la triple dimensión del sacramento eucarístico[841]

Santo Tomás ve en el Canon Romano de la Misa una aplicación de esta distinción fundamental (estimo que, también, en lo substancial, se da en las otras Plegarias eucarísticas, pero no puedo, ahora, desarrollar este tema). Así afirma: «Aquella parte [del canon de la Misa] que contiene la perfección del sacramento se divide en tres, según las tres cosas que pertenecen a la integridad de este sacramento, a saber:

[840] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 78, 3, ad 4.
[841] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, 8, 2, 4 c.

– Algo que es únicamente sacramento («*sacramentum tantum*»);

– algo que es cosa (realidad o efecto) y sacramento («res et sacramentum»);

– y algo que es únicamente cosa (realidad o efecto) («res tantum»)».

De modo tal, que, resumiendo, tenemos tres partes, con una introducción y un epílogo:

1. Una **introducción**: que sería el Prefacio.
2. La **primera parte**, que es únicamente sacramento («*sacramentum tantum*»), abarca dos cosas:
    1º. Pide la bendición de la materia ofrecida, de la ofrenda;
    2º. Pide la salvación para los oferentes:
        a. por las personas de la Iglesia y por personas especiales;
        b. a quienes se ofrece reverencia;
        c. concluye lo que pide al impetrar la oblación.
3. La **segunda parte**, que es cosa y sacramento («*res et sacramentum*»), contiene la consagración del Cuerpo y la Sangre de Cristo, abarca tres cosas:
    1º Se implora el poder del que consagra: la **epíclesis** sobre la materia;
    2º se realiza la consagración;
    3º se expone la conmemoración, con la anámnesis y la ofrenda.
4. La **tercera parte**, que es sólo la cosa («*res tantum*»), contiene el pedido del **efecto** del sacramento, y consta de tres partes:
    1º Se pide el efecto de la gracia:
        a. Pide que sea aceptado el sacrificio que causa la gracia sobre el pueblo;
        b. pide que sea otorgado el don de la gracia.
    2º Pide el efecto de la gloria:
        a. Por los que han muerto;
        b. por los vivos.
    3º Se completa el canon.
5. Un **epílogo**: la Doxología final.

Ahora desarrollaremos, brevemente, cada punto:

1. Una introducción

1. Seguimos el texto de la «Ordenación general del Misal Romano»: «Plegaria eucarística. Ahora es cuando empieza el centro y culmen de toda la celebración, a saber, la Plegaria eucarística, que es una plegaria de acción de gracias y de consagración. El sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón a Dios, en oración y acción de gracias, y se le asocia en la oración que él dirige en nombre de toda la comunidad, por Jesucristo, a Dios Padre. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio.

Hay dos elementos en la introducción:

a. Acción de gracias (que se expresa sobre todo en el prefacio): en la que el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da las gracias por toda la obra de salvación o por alguno de sus aspectos particulares, según las variantes del día, fiesta o tiempo litúrgico.

b. Aclamación: con ella toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta o recita el Santo. Esta aclamación, que constituye una parte de la Plegaria eucarística, la pronuncia todo el pueblo con el sacerdote»[842].

2. El *sacramentum tantum*

2. Con respecto a la primera parte del canon, la que corresponde al sacramentum tantum, el sacerdote hace dos cosas:

a. Pide la bendición de la ofrenda, a la que llama «don» («donum») porque es dada por Dios a los hombres; «regalo» («munus») ofrecido por nosotros a Dios; «sacrificio» santificado por Dios para nuestra salvación: «*Padre misericordioso, te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos...*»[843].

---

[842] cfr. OGMR, 54–55.
[843] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 99.

b. Pide la salvación para los oferentes o bien para aquellos en cuyo favor se ofrece el sacrificio, allí donde dice: «*...ante todo*, (te lo ofrecemos), *por tu Iglesia santa y católica*, *para que le concedas la paz*, *la protejas*, *la congregues en la unidad y la gobiernes en el mundo entero*, *con tu servidor el Papa N.*, *con nuestro Obispo N.*, *y todos los demás Obispos que*, *fieles a la verdad*, *promueven la fe católica y apostólica*»[844].

Por esta razón, en este último pedido el sacerdote hace tres cosas:

a. En primer lugar, conmemora a aquellos por cuya utilidad se ofrece la Víctima, ya se trate de las personas que pertenecen al «estado general de la Iglesia» (la jerarquía mencionadas arriba) como también las personas particulares mencionadas allí donde el canon dice: «*Acuérdate*, *Señor*, *de tus hijos*, *y de todos los aquí reunidos*, *cuya fe y entrega bien conoces*; *por ellos y todos los suyos*, *por el perdón de sus pecados y la salvación que esperan*, *te ofrecemos*, *y ellos mismos te ofrecen*, *este sacrificio de alabanza*, *a ti*, *eterno Dios*, *vivo y verdadero*»[845].

b. En segundo lugar, conmemora a aquellos a los cuales se ofrece reverencia, donde dice: «*Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; la de su esposo, san José; la de los santos apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago y Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo; Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y la de todos los santos, por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección*»[846].

Se coloca a la Virgen que ofreció a Cristo en el Templo[847]; a los Apóstoles que nos entregaron el ritual de la ofrenda, y los

---

[844] *Ibidem*.
[845] *Ibidem*, 100.
[846] *Ibidem*, 101.
[847] Santo Tomás no menciona el nombre de San José debido a que recién en nuestro siglo fue incorporado su nombre al Canon Romano, por obra del Papa Juan XXIII.

mártires, los cuales se ofrecieron a sí mismos a Dios; pero no menciona a los confesores ya sea porque antiguamente Iglesia no los solemnizaba, ya sea porque no habían padecido como Cristo de cuya Pasión este sacramento es memorial.

c. En tercer lugar, se concluye pidiendo, de modo expreso, lo que por la oblación de la Víctima se ha de impetrar, allí donde dice: «*Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa; ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos*»[848].

3. La *res et sacramentum*

3. La **segunda parte**, correspondiente a la ***res et sacramentum,*** pertenece a la consagración, que contiene tres acciones:

1º. Se implora el poder (la «virtud») del que consagra (es la *epíclesis* sobre las ofrendas): «*Bendice y santifica, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti, de manera que sea para nosotros Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor*»[849].

Ahora bien, aquellas palabras que allí se dicen (de la Víctima): «*Benedictam, adscriptam, ratam, rationabilem, acceptabilemque*», pueden referirse:

a. De otro modo se pueden referir a la misma hostia, cuando, siendo únicamente sacramento –*sacramentum tantum*–, pide que se haga:

– **Bendita**, para que Dios la consagre, y la confirme en cuanto a la memoria;
– «**adscripta**» o **apropiada**, en cuanto al propósito inmovible;

[848] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 102.
[849] *Ibidem*, 103.

– **ratificada** o **aprobada**, para que la acepte antes;
– **razonable**, en cuanto al juicio de la razón;
– **aceptable**, en cuanto es agradable a su voluntad.

b. A la realidad o cosa contenida en este sacramento –*res et sacramentum*–, a saber, a Cristo, que es una Víctima u hostia:

– **Bendita**, inmune de toda mancha de pecado;
– «**inscripta o adscripta** (= **añadida a lo escrito**)», es decir, prefigurada en las figuras del Antiguo Testamento y establecida con predestinación divina;
– **ratificada o invariable**, porque no es transitoria;
– **razonable**, porque es apta para aplacar;
– **aceptable**, a causa de su eficacia[850].

c. En tercer lugar, se pueden referir al efecto –*res tantum*–. Por esta razón dice:

– **Bendita**, porque por ella somos bendecidos;
– **inscripta**, porque por ella somos inscriptos en el cielo;
– **ratificada** o **perfecta**, porque por ella somos incorporados como miembros de Cristo;
– **razonable**, porque por ella nos vemos librados del sentido bestial;
– y **aceptable**, porque por ella somos aceptos a Dios.

2º. Se realiza la consagración: «*El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos, y, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: TOMAD Y COMED TODOS DE ÉL, PORQUE ESTO ES MI CUERPO, QUE SERÁ ENTREGADO POR VOSOTROS. Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, y dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: TOMAD Y BEBED TODOS DE ÉL, PORQUE ÉSTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y*

[850] Cambié el orden entre a y b por razones didácticas.

ETERNA, QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR TODOS LOS HOMBRES PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS. HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA»[851].

3º. Se expone la conmemoración de la cosa consagrada (es el memorial y el ofrecimiento), al decir: «*Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la muerte gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: Pan de vida eterna y Cáliz de eterna salvación*»[852].

4. La *res tantum*

4. Aquí pide el sacerdote el efecto del sacramento –*la* ***res tantum***–:

1º. En primer lugar, pide el efecto de la gracia haciendo dos cosas:

a. Pide que el sacramento sea aceptado, lo que es la causa de la gracia: «*Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec*»[853].

b. Pide que se dé el don de la gracia, (es la **epíclesis** sobre el pueblo), en la parte del canon que dice: «*Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu Ángel, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, seamos colmados de gracia y bendición*»[854].

---

[851] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 104 y 105.
[852] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 107.
[853] *Ibidem*, 108.
[854] *Ibidem*, 109.

2º. En segundo lugar, pide el efecto de la gloria, haciendo dos cosas:

a. Pidiendo por los muertos: «*Acuérdate también, Señor, de tus hijos, que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz. A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz*»[855].

b. Pidiento por los vivos: «*Y a nosotros, pecadores, siervos tuyos, que confiamos en tu infinita misericordia, admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires Juan el Bautista, Esteban, Matías y Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino y Pedro, Felicidad y Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y de todos los santos; y acéptanos en su compañía, no por nuestros méritos, sino conforme a tu bondad*»[856].

El canon de la Misa se completa –a la manera de las otras oraciones– «en Cristo»: «*Por Cristo, nuestro Señor…*». Se dice «*por Cristo, nuestro Señor…*» porque por Él tiene origen este Sacramento: «*…por quien sigues creando todo los bienes, los santificas, los llenas de vida, los bendices y los repartes entre nosotros*»[857].

En cuanto a la **sustancia** de este sacramento el canon dice:
– «*Creas*» por ser de la naturaleza «*esse naturae*»;
– «*santificas*» por ser sacramento;

En cuanto a la **virtud** del sacramento dice «*vivificas*» por el efecto de la gracia, que es la vida del alma;
– «*los bendices*» debido al aumento de la gracia;

Y en cuanto a la **operación o uso** del sacramento dice: «*y los repartes entre nosotros*».

5. El epílogo

---

[855] *Ibidem*, 110.
[856] *Ibidem*, 111.
[857] *Ibidem*, 112.

5. Preparado por lo anterior llega el **epílogo**: la **Doxología final.** «*En ella se expresa la glorificación de Dios, y se concluye y confirma con la aclamación del pueblo*»[858]: «*Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos*»[859]. Y el pueblo aclama, cantando o diciendo: «*Amén*», que es el solemne ofrecimiento de la Víctima inmolada, al Padre, en el Espíritu Santo, y junto con la divina Víctima, espiritualmente, nosotros mismos. Y, por tanto, es el Amén más importante de toda la Misa.

¡Cómo no terminar exclamando: «*Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tu Pasión, danos la gracia de venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de Tu redención*»!

¡Qué cosa tan maravillosa y admirable es la Eucaristía! ¡Es un tesoro inagotable de belleza, de verdad, de vida! ¡Una fuente inexhausta de amor!

¡Qué María que con su sí hizo posible la Eucaristía, nos alcance la gracia de aprender cada vez más a vivir y a gozar de la Misa!

7. ¡Un Pan y un Cáliz!

En Pekín, cerca de la **Ciudad Prohibida** –la cual pertenecía antiguamente al Palacio del Emperador–, se alza una torre, que es algo similar a un mirador alto y que, según algunos pertenecía a la muralla de la ciudad tártara o manchú. Es el famoso observatorio astronómico usado por un gran misionero italiano, el Padre Mateo Ricci, SJ[860]. El emperador chino, amante de la sabiduría, buscaba

---

[858] OGMR, 55h.

[859] MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* I, 113.

[860] «Una interesante perspectiva de Pekín se tiene desde el observatorio construido sobre las almenas en forma de una «Torre reloj», antiguamente parte de los muros de la cuidad.

que le enseñasen los secretos de las órbitas de los planetas y de las estrellas. Mateo Ricci acompañó en esta tarea a otros jesuitas, también grandes astrónomos. Hoy se encuentran sepultados

---

Empequeñecido por los edificios de las embajadas, se encuentra ubicado en una selva de carreteras y autopistas, justo al este de «La Tienda de la Amistad» (Friendship Store); en la esquina sud oeste de Jianguomennei Dajie y la segunda carretera de circunvalación (parte de la ciudad Tártara o Manchú). La vista del panorama ya justifica la visita. Este es uno de los lugares que usted puede visitar donde encontrará alguna información interesante y segura en inglés, aunque breve. El observatorio se remonta a los tiempos de Kublai Khan's, época en la que se encontraba al norte del actual sitio. El Gran Khan's, así como los últimos emperadores de la dinastía Ming y Qing, confiaban grandemente en los astrólogos antes de tomar una decisión.

El presente observatorio de Pekín, fue construido entre los años 1437 al 1446, no sólo con el fin de facilitar las predicciones astrológicas, sino también para ayudar a los marineros. En la planta baja se exhiben equipos de navegación usados por marineros chinos. En el primer piso hay réplicas de cinco piezas de alfarería de 5000 años, encontradas en las excavaciones de la provincia de Henan en 1972, dichas piezas muestran pinturas del sol. Hay también cuatro réplicas de azulejos usados en aleros de la dinastía Han, que representan al este, oeste, norte, y sur. Hay un mapa dibujado en un tablero octogonal de madera con 140 estrellas marcadas en láminas de polvo de oro; es una reproducción del original, que se dice pertenecer a la dinastía Ming, pero está basado en un mapa más antiguo de la dinastía Tang. Se exhiben también seis prominentes bustos de astrónomos.

Sobre la «azotea» hay una variedad de instrumentos astronómicos diseñados por los Jesuitas eruditos, quienes se abrieron camino en la capital en 1601 cuando a Mateo Ricci y sus compañeros se les permite trabajar con científicos chinos. El Emperador estaba ansioso por descubrir las armas y cañones europeos.

Los Jesuitas superaron el calendario musulmán en uso, y consiguieron el control sobre el observatorio, llegando a ser los consejeros de la Corte China. De los ocho instrumentos en bronce que se exhiben (incluyendo una armilla ecuatorial, un globo celeste, y un altzimuth), seis fueron diseñados y construidos bajo la supervisión del sacerdote belga Ferdinad Verbiest, quien llego a China en 1659 para trabajar en la corte de los Qing. Los instrumentos fueron construidos entre 1669 y 1673, y están decorados con dragones esculpidos en bronce y otros motivos artísticos chinos, una unión única entre el este y el oeste. El teodolito fue supervisado por Bernard Stumpf, también misionero. El octavo instrumento, la nueva armilla, fue completada en 1754. No es claro cuales de los instrumentos en exhibición son originales.

Durante la rebelión de los Boxers, los instrumentos desaparecieron en las manos de los franceses y alemanes. Algunos fueron devueltos en 1902, mientras otros fueron retornados bajo la condición del tratado de Versalles (1919). Bertrand Russell comentó que «este fue probablemente el mas importante beneficio que el tratado dio al mundo». El observatorio que los Jesuitas instalaron en Shanghai fue usado para predicciones meteorológicas y aun conserva el mismo uso. Los Jesuitas tuvieron también alguna influencia en la arquitectura de Pekín y diseñaron los palacios de estilo rococo italiano en el viejo Palacio de Verano (destruido en 1860) usando Versalles como modelo». Michael Bucley, *China – a Travel Survival Kit*, Lonely planet Publications, (Australia[4] 1994) 630–631.

juntos, por privilegio del Emperador, dentro de lo que era el recinto de las antiguas murallas.

En la parte superior de esta torre, a la que se accede por una escalera de altos peldaños incorporada a la misma mole de la construcción, hay una serie de instrumentos astronómicos que datan de la época. Uno de estos instrumentos, la esfera armilar, es una serie de circunferencias de bronce, de unos dos metros de diámetro, mandada construir por los padres jesuitas. Tiene la característica de poseer dos círculos de centro común, que representan las posiciones de los círculos más importante de la esfera celeste, provisto de limbos o coronas graduadas y, además, alidadas o con reglas que tienen pínulas, es decir, miras por donde se dirige la visual, que sirven para ubicar y medir los astros y sus órbitas. Por la similitud se lo denomina, también, astrolabio o armilla. Hoy en día este instrumento se encuentra en desuso, debido al avance producido en los modernos medios de observación astronómica.

Creo que en la Eucaristía sucede –análogamente, de manera metafórica– algo similar a lo que sucede en la esfera «armilar». Así como en este instrumento, todos sus aros, toda su armazón, tienen un centro común, así en la santa Misa toda su estructura –y también toda la vida de la Iglesia, las acciones del sacerdote y de los fieles–, todo, absolutamente hablando, todo, se dirige hacia un centro común (semejante al logotipo de la Comisión Nacional de Energía Atómica). Se dirige a un gran signo. El gran signo en la Eucaristía es: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! Desde la procesión de entrada hasta la disposición del templo, en forma de cruz; con su campanario, que llama al acto central del culto cristiano. Desde la nave, el sagrario, el ambón, la sede hasta el Altar. Todo apunta a ese gran centro: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! La misma ornamentación del templo con los cirios encendidos, las flores, el incienso, la música sagrada –el órgano, el instrumento más parecido a la voz humana–, las luces. Todo se dirige a percibir con fuerza ese signo principal: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! Si tomamos la Misa, con su procesión de entrada, con su rito introductorio, con la Liturgia de la Palabra que nos alimenta y prepara para recibir con fruto ¡ese pan y ese cáliz! La procesión con las ofrendas donde por primera vez aparece el gran signo ¡del pan! y ¡del vino!, que constituirán la materia del sacrificio; la epíclesis, invocando al Espíritu Santo para que produzca el milagro de la transustanciación en la materia del sacrificio; la consagración en la que el pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre del Señor. La comunión en donde se reciben el pan y el vino transustanciados. Todo se orienta a un gran signo: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! Las oraciones del propio, del común, de las plegarias eucarísticas, las procesiones (de entrada, de las ofrendas, de la comunión), las acciones, los gestos, las reverencias, los besos del sacerdote al altar y al Evangelio, las señales de la cruz, las genuflexiones, las actitudes, los golpes de pecho, los silencios con su elocuencia irremplazable..., las letras de los cantos. Todo apunta a un gran signo: ¡un pan y un cáliz!

¡Todo! El mismo ritmo de la acción litúrgica, ya que en esta hay un movimiento, un avanzar, un tránsito, un «*in crescendo*», que dispone el corazón para el corazón de la Misa que es la consagración. Los tiempos litúrgicos con la riqueza teológica que los caracteriza: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, el tiempo durante el año. Las Solemnidades y Fiestas. De manera particular, el Domingo, día del Señor. Todo señala a ese gran signo: ¡un pan y un cáliz!

En especial, todo apunta a la consagración, que es el momento culmen, donde alcanza la plenitud de signo: ¡un pan y un cáliz! Allí, en ese momento, el pan y el vino se transustancian en el Cuerpo y en la Sangre del Señor. Se produce una cantidad tal de cosas admirables, que no las llegamos a entender abarcativamente ni antes ni después, porque nuestro entendimiento no es como el de los ángeles –intuitivo– sino discursivo y porque la grandeza del misterio supera por todas partes la limitación de nuestro entendimiento.

Allí se realiza, como ya dijimos, la presencia de Nuestro Señor: Verdadera, real y sustancial. Y ello, sola y simplemente, por la Omnipotencia de Dios.

Allí se efectúa la perpetuación del único sacrificio de la Cruz, porque allí se da la representación viva y eficaz de la Pasión del Señor, porque allí se hace el memorial de la muerte de Jesucristo, que realiza lo que recuerda y que implica, de suyo, inmolación y oblación, y además, porque allí se hace la aplicación de los méritos que ganó Cristo en la cruz para todos los hombres, que llegan así a las nuevas generaciones.

Allí ejerce su Sacerdocio Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, Sacerdote principal de la ofrenda de su Cuerpo y Sangre en la Misa; allí los sacerdotes ministeriales obramos *in Persona Christi* y transustanciamos –por el poder de las palabras de Cristo y la fuerza del Espíritu Santo– el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor y hacemos su ofrenda; allí, por su sacerdocio bautismal, los fieles cristianos laicos ofrecen, por manos y junto al sacerdote ministerial, la Víctima inmolada y ellos mismos ofrecen sus sacrificios espirituales. De tal manera, que en la Misa se despliega, magnífica y jerárquicamente, el único Sacerdocio de Jesucristo.

Allí se perciben más los tres grandes Protagonistas de cada Misa: el Padre, a Quien se ofrece el sacrificio y lo acepta, el Hijo que es la Víctima y el Sacerdote que se ofrece, y el Espíritu Santo, en cuyo poder se transelementan los dones de pan y de vino y se aprovechan de los mismos los fieles.

Allí, en ese momento, se dan en plenitud los tres niveles de la liturgia: el *mysterium*, la *actio* y la *vita*. Por obra ministerial del sacerdote secundario que obra *in Persona Christi*.

Allí se percibe mejor el triple signo: rememorativo de la pasada Pasión, demostrativo de la presente gracia santificante y profético de la futura vida en el cielo.

Allí se dan las tres instancias: el *sacramentum tantum*, las especies consagradas separadamente, que expresan, eficazmente, la inmolación mística; la *res et sacramentum*, el Cuerpo entregado y la Sangre derramada ofrecidos a Dios; la *res tantum*, la unidad

del Cuerpo místico de Cristo, por la que sus miembros incorporan al sacrificio de Cristo sus sacrificios interiores.

Allí se captan mejor los tres fines o efectos del santo sacrificio de la Misa: el latreútico, por el que adoramos, en Cristo, a Dios sobre todas las cosas; el eucarístico, por el que damos, en Cristo, cumplidas gracias al Padre; y el propiciatorio (que según Trento[861] implica también el impetratorio) que aplaca la ira divina, perdona los pecados y satisface remitiendo algunas penas y se nos da todo lo necesario para la salvación eterna.

Todo apunta a eso: ¡un pan y un cáliz! consagrados.

La misma vida del cristiano, del seminarista, del sacerdote, todo apunta a eso. De manera particular la del sacerdote, y por lo tanto, del seminarista. ¿Por qué la Filosofía? Porque hay que saber defender la Verdad Eucarística. ¿Por qué la Teología? Porque uno debe ser predicador de los misterios, en especial, el Eucarístico. Toda la preparación del Seminario debe ser para subir al altar, para transustanciar el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor ofrecido bajo las especies.

El Jueves Santo, día sacerdotal por excelencia, es el día en el que San Juan dice: «*Habiendo amado a los suyos ... los amó hasta el fin*»[862]. Es el día en el que Nuestro Señor instituyó el misterio insuperable de la Eucaristía, además de instituir también el sacerdocio católico para su perpetuación a través del tiempo y del espacio. Ese es ¡el pan y el cáliz! que nos empuja a la misión.

Adoremos al Señor, «quien ruega por nosotros como sacerdote nuestro, ruega en nosotros como nuestra Cabeza, (y) nosotros le rogamos como Dios nuestro»[863].

Que la Virgen nos haga ser devotos de Jesús Eucaristía. Que siempre tengamos la sabiduría suficiente para enriquecer nuestras almas con ese regalo que Jesús nos dejó un día, un Jueves Santo,

---

[861] CONCILIO DE TRENTO, DH 1743.1753.
[862] cfr. Jn 13,1.
[863] SAN AGUSTÍN, *in Ps.*, 85.

en el que nos amó hasta no poder dar más, hasta el extremo, ...¡hasta la Eucaristía!

8. El sacerdote cuelga de la Hostia que eleva

I

En este día de Jueves Santo hemos de peregrinar espiritualmente al *piso alto*(Mc 14,15), al Cenáculo de Jerusalén ya que allí nació la Eucaristía y el sacerdocio católico. Después de más de 450 años ha vuelto a celebrar Misa por primera vez allí, en su viaje a Tierra Santa, Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Y en esa ocasión firmó la carta a los sacerdotes para el Jueves Santo: «Hemos de seguir meditando, de un modo siempre nuevo, en el misterio de aquella noche. Tenemos que volver frecuentemente con el espíritu a este Cenáculo, donde especialmente nosotros, sacerdotes, podemos sentirnos, en un cierto sentido, "de casa". De nosotros se podría decir, respecto al Cenáculo, lo que el salmista dice de los pueblos respecto a Jerusalén: *El Señor escribirá en el registro de los pueblos: éste ha nacido allí* (Sl 87[86],6)»[864].

La fe sacerdotal en la presencia real y en el Sacrificio Eucarístico, está ligada, indisolublemente, a la identidad sacerdotal. De tal modo que, generalmente, toda crisis de identidad sacerdotal es antes, y previamente, crisis de fe eucarística.

Si para todo cristiano la Eucaristía es «***misterio de la fe***», con mayor razón lo es para el sacerdote. ¿Por qué? Porque es él el ministro que transustancia y tiene clara conciencia del poder que obra a través de él, como instrumento. No transustancia por un poder propio que nace de él, sino por un poder recibido del mismo Jesucristo y transustancia por el poder de las palabras de Cristo y la fuerza del Espíritu Santo. Tiene clara conciencia que no hay nadie sobre la tierra que tenga más poder que él para transustanciar; como decía Santo Tomás: «Para consagrar no

[864] JUAN PABLO II, «Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo», n. 3, *L'Osservatore Romano* 13 (2000) 164.

tiene el Papa mayor poder que el simple sacerdote»[865]. Y de ahí que, también, tenga clara conciencia de que en eso que hace en el altar, sólo depende de Dios: «**El acto del sacerdote no depende de potestad alguna superior, sino de la divina**»[866]. Es allí, en el momento central de la Santa Misa, donde se encuentra la nada y miseria propia, con el piélago de todo bien y de toda perfección, que es Dios. Especialmente para el sacerdote, ese momento es el punto de contacto de la eternidad y el tiempo, del infinito y lo finito, del ilimitado y lo limitado, de lo invencible y lo caduco...

Decimos, y es verdad, que sólo depende de Dios. Pero alguno podrá preguntarse, ¿no depende también del Obispo que le da las licencias ministeriales para poder celebrar la Misa? Sí, depende del Obispo, pero para «el **ejercicio** de su potestad»[867], no en cuanto a la potestad misma que ha recibido de Cristo mismo el día de su ordenación.

También entiende el sacerdote que está especialmente ligado a los Apóstoles, de quien es sucesor: «Así a los primeros apóstoles están ligados especialmente aquellos que han sido puestos para renovar "*in persona Christi*" el gesto que Jesús realizó en la Última Cena, instituyendo el Sacrificio Eucarístico, "fuente y cima de toda la vida cristiana"»[868]. El carácter sacramental que los distingue, en virtud del Orden recibido, hace que su presencia y ministerio sean únicos, necesarios e insustituibles.

Han pasado casi 2000 años desde aquel momento. ¡Cuántos sacerdotes han repetido aquel gesto! Muchos han sido discípulos ejemplares, santos mártires. ¿Cómo olvidar, en este Año Jubilar, a tantos sacerdotes que han dado testimonio de Cristo con su vida hasta el derramamiento de su sangre? Su martirio acompaña toda la historia de la Iglesia y marca también el siglo que acabamos de

---

[865] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, Supl. 38, 1, ad 3.

[866] *Ibidem*, Supl. 40, 4.

[867] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros «Presbyterorum Ordinis»*, 7; *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 28.

[868] CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 11.

dejar atrás, caracterizado por diversos regímenes dictatoriales y hostiles a la Iglesia. Quiero, desde el Cenáculo dar gracias al Señor por su valentía. Los miramos para aprender a seguirlos tras las huellas del Buen Pastor que *da su vida por las ovejas* (Jn 10,11)»[869].

El sacerdote también tiene clarísima conciencia que lo que hace en el altar al transustanciar no es nada más ni nada menos que el sacrificio perfecto. Es decir, aquel sacrificio al cual no le falta absolutamente ninguna nota para que sea perfecto. Dice el Papa: «Al mismo tiempo, ha sido llevado a su perfección el sentido del sacrificio, la acción sacerdotal por excelencia... *Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad* (Heb 10,5–7; cfr. Sl 40[39],7–9). Según el autor de la carta, estas palabras proféticas fueron pronunciadas por Cristo en el momento de su venida al mundo. Expresan su misterio y su misión. Comienzan a realizarse desde el momento de la Encarnación, si bien alcanzan su culmen en el sacrificio del Gólgota. Desde entonces, toda ofrenda del sacerdote no es más que volver a presentar al Padre la única ofrenda de Cristo, hecha una vez para siempre.

Sacerdos et Hostia. Sacerdote y Víctima. Este aspecto sacrificial marca profundamente la Eucaristía y es, al mismo tiempo, dimensión constitutiva del sacerdocio de Cristo y, en consecuencia, de nuestro sacerdocio...

En el Pan Eucarístico está el mismo Cuerpo nacido de María y ofrecido en la Cruz»[870].

Este es el punto. La verdadera fe en la Eucaristía es la que suscita, despierta, alimenta, desarrolla, consuma y sostiene hasta el fin, la vocación sacerdotal. Y esto es algo que hay que cuidar. Decía Don Orione: «Especialmente en estos tiempos, usemos toda clase de cautelas –y aquí hablo **particularmente** a los sacerdotes jóvenes y a los clérigos (seminaristas)– para conservar la Fe, y conservarla pura e incontaminada: la pureza de la Fe es cosa tan

[869] JUAN PABLO II, loc. cit., n. 5.
[870] *Ibidem*, n. 8.

preciosa, que **se ha de anteponer** a todas las cosas»[871]. Y debemos recordar siempre para no errar en la fe eucarística, aquella sentencia de ese sacerdote tan sabio, el abad benedictino Dom Anscario Vonier: «**El contenido de la Eucaristía es tan vasto que quienquiera acepte con fidelidad la transustanciación y la Presencia Real no puede equivocarse fundamentalmente después**»[872].

El sacerdote sabe que, de manera especial en el momento de la consagración, está en el corazón de la Iglesia. Y ese estar en el corazón de la Iglesia es también estar en el corazón del sacerdocio católico: «El misterio eucarístico, en el que se anuncia y celebra la muerte y resurrección de Cristo en espera de su venida, es el corazón de la vida eclesial. Para nosotros tiene, además, un significado verdaderamente especial: es el centro de nuestro ministerio. Éste, ciertamente, no se limita a la celebración eucarística, sino que también implica un servicio que va desde el anuncio de la Palabra, a la santificación de los hombres a través de los sacramentos y a la guía del pueblo de Dios en la comunión y en el servicio. Sin embargo, la Eucaristía es la fuente desde la que todo mana y la meta a la que todo conduce. Junto con ésta, ha nacido nuestro sacerdocio en el Cenáculo.

Haced esto en memoria mía (Lc 22,19). Las palabras de Cristo, aunque dirigidas a toda la Iglesia, son confiadas, como tarea específica, a los que continuarán el ministerio de los primeros apóstoles. A ellos Jesús entrega la acción, que acaba de realizar, de transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la acción con la que él se manifiesta como Sacerdote y Víctima.

Cristo quiere que, desde ese momento en adelante, su acción sea sacramentalmente también acción de la Iglesia por las manos de los sacerdotes. Diciendo "*haced esto*" no sólo señala el acto, sino también el sujeto llamado a actuar, es decir, instituye el sacerdocio ministerial, que pasa a ser, de este modo, uno de los elementos constitutivos de la Iglesia misma». De tal manera que podemos decir, y en rigor es verdad, que el sacerdote hace a la

---

[871] *Cartas Selectas de Don Orione* (Editorial Pío XII, Mar del Plata 1952) 160.
[872] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 117.

Iglesia, así como la Iglesia hace al sacerdote.

«Esta acción tendrá que ser realizada "en su memoria". La indicación es importante. La acción eucarística celebrada por los sacerdotes hará presente en toda la generación cristiana, en cada rincón de la tierra, la obra realizada por Cristo. En todo lugar en el que sea celebrada la Eucaristía, allí de modo incruento, se hará presente el sacrificio cruento del Calvario, allí estará presente Cristo mismo, Redentor del mundo...»[873].

Por eso, en rigor de verdad, el sacerdote cuelga de la Hostia que eleva.

II

Todas las dificultades que puedan haber en la vida sacerdotal (que son muchas) se disipan por la fuerza de la Eucaristía:

– ¡Que nos falta santidad personal! ¿Y a quién no? Pues hay que recordar las verdades de la Fe. «Es verdad. En la historia del sacerdocio, no menos que en la de todo el pueblo de Dios, se advierte también la oscura presencia del pecado. Tantas veces la fragilidad humana de los ministros ha ofuscado en ellos el rostro de Cristo. Y, ¿cómo sorprenderse, precisamente aquí, en el Cenáculo? Aquí no sólo se consumó la traición de Judas, sino que el mismo Pedro tuvo que vérselas con su debilidad, recibiendo la amarga profecía de la negación. Al elegir a hombres como los Doce, Cristo no se hacía ilusiones (tampoco nosotros debemos hacernos ilusiones): en esta debilidad humana fue donde puso el sello sacramental de su presencia. La razón nos la señala Pablo: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros* (2Cor 4,7).

Por eso, a pesar de todas las fragilidades de sus sacerdotes, el pueblo de Dios ha seguido creyendo en la fuerza de Cristo, que actúa a través de su ministerio. ¿Cómo no recordar, a este respecto, el testimonio admirable del pobre de Asís? Él que, por humildad, no quiso ser sacerdote, dejó en su testamento la

[873] JUAN PABLO II, loc. cit., n. 10–11.

expresión de su fe en el misterio de Cristo presente en los sacerdotes, declarándose dispuesto a recurrir a ellos sin tener en cuenta su pecado, incluso aunque lo hubiesen perseguido. "Y hago esto –explicaba– porque del Altísimo Hijo de Dios no veo otra cosa corporalmente, en este mundo, que su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre, que sólo ellos consagran y sólo ellos administran a los otros" [874] » [875]. Si el pan y el vino se transustancian por el poder de Dios, el poder de Dios también puede cambiar mi pobre corazón.

– ¡Que tenemos problemas pastorales! Su principio de solución está en la Eucaristía: «El testimonio que daremos al pueblo de Dios en la celebración eucarística depende mucho de nuestra relación personal con la Eucaristía»[876]. Quien obra el milagro de la Eucaristía puede dar solución a todos los problemas pastorales, si quiere.

– ¡Que muchos abandonan el ministerio sacerdotal! Todavía son alrededor de novecientos por año. No abandones la Eucaristía y no abandonarás el ministerio: *Caerán a tu lado mil, y a tu derecha diez mil; a ti no te tocará* (Sl 91,7), haciendo lo que hay que hacer, con la gracia de Dios. ¡Muchos perseveraron y perseveran, y muchos, aunque les tocase vivir bajo el Anticristo, perseverarán! El poder de Dios que transustancia el pan y el vino no se agota, y ese poder que no se agota te dará, si haces lo que tienes que hacer, la gracia de la perseverancia final, a pesar de todas tus limitaciones.

– ¡Que estamos a 2000 años de distancia de lo que ocurrió en el Calvario y en el Cenáculo! Para Dios ***un día es como mil años y mil años como un día*** (2Pe 3,8). El sacerdote sabe que, como lo dice muy bien Dom Vonier: «Después que Cristo en la Última Cena hubo realizado el milagro de la primera consagración, el prodigio estaba completo, nada nuevo ha sucedido desde entonces. El hecho de que millares de sacerdotes consagren hoy en todas partes del mundo no constituye un completar el milagro. Todo estaba, desde el primer momento,

---

[874] *Fuentes Franciscanas*, n. 113.
[875] JUAN PABLO II, loc. cit., n. 6.
[876] *Ibidem*.

contenido en la Transustanciación. Ella es el poder de Cristo para transformar el pan en Su Cuerpo y el vino en Su Sangre. Ahora bien, este poder es absoluto, nada lo limita. Si puede hacerse una vez, podrá repetirse siempre, en todas partes, dondequiera haya pan y vino»[877], y donde quiera haya alguien ordenado válidamente que tenga intención de hacer lo que hace la Iglesia. De modo tal que no hay distancia ni espacial ni temporal entre la Eucaristía y el Cenáculo y el Calvario, ya que en la Eucaristía ambos se hacen presente. Hoy es como ayer. Dios no se cambia[878].

¡No tengamos miedo! En el Cenáculo «comenzó para el mundo la nueva presencia de Cristo, una presencia que se da ininterrumpidamente donde se celebre la Eucaristía y un sacerdote presta su voz, repitiendo las santas palabras de la institución»[879].

¡Volvamos a descubrir nuestro sacerdocio a la luz de la Eucaristía! Hagamos redescubrir este tesoro a nuestras comunidades en la celebración diaria de la Santa Misa y, en especial, en la más solemne de la asamblea dominical. Que crezca, gracias a nuestro trabajo apostólico, el amor a Cristo presente en la Eucaristía.

El Congreso Eucarístico Internacional de este año: «...Será un acontecimiento central del Gran Jubileo, que ha de ser un "año intensamente eucarístico"[880]. Este Congreso pondrá de manifiesto precisamente la íntima relación entre el misterio de la Encarnación del Verbo y la Eucaristía, sacramento de la presencia real de Cristo»[881].

La Madre Admirable, que fue cáliz y copón, nos haga gustar la verdad de esta maravilla que es la Eucaristía.

9. Diálogo de la transustanciación

(*A modo de autosacramental*)

---

[877] DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 181.

[878] cfr. Mal 3, 6.

[879] JUAN PABLO II, loc. cit., n. 13.

[880] JUAN PABLO II, *Carta Apostólica «Tertio Millenio Advniente»*, 55, *L'Osservatore Romano* 46 (1994) 658.

[881] JUAN PABLO II, «Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo», n. 15, *L'Osservatore Romano* 13 (2000) 165.

Dijeron los Tres a una: – «Hagamos la Eucaristía».

I

– «Que sea obra de mi infinito poder todopoderoso más grande que la creación del mundo»[882], dijo el Padre.

Dijo el Hijo: – «Donde yo esté presente, verdadera, real y sustancialmente[883], con mi Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad para ser comido por los hombres».

– «Que me invoquen a mí en la epíclesis pre–consecratoria para que se transusbstancie la materia del sacrificio, y en la epíclesis post–consecratoria para que los fieles se aprovechen de la Víctima inmolada», agregó el Espíritu Santo.

Dijeron los Tres a una: – «Amén».

Insistió el Padre: – «Que sea monumento vivo de mi infinito amor misericordioso».

– «Que por ser representación, memorial y aplicación del sacrificio de la cruz lo perpetúe[884] hasta el fin de los tiempos», acotó Jesucristo.

– «Yo haré que los fieles puedan unir sus sacrificios espirituales al sacrificio de Cristo en la cruz», sostuvo el Espíritu Santo.

Dijeron los Tres a una: – «Amén».

– Todavía dijo el Padre: – «Será una obra maestra tal de mi infinita sabiduría que ni yo la podré superar».

Insistió el Hijo: – «En ella brillará mi sacerdocio Sumo y Eterno, y la participación del mismo en el sacerdocio ministerial y en el bautismal, que lucirán en perfecta comunión».

---

[882] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 75, 8, ad 3: «*quod in hoc convertione sunt plura difficilia quam in creatione*».
[883] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1651.
[884] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1740.

– «Será el mayor y más importante acto de culto, verdadero monumento perenne de fe, de esperanza y de amor, que se dirigirá al Padre, por el Hijo, en mí, el Espíritu Santo».

Dijeron los Tres a una: – «Amén».

II

Decía la Madre al Hijo: – «Niño mío, entiendo que debas morir en la cruz para salvar a todos los hombres, tus hermanos, pero ¿qué sacrificarán ellos?».

– «Habrá un sólo y único sacrificio a través de todos los tiempos, el de la cruz, pero el mismo y único sacrificio se perpetuará de otra manera».

– «¿De qué manera?».

– «De manera sacramental, es decir, no en mi especie propia sino en especie ajena».

– «Si bien entiendo me dices que tú y tu sacrificio permanecerán por los siglos, pero como disfrazados bajo otra apariencia. ¿Cuál apariencia?».

– «¡Madre, será bajo la apariencia de pan y vino! Por eso Caná, y el milagro de la Tagba, y el discurso del pan de vida en Cafarnaún. Por eso son figuras de la Eucaristía la oblación de Melquisedec, los sacrificios de la Ley antigua –en especial el de expiación–, el maná en el desierto y el Cordero pascual».

– «Muy bien, mi Niño».

– «Y tú, Madre, estarás presente en todo sacrificio sacramental, que es obra mía y de toda la Iglesia, por estar vos unidísima a mí y a mi Iglesia, y porque al echarse la partícula en el cáliz se simbolizará, también, tu cuerpo resucitado»[885].

---

[885] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 83, 5, ad 8: «Dice el papa Sergio: "El cuerpo de Cristo se manifiesta de tres formas. La parte que se echa en el cáliz,

III

En el cielo, formando un corrillo hablaban en voz baja un grupo de ángeles, habitualmente muy bullanguero. Uno decía: – «Pero, ¿no basta con el sacrificio de la cruz que tiene valor infinito?». De refilón lo escuchó un arcángel que tenía autoridad, serio, enjuto, hierático, casi trasparente por la penitencia, que lo reprendió con acritud con su tonada apentagramada:

– «Che, Habacuc, no digás zonceras», dijo el ángel, al parecer argentino.

– «¡¿Mande?!», dijo el primero, con acento ecuatoriano.

– «Escuchemos al ángel del sacrificio», dijo el segundo, e indicando silencio llevó su dedo espiritualizado sobre su boca espiritual.

Intervino, solemne, el ángel del sacrificio: – «El sacrificio de la cruz alcanza y sobra para limpiar todos los pecados, de todos los hombres, de todos los tiempos. No hace falta otro sacrificio, sino que, como no debe extinguirse el sacerdocio de Jesucristo por su muerte, y como exige la naturaleza sacramental de los hombres[886] dotados de cuerpo y alma, es necesario que el sacrificio de la cruz se perpetúe visiblemente, en especie ajena o sacramental».

– «¡Lo necesitamos!», gritaron los hombres y mujeres de todos los tiempos.

– «¡También nosotros lo necesitamos!», agregaron como en un eco las benditas almas del purgatorio. (Ambos grupos se enteraron por las perfectas comunicaciones que existían en el sistema de la comunión de los santos).

Se acerca Melquisedec a Abraham y le pregunta:

– «¿Qué ha pasado?».

---

simboliza el cuerpo de Cristo ya resucitado", y con Él a la bienaventurada Virgen, y si hay algún santo ya con el cuerpo en la gloria"».

[886] cfr. CONCILIO DE TRENTO, DH 1740.

– «La figura ha cesado».

Como reguero de pólvora corrió la noticia entre los patriarcas y profetas. Le dicen a Malaquías:

– «Se ha dado cumplimiento a tu profecía: Ya se ofrece el sacrificio *desde donde sale el sol hasta el ocaso* (Ml 1,11)».

– Y a San Juan Bautista: – «Todos repetirán tus palabras: *Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*».

La alegría era inmensa. Se imponía festejar. Aparecieron los ángeles musiqueros y amenizaron la velada con varios enganchados de música celestial. Miríadas y miríadas de ángeles hacían graciosas y divertidas rondas en el cielo, como lo harían luego en cada lugar donde se celebrase la Eucaristía y cantando con los fieles el Sanctus. Como es sabido para San Juan Crisóstomo el altar está rodeado de ángeles y San Gregorio Magno a la hora del sacrificio ve abrirse el cielo y bajar los coros de los ángeles[887]. En la sala de situación del cielo delante de una gigantesca pantalla de cuarzo líquido espiritualizado, donde aparecían miles y miles de luces encendidas en el mapamundi, los ángeles del servicio hacían largas listas de turnos para asistir a las Misas que se celebrarían en cada punto iluminado de la pantalla.

El ambiente, por decirlo de alguna manera, se puso más diáfano, gracioso y sereno. Un como sublime arco iris etéreo, aumentando de intensidad, pero sin lastimar los ojos, lo iluminaba. ¡Era la paz celestial!

IV

El pan y el vino dijeron: – «¿Qué pasará con nosotros?».

– «La sustancia de ustedes desaparecerá totalmente», respondió Dios.

– «¿A dónde iremos?», preguntaron. Y retrucaron: – «¿Iremos a la materia preexistente? O, ¿tal vez seremos aniquilados?».

---

[887] *Diálogo,* IV 58; cit. JUNGMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa*, ed. cit., 793.

– «¡No!», se escuchó decir a Dios. «Ni lo uno ni lo otro. Se convertirán»[888].

– «¿Quién tomará nuestro lugar?».

– «El Cuerpo y la Sangre de mi Hijo. Esta conversión es única y singularísima, por eso tiene nombre propio, se llama: ¡Transustanciación![889]. Por la que no queda nada de la sustancia del pan, ni nada de la sustancia del vino[890], que se transelementan, se transustancian».

Se escucharon varias voces que decían: – «Nosotras también nos iremos porque inherimos en la sustancia como en un sujeto».

– «¿Quiénes son ustedes?», preguntó un ángel.

– «Yo soy el color», dijo una.

– «Yo el sabor», dijo otra.

– «Yo el peso».

– «Yo el tamaño».

– «Yo la medida».

– «Yo soy el olor».

– «Yo soy la figura».

– «Yo...».

– «Basta ya entendí, pero juntas ¿cómo se llaman?», interrumpió el ángel.

Todas hablaron al mismo tiempo y no se entendía lo que decían (no por nada son de género femenino).

---

[888] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 75, 3.

[889] CONCILIO DE TRENTO, DH 1652; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1376.

[890] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 75, 4: «*Tota substantia panis convertitur in totam substantiam corporis Christi, et tota substantia vini in totam substantiam sanguinis Christi*».

– «¡Silencio! Una por vez».

– «Nos llamamos especies…».

– «También apariencias…».

– «Otros nos dicen accidentes, en el sentido metafísico de la palabra…».

– «Ustedes permanecerán», sentenció Dios.

Ellas preguntaron una vez más: – «¿Dónde seremos sustentadas, quién nos sostendrá?».

– «Será mi divino poder».

– «Señor, no lo tomes a mal, pero nunca se ha visto que las especies no se sustenten en una sustancia».

– «No será así en la Eucaristía, que es hecha por mi sólo poder»[891].

– «Eso quiere decir que nosotras que desde la creación del mundo y aún durante los cielos nuevos y la tierra nueva, existimos y existiremos porque estamos en un sujeto que es la sustancia, ¿sólo en la Eucaristía existiremos sin sujeto de inhesión?».

– «¡Sí. Así es!».

– «¡Pero eso es un milagro!».

– «¡Un milagro, y muchos y miles y millones! No es perezosa mi mano, ni se cansa mi brazo. Una, muchas, miles y millones de veces he de intervenir en la historia del hombre, para que los hombres y mujeres entiendan que mi infinito poder es misericordioso y providente».

– «Y, ¿porqué nos tenemos que quedar nosotras?»

---

[891] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 75, a. 4: «*Haec conversio non est similis conversionibus naturalibus, sed est omnino supernaturalis, solo Dei virtute effecta*».

– «Por razón de signo. Por ustedes se conocerá lo que debajo de ustedes habrá».

V

Un grupo de jóvenes bullangueros hacía muchas preguntas a alguien a quien las nieves del tiempo cubrían –es una manera de decir– la sien.

Uno de ellos preguntó: – «¿Cuál es la razón de que nuestro Señor haya elegido materia doble para el sacramento de la Eucaristía?».

– «La razón es doble», se escuchó.

Impaciente otro preguntó: – «¿Cuál es la primera razón?».

– «Por razón de ordenarse el sacramento a ser comida espiritual y siendo esta parecida a la comida corporal, así como para ésta es necesario el manjar, que es el alimento sólido, y la bebida, que es el alimento líquido, dos cosas concurren a integrar este sacramento, el manjar espiritual y la bebida espiritual, según el Evangelio: *Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida* (Jn 6,50)»[892].

Saltó un tercero: – «¿Y la segunda razón?».

– «Por razón de la representación del sacrificio de la cruz. Allí la sangre se separó del cuerpo. Aquí la oposición a la otra especie y a la otra forma, muestra su sangre como separada de su cuerpo, como en la cruz, por tanto aparece su cuerpo como muerto y exangüe, desangrado. La Sangre consagrada separadamente del Cuerpo es representación viva y eficaz de la Pasión del Señor»[893].

– «¿Cuál es la parte principal?», se animó a indagar otro.

– «La consagración de la Sangre es la parte principal de la perpetuación del sacrificio de la cruz que se verifica en la Misa, ya que representa el misterio mismo de la Redención de Cristo

[892] cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, 73, 2.
[893] cfr. GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Santísima Eucaristía*, ed. cit., 324.

obrada por la efusión de la sangre. Y es menester primero la consagración del Cuerpo, que es el sujeto de la Pasión, ya que en la Pasión el cuerpo fue lacerado y separado de su sangre en el momento de la muerte».

Se hizo un largo silencio. Luego el mismo terminó de hablar:

– «¡No hay en el mundo cosa más grande que la Misa!».

VI

Se oyó una voz muy dulce, tan dulce como la Palabra de Dios. Los ángeles parecían acaramelados. Era la Madre Virgen:

– «Dónde está mi Hijo y su Iglesia, allí estoy yo».

Abreviaturas Bíblicas

Antiguo Testamento

Gn	Génesis	Ct	Cantar de los Cantares
Ex	Éxodo	Sb	Sabiduría
Lv	Levítico	Sir	Sirácida (Eclesiástico)
Nm	Números	Is	Isaías
Dt	Deuteronomio	Jr	Jeremías
Jos	Josué	Lm	Lamentaciones
Jue	Jueces	Ba	Baruc
Rut	Rut	Ez	Ezequiel
1Sam	1º Samuel	Dn	Daniel
2Sam	2º Samuel	Os	Oseas
1Re	1º Reyes	Jl	Joel
2Re	2º Reyes	Am	Amós
1Cr	1º Crónicas	Ab	Abdías
2Cr	2º Crónicas	Jon	Jonás
Esd	Esdras	Mi	Miqueas
Ne	Nehemías	Na	Nahum
Tb	Tobías	Ha	Habacuc
Jdt	Judit	So	Sofonías
Est	Ester	Ag	Ageo
Job	Job	Za	Zacarías
Sl	Salmos	Ml	Malaquías
Pr	Proverbios	1Mac	1º Macabeos
Qo	Qohelet (Eclesiastés)	2Mac	2º Macabeos

Nuevo Testamento

Mt	Mateo	2Te	2º Tesalonicenses
Mc	Marcos	1Tim	1º Timoteo
Lc	Lucas	2Tim	2º Timoteo
Jn	Juan	Tit	Tito
He	Hechos de los Apóstoles. (Actas)	Flm	Filemón
		Heb	Hebreos
Ro	Romanos	Sant	Santiago
1Cor	1º Corintios	1Pe	1º Pedro
2Cor	2º Corintios	2Pe	2º Pedro
Ga	Gálatas	1Jn	1º Juan
Ef	Efesios	2Jn	2º Juan
Flp	Filipenses	3Jn	3º Juan
Col	Colosenses	Jds	Judas
1Te	1º Tesalonicenses	Ap	Apocalipsis

Glosario según las Constituciones del IVE y SSVM

Proemio

1. **Dios**
   a. Participar: [162] [164] [166] [447] [499] [542].
   b. Amor (manifestación de): [93] [172] [247] [255] [335].
   c. Dios (correctas ideas acerca de): [43] [102] [111] [350] [559].
   d. Misa: [447] [542] [574].
2. **Santísima Trinidad**: [9] [42].
   a. Padre: [14] [58] [153] [540] [547].
   b. Espíritu Santo: [9] [48–49] [51–52] [268–269] [270].
   c. En cuanto a la **comunión** que debe producir en nosotros la Trinidad: [20] [276] [287].
   d. Trinidad, **presencia** en el alma y **diálogo** con ella: [44].
3. **Por Cristo, con Él y en Él**: [131].
   a. Obrar por Cristo: [41]; unidos a Cristo: [99] [254] [548]; siendo otra Encarnación: [36], «otros Cristos» [64–66].
   b. Ofrecerse con y en Cristo: [108] [163] [178].
   c. Para gloria de Dios Padre: [14].
4. **Monumento vivo del amor de Dios**
   a. **Eucaristía** (monumento de amor), pan eucarístico, vino eucarístico: [7] [273] [290] [328–337] [341] [449] [542] [574].
   b. El **amor** que brota de la **Cruz**: [170–172].
   c. Configurarse (con Cristo), moler, triturarse. Imitar (su muerte): [79] [192] [399].
   d. Crucificar, entregar: [108] [169] [178] [181] [196].
   e. Fuego de la **caridad**: [454].
5. **Sublimidad de la Misa**: [335] [447]; centro de la vida parroquial [499].
6. **El mundo sacramental**: [263] [293] [483].
7. **Liturgia vívida y vivida**: [336] [542].

Introducción

Ritos de introducción

Al encuentro con Cristo:

a. Encuentro: [539–540].
b. Penitencia–Conversión: [11] [133–140] [313] [543].

Primera parte

Liturgia de la Palabra

a. La «escucha» de Cristo: [19] [541].
b. Palabra de Dios: [16] [18] [271–274] [560] [574].

Segunda parte
Liturgia de la Eucaristía

Primer momento:
Presentación y ofrenda de los dones
Capítulo 1º. **Materia del sacrificio**
Capítulo 2º. **Nuestro ofrecimiento**
Ofrecimiento de toda la vida a Cristo:
a. Ofrecimiento: [24] [108] [196] [246] [368] [396].
b. El dolor: [201–205] [207].
c. Don, dones: [24–25].
Capítulo 3º. **Creación e historia**
La Cruz dirige la historia: [181].
Alabanza al Creador: [246].

Segundo momento:
Plegaria eucarística
Capítulo 1º. **Prefacio**
a. Acción de gracias: [246].
Capítulo 2º. **Epíclesis.**
a. Consumación (del sacrificio): [213] [268].
b. Arder: [179] [42] [336] [399].
c. Transparentar (dejar... al E. Santo, cosa que no hace el **sacerdote mundano** y **carnal**): [147].
d. Docilidad: [19] [48–52] [147] [153] [270].
Capítulo 3º. **Consagración**
Artículo 1º. *Presencia de Cristo:*
a. Poder y dignidad del sacerdote ministerial: [168].
Artículo 2º. *El Sacrificio de Cristo:*
a. Sacerdote: [105–107] [159–160] [336] [552–553] [570].
b. Víctima: [203].
c. Oblación: [91] [196] [155] [65].
d. Calvario–Eucaristía: [172] [335] [246].
Párrafo 1º. Representación
Sacrificio de la Cruz, Pasión del Señor: [11] [169–181] [196–197] [202–204] [209–214] [216] [426].

Párrafo 2º. Memorial
* **Consagración**:
a. Reproducir–Imitar (los sentimientos de Cristo en Cruz, humildad, adoración, etc.): [64–66] [79-80] [181].
b. Entregarse voluntaria y gustosamente: [108].
c. Muerte (a nosotros mismos): [206–214].
d. Holocausto (igual a votos religiosos): [196] [362–368].
* **Oblación**:

a. Oblación: [91] [108] [166] [194-198].
b. Participación espiritual (como deseo, en todo lugar y momento): [53] [542] [574].
c. Redención (la Eucaristía es una verdadera inmolación sacramental, que actualiza perennemente la gran obra de la...): [91] [197-198] [264].

Párrafo 3º. Aplicación
a. Aplicación (de la obra redentora para alcanzar gracias): [195] [198] [203].

Artículo 3º. *El Sacerdocio de Cristo:*
Párrafo 1º. Sumo y Eterno: [12] [105-107] [158-161.163] [196].
Párrafo 2º. Ministerial: [68] [166.168] [318] [439-441] [542] [570].
Párrafo 3º. Bautismal: [68] [108] [162.164-167] [181] [202-203].
Párrafo 4º. «Amor sacerdos inmolat»: [24] [106-108] [544-545].

Artículo 4º. *Tres actos de un sólo drama:*
Párrafo 1º. La Misa: [447].
Párrafo 2º. La Cruz: [107] [169] [172] [177] [181] [193-198] [443].
Párrafo 3º. La Cena: [20] [107].

Artículo 5º. *Tres protagonistas (y María):*
Párrafo 1º. El Hijo: [12] [105-107] [158-161.163] [193-198].
Párrafo 2º. El Espíritu Santo: [9] [48] [49] [51] [52] [268] [269]. [270].
Párrafo 3º. El Padre: [14] [58] [153] [540] [547].
Párrafo 4º. María: [19] [338-342] [360] [401].
a. Presencia espiritual de la Virgen María en la Misa: [9] [12] [114] [342].

Artículo 6º. *Tres niveles:*

Artículo 7º. *Triple signo:*
Párrafo 1º. Rememorativo: [169] [172] [189-191] [196-197] [202-204] [209-214] [216] [426] [447].
Párrafo 2º. Demostrativo: [68] [185] [222-223] [447].
Párrafo 3º. Profético: [169] [185] [447].

Artículo 8º. *Tres instancias:*
a. Cuerpo Místico de Cristo, gracia de unión con Cristo, participación de la vida trinitaria. Unidad de la **Iglesia**: [7] [39] [264-265] [279] [290] [315] [329-336].

Artículo 9º. *Tres fines:*
Párrafo 1º. Latréutico: [246] [405-407].
Párrafo 2º. Eucarístico: [246] [335-336].
Párrafo 3º. Propiciatorio e Impetratorio: [194].

Artículo 10º. *Por dos clases de hombres:*
Párrafo 2º. Por los difuntos: [337].
3er. momento:
Comunión
Capítulo 1º: **Padre nuestro**
a. Paternidad: [20] [440-441].
b. Fraternidad: [404].
Capítulo 2º. **Fracción del pan**: [329].
Capítulo 3º. **Comunión**:
a. Comulgar (la Víctima): [209-211] [277] [329-334].
Artículo 1º. *Confiere el aumento de la gracia:*
a. Santidad: [201] [269] [447].
b. Oración vital: [57] [446].
c. Fecundidad: [18] [208] [439-441] [544].
Párrafo 2º. Representación de la Pasión: [11] [169-181] [189-191] [196-197] [202-204] [209-214] [216] [426] [447].
Párrafo 3º. Es alimento que sostiene, aumenta y deleita: [552].
Artículo 2º. *Signo de la unidad de la Iglesia*: [330-331.334].
Artículo 3º. *Causa la unidad de la Iglesia*: [315] [329.332] [335].
a. Solidaridad: [115-116] [211-212].
b. Paz: [426-428].
c. En la santidad: [290].
Artículo 4º. *Incorporación a Cristo*: [234-235] [291] [333].
Artículo 5º. *Fin y principio de todos los sacramentos*: [447].
Artículo 9º. *La resurrección, efecto de la Eucaristía*
a. Fiesta: [238-249].
Artículo 11º. *La comunión frecuente*: [542] [574].
Rito de conclusión
Prolongar a Cristo: [30-31] [62] [262].
Envío. Misión: [32] [64] [250-251] [260] [298-303] [481-486].

Índice temático[894]

accidentes, 77, 80, 286, 339
acción de gracias, 33, 61, 92, 125, 128, 130, 131, 171, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 314
adoración, 92, 125, 179, 182, 183, 184, 186, 188, 250, 251, 303
alma, 44, 50, 55, 56, 76, 77, 85, 86, 93, 98, 123, 141, 148, 168, 175, 196, 223, 225, 227, 229, 235, 244, 257, 269, 292
presencia de la Trinidad, 14
amor, 133, 138
de Cristo, 137, 138
en la Cruz, 137
aplicación, 67, 82, 97, 98, 101, 102, 104, 106, 107, 112, 324
bendición, 63, 78, 169, 183, 191, 216, 247, 248, 300, 301, 309, 313, 315
cáliz, 21, 22, 52, 53, 58, 59, 63, 111, 125, 151, 164, 168, 169, 170, 171, 195, 197, 224, 225, 228, 235, 305, 306, 307, 308, 309, 318, 323, 333
caridad, 19, 22, 23, 24, 33, 66, 92, 105, 126, 129, 133, 138, 139, 173, 174, 178, 192, 230, 236, 251
fraterna, 138
Cena, 14, 47, 52, 79, 82, 87, 89, 103, 113, 120, 125, 135, 139, 140, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 154, 170, 192, 225, 280, 295, 297, 299, 303, 306, 311, 328, 332
comunión, 21, 34, 111, 115, 129, 155, 158, 167, 169, 182, 186, 202, 215, 219, 220, 221, 222, 225, 226, 230, 233, 235, 243, 246, 251, 256, 279, 282, 323, 330, 337
con la Iglesia, 212
con María, 164
frecuente, 246
rito de, 226
sacramental, 34, 323
sacrificios de, 158
Concilio de Trento, 47, 53, 75, 76, 78, 80, 82, 84, 86, 89, 111, 114, 119, 121, 123, 136, 140, 141, 147, 149, 150, 181, 200, 201, 204, 207, 213, 227, 234, 326, 338
Concilio Vaticano II, 32, 43, 55, 58, 101, 111, 153, 213, 233, 237, 271, 284
consagración, 14, 61, 62, 63, 67, 68, 69, 70, 71, 78, 79, 80, 86, 87, 90, 91, 98, 102, 106, 111, 115, 120, 124, 128, 129, 130, 132, 139, 140, 150, 159, 175, 180, 192, 238, 243, 280, 292, 293, 294, 295, 297, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 310, 312, 314, 317, 323, 330, 332
centro de la Misa, 67
del pan, 69, 78, 192
del vino, 171, 311
es doble, 69
eucarística, 79, 323
creación, 15, 27, 48, 58, 59, 77, 80, 190, 191, 202, 339
cruz, 36, 82, 83, 84, 85, 87, 90, 91, 98, 99, 100, 101, 102, 104, 105, 106, 107, 112, 113, 124,

[894] Se ha omitido los términos: «Dios», «sacramento», «sacrificio», «Santa Misa», «sacerdote», «sacrificio».

136, 137, 138, 140, 141, 143, 144, 146, 149, 150, 151, 152, 183, 197, 198, 199, 200, 207, 208, 297, 334, 335, 336, 340
frutos, 82
sacrificio, 82
y la Misa, 98
demostrativo, 167, 168, 169
signo, 325
Dios Padre, 14, 17, 37, 61, 74, 82, 95, 129, 131, 147, 160, 163, 314, 318, 320
epíclesis, 14, 61, 62, 63, 65, 154, 323
Espíritu Santo, 13, 14, 15, 17, 18, 20, 21, 22, 24, 32, 36, 37, 42, 59, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 78, 117, 119, 132, 152, 154, 166, 203, 205
Eucaristía, 191, 323
gracia, 16, 31, 33, 34, 41, 50, 55, 56, 57, 63, 71, 73, 75, 78, 87, 94, 97, 117, 130, 151, 167, 169, 170, 175, 177, 189, 190, 197, 201, 202, 204, 211, 226, 227, 229, 230, 231, 235, 236, 240, 241, 244, 245, 248, 250, 310, 314, 319, 332
aumento, 227, 236, 320
causa de, 168
cibativa, 229
forma de, 168
Hijo, 14, 16, 17, 18, 20, 22, 36, 37, 63, 88, 132, 152, 153, 155, 162, 163, 200, 248, 319
hostia, 93, 103, 109, 111, 135, 224, 288, 317
impetratorio, 201, 204, 205
inmolación, 67, 69, 85, 90, 91, 93, 94, 96, 101, 111, 128, 129, 130, 132, 134, 135, 139, 140, 141, 143, 147, 149, 175, 324
en la cruz, 11
Jesucristo
Sacerdote principal, 109, 153, 212, 325
latréutico, 183, 188, 191
liturgia, 324
Cristo la realiza, 109
memorial, 50, 67, 69, 82, 87, 88, 89, 90, 96, 99, 100, 123, 151, 164, 165, 166, 316, 318, 321
ministro, 36, 76, 111, 112, 147, 149, 153, 176, 180, 306, 327
Misa, 191, 307
primera, 152
siempre de la Iglesia, 153
misterio, 17, 35, 36, 65, 71, 77, 87, 103, 104, 114, 116, 120, 121, 141, 144, 145, 148, 149, 153, 163, 171, 190, 196, 239, 249, 253, 254, 269, 280, 292, 303, 312, 324, 327, 332, 341
necesidad, 13, 25, 48, 49, 117, 119, 137, 190, 200, 203, 220, 253, 274
nueva alianza, 170, 195
oblación, 67, 72, 81, 85, 90, 94, 95, 99, 100, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 124, 126, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 138, 139, 140, 141, 143, 144, 147, 149, 155, 156, 157, 158, 162, 179, 192, 197, 208, 228, 307, 324
de Cristo, 138, 162, 324
ofrecimiento, 67, 90, 94, 95, 112, 127, 128, 129, 132, 135, 145, 160, 299, 307, 318, 320
nuestro, 54
ofrenda, 154, 323
palabra, 26, 31, 32, 41, 56, 78, 81, 86, 89, 160, 176, 216, 255, 267
penitencia, 117
plegaria, 14, 61, 309

prefacio, 61, 191
presencia de Cristo, 62, 64, 76, 227, 333
presentación, 129, 131, 171
profético, 118, 167, 170
propiciación, 138
propiciatorio, 156, 188, 194, 195, 196, 198, 200, 201, 204, 326
redención, 14, 41, 82, 88, 101, 140, 144, 191, 195, 321
rememorativo, 167, 168, 325
representación, 82, 324
sacerdocio
  bautismal, 136, 137, 212, 325
  de Cristo, 95, 114, 151, 329
  ministerial, 79, 136, 212
sacerdote(s)
  elegido, 137
  obran in persona Christi, 154, 325
  obran in Persona Christi, 117
sacramentos
  bautismo, 153
sacrificio
  aceptación, 160
  de Cristo, 153, 162, 324
  en la cruz, 14, 31, 35
  solo a Dios, 181
sacrificio de Cristo
  especie, 153, 323
sacrificios, 153, 155, 162, 325
sangre, 21, 30, 49, 52, 71, 76, 99, 111, 114, 116, 133, 139, 140, 143, 149, 150, 151, 155, 157, 158, 168, 169, 171, 173, 178, 194, 195, 200, 223, 227, 228, 229, 240, 241, 242, 243, 244, 254, 286, 287, 288, 290, 303, 308, 328, 341
transustanciación, 24, 68, 73, 74, 77, 78, 81, 89, 91, 125, 159, 160, 280
  misterio de, 76
Trinidad, 13, 14, 15, 17, 18, 64, 95, 129, 152, 166, 236, 294
víctima, 72, 81, 91, 92, 128, 129, 131, 135, 136, 139, 140, 141, 142, 144, 152, 157, 158, 159, 183
vino. Véase consagración

Índice analítico

Índice general ..... 7.
Prólogo ..... 11.
Proemio ..... 13.
1. Dios ..... 13.
2. Santísima Trinidad ..... 13.
3. Por Cristo, con Él y en Él ..... 15.
4. El monumento vivo del amor de Dios ..... 18.
5. Sublimidad de la Misa ..... 26.
6. El mundo sacramental ..... 27.
a. El mundo visible, sensible ..... 27.
b. El mundo invisible, no–sensible ..... 29.
c. El mundo visible–invisible ..... 30.
7. Liturgia vívida y vivida ..... 32.
Introducción ..... 35.
Ritos de introducción ..... 35.
La entrada del celebrante ..... 35.
Veneración al altar ..... 35.
Saludo a la comunidad cristiana ..... 36.
Rito penitencial ..... 37.
Kyrie ..... 37.
Gloria ..... 37.
La oración colecta ..... 37.

Primera parte
Liturgia de la Palabra
Liturgia de la Palabra ..... 41.

Segunda parte
Liturgia de la Eucaristía
Primer momento:
Presentación y ofrenda de los dones ..... 47.
Capítulo 1º. **Materia del sacrificio** ..... 47.
1. Hubo quienes usaron otras materias ..... 49.
2. Conveniencias ..... 50.
3. ...y un poco de agua ..... 51.
Capítulo 2º. **Nuestro ofrecimiento** ..... 54.
1. Lo que somos ..... 55.
2. Lo que hay que sacrificar ..... 56.
3. Lo que debemos hacer para poner «el alma» ..... 56.
Capítulo 3º. **Creación e historia** ..... 58.

Segundo momento:
Plegaria eucarística ..... 61.
Capítulo 1º. **Prefacio** ..... 61.
Capítulo 2º. **Epíclesis** ..... 62.
Capítulo 3º. **Consagración** ..... 67.
A. Es el corazón de la Misa ..... 67.
B. Anunciamos la muerte del Señor ..... 68.
1. ¿Por qué es esto así? ..... 68.
2. ¿Por qué es necesaria la doble consagración? ..... 69.
3. ¿Por qué primero se consagra el pan? ..... 70.
4. ¿Por qué en segundo lugar se consagra el vino? ..... 70.
5. La Misa es un sacrificio sacramental ..... 71.
Artículo 1º. *Presencia real* ..... 72.
Párrafo 1º. Presencia verdadera ..... 73.
Párrafo 2º. Presencia real ..... 74.
Párrafo 3º. Presencia sustancial ..... 75.
Párrafo 4º. De la Transustanciación ..... 76.
Párrafo 5º. Omnipotencia de Dios ..... 79.
Artículo 2º. *El Sacrificio de Jesucristo* ..... 81.
Párrafo 1º. Representación ..... 83.
1. ¿Qué es representar y representación en sentido profano? ..... 83.
2. ¿Qué es representación en el Antiguo Testamento? ..... 83.
3. ¿Qué es representación en el Nuevo Testamento, en el sacrificio de la Nueva Alianza, en la Misa? ..... 84.
Párrafo 2º. Memorial ..... 87.
1. Distintos tipos de memorial ..... 88.
2. El memorial de la consagración ..... 90.
3. La inmolación ..... 90.
4. La oblación ..... 94.
5. Los bautizados ofrecen la Víctima ..... 95.
6. En todas las Misas ..... 95.
Párrafo 3º. Aplicación ..... 96.
1. ¿Qué es la aplicación? ..... 97.
2. La cruz y la Misa ..... 98.
3. Un solo sacrificio ..... 100.
4. Un solo sacrificio, que se perpetúa ..... 100.
5. La causa universal de salvación y su aplicación ..... 102.
6. Dos actos deben poner los hombres ..... 104.
a. Por parte de los creyentes ..... 104.
b. Por parte de los sacerdotes ..... 106.
7. Son dos los actos que deben unirse ..... 107.
Artículo 3º. *El Sacerdocio de Cristo* ..... 108.

Párrafo 1º. Jesucristo Sacerdote principal..... 108.
1. Los Santos Padres nos enseñan que Cristo es el Sacerdote principal de la Misa ..... 110.
2. La Iglesia en su Magisterio nos lo recuerda..... 110.
3. La ciencia teológica lo fundamenta ..... 112.
Párrafo 2º. El oferente ministerial ..... 114.
1. Lo enseña la Sagrada Escritura ..... 115.
2. Lo enseñaron los Santos Padres ..... 116.
3. Lo enseña la Sagrada Liturgia..... 116.
4. Lo enseña la razón teológica ..... 117.
5. Modernas opiniones erróneas ..... 118.
6. Esas opiniones se refutan así ..... 119.
Párrafo 3º. El oferente bautismal..... 122.
A. El oferente general ..... 122.
1. ¿Cómo es posible que todo bautizado ofrezca todas y cada una de las Misas que se celebran? ..... 123.
2. ¿Cuáles son las razones teológicas de esta enseñanza? ..... 125.
B. El oferente especial..... 128.
1. ¿Por qué pueden y deben los que asisten a la Misa ofrecer la Víctima del altar? ..... 128.
2. ¿Cuándo debe comenzar en los bautizados la actitud ofertorial? ..... 129.
3. ¿Cuándo se ofrece, de hecho, la Víctima inmolada? ..... 129.
4. ¿Cuándo se explicita la oblación con palabras?..... 130.
5. ¿Por qué dice el sacerdote: «orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro»?..... 132.
6. ¿Cuándo llega a su plenitud el ofrecimiento de la Víctima divina y de nosotros junto con Ella? ..... 132.
Párrafo 4º. «Amor sacerdos inmolat» ..... 133.
1. Immolat..... 133.
a. La materia sensible del sacrificio ..... 134.
b. La acción sacrificial o el rito sacrificial ..... 134.
2. Sacerdos..... 136.
3. Amor ..... 137.
Artículo 4º. *Tres actos de un solo drama* ..... 139.
Párrafo 1º. En la Misa..... 139.
Párrafo 2º. En la Cruz ..... 145.
Párrafo 3º. En la Cena..... 146.
Párrafo 4º. Tradición y Magisterio..... 148.
Artículo 5º. *Tres Protagonistas... (y María)* ..... 152.
Párrafo 1º. El Hijo hecho carne: Jesucristo..... 153.

Párrafo 2º. El Espíritu Santo ..... 154.
Párrafo 3º. El Padre..... 155.
Párrafo 4º. María..... 164.
Artículo 6º. *Tres niveles* ..... 164.
Artículo 7º. *Triple signo*..... 167.
Párrafo 1º. Rememorativo ..... 168.
Párrafo 2º. Demostrativo..... 168.
Párrafo 3º. Profético..... 170.
Artículo 8º. *Tres instancias*..... 172.
Párrafo 1º. Los sacramentos y las tres instancias ..... 172.
Párrafo 2º. La Eucaristía y las tres instancias ..... 174.
Párrafo 3º. Más sobre las tres instancias..... 176.
Párrafo 4º. Genialidad de este don de Dios..... 179.
Artículo 9º. *Tres fines* ..... 181.
Párrafo 1º. Latréutico ..... 181.
1. Sólo a Dios se debe sacrificar..... 181.
2. Sólo a Dios se debe adorar ..... 183.
Párrafo 2º. Eucarístico ..... 188.
1. Introducción ..... 188.
2. Los hombres y mujeres necesitan dar gracias a Dios.... 189.
3. Jesús nos dio ejemplo..... 189.
4. La acción de gracias por excelencia ..... 191.
5. Y así instituyó la Misa Jesucristo ..... 192.
Párrafo 3º. Propiciatorio e Impetratorio ..... 194.
A. Propiciatorio ..... 194.
1. Ideas sobre el tema en la Biblia ..... 194.
2. Lo quiso Cristo al instituir la Eucaristía ..... 195.
3. Lo recuerdan los Santos Padres ..... 196.
4. Lo enseña el Magisterio ..... 196.
5. Nos lo recuerda la liturgia..... 197.
6. Lo demuestra la Teología ..... 198.
B. Impetratorio..... 201.
1. La oración de petición es alabada por la Iglesia ..... 202.
2. ¡Con mucha mayor razón es alabada la oración de petición en la Misa!..... 203.
Artículo 10º. *Por dos clases de hombres*..... 207.
Párrafo 1º. Se ofrece por todos los vivientes..... 207.
Párrafo 2º. Se ofrece también por todos los fieles difuntos ... 213.
La doxología final..... 215.
3er. momento:
Comunión ..... 219.
Capítulo 1º: **Padre nuestro**..... 219.
1. El Padre nuestro ..... 219.

2. El rito de la paz ..... 219.
Capítulo 2º. **Fracción del pan** ..... 220.
Otra fracción, pero pequeña ..... 223.
Inmixtión o mezcla (o conmixtión) ..... 223.
Unidad del sacramento bajo las dos especies ..... 225.
La grandeza de la Misa ..... 226.
Capítulo 3º. **Comunión**: ..... 226.
Artículo 1º. *Confiere el aumento de la gracia* ..... 227.
Párrafo 1º. Por la presencia de Cristo ..... 227.
Párrafo 2º. Por ser representación de la Pasión del Señor ..... 228.
Párrafo 3º. Es alimento que sostiene, aumenta y deleita ..... 228.
1. Sustenta ..... 229.
2. Aumenta ..... 230.
3. Deleita ..... 230.
Artículo 2º. *Signo de la unidad* ..... 233.
Artículo 3º. *Causa la unidad* ..... 234.
Artículo 4º. *¿Cómo nos incorporamos a Cristo?* ..... 235.
Artículo 5º. *Fin y principio de todos los sacramentos* ..... 237.
Artículo 6º. *Consumación de los demás sacramentos* ..... 239.
Artículo 7º. *Principio vivificante de los demás sacramentos* . 240.
Artículo 8º. *Causa el que alcancemos la gloria* ..... 242.
Artículo 9º. *La resurrección, efecto de la Eucaristía* ..... 244.
Artículo 10º. *La Eucaristía da la vida eterna* ..... 245.
Artículo 11º. *La comunión frecuente* ..... 246.
Rito de conclusión ..... 247.
Rito de despedida ..... 247.
Final ..... 249.
Epílogo ..... 253.
1. La historia de nuestra relación personal con Jesucristo Sacramentado. ..... 253.
2. ¡Nada más difícil que la fe en la Eucaristía! ..... 269.
1. Necesidad de comenzar todo desde el principio ..... 269.
2. Proceso apologético para llegar a la fe en la Eucaristía ..... 271.
a. Primera etapa: Religión natural ..... 272.
b. Segunda etapa: Religión cristiana ..... 274.
c. Tercera etapa: Religión Católica ..... 278.
3. Examen de conciencia sobre nuestra fe en la Eucaristía ..... 281.
3. ¡Nada más fácil que la fe en la Eucaristía! ..... 283.
1. El porqué de las tentaciones contra la fe eucarística ..... 283.
2. Algunos ejemplos de tentaciones contra la fe en la Eucaristía 286.
3. Nada más fácil ..... 290.
4. La consagración del pan en la «Narración de la institución y consagración» ..... 292.

1. Las personas ..... 294.
2. El tiempo ..... 296.
3. El lugar ..... 297.
4. El actor principal, Jesucristo, hace cosas visibles ..... 298.
a. Toma el pan ..... 298.
b. Bendice ..... 300.
c. Partió y dio ..... 300.
5. El Actor principal, Jesucristo, también habla ..... 301.
5. La consagración del vino en la «Narración de la institución y consagración» ..... 304.
1. «Del mismo modo», pero «acabada la cena» ..... 305.
2. «Del mismo modo…»: las acciones «visibles» ..... 306.
a. Toma el cáliz ..... 306.
b. Da gracias bendiciendo ..... 309.
c. «Del mismo modo» lo consagra ..... 310.
d. Lo dio a sus discípulos ..... 311.
e. Diciendo ..... 311.
6. La Misa y la triple dimensión del sacramento eucarístico ..... 313.
1 Una introducción ..... 314.
2. El *sacramentum tantum* ..... 315.
3. La *res et sacramentum* ..... 317.
4 La *res tantum* ..... 319.
5 El epílogo ..... 320.
7. ¡Un Pan y un Cáliz! ..... 321.
8. El sacerdote cuelga de la Hostia que eleva ..... 327.
9. Diálogo de la transustanciación ..... 334.
Abreviaturas Bíblicas ..... 343.
Glosario según las Constituciones del IVE y SSVM ..... 345.
Índice temático ..... 349.
Índice analítico ..... 353.

Se terminó de imprimir esta edición de
Nuestra Misa,
el 15 de septiembre de 2002,
fiesta de Nuestra Señora de Los Dolores,
INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 – CC 376 – CP 5600
San Rafael – Mendoza
REPÚBLICA ARGENTINA
Te + 54 (0) 2627 – 430451/ Fax 430235
Internet: www.iveargentina.org
E-mail: ediciones@iveargentina.org

Se terminó de corregir esta Segunda Edición
El 13 de Noviembre de 2003.
En Segni, Italia.